AITOR FERRER



TENTADOR

desafío

AITOR FERRER

TENTADOR

desafío

AITOR FERRER

TENTADOR

desafío

Primera edición.

Tentador desafío

©Aitor Ferrer

©marzo, 2025

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Tentador desafío

©Aitor Ferrer

©marzo, 2025

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Epílogo

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Epílogo

Capítulo 1



—Tengo que ir a la compra, Amanda, ¿me das pasta? —me comentó Olga con su voz despreocupada, propia de una quinceañera.

—Claro, cariño, pero no cargues demasiado, que ya iré yo en estos días y haré una grande…

Excusas baratas, como cualquier cosa que comprase esa semana, pues estaba sin blanca. Ya me las apañaría para conseguir algo más de dinero con el que comer en los siguientes días. Siempre pasaba, cuando la desesperación se adueñaba de mí, un pequeño rayo de esperanza me iluminaba el camino.

A mis veinticinco vueltecitas al sol podía afirmar que era una luchadora, porque la vida no me lo había puesto fácil. Me quedé a solas con Olga cinco años atrás, cuando ella apenas era una niña y yo solo una chica con la cabeza llena de sueños, los cuales se me fueron apagando uno a uno, como si se tratase de una de esas ristras llenas de luces que, a falta de pilas, van alumbrando cada vez menos.

Cuando te encuentras sola en la vida, sin apoyos y con una carga como Olga… Perdón, no tendría que haberme referido a mi querida hermanita en esos términos. Si había alguien a quien adoraba en el mundo, era a ella. Mi niña, mi ilusión, mi todo… Pero con la que me quedé sola y a la que tuve que sacar adelante con una pensión de orfandad que no nos llegaba ni para pipas, puesto que teníamos que pagar un alquiler que se llevaba una buena parte de ella.

Desde que acabé el Bachillerato, y al poco nuestra madre se nos fue de un plumazo tras una grave y breve enfermedad, me dediqué a aferrarme como a un clavo ardiendo a cualquier trabajo que me salía.

Mi mejor amiga, Triana, siempre me echó un cable en ese sentido. Ella, en cuya casa tampoco estaban muy boyantes, era lo que se llama una auténtica buscavidas, así que volvería a llamarla esa misma mañana para ver si se había enterado de algo.

Triana trabajaba como higienista en una clínica dental. Al menos, una de las dos tenía un porvenir. En más de una ocasión habló por mí para que supliera a la limpiadora, cuando una fuerte crisis de lumbago la obligaba a quedarse en casa.

Yo lo mismo limpiaba, cuidaba niños, paseaba perros o cosía, haciendo arreglos para la calle. Mi madre fue

costurera y de ella aprendí. En realidad, al pie de su máquina de coser, desde cría, comencé a soñar con convertirme en modelo, imaginándome que desfilaba con uno de los vestidos que salían de esas manos tan habilidosas que tenía.

Con el tiempo, ese fue uno de los sueños que se me fue desvaneciendo, y ya me conformaba con llenar la nevera. En los últimos meses, trabajé en una cafetería, sirviendo mesas y, pese a que me explotaron bastante, estaba contenta. Pero luego llegó a Jerez la sobrina del dueño, procedente de su Sevilla natal, y a partir del día siguiente fue ella la que se paseó por las mesas, bandeja en mano, sirviendo cafés, chocolate y churros.

Bonito panorama el que tenía por delante… Y sin decirle a Olga ni media palabra, porque no quería que mi hermana fuese consciente de que me había quedado sin dinero para terminar la semana.

Nosotras llegamos a Jerez, donde nació y se crio mi madre, cuando Olga tenía un añito y nuestro padre murió. Hasta entonces vivimos en Córdoba, de donde era natural él. No es que el hombre fuese la panacea ni el matrimonio de ambos de cuento de hadas, si bien mi madre siempre contaba que iban tirando.

A nuestro regreso, mi madre tuvo una fuerte discusión con sus padres, quienes hubiesen preferido que se quedase en Córdoba con Olga y conmigo, temiendo que nuestra vuelta les causase problemas. Pero mi madre quiso regresar a sus raíces, cosa que tampoco se tomaron bien nuestros abuelos paternos, sus suegros.

En resumidas cuentas, que la mujer se quedó sin padres y sin familia política, pero con dos hijas pequeñas, y las sacó para delante con mucha gracia y alegría, ya que no recuerdo un ambiente más festivo que aquel que se respiraba en nuestra casa.

Su repentina y prematura muerte dejó un hueco difícil de tapar, dando al traste con mis objetivos y convirtiendo el día a día en una especie de eterna cuesta de enero a la que nunca le veía el final.

Justo Olga acababa de salir para hacer una mini compra cuando Triana me llamó. Descolgué y crucé los dedos para que me transmitiese buenas noticias.

—Nena, tienes curro para el fin de semana, como azafata de congresos.

—¿Qué me dices? ¡¡Ole mi amiga, que no la hay con más arte en todo Jerez!!

—Ni en Andalucía ni en España ni en parte del extranjero, cariño.

—¿Y de qué es el congreso?

—De vinos, de vinos.

—Anda, ¡¡otra vez!! ¡¡Qué alegría!!

Diréis que me conformaba con poco, y así era. Pero prefería pasar un finde como un figurín, que no limpiando escaleras. Como azafata de congresos, las veces que pude hacer de tal, sentía que las miradas se posaban en mí. Y eso me gustaba, como si tuviera algo que ver con ese otro sueño de pasar modelos que un día aparqué.

Mis conocidos coincidían en que era una pena que no hubiese podido seguir la estela de ese sueño hasta alcanzarlo. Mi 1.78 de estatura, larga melena rubia, expresivos ojos verdes, tez pálida y aterciopelada, facciones de lo más armoniosas y un cuerpo cuya genética acompañaba al ser de lo más proporcionado avalaban esa tesis.

Triana afirmaba con orgullo que yo era la más guapa de Jerez. Y a mí… a mí las palabras de mi amiga siempre me animaban mucho porque estaba de capa caída y porque todos necesitamos una dosis de ánimo que nos haga levantarnos cuando estamos hundidos… Y es que yo había tocado fondo así que, como ella decía, ya solo me quedaba comenzar a ascender, para lo cual había de coger impulso. Y ese fin de semana podía ser el comienzo del fin de mi mala racha. ¿Y por qué no si soñar es gratis?

Diréis que me conformaba con poco, y así era. Pero prefería pasar un finde como un figurín, que no limpiando escaleras. Como azafata de congresos, las veces que pude hacer de tal, sentía que las miradas se posaban en mí. Y eso me gustaba, como si tuviera algo que ver con ese otro sueño de pasar modelos que un día aparqué.

Mis conocidos coincidían en que era una pena que no hubiese podido seguir la estela de ese sueño hasta alcanzarlo. Mi 1.78 de estatura, larga melena rubia, expresivos ojos verdes, tez pálida y aterciopelada, facciones de lo más armoniosas y un cuerpo cuya genética acompañaba al ser de lo más proporcionado avalaban esa tesis.

Triana afirmaba con orgullo que yo era la más guapa de Jerez. Y a mí… a mí las palabras de mi amiga siempre me animaban mucho porque estaba de capa caída y porque todos necesitamos una dosis de ánimo que nos haga levantarnos cuando estamos hundidos… Y es que yo había tocado fondo así que, como ella decía, ya solo me quedaba comenzar a ascender, para lo cual había de coger impulso. Y ese fin de semana podía ser el comienzo del fin de mi mala racha. ¿Y por qué no si soñar es gratis?

Capítulo 2



No era la primera vez que trabajaba para aquella famosísima marca de vinos conocida por esas chicas que van con sus pantalones negros de talle alto, su camisa de chorreras blanca, chaquetilla roja y sombrero cordobés del mismo color. Hasta en la feria representé a esa emblemática marca de la que, ojalá, me llamasen más veces para ponerle cara.

Por el camino, me encontraba deseosa de recibir mi uniforme y colocármelo.

Triana me escribía sin parar. Sus ánimos siempre eran bien recibidos por mi parte, ya que no existía nadie que me impulsase más que ella. Directamente solía referirse a su persona como el cargador de mi batería. Y no podía estar más de acuerdo.

Ella: “Recuerda ponerles tu mejor sonrisa, que tú lo vales e igual te llaman otra vez en unos días”

Yo: “No, si te parece, les pongo cara de malas pulgas y que me echen antes de entrar”

Ella: “Tú me entiendes, que saques la mejor de todas, la que le pondrías a un tío que convirtiera tus rodillas en natillas, a uno de esos por los que te dejarías meter de todo menos miedo”

Acompañaba sus palabras con diversos emoticonos. Era de lo más elocuente y siempre tenía el ideal en la cabeza. Aparte, su costumbre era poner al final el de la flamenca, ese tan alegre con su vestido rojo.

Yo: “Para pensar en tíos estoy yo, como si no tuviera bastante con pensar en qué comer”

Ella: “Es que algunos dan mucha hambre. Yo a Víctor le comería hasta… Mira, no sigo porque estoy trabajando y se me terminarán mojando las bragas”

Víctor era uno de sus compañeros de trabajo, que le molaba.

Yo: “¿De veras estás trabajando? Pues poco se nota”

Ella: “Serás desagradecida… ¡¡Encima de que te animo”!

El siguiente emoticono estaba cantado: era el de la peineta.

Yo: “También te quiero, loquita”

No es la costumbre más sana esa de ir escribiendo mensajes por la calle, aunque sí que una de las más extendidas. Escribía eso último cuando una losa un tanto levantada de la acera me hizo dar un puntapié con el que volé. No caí de boca de milagro, ya que logré equilibrarme en el último momento. Azorada, miré a un lado y a otro de la calle y comprobé que, para mi tranquilidad, nadie me había visto.

Entré en el recinto y la organizadora era la misma que en otras ocasiones. Una chica llamada Sara, encantadora, muy dulce y con una de las miradas más risueñas que he conocido.

—Amanda, menos mal que llegas… Creí que me habías dejado colgada y no encontraba tu número de teléfono. Es que tengo un follón aquí que no te imaginas. Porfi, coge tu uniforme y corre para el salón.

—¿Por qué creías que no llegaba, Sara? —le pregunté extrañada.

—Porque te cité a las once y han pasado dos minutos, por eso. No me hagas caso, que no es un retraso para refunfuñar, solo que no sé dónde acudir.

—Sara, no es por contradecirte, pero me citaste a las once y media. Mira, te enseño el mensaje. He venido antes por si me necesitabas.

—Pero si es verdad… Tú eres de las del siguiente turno y ya estás aquí. Menudo cielo de niña. Qué lástima que no me encargo de las contrataciones, porque contaría contigo siempre, que lo sepas.

Hasta terminó su frase con un cariñoso beso en la mejilla. Así daba gusto trabajar… Sí que era mala pata que no estuviese al frente de ellas, porque la tenía en el bote.

Corrí a por mi uniforme. Otras chicas, que fueron citadas antes, se estaban vistiendo. Una de ellas era Ester, con quien había coincidido en más ocasiones, y que hablaba con otra que le entregaba el uniforme.

—Pues dicen que va a venir, que está aquí en Jerez y que asistirá a la cata. Yo no me pierdo ese espectáculo…

No sabía a qué espectáculo de hombre o de mujer se refería. A esas catas asistían numerosos famosos y rostros conocidos a su paso por la ciudad. A veces, Triana estaba enterada porque no sé cómo lo hacía para poner las antenas. Nada interesante que pasase en la ciudad escapaba a sus oídos, aunque en aquella ocasión no me hizo comentario alguno.

El uniforme sentaba bien, las cosas como son. Delante habían colocado un gran espejo para que nos diésemos los últimos retoques. Me había quedado sola y me reflejé en él con tranquilidad, pues para eso me gustaba llegar

con tiempo, y más si se trataba de una cita de trabajo.

Cuando estuve preparada, salí. El servicio no estaba mal pagado y a mí no me importa regalar algo de mi tiempo si la ocasión lo merece. En distintos trabajos, conocí a jefes que me trataron con la punta del pie y a esos no les daría ni agua, como al enemigo, pero allí se portaban fenomenal.

Cogí la bandeja y comencé a dar una vuelta por el salón. Los primeros invitados ya estaban allí. La flor y nata de la sociedad de toda la provincia, así como gente venida del resto de Andalucía y de otros puntos de España. También extranjeros, solía haberlos y normalmente eran los que más apreciaban nuestro selecto vino, convirtiéndose en fan de nuestras costumbres.

Llevaría como una hora allí, de lo más servicial con los invitados (la sonrisa amplia formaba parte del uniforme cuando reparé en un chaval que debería tener la misma edad que Olga, más o menos.

Era guapo, muy guapo… El pelo lo llevaba un poco a lo "cayetano", no muy corto, y lo tenía un poco rizado en las puntas. Era de color oscuro y enmarcaba unos grandes y expresivos ojos aguamarina que cortaban el hipo. Ese iba a romper los corazones a dúo, como las Danet, no podía ser más bonito. De no ser por su mirada pícara, parecería un ángel. Pero el modo de posar sus ojos en mí me indicaba que tenía más desarrollada su parte de demonio que esa otra de querubín.

El chico era alto. Pese a tratarse de un adolescente casi me alcanzaba. Y, como digo, los ojos no me los quitaba de encima. Me estaba haciendo sentir incómoda. Pensaba que se trataba de un mocoso un tanto insolente al que igual no le habían dado un par de buenos azotes en el culo a tiempo.

Igual he sonado como una bárbara y no es mi intención. Que conste que jamás le levanté la mano a Olga ni a nadie. Simplemente, me estaba sacando de mis casillas con tanta miradita pícara.

Ester se dio cuenta y se vino hacia mí. Iba a decirme algo cuando vi que el hombre más atractivo sobre la faz de la Tierra se acercó a él. Sin duda, era su padre, puesto que otro parecido como el de aquellos dos no podía darse sino de la mano de la genética.

Su señor padre debería andar por el 1,85 calculaba yo. Su pelo era del mismo tono, aunque él lo llevaba más corto y, si se le rizaba en las puntas, en su caso no se notaba, pues no daba lugar a ello su estilismo. Con barba de dos días, sonrisa luminosa, exhibía una mandíbula cuadrada y angulosa de lo más varonil. Si a ese conjunto que parecían haber dibujado expresamente, le uníamos unos ojos aguamarina idénticos a los de su hijo, babear en su presencia era más una obligación que una opción.

Para quien no caiga, porque ese color de ojos no es de lo más usual, se conoce como aguamarina a una gema con un bellísimo tono verde azulado claro de lo más seductor. Como el dueño de aquella voz grave, el musculoso padre que le habló en un perfecto italiano. Lógico, es que lo era.

Le entendí a la perfección, aparte de que la colleja que le dio tampoco dejó mucho margen para la duda. A continuación, le hizo acercarse para pedirme disculpas. Pues sí, su padre no parecía ser uno de esos huevones a los que les da igual lo que haga su hijo. Sería que el crío le había salido incorregible.

El corazón parecía bailarme unas sevillanas dentro del pecho de lo mucho que me saltaba. Entendía bastante bien el italiano porque en el instituto mi mejor amigo fue Flavio, un chaval que había caído en Jerez unos añitos debido a los negocios de su padre, tras los cuales volvieron a Bérgamo, de donde eran.

Dentro de que no tuve oportunidad de estudiar una carrera, siempre fui curiosa y con Flavio hice el pacto de que, si él me enseñaba italiano, yo le enseñaba castellano o "andalú" como mi cómico amigo decía. Y es que terminó con más acento que yo.

)

En fin, que todo eso hizo que entendiese perfectamente al chico cuando llegó hasta mí, escoltado por su padre.

—Perdone, señorita, que dice mi padre que debo pedirle excusas…

Al dirigirse a mí, el chaval me habló en castellano, aunque se notaba su acento italiano. Ambos controlaban mi idioma porque su padre también terminaría hablando en él.

—¿Y solo por eso se las pides? —le preguntó molesto.

Se estaba rifando otra colleja de esas que apenas duelen, pero abochornan, y el impertinente del crío salido aquel llevaba todas las papeletas.

—No, no, le pido excusas por mí mismo. No debí mirarla así.

No debió mirarme así, pero seguía haciéndolo. Estaba calentorro, se notaba el festival de hormonas que debía estar celebrándose en su atlético cuerpo de adolescente, pues su anatomía ya apuntaba maneras también.

—No te preocupes, no pasa nada —le contesté.

Me dio por responderle en italiano. Y no por hacerme la chulilla ni mucho menos. Me salió instintivamente, como si tuviese ganas de practicarlo porque ya el mío andaba muy oxidado.

—¿Hablas nuestro idioma? —me preguntó su padre.

—Lo chapurreo más bien, eso creo. Bueno, digamos que me defiendo, aunque hace mucho tiempo que no lo hago con nadie.

Me sentí bastante imbécil al decirlo de ese modo, porque podía dar lugar a confusión. ¿O no? Qué va, nosotros los andaluces es que tendemos a sacarle punta a todo, con nuestros dobles sentidos. Aun así, lo corregí de

inmediato.

s

—Lo de hablar italiano, quiero decir —carraspeé.

—Disculpa también a mi hijo. Es mi responsabilidad y no debió importunarte.

—No se preocupe, de verdad.

—Si yo te he tuteado, ¿por qué no haces lo mismo? —me preguntó.

Había algo en ese bombón italiano que me desconcertaba. Su mirada, la más atractiva con la que me había cruzado jamás, contaba también con un halo enigmático. Digamos que, pese a que su sugerencia me lo presentó como un hombre cercano, dudé de sus intenciones hasta que sonrió levemente. Entonces se le formaron un par de hoyuelos en las mejillas que ya me parecieron el remate de los tomates. Sin duda, que estaba para mojar pan… Y no me refiero al tomate.

—Está bien, lo intentaré.

—Ok, pues espero que entonces puedas disculpar a mi hijo.

—Claro, claro, no hay problema.

—Es cierto, no he querido hacerte sentir incómoda —añadió el jovencito.

Para mí que, si hizo el comentario, fue porque ese debía estar acostumbrado a vivir muy bien, dada la lujosa indumentaria que llevaba, y no quería quedarse sin sus privilegios. Así me imaginaba la situación.

—No, no pasa nada, de verdad —insistí.

—Y a ti, ¿se puede saber quién te ha dado permiso para tutearla?

—Papá, es que…

—Ni es que ni nada, Alessio.

—Está bien, disculpe de nuevo, ¿me puedo marchar ya? —le preguntó entonces a él.

—Sí, lárgate antes de que me enciendas más.

Una vez que el chaval se fue, su padre se quedó a solas conmigo, convirtiendo mis mejillas en un par de volcanes. No soy una chica especialmente tímida, pero tampoco una kamikaze de los hombres como Triana, quier

jamás ha tenido el más mínimo problema en acercarse a cualquiera como si tal cosa, no conociendo la vergüenza.

En mi caso, se trataba de algo más intermedio; es decir, no tenía ningún problema a la hora de relacionarme con ellos, pero tampoco me consideraba una lanzada porque no lo era.

Aquel italiano, no obstante, echó a hervir mis mejillas con su sola cercanía. No solo era guapo, guapo de esos que pueden atentar contra la salud pública por causar infartos, sino que su atractivo era de impresión, y luego tenía un carisma que ya era como para decir "échate para allá" a cualquier otro hombre que tratase de hacerle sombra.

Su boca era tan, tan…. ¡¡Cielos!! ¿Quién no desearía besar esos gruesos labios que escondían un par de hileras de perfectos y blanquísimos dientes? Por favor, si ese debería tener bonita hasta la lengua, como diría Triana.

—Discúlpale, de verdad… Ha llegado a la adolescencia y a veces uno se pregunta qué es lo que ha hecho mal.

—Nos pasa a todos, pierde cuidado, de veras. También tengo una hermana adolescente.

—Entonces, tus padres estarán en la misma situación.

Aún estaba muy reciente lo de mi madre y la pena se reflejó de inmediato en mi rostro. No lo hacía a propósito, me salía y ya. Era algo incontrolable.

—¿He dicho algo inconveniente? —me preguntó de inmediato, dado que sus modales eran exquisitos.

—No, no, en absoluto… Solo es que mis padres están muertos. Pero yo no debería haberlo mencionado siquiera. Estamos de celebración y no soy más que…

—Más que la chica con la sonrisa más preciosa y especial de toda la sala. De hecho, si tuviese que describirte físicamente, me llevaría un buen rato. Y eso que es un tema del que controlo… bastante.

Ya me imaginaba que sí. Su lista de conquistas tenía que ser más larga que la mía de la compra, esa que tenía pendiente para cuando pasase el fin de semana y cobrara por el trabajo de los dos días.

—Muchas gracias —le contesté y entonces temí que ya salieran llamaradas directamente de mis ardientes mejillas.

—Solo digo lo que veo, ¿cuál es tu nombre?

—Amanda, me llamo Amanda.

—Bien, yo soy Marco.

En ese instante, el organizador del evento le llamó. Parecía que eran muchas las personas que esperaban su saludo, por lo que observé en los siguientes minutos.

—Amanda, me ha encantado conocerte.

Esas fueron las últimas palabras que el hombre más seductor del planeta me dirigió. Y yo… Yo no pude ni despedirme de él porque sentía que la lengua se me trabaría. Y temí hacer el ridículo más estrepitoso.

En ese instante, el organizador del evento le llamó. Parecía que eran muchas las personas que esperaban su saludo, por lo que observé en los siguientes minutos.

—Amanda, me ha encantado conocerte.

Esas fueron las últimas palabras que el hombre más seductor del planeta me dirigió. Y yo… Yo no pude ni despedirme de él porque sentía que la lengua se me trabaría. Y temí hacer el ridículo más estrepitoso.

Capítulo 3



Al mediodía aún no podía quitarme de la cabeza las frases que intercambié con el italiano. Triana me llamó y, mientras que me comía el bocata de queso que me llevé de casa para no gastar más que en una Coca Cola de un bar cercano al recinto donde se celebraba el evento, charlé con ella en ese ratito libre que me dieron.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Triana, te juro que me das miedo, ¿por qué lo preguntas?

—Porque te conozco como si te hubiese traído al mundo y tuviera la cicatriz de una cesárea para demostrarlo.

—Si yo no nací por cesárea.

—Porque no te di a luz yo. A mi primer hijo lo alumbraré con una, lo sé.

—¿No me digas que esto también lo has soñado? Me das miedo, repito, eres un poco bruja.

—No, bruja es mi encargada, Paola, que no veas el día que me está dando hoy. Espero que le haya bajado la regla y sea eso, porque como se quede así de siesa a perpetuidad, a mí me da algo.

—Que no, cariño, seguro que no, quédate tranquila.

—Tú qué vas a decir. Y bueno, a lo que vamos, que qué te ha pasado para que estés tan emocionada. Oigo que estás comiendo y apuesto a que con una Coca Cola al lado. Seguro que te has atragantado con el primer sorbo.

—Y yo te juro que me caigo muerta con tus cosas, ¿cómo puedes saberlo?

—Porque has bebido directa del botellín…

—Lata, es una lata.

—Vale, pues como tú —se burló—. Y el primer sorbo, debido a la emoción, lo has dado muy deprisa,

provocando que el gas te haya salido hasta por la nariz. Y luego te has hartado de toser.

—Joder, sí que das miedito.

—Y todo ello me lleva a pensar que tienes que desembuchar rápido el motivo que te ha llevado a ese lamentabl estado.

—Madre mía, qué ceremoniosa te pones.

—Es que yo tengo mucha pompa. Y sí, me gusta ponerme en pompa también, que te lo he puesto a huevo. Y más si es delante de un tío bueno.

—Pues si hubieras visto al italiano que me ha saludado, lo fliparías.

—¿No me digas? ¿Y le has dicho que lo hablas?

—Algo, tampoco es que le haya contado mi vida, aunque ha sido tan amable que incluso le he terminado confesando que soy huérfana, ¿suena muy patético?

—No, tontorrona. Pero dime una cosa, a ti ese no te ha puesto chorreando por su amabilidad.

—Jo, ¿eso también lo sabes?

—Te diré y te contaré. Pues claro… Tienes voz de "me ha hablado un tío con el que me daría un revolcón que me volvería los ojos para atrás hasta…"

—No seas bruta, loca.

—¿Bruta, loca, bruja? ¿Tienes algo bueno que decirme?

—Que me he enamorado —repuse sin pensar.

—¿Del italiano? ¿Pero forma parte del equipo? ¿Es un camarero?

—Eso quisiera yo para tener opciones.

—Se viene que no jugáis en la misma liga.

—Pues no. Él debe ser campeón del mundo y yo no jugar ni en tercera… Qué digo en tercera, ni una pachanguita de barrio juego a su lado. se le nota un estilo increíble. Solo el traje que lleva cuesta más que el alquiler de mi piso de un año, que sabes que tengo ojo para estas cosas.

—Sí, chica, tú con los temas de moda eres infalible. Por cierto, que tenemos que ir de *shopping*, recuerda que se casa mi tía Amalia y que me vas a acompañar a elegir el vestido. Con la ilusión que le hace su segunda boda a la mujer. El otro día le pregunté y me dijo que estaba mucho más ilusionada que la primera vez, que con eso me lo decía todo. Fíjate…

—Me alegro por ella.

—Y yo por ti, porque te hayas alegrado la vista. Entonces, ¿se trata de un ricachón?

—Sí, de uno impresionante, ya te digo. Resulta que el niño me estaba mirando de un modo digamos un poco…

—¿El niño? ¿Tiene un niño?

—Un adolescente más o menos como mi hermana.

—Y más salido que el pico de una plancha. Y tú, que eres un caramelito, le has puesto que no veas… Y ahora no me refiero al niño.

—Sí, justo eso. Anda ya… Aunque me ha alabado la sonrisa. El tío es un cañón, te lo juro, ¡¡y dice que le he gustado!! Se lo dirá a todas, ¿no?

—Sí, claro que sí, un tío como ese va a ir alabando a toda la que pase por su lado, como si no tuviera otra cosa que hacer… Ya te digo que no, que si te lo ha dicho es porque le has molado.

—Tú sí que molas, niña. Ahora te dejo, que me termino el bocata y vuelo otra vez.

—Vuela, vuela, a ver si tu italiano apunta con su arma y te caza al vuelo.

—Qué cabrita eres. No me digas más pamplinas…

—Es que son gratis, como dices tú de los sueños —me recordó.

—Sí, chica, tú con los temas de moda eres infalible. Por cierto, que tenemos que ir de *shopping*, recuerda que se casa mi tía Amalia y que me vas a acompañar a elegir el vestido. Con la ilusión que le hace su segunda boda a la mujer. El otro día le pregunté y me dijo que estaba mucho más ilusionada que la primera vez, que con eso me lo decía todo. Fíjate…

—Me alegro por ella.

—Y yo por ti, porque te hayas alegrado la vista. Entonces, ¿se trata de un ricachón?

—Sí, de uno impresionante, ya te digo. Resulta que el niño me estaba mirando de un modo digamos un poco…

—¿El niño? ¿Tiene un niño?

—Un adolescente más o menos como mi hermana.

—Y más salido que el pico de una plancha. Y tú, que eres un caramelito, le has puesto que no veas… Y ahora no me refiero al niño.

—Sí, justo eso. Anda ya… Aunque me ha alabado la sonrisa. El tío es un cañón, te lo juro, ¡¡y dice que le he gustado!! Se lo dirá a todas, ¿no?

—Sí, claro que sí, un tío como ese va a ir alabando a toda la que pase por su lado, como si no tuviera otra cosa que hacer… Ya te digo que no, que si te lo ha dicho es porque le has molado.

—Tú sí que molas, niña. Ahora te dejo, que me termino el bocata y vuelo otra vez.

—Vuela, vuela, a ver si tu italiano apunta con su arma y te caza al vuelo.

—Qué cabrita eres. No me digas más pamplinas…

—Es que son gratis, como dices tú de los sueños —me recordó.

Capítulo 4

Volví corriendo a mi puesto de trabajo. Por desgracia, ya no estaban ni Marco ni su hijo Alessio. Hasta el nombre le acompañaba, pues el de Marco siempre me pareció muy bonito. Y más en boca de un italiano como él, con lo melosos que son y con lo cachonda que me han puesto siempre, que todo hay que decirlo.

Nunca se lo dije a Flavio, pero a mí me ponía muchísimo cuando quedábamos para hacer un trabajo o algo, en casa del uno o del otro, y acortábamos distancias mientras le escuchaba embelesada. Porque tenía muy poca edad entonces que, si no, hubiese caído, eso fijo.

Ni tan mal el fin de semana: tenía trabajo y me había llevado un piropo, aparte de una charlita agradable, por parte de un tío despampanante de esos que no estaba acostumbrada a ver más que en la pantalla del cine.

Entonces se me acercó Ester, que venía como una moto, y con los ojos más chispeantes que le hubiese visto hasta la fecha, me habló.

—¿Qué le has hecho? —me preguntó frenética.

—¿A quién? ¿Qué me cuentas? ¿He metido la pata en algo?

—¿Meter la pata? ¿No sabes de qué te hablo?

—Pues como no te expliques mejor…

—Que Marco Moretti te estaba mirando como si te tomase medidas, pero más bien con intención de desvestirte...

—¿Se puede saber a qué viene tanta metáfora?

—¿Tanta qué? A mí háblame en cristiano, que soy más bruta que un arado, ya lo sabes. De refinado no tengo más que el azúcar que me meto en este cuerpo —gesticuló graciosa mientras se lo acariciaba por encima.

—Y bien bonito que lo tienes…

—Un poco metidito en kilos, pero sí, yo no aspiro a subirme a una pasarela, así que mi cuerpo disfruta los bollos. No soy como las chicas de ese bombonazo.

—¿Qué chicas? ¿Tiene hijas? ¿O hablas de novias? ¿Varias a la vez? No me extraña —resoplé.

—Coge un poquito de aire, guapa, que me gusta seguirte… Me refiero a sus modelos, a las que lanza al estrellato, ¿no sabes quién es ese tío?

—Ni idea —le aseguré encogiéndome de hombros—. ¿Es del que hablabas antes? ¿El que decías que vendría hoy?

—Claro, es Marco Moretti.

—Hasta ahí llego, ya lo has nombrado antes. Y ahora que lo dices, ese nombre me quiere sonar…

—Te suena a que es el dueño de la agencia de modelos más famosa de Milán, guapita, y que además cuenta con varias firmas de ropa que ni Armani…

—¡Anda, si es verdad!

—Y tanto que es verdad, no sé qué ganaría yo inventándomelo. Ese tío está en boca de todos, está que se sale, está… ¡¡Está súper bueno!! Por si le faltaba algo, vaya…

—Mira que estoy desvinculada de ese mundillo en los últimos años. Antes me los conocía a todos.

—Pues ese es el que parte el bacalao ahora. A mí me lo contó mi prima Charo y lo busqué en Internet. Niña, casi me caigo muerta en la piedra cuando lo vi, menudo tío y encima con el imperio que ha levantado, ¿cómo se puede acumular tanto bueno en un cuerpo? Buff, vaya cuerpo… Esta noche me hago un dedo a su costa, ¡¡o dos!!

Debía morir con ella, sus ocurrencias eran bestiales. Con razón me quiso sonar de algo Marco… Sí, ese nombre aparecía en revistas de moda, de esas que ya apenas ojeaba ya, pero en fin…

Modelo no habría sido, aunque al menos nadie me quitaría haber charlado con él y hasta que me hubiese adulado. Hay días y días… Y hablando de días, a ese le quedaban aún un buen montón de horas por delante. Menos mal que el calzado que llevaba era cómodo, pues de otro modo mis pies no podrían más que chillar.

Capítulo 5

Salí a media tarde del recinto, cuando el cansancio ya comenzaba a dejar huella en mi agotado cuerpo tras tanta horas de pie.

Iba caminando cabizbaja y notaba las puntas de las yemas de los dedos adormecidas a consecuencia de la postura que adoptaron mis manos durante horas, sosteniendo la bandeja. También, aunque pueda sonar a broma, me dolían los músculos de alrededor de la boca de tanto sostener la sonrisa requerida para atender con amabilidad a los clientes.

Antes de salir, colgué mi uniforme hasta el día siguiente, por lo que me fui con mis vaqueros, un jersey de chenilla en blanco y mi plumífero malva, el que me autoregalé por los últimos Reyes Magos. En los pies, calzaba unas botas de agua cortitas, con un colgante de goma en el lateral, también en malva. Las estrenaba ese día porque la previsión meteorológica anunció lluvia para las últimas horas, y no me apetecía salir exhausta de trabajar y ponerme como una sopa.

De pronto sonreí pensando en Triana y en esa habilidad tan suya para hacerse con todos los chollos habidos y por haber en las rebajas; sobre todo, en esas de última hora donde los precios de cada artículo vienen a ser de risa. Las botas me las había regalado ella porque decía que, por menos de lo que costaban a principios de temporada, se hizo con dos pares: uno para ella y otro para mí. Y que, si tenía valor, no las cogiera.

No había tenido suerte en cuanto a mi familia, ya que solo contaba con Olga, pero reconocía que con Triana me tocó la lotería.

A modo de premonición, sentí que debía levantar la cabeza. No miento si digo que no me gusta ir por la vida con ella gacha, tan solo fue el cansancio el que me llevó a hacerlo.

Justo la levantaba cuando el verde de mis ojos se encontró con el aguamarina de los suyos. Y entonces, esos músculos que ya parecían atrofiados y poco dispuestos a sonreír, volvieron a accionarse.

Al mismo tiempo, sentí cómo un par de gruesos goterones de agua caían sobre mi pelo. Cielos, con lo bien planchado que lo llevaba, amenazaban con arruinar mi melena, la cual me había soltado después de todo el día con un moño bajo que escondí bajo el alegre y colorido sombrero cordobés rojo.

El italiano estaba con la cabeza fuera de la ventanilla de su coche. Por cierto, que se trataba de una verdadera maravilla de vehículo. No entiendo mucho de modelos, pero ese Audi debía costar lo que muchos pisos. Quizás fuese de alquiler porque estaba en España, pero me imaginaba que igual tendría un buen puñado de ellos en su garaje, donde fuese que viviese en Milán o alrededores.

Me llamó la atención que estaba parado, como esperando a alguien. Hasta ese instante no caí en que se encontraba solo en el coche y en que, por tanto, debía estar esperando a la prenda de su hijo Alessio, pues de él no había ni rastro.

—¿Subes? —me preguntó al tiempo que también me regaló una sonrisa que puso a botar de nuevo a mi corazón. Más encuentros con él y me lo pondría en forma.

—¿Me lo preguntas a mí? —le respondí de lo más asombrada porque, por más que miraba en todas direcciones, no veía a nadie más allí.

—Pues claro que te lo digo a ti. Date prisa, que comienza a llover —me apremió.

No podía estar pasando, ¿era casualidad y pretendió que no me mojase o estaba sucediendo lo más excitante? No quería pecar de presuntuosa porque tengo mis muchos defectos, pero ese no es uno de ellos. Aun así, todo indicaba a que sí: a que me estaba esperando a mí.

Cabía la posibilidad, dada la excitación que sentí, que por mucho que mi cerebro le ordenase a mis piernas que se movieran, estas se negaran, invadidas por la emoción y el nerviosismo. Quizás por ello, las moví sin pensar y, cuando alcancé el coche, me metí en él.

Por más que aceleré el paso, no pude evitar que unos cuantos más de esos gruesos goterones se deslizasen ya por los mechones de mi cabello, lo cual me hizo sentir insegura. Igualmente, noté cómo uno resbalaba por mi frente y me apresuré a borrarlo de ella con el dorso de mi mano. Con todo ello, como que pretendía ganar tiempo porque no entendía qué hacía en ese coche ni cómo un día que había comenzado con un trabajo de lo más normal podía terminar, a solas, con un millonario cuya más valiosa posesión era aquella sonrisa de dios del amor que el universo le había dado. Por no hablar de su madre que, para fabricar un bombón así, debía ser pastelera.

—¿Te parece si vamos a tomar algo? —me preguntó a continuación.

En su rostro se dejaba ver la sonrisa que le producía el hecho de que estuviera tan nerviosa. Hay cosas que no se pueden disimular, y ese estado alterado que presentaba no podía enmascararlo con facilidad. Y menos ante un hombre que debía tener mucha, muchísima, vida vivida.

—¿A tomar algo? ¿A dónde? Es que me espera Olga…

La forma en la que le contesté hizo que me diesen ganas de pegarme yo solita. Un hombre como él, un

impresionante ejemplar entre un millón, me invita a tomar algo, y le salgo con una excusa de lo más banal.

—¿Quién es Olga? ¿Tu pareja?

"Lo que faltaba, ahora sí que la has hecha buena". Eso fue lo que pensé, tomando nota mental de que no se podía ser más mema. ¿En qué momento comencé a cagarla tanto? Por favor, si apenas me dio tiempo…

—¿Mi pareja? No, claro que no —sí, sí, mucho "claro", pero titubeaba y le iba a parecer hasta tartamuda a ese paso. Entonces pensé que ya me había escuchado hablar antes, mientras estaba trabajando, y que eso no pasaría. En resumidas cuentas: solo le parecería idiota e insegura.

—Bien, ¿y entonces es…?

—Mi hermana, es mi hermana pequeña.

—¿Una niña? ¿Te necesita? —prosiguió con su interrogatorio mientras me dirigía unas miradas que me eclipsaban por completo. ¿Qué tenían sus ojos que me daban la impresión de que el mundo comenzaba y terminaba en ellos?

—Sí, me necesita. No, no me necesita —corregí de inmediato y mucho más boba me sentí.

—¿Entonces…? —se encogió de hombros a la espera de mi respuesta, la cual debía ser más acertada si no quería quedar como una auténtica chalada, como una de manual.

—Quiero decir que me necesita porque es una adolescente, pero no tanto como para que deba correr a casa ahora mismo —traté de rectificar—. Espero que no queme la cocina ni nada parecido.

—No lo des por hecho, Alessio lo hizo.

Debió notar mi gesto de terror, quizás le parecí el emoticono ese con cara de espanto que se pone las dos manitas alrededor de la cara.

—¡¡Será coña!!

Dios, qué poco elegante le debió sonar, ¿en qué momento me dio por soltar una palabra así?

—Qué va, ninguna coña —me respondió absolutamente resuelto y entendí que no le había disgustado, que también se expresaba así.

Hablaba el castellano de un modo bastante fluido. Pronto conocería el motivo. De momento, era una baza más a su favor para que estuviera deseando convertirme en la presidenta de su club de fans.

—¿Con qué edad te hizo eso?

—Hace poco, en mi casa de Milán. Alessio tiene 16, ¿cuántos tienes tu hermana?

—15, ella tiene 15 y la cabeza un tanto atolondrada, aunque espero que no tanto como para que tengamos que llamar a los bomberos.

—Alessio le pidió a nuestro chef que le dejase solo en la cocina y el hombre salió un rato al jardín a fumarse un pitillo.

—Odio que la gente fume… Es muy peligroso.

—Más lo fue la que montó mi hijo en la cocina, te lo aseguro. Por lo visto, quería hacer una tortilla de patatas.

—Mira, un plato muy español.

—Sí, le gusta todo lo español, ¿arranco ya?

—Arranca, sí…

—¿Con qué edad te hizo eso?

—Hace poco, en mi casa de Milán. Alessio tiene 16, ¿cuántos tienes tu hermana?

—15, ella tiene 15 y la cabeza un tanto atolondrada, aunque espero que no tanto como para que tengamos que llamar a los bomberos.

—Alessio le pidió a nuestro chef que le dejase solo en la cocina y el hombre salió un rato al jardín a fumarse un pitillo.

—Odio que la gente fume… Es muy peligroso.

—Más lo fue la que montó mi hijo en la cocina, te lo aseguro. Por lo visto, quería hacer una tortilla de patatas.

—Mira, un plato muy español.

—Sí, le gusta todo lo español, ¿arranco ya?

—Arranca, sí…

Capítulo 6

Cuando me quise dar cuenta, porque estaba de lo más ensimismada en la conversación, íbamos camino de El Puerto de Santa María.

Según me contó Marco, era un enamorado del marisco, así que terminamos allí, en una marisquería muy emblemática donde se degustan unas exquisiteces no aptas para mi bolsillo.

Por el camino hablamos de cosas nimias. Me comentó que estaba en España por negocios, tan solo unos días, y que a la mañana siguiente regresaba a casa. También me dijo que su hijo se encontraba en un momento un tanto delicado y que por eso viajó con él. Esa noche se había quedado en su alojamiento, jugando a la consola.

Me hacía mi propia composición mental. Si en un plis plas echó a arder la cocina, en unos días Alessio podría reducir su mansión a cenizas, porque el portento aquel que tenía a mi lado no debía vivir precisamente en una choza. Normal que se lo llevase con él.

—Nos están siguiendo —le comenté tan pronto como tomamos asiento.

Llevaba un rato escamada, pues un coche en el que viajaban un par de individuos hizo exactamente el mismo recorrido que nosotros durante el camino. Y cuando me quise dar cuenta, ese par de enchaquetados estaban en la mesa de al lado.

—Perdona por no haberte avisado. Son mis guardaespaldas: Enzo y Enrico —los saludó con la mano y ese par de armarios de ocho puertas le devolvieron el saludo.

Me volví a sentir de lo más ñoña, ¿era posible que no hubiese caído en que alguien como él no podría moverse por el mundo sin protección? Iba de una en otra, no paraba de pifiarla.

—Lo siento, no había caído.

—Y cómo ibas a saberlo… Al contrario, me alegra que te hayas dado cuenta porque eso indica que eres perspicaz y eso te vendrá bien para lo que te voy a proponer.

—¿Para comer marisco? Basta con tener un par de manos y apetito… Y yo de ese, si te digo la verdad, voy

sobrada.

—¿No has almorzado hoy? —se interesó.

—Sí, sí, me he comido un bocata de queso que me preparé en casa —lo solté y enseguida quise echar el freno de nuevo. Tarde.

Me lo notó. Si alguien había perspicaz allí era él. Y me notó que no paraba de tratar de morderme la lengua, en vano.

—¿Por qué no dices todo lo que quieras sin temor a lo que piense? Es lo que espero de ti. Necesito que seas más espontánea, como la Amanda que conocí hace un rato, en el evento.

—Lo lamento, es que tú eres tan… Y yo tan…

—No somos tan diferentes, solo dos enamorados de la moda —repuso en el momento.

—¿Cómo sabes eso? Es decir, no te voy mentir. A mí ya me han dicho quién eres tú y me he quedado con la patas colgando, si te soy sincera.

—Me gusta que lo seas —me interrumpió.

—Pues eso, que me he quedado descolocada, pero ¿tú cómo puedes saber eso? Que amo la moda…

—Porque se te nota. Eres elegante y, a pesar de haber salido de trabajar a la carrera, te has vuelto a colocar cada una de tus prendas de manera impecable, las cuales llevas conjuntadas a la perfección. Eso, unido a lo cuidado que llevas el pelo, las uñas y el maquillaje… No me hace falta más.

—Pues mira que estoy canina y que… Ya lo he vuelto a hacer, ¿lo ves?

—¿Expresarte de esa forma tan graciosa? ¿Qué es estar canina? ¿Te refieres a delgada?

—Gorda no estoy, que me cuido.

—Salta a la vista, Amanda.

—Pues eso, que en este caso estar canina se refiere a sin dinero. Lo digo porque espero que no planees que paguemos la cena a medias, porque en ese caso mejor me levanto y me voy.

—Nunca permitiría que hicieses eso. Puedes comer tranquila, ¿serás capaz?

—Lo voy a intentar porque tengo apetito y porque ya he avisado a Olga con un mensaje.

—Guapa, divertida, sin filtros y responsable, ¿dónde está la pega? —me preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Que si hay algún motivo por el que no debiera hacerte una oferta de trabajo.

—¿Una oferta de trabajo? ¿A mí? Pero ¿eso cómo va a ser?

—Pues no tiene mucho misterio: yo la lanzo, tú le das una vuelta, me dices si encuentras alguna objeción y luego la aceptas, que es lo que espero.

—No te entiendo, de veras que pienso que te estás riendo de mí.

—En todo caso, me reiría contigo, ¿no es así el matiz?

—Sí, sí, así es. Entonces, ¿se trata de un nuevo formato de programa? Millonario busca incauta, le lanza una oferta que no podrá rechazar y, cuando ella acepta, suena una musiquita de esas que te dan a entender que ha picado y que el globo se ha desinflado.

—Me gustan los globos, nunca haría eso.

Por su forma de mirarme, no lo dudé. Por mucha educación que demostraba, y así era, los ojos se le iban hacia mi par de globos, hacia los que asomaban por el escote de mi jersey.

—¿Y entonces? Por favor, estoy pasando un momento de mi vida que, cuando menos, podría ser muy mejorable. El trabajo me sale un día sí y diez no, vivo a salto de mata y mi nevera da más pena que frío. Si te vas a mofar de alguna pobre, elige a otra.

No sé por qué me dio aquel repentino ataque de dignidad que provocó que me levantase súbitamente. No había nada en la entonación de su voz ni en su lenguaje corporal que indicase que se estuviera riendo de mí. Debía ser el complejo de inferioridad que sentí al lado de un hombre que estaba situado en la cúspide de un mundo que yo también aspiré a comerme un día y que, sin embargo, terminó por engullirme sin remedio.

Aún esperaba una respuesta por su parte, mientras que todos esos pensamientos negativos saboteaban mi maltrecha mente, esa que había sido golpeada por la precariedad de mi vida laboral en los últimos meses.

Marco tardaba en contestar. Se tomaba su tiempo. Supuse que un hombre de éxito como él no había alcanzado su puesto en la lista de los más poderosos de Italia yendo por la vida de una manera irreflexiva y precipitada.

—No entra en mis esquemas mofarme de ti ni de nadie, Amanda. Si estás aquí conmigo es porque voy a hacerte una propuesta en firme. Y tú, ¿estás dispuesta a escuchar o vas a permitir que tus prejuicios te boicoteen?

Me permití tomar aire, notar cómo mi pecho se iba oxigenando, tratando de dejar espacio para lo positivo y echando fuera esa toxicidad que me acompañaba en los últimos tiempos.

—Perdona, estoy deseando escucharlo.

—Busco una modelo, Amanda, una chica que represente a su generación, que desprenda frescura, que hable con los ojos y que cuente con unos rasgos tan perfectos como los tuyos… En cuanto vi esos labios, supe que eran los ideales para pronunciar nuestro logo. Te acompaña todo tanto a nivel físico como en esa cabecita a la que solo le falta dejar de pensar en lo que no debe.

En el momento de decirlo, su dedo corazón se posó sobre mi frente como si me la fuese a taladrar, como si con ese gesto pretendiera meterme en mi dura mollera que solo debía hacerle caso.

—¿Te parezco esa chica? Es que no salgo de mi asombro. No estoy acostumbrada a tener suerte.

—¿Nunca te has visto como modelo?

—¡¡Millones de veces!! —exclamé con la alegría invadiendo cada poro de mi piel—. Verás, mi madre era costurera, yo misma coso, aunque ni de lejos con la perfección de sus manos. Me he criado al lado de su máquina de coser, pensando que un día podría lucir modelos de ensueño… Luego la vida se fue abriendo camino y me di cuenta de que el mío no era precisamente el del estrellato. Y aquí estoy, sin rendirme, pero un tanto cansada también te lo digo.

—Cansada de hacer lo que no te gusta solo por sobrevivir, imagino.

—Sí, sí, porque lo de este fin de semana no es lo habitual. Me toca hacer trabajos mucho más penosos, y eso no es lo peor; lo peor es cuando no me llaman de ningún lado y espero que suene el teléfono con auténtica ansiedad.

—Eso ya no te volverá a pasar. Te lo prometo.

—Estoy alucinada, es que no te puedo decir otra cosa. Ah, ya sé lo que está pasando aquí: tus intenciones son buenas, la única pega es que esto es un sueño.

—En cierto modo sí, porque en eso pienso convertir tu vida, no lo dudes.

En ese instante, su mirada pícara me atravesó. Supuse que iba con él, que formaba parte de su ADN, que nació siendo un seductor y que debió robarle el corazón a más de una enfermera en la clínica. Y que luego .eso iría a más hasta convertirse en el hombre que tenía delante.

—¿Es eso verdad, Marco Moretti?

—Tan verdad como sé que estoy haciendo uno de los mejores fichajes de mi vida, si no el mejor.

—¿Y cómo puedes saberlo?

—Porque eres eso que se me venía a la mente cuando me imaginaba a la musa que busco. He recorrido vario países, integrándome en todo tipo de eventos, hasta dar con la sonrisa perfecta… Hasta dar con ese cuerpo que, d spies a cabeza, me chillase que lo llevase conmigo y que lo convirtiese en una estrella, Amanda. Tus pómulo epronunciados, enmarcando tu embaucadora sonrisa, constituyen la prueba irrefutable de que no me esto equivocando.

—Pues no sé si te estarás equivocando o no, pero yo estoy temblando enterita, ¿y ahora qué?

—Ahora tienes que venirte conmigo a Milán, no lo dudes ni un segundo. Serás la musa de la nueva líne femenina que voy a lanzar; su éxito está garantizado de antemano y, contigo, mucho más. Eres la mujer que tant anhelaba encontrar, la que encarna a la chica de hoy, la que todo hombre desearía poseer.

Su labia era para perder el norte junto con el resto de los puntos cardinales. Me mecía en el sonido de su apalabras. Era escucharle y tratar de entrecerrar los ojos para perpetuar la entonación de las que parecían haber sid apronunciadas para elevar mi moral a lo más alto.

Tenía tanto que hablar con él, tanto que negociar, que no sabía por dónde comenzar. Con aquella mariscada po delante, empezó la conversación más reveladora y providencial de mi vida, esa que marcaría un antes y u después.

—Estoy totalmente abrumada, Marco.

—Y no esperaba menos. No estarlo me demostraría que no comprendes la dimensión de mi oferta, de una ofert que te cambiará la vida para los restos. Te lo prometo.

—¿Y cómo lo haré? No tengo dinero ni para sacar un pasaje en un vuelo *low cost,* con eso te lo digo todo.

—Nada de eso debe preocuparte, Amanda. Las preocupaciones económicas han pasado a la historia para ti. Y me encargo de todo. Y te aseguro que las condiciones de tu contrato no te van a decepcionar. De todos modos podrás consultarlas con el abogado que desees. Estás en todo tu derecho, por supuesto.

—El único abogado que conozco es el hijo de mi vecina Vicenta y lleva los robos de todos los raterillos de abanco. No creo que pudiese asesorarme demasiado bien y, además, estoy segura de que puedo fiarme de ti.

—Pues entonces, un problema menos.

—Mi gran problema no es ese, es Olga.

—¿Qué pasa con tu hermana? No me digas que ella será un impedimento.

—No te lo tomes a mal, Marco. Intuyo que tus intenciones son las mejores, pero debes entender que no m
spuedo mover ni a Sevilla sin mi niña, cuanto y más a Milán.
e
s —Eso está previsto: Olga se viene con nosotros.
y

—¿Quieres decir que me la podría llevar contigo?

—Te estoy contratando, no secuestrando, Amanda. Te voy a ofrecer unas condiciones excepcionales que t
permitirán llevar un gran tren de vida. Eso implica que vivirás en una gran casa (de momento te buscar
aalojamiento) y que tu familia, que en tu caso se reduce a tu hermana, seguirá ocupando en tu vida el mismo papel
osiempre que las dos llevéis bien que estés "un pelín" más ocupada.

—Ahora sí que es un sueño completo. Te cuento la situación: Olga va a repetir curso sí o sí, porque este año n
sha dado palo al agua, así que no habría problema en trasladarla a estas alturas. Que aproveche allí lo que pueda
oque se ponga al día con el idioma, y que se estruje ese cerebrito suyo que parece haberse pausado para lo
estudios, demostrando lo que vale, ya el siguiente curso.

r —Me parece la mejor de las ideas. Incluso podría ir al mismo instituto que mi hijo Alessio.
n

—Pero eso costará un ojo de la cara…

—Los gastos del instituto correrán por mi cuenta, cortesía de la casa.

a —Igual que la mariscada, mira tú por dónde.

—Exactamente igual…

o
s,

l

—Pues entonces, un problema menos.

—Mi gran problema no es ese, es Olga.

—¿Qué pasa con tu hermana? No me digas que ella será un impedimento.

—No te lo tomes a mal, Marco. Intuyo que tus intenciones son las mejores, pero debes entender que no me puedo mover ni a Sevilla sin mi niña, cuanto y más a Milán.

—Eso está previsto: Olga se viene con nosotros.

—¿Quieres decir que me la podría llevar contigo?

—Te estoy contratando, no secuestrando, Amanda. Te voy a ofrecer unas condiciones excepcionales que te permitirán llevar un gran tren de vida. Eso implica que vivirás en una gran casa (de momento te buscaré alojamiento) y que tu familia, que en tu caso se reduce a tu hermana, seguirá ocupando en tu vida el mismo papel, siempre que las dos llevéis bien que estés "un pelín" más ocupada.

—Ahora sí que es un sueño completo. Te cuento la situación: Olga va a repetir curso sí o sí, porque este año no ha dado palo al agua, así que no habría problema en trasladarla a estas alturas. Que aproveche allí lo que pueda, que se ponga al día con el idioma, y que se estruje ese cerebrito suyo que parece haberse pausado para los estudios, demostrando lo que vale, ya el siguiente curso.

—Me parece la mejor de las ideas. Incluso podría ir al mismo instituto que mi hijo Alessio.

—Pero eso costará un ojo de la cara…

—Los gastos del instituto correrán por mi cuenta, cortesía de la casa.

—Igual que la mariscada, mira tú por dónde.

—Exactamente igual…

Capítulo 7



Volví a casa un par de horas después. Por el camino, llamé a Triana, quien vivía muy cerquita de mí.

—Niña, reunión urgente en mi salón ahora.

—¿Qué te pasa? Te noto muy contenta.

—Ni te lo imaginas. Y pásate por el chino y te traes unas Coca Colas y unas chuches, que igual son las última que me puedo permitir en mucho tiempo.

—Joder, Amanda, ni que te fueras a morir. Tranquila, que a mí para eso me da. Siempre que quieras, me l dices y te llevo caprichitos. Si no puedes salirme más barata. ¿Cojo también una botella de ron y nos ponemo ciegas a cubatas?

—¡¡Hecho!!

—¿Hielo tienes?

—Sí, es lo único que me queda en el congelador, y porque es gratis.

—Tranquila, que mi madre siempre dice que Dios proveerá.

—Dios ya ha provisto. Se llama Marco Moretti y tengo muchooo que contarte al respecto.

—¿Esto tiene que ver con lo del italiano ese? ¿Con el del niño salido?

—Con el mismo. Tú corre…

Esperé a que llegase mi amiga para sacar a mi hermana de su dormitorio. Estaba grabando un Tik Tok, por l que le olió a cuerno quemado.

—¿Qué he hecho ahora, Amanda? No me taladres, porfi, que sé que no he recogido los platos de la cena, pero l

hago por la mañana y, si me das dinero para traerlos, hasta voy a por churros.

—Que no es eso, cariño.

—¿Y entonces? Oye, que me he secado la melena y no he dejado ni un pelo en el lavabo. Si te has encontrad uno, es tuyo.

—Que no, calla… ¡¡Que nos vamos a vivir a Milán!!

—¿A dónde?

No me resistí porque sabía que preguntarían a dúo y con una cara de panolis que tendría que quedar para l posteridad, así que las grabé en el momento de decirlo.

—A Milán, en Italia.

s

—Hasta ahí llego.

o —¿Seguro? Como has suspendido hasta Lengua, con lo bien que se te da charlar…

s

—Muy graciosa… —me dijo sacándomela justamente.

—Las peleítas para luego, ¿esto de qué va? —me preguntó Triana.

—De que el italiano es Marco Moretti, que ha creado un imperio en lo que se refiere a la moda italiana: la mejo agencia de modelos, marcas de ropa rompedoras…

—A mí sí que se me está rompiendo la cabeza, ¿y tú qué tienes que ver con eso?

—¡¡Que voy a ser su musa!! —les chillé mientras comenzaba a dar tales saltos en el centro del sofá poniéndome de pie, que casi salen lanzadas ellas dos, que estaban a mis lados.

—¡¡Aire, aire!! ¡¡Abre la ventana!! —lo pidió a gritos porque Triana sufría de asma desde siempre y era de eso emocionales que podrían sobrevenir ante una circunstancia intensa.

—El Ventolín, ¿lo tienes en el bolso?

o

—Sí, sí, corre a por él…

o Entre inhalación e inhalación por parte de ella, las fui poniendo al día. No hace falta decir que a mi amiga aunque le apenaba mi marcha, le alegraba como a nadie pensar que, por fin, dejaría atrás la vida miserable qu

estaba llevando, ¡¡para convertirme en una estrella!!

En cuanto a mi hermana, no pudo fliparlo más. Olga era vaga, por eso no tocó los libros en lo que llevaba d curso, pero muy inteligente y camaleónica, pues se adaptaba a todo con facilidad. Por cierto, que ese últim adjetivo también lo utilizó Marco durante la cena respecto a mí, pues ya me veía cambiando de actitud po completo, hecha a la vida en Milán y disfrutando de un éxito que él opinaba que merecía.

Pues bien, y como digo, nada nos retenía en Jerez tras la desgraciada muerte de nuestra madre. Por no tener, n teníamos ni un piso en propiedad, de modo que solo debíamos hacer nuestras maletas y poner rumbo hacia un nueva y rutilante vida.

Tanto la una como la otra, se pusieron a buscar como locas noticias e imágenes en Internet de Marco.

—¡¡Cómo está el tío!! —exclamó Triana llevándose las manos a la frente y sin dejar de resoplar—. Te lo tiene que ligar, Amanda.

—Para el carro, ya es bastante milagro que me vaya a sacar de esta ratonera para meterme en su negocio y en s mundo, no pretendas que me meta también en su cama.

—¿Y por qué no? Si algo está claro es que le has gustado.

—Le gusta la imagen que transmito para publicitar su ropa.

—¿Y lo que te dijo de tu sonrisa?

—Es italiano, lleva lo de adular en el ADN. No me rayes ya, que bastante nerviosa estoy.

—Joder, el hijo está que cruje también —me comentó mi hermana.

—¿Alessio? Mucho cuidadito con ese pájaro que está bien salido. Mantente lejos de sus garras.

—¿Te refieres a esas manos fuertes que tiene? Porque me imagino que…

—Baja ya de la nube y no compliques las cosas, Olga. Vamos a Milán a que yo haga carrera en la moda y tú all podrás vivir como una reina. Eso sí: vas a comenzar a aprovechar tus estudios o te las verás conmigo, jovencita.

—Cuidadito con fruncir tanto el ceño que ahora eres modelo y no puedes tener marcas de expresión. Se m ocurre una cosa, puedo dejar los estudios y convertirme en tu *image consultant.*

—¿Y eso qué mierda es?

—En tu asesora de imagen —me aclaró Triana.

—Ni en sueños, vas a estudiar sí o sí, que lo sepas, Olga.

—Tenía que intentarlo —resopló.

—Y tú, más te vale ponerte al día de esos términos —me instó mi amiga mientras servía un par de copas y u refresco para mi hermana—, que ahora tu vida va a ser otra y te van a cuidar como a una *royal* 24/7, así qu tendrás que hacerlo.

—Vale, me hacéis una relación y me la estudio en el avión.

—¿Volaremos hasta Italia?

Mi hermana nunca había cogido un avión. Yo lo había hecho en contadas ocasiones, pero ella ni eso, así que l idea la entusiasmó.

—No pretenderás ir nadando. Dijiste que Geografía la tenías suspensa también, ¿no?

—Triana, no calientes más a Amanda.

—No, si con eso ya me tienes bastante calentita. Pero ahora sé que la vida nos ha cambiado y que todo irá bien Nunca he creído en los golpes de suerte y mirad… Todavía me parece imposible.

Brindamos varias veces en una noche que siempre recordaré como una de las más felices de mi vida. Cuand todo te va saliendo como el culo y, de pronto, las cosas cambian y la vida te muestra su cara más amable, teme que de nuevo un revés provoque que te dé un tortazo tras el cual te pida que, además, pongas la otra mejilla.

—En tu asesora de imagen —me aclaró Triana.

—Ni en sueños, vas a estudiar sí o sí, que lo sepas, Olga.

—Tenía que intentarlo —resopló.

—Y tú, más te vale ponerte al día de esos términos —me instó mi amiga mientras servía un par de copas y un refresco para mi hermana—, que ahora tu vida va a ser otra y te van a cuidar como a una *royal* 24/7, así que tendrás que hacerlo.

—Vale, me hacéis una relación y me la estudio en el avión.

—¿Volaremos hasta Italia?

Mi hermana nunca había cogido un avión. Yo lo había hecho en contadas ocasiones, pero ella ni eso, así que la idea la entusiasmó.

—No pretenderás ir nadando. Dijiste que Geografía la tenías suspensa también, ¿no?

—Triana, no calientes más a Amanda.

—No, si con eso ya me tienes bastante calentita. Pero ahora sé que la vida nos ha cambiado y que todo irá bien. Nunca he creído en los golpes de suerte y mirad… Todavía me parece imposible.

Brindamos varias veces en una noche que siempre recordaré como una de las más felices de mi vida. Cuando todo te va saliendo como el culo y, de pronto, las cosas cambian y la vida te muestra su cara más amable, temes que de nuevo un revés provoque que te dé un tortazo tras el cual te pida que, además, pongas la otra mejilla.

Capítulo 8

Nunca olvidaré esa sensación de despertarme el domingo y, por unos instantes, experimentar la amargura d pensar que todo había sido un sueño… Un sueño que dejaba escapar de nuevo la felicidad de entre mis mano para volver a la misma y mediocre vida que llevaba en unos tiempos en los que me costaba una barbarida sobrevivir con dignidad.

Tuve que escuchar a Olga en videollamada con sus amigas, diciéndoles que su hermana sería una model famosa y que nos marchábamos a vivir a Milán, para tomar conciencia de que se trataba de la más ilusionante d las realidades.

A mi hermana le costaba tela madrugar, al punto de que más de una bronca por mi parte hacia ella le ocasionab esa circunstancia. No ocurrió así aquel domingo en el que la excitación la sacó de la cama, encontrándomela co mirada chispeante ya de buena mañana.

—Cariño, ¿has desayunado tostadas o una tortilla de anfetaminas? Porque estás de lo más movidita —l pregunté al rato.

—Es que es de película… Mis amigas me han dicho que, si esto sale bien, le vendamos el guion de nuestra vidas a una plataforma, ¿me estás oyendo, Amanda?

—Sí que te oigo, cariño.

—¿Y por qué no sales del baño?

—Porque me estoy arreglando para ir a trabajar.

—¿Cómo azafata de congreso? Dime que no es verdad.

—Pues claro que lo es, ¿qué esperabas? No los voy a dejar tirados hoy. No cuando Sara siempre ha sido u encanto conmigo y me ha animado a tope en mis días más grises.

—Pero tú ahora vas a ser una estrella.

—Una cosa te voy a decir, o más bien dos… Primero que queda un buen trabajo por hacer y segunda, que m prometas que si alcanzo el éxito no se te subirá a la cabeza.

—Si será tuyo —protestó.

—Pero tú eres de coger mucho mis cosas —le recordé, causando su risa.

—No, no me volveré una carajota que mire a nadie por encima del hombro.

e —Eso espero, porque no soporto a las personas altivas y porque ni tú ni yo lo somos; somos chicas sencillas, d
s barrio.
d

—Es que la tuya es una historia de superación como la de Georgina, que vendía bolsos en…

o —Cada cual es cada cual… Son casos distintos.
e

—Pero te harás igual de famosa que ella, Amanda.

a —Eso es mucho decir, Olga. La fama no se mide como la temperatura cuando sientes fiebre.
n

—Fiebre siento al ver al tal Alessio, qué fotos tiene…

e —Olga, no empieces, que me asustas.

—Pues si eso te acojona, paso de decirte que el padre también me pone al rojo vivo.
s

—¡¡Vigila esa boca!! ¡¡Y ni se te ocurra volver a decir eso!!

—Vale, vale, ¡¡que te lo dejo!! ¡¡Para ti enterito!!

—Menos tonterías, Olga, que te pongo firme como una vela.

—Suerte que te han cogido para modelar porque si te llegas a meter en el ejército, se suicida más de uno.

—Qué quejica eres. Tienes la piel muy finita.

n —Y bonita como la tuya, ¿te acuerdas de que mamá siempre nos lo decía? Si viera ahora para lo que te h servido el cutis ese tan aterciopelado que me llevas…

—Sí, tú hazme la rosca, granujilla.

e

No le comenté nada a Sara hasta el final de mi jornada, la cual desarrollé como si nada. Una vez que me estab vistiendo, ella me llamó.

—Cariño, que sé que te hace mucha falta el dinero. Doy orden para que mañana mismo lo tengas ingresado y t prometo que estoy deseando volverte a ver trabajando con nosotros. Eres la mejor. Tú servirías para lo qu quisieras, Amanda... Ojalá que te salgan cositas estos días.

—Sara, ya no tienes que preocuparte más por mí —le comenté junto con un abrazo.

e

—¿Y eso? ¿Tienes alguna oferta o es que te vas a poner a opositar o algo?

—No, qué pereza… Tenga una oferta, la tengo.

—Cariño, pues espero que sea algo medio en condiciones por lo menos, que hay mucho explotador suelto, ¿t han vuelto a llamar de la cafetería?

—No, Sara, voy a ejercer de modelo publicitario para Marco Moretti. Quiere convertirme en la imagen de s última línea, esa que va a lanzar para…

La que lanzó un grito, y tremendo, fue ella… Me figuré en todo momento que a Sara le entusiasmaría la idea, s bien su reacción fue más allá. Se alegró tanto, tanto… Creo que se alegró igual o más que yo, que ya es decir, as que pensé (cómo no) que Sara formaba parte de esa gente luminosa que canta El Arrebato, de esa que es mu guapa, y no ya por su aspecto exterior, sino por eso tan precioso que alberga en el corazón.

Justo salía de allí cuando me llegó un mensaje ¡y era de Marco!

Él: “Te necesito aquí cuanto antes, Amanda. ¿Podríais llegar el martes por la tarde?”

Yo: “Sin pega”

Él: “Pues ahora mismo le digo a mi secretaria que os envíe los billetes”

La sensación era de vértigo absoluto. El pellizco de mi estómago amenazaba con causarme una úlcera de l fuerte que lo sentía, si bien tenía claro que debía relajarme. Obvio que percibía que todo era muy precipitado; n obstante, tenía que hacerme a la idea porque mi vida había dado un giro radical, un giro que me situaba en el pol opuesto.

a

A punto de comenzar a relacionarme con un mundo en el que aún no me manejaba, debía hacer un gra esfuerzo por guardar el equilibrio y por dar pasos firmes en ese universo de la moda que me resultaba ta atrayente como desconocido.

a La parte negativa era que más novata no podía ser. La positiva era que de mejor mano no podía llegar.

e
e

e

u

ɨi
ɨí
y

ɔ
ɔ
ɔ

n
n

La parte negativa era que más novata no podía ser. La positiva era que de mejor mano no podía llegar.

Capítulo 9

Lo peor fue la despedida de Triana, aunque me aseguró que vendría a visitarnos tan pronto como tuviese vacaciones.

—Te voy a echar de menos… Disfruta por las dos, ¿me oyes? Demuéstrales a esos italianos lo que vale una jerezana, deja el pabellón bien alto y… ¡¡Y llévate a la boca todo lo que puedas!! —vociferó eso último antes de fundirse conmigo en un fuerte abrazo.

—¿No crees que eso último sobraba, loqui? Además, que está Olga delante.

—Te guste o no te guste, tu hermanita sabe ya más que tú y que yo juntas, así que no se va a escandalizar por nada.

—Tú sí que eres un escándalo, la amiga más escandalosamente maravillosa que se puede tener, ¿me oyes?

—Te oigo y te lo compro. Esa soy yo… Cuídate mucho, cariño. Vas a subir el índice de mortalidad del país. Te van a detener por ser un peligro para la sociedad; ya verás los infartos que causas.

—¿Has bebido antes de venir a recogernos?

Ella nos había llevado hasta el aeropuerto en coche, y allí se fundió conmigo en el aludido abrazo. Triana solía mostrarse menos sensible que yo, así que le cogió de improviso el aguacero que se formó en sus ojos. Entonces se volvió hacia Olga.

—Me la cuidas mucho, ¿queda claro? Que ella siempre te ha cuidado a ti y ahora se enfrenta a una aventura en la que necesitará apoyo. Y si tiene algún problema, me lo dices y voy volando para allá, nunca mejor dicho, que nosotras no nos vamos a fallar nunca.

—Claro que no, Trianita, ¿qué te pasa?

—¡¡Que te voy a echar mucho de menos!! —exclamó antes de salir corriendo sin más, dejándome ojiplática.

Comenzaba la aventura y Olga no paraba de documentarla a través de sus fotos y de sus vídeos. Anunció en sus

redes que nos marchábamos de viaje, si bien no podía desvelar a qué me dedicaría, no hasta el momento en el que la campaña se publicitase.

Por supuesto, creó enorme expectación en su círculo.

—Creo que ya he encontrado mi camino —me comentó mientras se le dibujaba una sonrisa de esas que esparcen emoción y luz por doquier.

—A ver, ilústrame.

—¿Que haga qué?

Su gesto de desconcierto, con una ceja arqueada, llamó igualmente a otra sonrisa por mi parte.

—Que me cuentes, ¿a qué te quieres dedicar?

—Ah, pues vocaliza, que creí que habías dicho otra cosa.

—Y la he dicho, solo que significa lo mismo.

—Vaya lío, menos mal que a mí no me hará falta seguir estudiando porque voy a ser *influencer*, está claro. Y de las buenas, los *followers* me van a caer del cielo, como si fueran gotas de lluvia. Eso es una metáfora, ¿a que sí?

—No desvíes, no desvíes… Las que te caerán serán las tortas si no estudias, ¿me oyes?

—Tú ahora vas a ser un personaje público. No me puedes amenazar porque entonces imagínate… Me voy a un programa de televisión a denunciarte y lo que me lloverá será el dinero. Cierro los ojos y veo billetes cayendo…

—Pues ábrelos y mira esta mano, dispuesta a impactar contra tu mejilla así, como está, bien abierta.

Olga pretendía retener la risa que le provocaba mi comentario en el interior de su llamativa y adolescente boca, aunque sin ningún resultado porque se le terminó de escapar y entonces me contagió. Le pasé el hombro por encima de los brazos, le di un beso en esa misma mejilla "amenazada" y le hablé con ternura.

—Cariño, no hagas que me duela la cabeza. Por primera vez tenemos suerte en la vida y me muero por aprovecharla.

—No te crearé ningún problema. Palabra de *influencer*…

—Ya estamos…

—¿Es que no me crees capaz de hacerlo?

—Te creo capaz de cualquier cosa, mi niña. Pero lo primero son los estudios y te recuerdo que los tienes muy dejados.

—Lo sé, lo sé, pero sabré compaginarlo todo…

—Si lo haces, si estudias, quizás puedas ser *influencer* también. Lo hablaremos.

Fue lo último que comentamos porque, al subir al avión, Olga estaba demasiado impactada como para abrir los ojos. Esa primera vez, el cosquilleo en el estómago del despegue, el impacto para las retinas de verte volando entre las nubes, surcando los cielos, la hizo enmudecer; algo que no era demasiado habitual en ella.

Ya en el aeropuerto, esperábamos ser recogidas por un coche, dado que así me lo comentó Angelina, la secretaria de Marco, con la que estuve en contacto.

Hablaba con Olga mientras ambas avanzábamos en dirección a la zona de recogida del equipaje. Cada una llevaba un gran maletón, pero nada más. Marco me comentó que sería suficiente porque contaríamos con toda la ropa nueva que deseáramos, y que eso también corría por su cuenta.

Una vez nos hicimos con ellas, tan monas como íbamos con nuestros vaqueros, nuestras zapatillas deportivas, jerséis amplios y cómodos para el vuelo, plumífero Olga y levita yo, comenzamos a buscar a algún chófer que llevase uno de esos cartelitos en el que apareciese el nombre de Amanda Durán, pero en su lugar nos encontramos con una cara conocida que nos obsequió de entrada con una amable sonrisa de bienvenida.

—¡¡Pero si es Marco!!

Fue Olga quien lo vio primero y me mostré escéptica. Mi hermana era muy bromista y cualquier cosa podía esperar de ella.

—¿Eso cómo va a ser, cariño? Te habrás equivocado…

—Te digo yo que otro par de ojos como ese no hay en toda Italia. Bueno sí, el de su hijo, pero no parece haber venido.

Fue entonces cuando busqué esos ojos entre los del resto de personas que, expectantes, esperaban a los suyos. Y entonces los encontré clavados en mí.

Sonriente e incrédula, me acerqué a él.

—Buenas tardes, Marco. No te esperaba, me has dejado de piedra.

—Me apetecía daros la bienvenida. Supongo que no os debe haber resultado sencillo recoger vuestras vidas en dos días para atender a mis muchas prisas. Tú debes ser Olga —se dirigió a mi hermana.

—Sí y tú tranquilo, como si tuviéramos algo mejor que hacer… Ha estado chupado. Oye, ¿tu hijo no ha venido contigo?

La naturalidad de aquella descarada le hizo reír mientras que yo quise que se abriera un agujero allí mismo, en el aeropuerto, y me tragase enterita.

—Perdónala, porque no sabe lo que dice, Marco.

No se me pudo ocurrir otra cosa.

—¿Eso no es de la Biblia? —me preguntó Olga.

—Cierra el pico ya, jovencita.

—Sabes que estoy curado de espanto, tengo uno de estos en casa —prosiguió él con toda la tranquilidad—. Y no, Olga, Alessio no ha podido venir porque está haciendo sus deberes.

A todo esto, posó en nuestras mejillas un par de calurosos besos de bienvenida y lo peor fue que las mías debió encontrarlas ardientes, porque casi no había llegado aún y ya lucía en ellas una tonalidad rosada más que llamativa.

A Olga, a quien nada se le solía pasar por alto, no se le escapó que a unos pasos tras nosotros iban los guardaespaldas de Marco. Me dio un codazo para indicármelo y él se percató.

—Tranquila, que no muerden. Salvo a los malos, claro —le guiñó el ojo.

Mi jefe no solo era encantador, sino que había congeniado con mi hermana. Se le notaban las ganas de hacer que estuviésemos a gusto en su ciudad, esa que se convertiría en la nuestra de residencia.

—¡¡¡Guauuuu!!! —Olga quedó impactada también por el coche que nos esperaba.

—¿Te gusta? —le preguntó Marco.

—Me gusta como para poner el pie en el acelerador y…

—Y luego despertarte, hermanita.

A partir de ese instante, se colocó al volante y me pidió que ocupase el asiento del copiloto. De reojo, miraba a Olga y comprobaba cómo disfrutaba en exclusividad del asiento trasero de aquel Lamborghini que era como de ciencia ficción.

Marco me iba hablando todo el tiempo sobre las ganas que tenía el equipo de conocerme. Me pormenorizaba detalles que debían ir quedando en mi cabeza, igual que los nombres de las personas con las que trabajaría mano a mano, lo cual no quiere decir que en ese momento estuviese un tanto saturada, y él lo notó.

—Hagamos un inciso mejor para que disfrutes de las vistas…

Había algo en él que sabía extremadamente picante. Sí, se refería a las que nos ofrecía la ciudad, pero era consciente de que yo me fijaba en él… Igual que él lo hacía en mí.

No dudé ni por un segundo que le parecí interesante para ocuparme de su nueva campaña publicitaria, hasta ahí seguro. Eso era algo que me había comentado por activa y por pasiva. Y que había argumentado. Al margen de ello, cuando le tenía delante sentía una atracción por él que era recíproca, por mucho que ante las chicas yo negase que eso fuese posible.

En honor a la verdad, no quería llenar mi cabeza de pájaros… El giro que nos dio la vida fue tan impresionantemente bonito que no me perdonaría tirarlo todo por la borda solo por vivir un *affaire* con el jefe. Aquella aventura debía ir más allá y cambiarme la vida para siempre, por lo que debía marcarme un camino por el que transitar sin dar ningún traspié.

A partir de ese instante, se colocó al volante y me pidió que ocupase el asiento del copiloto. De reojo, miraba a Olga y comprobaba cómo disfrutaba en exclusividad del asiento trasero de aquel Lamborghini que era como de ciencia ficción.

Marco me iba hablando todo el tiempo sobre las ganas que tenía el equipo de conocerme. Me pormenorizaba detalles que debían ir quedando en mi cabeza, igual que los nombres de las personas con las que trabajaría mano a mano, lo cual no quiere decir que en ese momento estuviese un tanto saturada, y él lo notó.

—Hagamos un inciso mejor para que disfrutes de las vistas…

Había algo en él que sabía extremadamente picante. Sí, se refería a las que nos ofrecía la ciudad, pero era consciente de que yo me fijaba en él… Igual que él lo hacía en mí.

No dudé ni por un segundo que le parecí interesante para ocuparme de su nueva campaña publicitaria, hasta ahí seguro. Eso era algo que me había comentado por activa y por pasiva. Y que había argumentado. Al margen de ello, cuando le tenía delante sentía una atracción por él que era recíproca, por mucho que ante las chicas yo negase que eso fuese posible.

En honor a la verdad, no quería llenar mi cabeza de pájaros… El giro que nos dio la vida fue tan impresionantemente bonito que no me perdonaría tirarlo todo por la borda solo por vivir un *affaire* con el jefe. Aquella aventura debía ir más allá y cambiarme la vida para siempre, por lo que debía marcarme un camino por el que transitar sin dar ningún traspié.

Capítulo 10

Son muchas las personas que encumbran a Milán en el top de las ciudades italianas imperdibles para visitar. Conforme fuimos recorriendo sus calles supe que Cupido revoloteaba sobre nuestras cabezas. Y en esa ocasión no me refiero a la atracción que pudiese sentir por Marco, sino a que me quedé prendada de su ciudad.

Las cosmopolitas calles de la capital de la moda me fueron impactando hasta llegar a su centro histórico. Parándose delante de un majestuoso edificio, accionó el mando a distancia para abrir la puerta del garaje, donde aparcó su coche.

—¿Vives aquí? —le pregunté un tanto desconcertada.

No sé, me había hecho a la idea de que la suya sería una mansión independiente, quizás a las afueras de la ciudad, en algún privilegiado enclave. No me lo imaginaba viviendo allí, compartiendo edificio con más vecinos, por mucho que se tratase de uno tan señorial como aquel.

—No, no… Aquí es donde viviréis vosotras, siempre que sea de vuestro gusto —me comentó mientras nos bajábamos del coche.

—¿En este barrio y en este edificio? ¡¡Es demasiado!!

—No, no lo es… Si una vez instaladas, encontráis algún problema, decídmelo y me encargaré de que os trasladen.

Él decía que no, pero sí lo era… Aquel lugar era el no va más. Por supuesto que desde el garaje se ascendía directamente a las plantas en aquel ascensor impecable en el que nos montamos, si bien antes quiso hacer una parada en el *hall* de entrada.

—Os presento a Federico, el conserje. Os ayudará en cualquier cosa que podáis necesitar. Ellas son Amanda y Olga Durán, Federico. Cuídamelas bien.

—Por supuesto, Señor Moretti, no le quepa duda. Y ustedes, sean bienvenidas, señoritas. Espero que se sientan aquí bien acogidas, haré todo lo posible para que así sea.

Olga y yo intercambiamos un par de pasmadas miradas, ya que nunca habríamos imaginado vivir en un edificio como aquel, donde solo los gastos de comunidad debían ascender a un verdadero disparate.

Federico se ofreció a ayudarnos con las maletas y subió con nosotros hasta la última planta.

¿En serio? ¿La última? Me maravillaban los pisos con vistas. Marco acertó por completo en lo relativo a mis gustos, y eso que nada hablamos al respecto.

En cuanto llegamos a la planta, Federico se despidió de nosotros y él abrió la puerta.

, —¿Tú has vivido aquí en su momento? —le pregunté.

—Sí, justo en este ático, hace años, cuando las cosas comenzaron a marcharme bien en los negocios. Después, me expandí más y entonces me compré la villa en la que vivo ahora junto a Alessio.

—Y algunas más, supongo, ya que un hombre de negocios como tú…

—Es cierto, tengo más propiedades repartidas por diversos lugares del mundo. Es algo que me hace sentir cómodo y seguro. En cuanto a este ático, lo utilizo para brindarlo a mis amigos cuando vienen a verme a Milán, por ejemplo. Y ahora quiero que os alojéis aquí vosotras. Le estuve dando vueltas y me pareció la mejor de las ideas. No hace falta que me pagues nada por él, Amanda, es gentileza de la empresa. Si el día de mañana prefieres mudarte a una casa independiente u otro tipo de vivienda, la que prefieras, te ayudaré en todo lo que pueda.

—De veras que me cuesta pensar en eso de que no suene una musiquita en algún instante que me indique que el experimento ha terminado, que ya puedo volverme por donde he venido.

—No se trata de un experimento, sino de una oportunidad.

En concreto, el ático se ubicaba en la Vía Macedonio Melloni, un enclave estratégico, al estar situado en el mismo corazón de Milán.

Olga y yo nos quedamos patidifusas cuando él nos invitó a entrar y nos encontramos con un recibidor de esos que indican que la vivienda solo es apta para gente muy adinerada.

Desde la impresionante entrada, accedimos a una zona de estar en la que los rayos solares se debían colar por doquier durante toda la mañana, a juzgar por la orientación del edificio. Sus enormes ventanales miraban directamente a una amplísima terraza exterior que se encontraba amueblada de una forma tan coqueta como el resto del ático, con la diferencia de que su suelo era ajardinado.

En cuanto al del resto de la vivienda, resultaba de lo más acogedor al ser de parqué y, en su caso, de gran calidad. Siempre soñé con disfrutar del confort de la madera bajo mis pies el día que pudiese tener mi propia casa

y, aunque aquella no era mía, podría actuar como si lo fuese.

Al haber vivido allí, no podíamos contar con un guía mejor. Marco nos iba contando por qué se sintió bien en aquel refinado y elegante entorno justo cuando nos topamos con la chimenea.

Que me aspen si había visto alguna vez una de esas en un edificio… El toque estético que le otorgaba a la estancia era realmente fascinante, si bien la sensación de calidez que le proporcionaría una vez encendida no tendría parangón.

Al otro lado del impresionante salón comedor quedaba la cocina, con unas proporciones igualmente grandes, lista para ser disfrutaba con todo lujo de comodidades gracias a su moderna isleta central y a esa zona de *office* donde podría disfrutarse también de un desayuno, almuerzo o cena más informal.

He de decir que, pese al aspecto tan glamuroso del edificio, no se trataba de uno histórico, sino de otro más moderno, lo que daba lugar a esa distribución excelente pensada para disfrutar al milímetro de una vivienda al alcance de muy pocos.

—No sé, no sé qué decir, a mí me vas a tener que dar un mapa. ¿Tú sabes que con la décima parte de esta casa nos conformamos mi hermana y yo?

—¿Y tú sabes que deseo que te sientas en Milán como en ningún otro lugar? Créeme cuando te digo que te encontrarás bien aquí.

—¿Cómo si fuera una princesa y sin pagar nada? Sí que va a ser todo esto un cuento —le sonreí.

—Pero uno de hadas, no un timo. Limítate a disfrutarlo, ¿vale? Quiero mostrarte el resto de la casa.

Conforme íbamos pasando de una a otra de las habitaciones me quedaba más descolocada. Olga es que había enmudecido directamente y clavaba sus ojos en los míos, tan incrédula como yo.

—En total, vienen a ser unos 300 metros cuadrados muy aprovechados, porque como veis…

—Si no hace falta que nos lo vendas, ya estamos convencidas —le comenté.

—Y espero que también contentas. En ese caso, os dejo para que os instaléis. Mañana enviaré a mi chófer para que te recoja, quiero que conozcas al equipo. También puedes venir si te apetece, Olga.

En cuanto a mi hermana, él se estaba encargando de los trámites para su ingreso en el instituto de Alessio. Como comenté, ya no tenía demasiadas esperanzas de que salvase ese curso, pero sí al menos de que conociera a sus compañeros, se familiarizase con el idioma y se fuera adaptando para arrancar con mejor pie el siguiente.

Mientras Marco ultimaba los detalles al respecto, se quedaría unos días a mi lado, disfrutando de una ciudad qu nos dio la bienvenida como ninguna.

—¡¡Esto es una locuraaaaaaaaaaaaa!!!! ¿Cuál será mi dormitorio? —me preguntó en cuanto estuvimos a solas.

—Puedes elegir, nena, ¡¡sí que lo es!! ¡¡Es una locuraaaaaaaaaaaa!!

Eran cinco los hermosos dormitorios del magnífico ático, cada uno de ellos con su propio baño y zona de almacenamiento. Entre ellos, destacaba el principal, el cual constaba con amplio vestidor y baño en suite que incluía bañera de hidromasaje.

La lógica marcaba que yo ocupase el principal y así fue. Mi hermana optó por uno cuya decoración la cautivó, al resultar muy femenino, con su propio tocador incorporado.

A pesar de que ya rozábamos el principio de la primavera, la sensación térmica al llegar a la ciudad nos resultó fría porque soplaba un molesto viento; no obstante, la calefacción centralizada mantenía el ático a una temperatur perfecta. Pese a ello, Federico tocó en nuestra puerta con una propuesta.

—El Señor Moretti me ha encargado que les encienda la chimenea si así lo desean, ¿lo hago?

—Sería la monda, ¡¡de verdad!!

—Pues eso está hecho, señoritas.

El agrado de ese hombre, entrado en años y de confiable sonrisa, estaba fuera de toda discusión. Según nos contó, llevaba desde la construcción del edificio, allá por los años 90, trabajando allí, por lo que no le faltaba mucho para jubilarse, aunque aún aguantaría una buena temporadita más porque decía que trabajaba con mucha comodidad, viviendo en un piso situado en la planta baja, al lado del *hall* de entrada.

Una vez que se marchó, mi hermana y yo caíamos a plomo en el sofá. El crepitar del fuego sonaba a hogar y mi vista se clavó en las llamas.

—Es mucho más de lo que esperaba, y mira que esperaba tela —me decía Olga moviendo su mano de arriba abajo en señal de cantidad, de lo más emocionada.

—Cariño, estoy abrumada. No sé ni qué decir… Hace una semana me costaba llenar la nevera y ahora míranos, ¿nos lo merecemos?

—Cuidadito con lo de caer en el síndrome de la impostora, ¡¡ojo cuidado!! Pues claro que nos lo merecemos; sobre todo, tú, que llevas años luchando. Eres la mejor persona que conozco, Amanda. Cuando mamá se fue supe que me quedaba en las mejores manos.

e

Una confesión tan profunda como esa no me la había hecho Olga nunca. Y menos en los últimos tiempos porque el desastre de sus calificaciones nos llevó a discutir bastante.

La adoraba, pese a cualquier problemilla que me hubiese podido ocasionar, que para eso era adolescente.

—No me digas eso que me pongo a llorar como una Magdalena, Olguita.

—Pues nada, te digo que eres horrible y que blablablá…

Se mofaba cuando llamaron a la puerta. Lógicamente no esperábamos ninguna visita y, cuando fui a abrir, me encontré con un repartidor que traía cena.

—Lo siento, se ha equivocado, no hemos pedido nada —le comenté.

a —Es para usted igualmente, cortesía del Señor Moretti. Se trata de un par de menús degustación enviados desde uno de los restaurantes más selectos de Milán. Les gustará.

Quise estar a la altura, darle una propina, así que cogí el bolso y la busqué entre ese dinero que aún me quedaba de lo que cobré en el fin de semana. Marco se había empeñado en ingresarme también una cantidad por adelantado, algo a lo que me cerré en banda.

Además, contaba con la fianza del piso de alquiler que dejamos en Jerez. El casero se portó muy bien y me la devolvió, pese a que se lo dejé plantado de la noche a la mañana. Fue explicarle mi nueva situación y alegrarse mucho por mí. Hay gente buena en todas partes, eso lo aprendí de mis peores momentos.

La cena resultó realmente exquisita. Olga grababa cada uno de los menús, cuidadosamente presentados y con una amplia variedad de exquisiteces que incluían *risotto alla milanese*, *pizza Margherita* (la más buena que hubiésemos probado), *lasagna* y un *gelato* de pistacho que debía ser afrodisíaco porque no miento si digo que las sensaciones que me produjo en las papilas gustativas eran muy similares a las orgásmicas.

Con todo ello en la mesa, le hicimos una videollamada a Triana.

—¡¡Jura!! ¡¡Jura que todo eso es cierto!! —me chillaba.

—Te lo juro, cariño, te lo juro… Esta cena nos la ha enviado él y este es el ático… Como una villa olímpica de grande y luego tendrías que ver el barrio. ¿Qué digo “tendrías que ver”? ¡¡Ya lo verás!!

—En cuanto me pueda escapar, que Paola sigue de una leche que es para echarla a los leones. Pero te juro que cuando tenga la posibilidad, me cuelo ahí y me doy un baño en esa bañera de hidromasaje. ¿Tenéis masajista?

—No te pases…

—Y yo qué sé, como ahora lleváis vida de ricas. Que no siento envidia, palabra, solo coraje de no estar ahí con vosotras, nena.

—Ya lo sé, preciosa mía, ya lo sé.

—Pues nada, ahora solo falta que te ligues al jefe y te digo yo que vuestra historia termina en el cine. Ya me visualizo delante de la pantalla con las palomitas…

—No te pases…

—Y yo qué sé, como ahora lleváis vida de ricas. Que no siento envidia, palabra, solo coraje de no estar ahí con vosotras, nena.

—Ya lo sé, preciosa mía, ya lo sé.

—Pues nada, ahora solo falta que te ligues al jefe y te digo yo que vuestra historia termina en el cine. Ya me visualizo delante de la pantalla con las palomitas…

Capítulo 11



Me desperecé en mi cama King, una de esas que, hasta entonces, solo había visto en los reportajes de las casas de los famosos.

En mi vida tuve la oportunidad de alojarme en un hotel de lujo, así que aquella mullida y confortable cama de proporciones impresionantes me dio la innovadora posibilidad de descansar a pierna suelta hasta que el despertador me indicó que era hora de levantarme.

Qué sensación tan distinta a la anterior. Sonreí al ubicarme, entendiendo que esa nueva y flamante vida que Marco me prometió ya estaba en marcha. No se trataba de un proyecto, sino de una realidad.

Nada más levantarme, escuché que Olga hablaba con alguien. Me la imaginé al teléfono con sus amigas, en videollamada, enseñándoles la cocina, pues de allí venían las voces.

—¿Con quién hablas, cariño? —le pregunté mientras me lavaba la cara.

Tuve que subir a tope el volumen de mi voz, porque en esa casa, en la que todos los detalles me sorprendían (como los interruptores táctiles o las persianas eléctricas dado que había sido reformada), se necesitaba un megáfono para comunicarse.

—Con Gina, hermana —me contestó.

—¿Gina? ¿Quién es Gina?

Salía ya en dirección a la cocina cuando entendí que esa persona con la que mi hermana hablaba no estaba al otro lado del teléfono.

—Yo soy Gina, señora. El Señor Moretti me envía para que me ocupe del mantenimiento del ático, así usted podrá estar totalmente disponible para él.

Por Dios que sentí un súbito calor de pies a cabeza pensando en la posibilidad de estar disponible para ese portento de hombre, para un hombre que encendía brasas a su paso.

—No tenía ni idea de que fuera a enviarme a nadie. No era necesario.

—¿No? Entonces, ¿quiere usted que me vaya?

—Amanda, por favor… Que aquí vamos a sudar la gota gorda solo limpiando cristales —opinó mi hermana—, y que la chavala es muy guay… Me está enseñando italiano.

Entre eso y que vi la carita de decepción de Gina… Vaya, que yo hacía unos días las estaba pasando canutas, y que igual su situación era la misma.

—El Señor Moretti me comentó que mi sueldo correría de su cuenta, que él se encargará de todo.

—Tranquila, tranquila… Y muchas gracias por haber venido. Soy Amanda.

Le di dos besos y noté su absoluto descoloque. Yo no estaba acostumbrada a hacer diferencias de clases y, es más, si pertenecía a una era a la de Gina, así que le pedí por favor que nos tuteásemos para sentirnos más cómodas.

Me contó que tenía 24 añitos y que se quedó embarazada dos atrás, cuando apenas era una cría. Hasta me enseñó una foto de su hijo Eros, una preciosidad, un muñequito para comérselo.

Cuando volví a mi dormitorio, después de desayunar, me encontré con un mensaje de Marco.

Él: “Buenos días. Espero que no te haya molestado mi decisión de contratar a Gina. Y, otra cosa, si no sabes qu ponerte hoy, espera un minuto de reloj”.

Yo: “Ok”.

Imposible una respuesta más escueta por mi parte, producto de que estaba anonadada con tantas atenciones. Mi madre fue la única persona que me mimó en el mundo (cuanto pudo dentro de sus posibilidades), y desde su muerte, pasé las de Caían. Y de repente todo aquello… ¿Es que el destino estaba coqueteando conmigo? Pues podía decir en su favor que se lo estaba currando tela al enviarme a Marco, ese hombre solícito y detallista, que venía en el más irresistible de los envoltorios y…

No me dio tiempo a pensar nada más. Eso fue lo que me dio de sí aquel minuto de reloj. Marco no sería británico, si bien su puntualidad sí que lo era.

La chica que me entregó aquel gran paquete debía ser una mensajera de su firma. En él encontré un traje de chaqueta de raya diplomática en tono beige. El diseño era realmente ideal…

Nadie me había tomado medidas aún… ¡¡Y Marco dio en el clavo con mi talla!! Normal, un prodigio de la

moda como él me tomaría medidas mentales.

La calidad de las prendas era sobresaliente. Yo entendía bastante de tejidos y aquel era elástico, de ese que se adapta a la perfección al cuerpo.

Tanto los pantalones como la chaqueta contaban con un diseño vanguardista, aunque si tenía que decantarme por una de las prendas, esa era el chaleco: con escote en pico, su cierre abotonado y los bolsillos laterales de ribete, aquella monería me sentaba a la perfección y me hizo sentir extremadamente sexi.

Opté por recogerme el pelo en una coleta alta para brindarle más protagonismo también al cuello de solapa de la chaqueta y me apliqué un maquillaje de día de forma cuidadosa y esmerada, hasta lucir una imagen natural y fresca, pero con un toque sofisticado.

Botines y bolso venían también como complementos por parte de un Marco al que no se le escapó un detalle.

En cuanto a Olga, su imagen *casual* resultaba también jovial e impecable, pues mi hermanita podía ser un poco desastre en algunas cosas, pero no en la referente a su aspecto, en la que se parecía mucho a mí.

En la puerta del edificio nos esperaba Renzo, el chófer personal de Marco. Según nos contó, su jefe contaba con él en ciertos desplazamientos, mientras que en otros prefería conducir él mismo, pues disfrutaba al hacerlo.

é

moda como él me tomaría medidas mentales.

La calidad de las prendas era sobresaliente. Yo entendía bastante de tejidos y aquel era elástico, de ese que se adapta a la perfección al cuerpo.

Tanto los pantalones como la chaqueta contaban con un diseño vanguardista, aunque si tenía que decantarme por una de las prendas, esa era el chaleco: con escote en pico, su cierre abotonado y los bolsillos laterales de ribete, aquella monería me sentaba a la perfección y me hizo sentir extremadamente sexi.

Opté por recogerme el pelo en una coleta alta para brindarle más protagonismo también al cuello de solapa de la chaqueta y me apliqué un maquillaje de día de forma cuidadosa y esmerada, hasta lucir una imagen natural y fresca, pero con un toque sofisticado.

Botines y bolso venían también como complementos por parte de un Marco al que no se le escapó un detalle.

En cuanto a Olga, su imagen *casual* resultaba también jovial e impecable, pues mi hermanita podía ser un poco desastre en algunas cosas, pero no en la referente a su aspecto, en la que se parecía mucho a mí.

En la puerta del edificio nos esperaba Renzo, el chófer personal de Marco. Según nos contó, su jefe contaba con él en ciertos desplazamientos, mientras que en otros prefería conducir él mismo, pues disfrutaba al hacerlo.

Capítulo 12



La bienvenida nos la dio Angelina, la secretaria personal de Marco.

Aquella chica de pelo ondulado y castaño, sonrisa amable, aires decididos y espontánea charla nos dio el más cálido de los recibimientos.

Su belleza era incontestable. Entre sus bellas facciones destacaban un par de vivos ojos color miel que le otorgaban una gran dulzura, aunque no por ello dejaba de notársele la picardía requerida para desempeñar un puesto al lado de un hombre poderoso como Marco.

—Ahora mismo le comento que habéis llegado. Guardad asiento, por favor.

—Olga, siéntate y estate quieta, por favor, que me estás poniendo nerviosa.

—Es que tengo ganas de grabar y aquí no me atrevo…

—Por la cuenta que te trae ni lo intentes. Te conozco muy bien y, si me dices eso, es para despistarme y hacerlo en el momento en el que menos lo espere.

—Y luego dices que la bruja es Triana. Tú también das miedo…

—Me conozco muy bien tu *modus operandi.*

—¿Mi qué? A mí que no me operen de nada o, en todo caso, de las tetas dentro de un par de añitos.

—Es broma, ¿no? Las tienes preciosas y no te hace falta recauchutártelas.

—No, si tengo que darte la razón en que triunfa más lo natural. Tú nunca has pasado por el quirófano y mira dónde estás… El equipo va a alucinar contigo cuando te conozca. Esto es muy grande, Amanda…

—Sí, se trata de un edificio impresionante. Aquí están los despachos de todos los peces gordos de la firma.

—Me refería a lo tuyo, lo tuyo es muy grande…

—Cariño, ¿me haces el favor de dejar los pies quietos? Y los dedos, no tamborilees más. Si llego a saber que te desatarías tanto, te dejo en casa.

—No podrías, sabes que esto debo vivirlo a tu lado.

—Pues aprovecha estos días, que en breve estarás en el instituto. Y como me llegue una sola queja de ti, después de que la matrícula cuesta un riñón…

—Va, va, relájate…

Olga se puso de pie y entonces comenzó a dar vueltecitas por esa sala de espera en la que estaba situada una mesa que ocupaba Angelina, la cual seguía dentro del despacho de Marco.

El edificio era cien por cien vanguardista, dotado de unas impresionantes cristaleras que lo recorrían de arriba abajo. Todo en él lucía impoluto, moderno, perfecto, en una sola palabra.

—Ya podéis pasar —nos indicó en ese instante Angelina.

El rubor se hizo el dueño de mis mejillas ya que mi hermana, que se movía alrededor de su mesa, se sobresaltó al escucharla y se giró, chocando con el codo y tirando unas carpetas.

—Lo siento muchísimo, de verdad. Ahora mismo lo recogemos —le comenté.

—Yo, yo lo recojo —murmuró la despistada de Olga, que estaba en plena edad del pavo y parecía llevarlo consigo encima allá donde iba.

—No es nada, si no hay ningún problema, Amanda, no te apures…

—Aquí tienes —le indicó Olga poniéndole varios papeles de los esparcidos en la mano.

Conforme íbamos entrando la miré y el comentario de mi hermana no se hizo esperar.

—*Mamma mía*, cómo pagan aquí a la gente.

En ese instante supuse que Olga vio algo que llamó su atención, aunque no era momento de formularle preguntas al respecto.

Marco se puso de pie para recibirnos y lo hizo con un par de besos. Como jefe, no se podía negar su cercanía y, para colmo, esa cercanía alborotaba todos y cada uno de mis sentidos.

—Perdonad la espera. Estamos en un momento crucial y hay muchos temas que abordar en estos días. ¿Qué tal las primeras sensaciones en el ático?

De un hombre tan ocupado como él podrías esperar que pretendiese rentabilizar cada uno de sus segundos. Y en absoluto era así. Al menos, con nosotras, siempre demostraba mucha generosidad en lo que a dedicarnos tiempo se refiere. Y eso me llenaba.

—Sí, ha sido un despertar maravilloso. Y con la sorpresa de Gina. No tenías por qué…

—Sí, cuando descubras el ritmo al que viviremos, me darás la razón. Aparte, que te necesito con los cinco sentidos puestos en el proyecto, Amanda. Soy de ir al grano, es la realidad. Aparte, que no tendría ningún sentido que te dedicaras a algo que pueden hacer otros por ti. Tú eres un diamante en bruto y debes concentrarte en dejar que lo pulamos.

"Un diamante en bruto", me gustó cómo sonó. Al ser una chica sencilla, sabía bien a qué se refería. Y lo más bonito era que él supo ver mi potencial pese a mi falta de oportunidades en la vida para refinarme

—Así que en bruto —murmuré bromista.

—No te lo tomes a mal. Si hay que pulirlo es por exigencias del guion. A mí me gusta más lo natural y salvaje, si te sirve de algo.

Sí me sirvió. Me sirvió para que notase cómo mis bragas se humedecían hasta un punto que tendría que pasar por el baño para quitármelas, a poco que hiciera un comentario más de ese tipo.

La pilla mirada que me echó mi hermana me dejó claro que también lo había interpretado igual. Y eso me sentó regular porque no deseaba que su aguda mente comenzase a hacer chistecitos al respecto. Olga era un tanto cargante cuando le venía en gana, aunque en ese caso le diría que echase el freno, que tenía cosas más importantes en las que centrarse.

Si el edificio en sí era una proeza arquitectónica, el gusto a la hora de elegir y decorar su despacho también era digno de mención. Sus muchos muebles, dada su dimensión, contrastaban unos con otros y, a su vez, con las impresionantes cristaleras que componían dos de sus paredes, al hacer esquina.

De estilo minimalista, rezumaba personalidad, lo mismo que el hombre que se sentaba tras la imponente mesa repleta, entre otros elementos, de pantallas de ordenador en las que llevar a cabo sus exhaustivos análisis.

Ni un solo cable a la vista pese a la mucha tecnología que albergaba. Todo se reducía a armonía en un espacio en el que Marco debía pasar muchas horas de concienzudo trabajo, pues lo que su prodigiosa mente había levantado ella solita no se llevaba a cabo de la noche a la mañana.

Tras mostrarme algunos datos de la nueva colección, se levantó con la intención de presentarme él mismo a parte del equipo.

Uno no imagina cuántos profesionales hay detrás de una campaña de publicidad y menos si, como yo, se es amante de la moda, pero se ignora por completo cómo se capta al cliente.

Desde el director creativo, el ejecutivo de cuentas, el redactor publicitario, el analista de mercado, el encargado de la estrategia digital o el director de arte, pasando por aquellos con los que me sentía más identificado como el diseñador de moda o *fashion designer*, que en ese caso me cayó genial. Se llamaba Samuel y era español, otro ejemplar al borde la extinción dado su formidable talento, gay hasta la médula y con una lengua mordaz.

En sus manos me dejó Marco, pues tenía mucho que hacer en su despacho, y allí disfruté como una cría con zapatos nuevos viendo desde los primeros bocetos de la colección hasta esos vistosos resultados que causarían sensación entre las chicas de mi edad y de otras no demasiado dispares.

—Pienso que estos diseños encajan con mi fisionomía, ¿lo ves igual, Samuel?

—¿Y tú me lo preguntas? Si te digo la verdad, es como si ya te conociera… Ese Marco… Qué ingenio de hombre, ¿cómo ha podido traerme a la única mujer en el mundo que encaja con ellos a la perfección? Eres eso en lo que pensaba cuando de estas prodigiosas manitas salían esos modelos.

—Eres ideal adulando…

—No, no, te lo digo muy en serio. No te niego que la campaña la iba a llevar a cabo Ilenia Vanetto, la muy estúpida ya se veía hasta dándome instrucciones al respecto. Si de verdad se pensaba que iba a cambiar un detalle de uno solo de sus centímetros porque a ella se le metiese en esa engreída cabeza suya de pelo ensortijado, la llevaba clara.

—Ilenia Vanetto, me suena…

—Sí, sí, es una modelo muy reputada. Protagonizó campañas para otras firmas antes de trabajar con nosotros. Se veía en la cresta de la ola sin saber que, de un momento para otro, esta tiene que llegar a la orilla y convertirse en espuma de esa que se fusiona con la arena hasta desaparecer. También ella parece haber desaparecido. No la echaré de menos, que la zurzan.

Samuel contaba las cosas de una manera de lo más teatral, gesticulando en todo momento. Su pluma era evidente, igual que el hecho de que le gustaba presumir de ella.

Lo hacía con gracia, esa misma que le ponía a todo. Su vocabulario era punzante y su acento me resultaba de lo más delicioso al oído, pronunciando la “ese” implosiva antes de otra consonante, o lo que es lo mismo, la “ese” se

perdía por completo en esos casos. Me contó que le venía por ser de Herrera de Alcántara, un municipio de Cáceres del que salió muchos años atrás para hacerse un hueco en el mundo de la moda. Debía andar por los cuarenta, esos fueron los años que le eché cuando me pidió que calculase su edad.

—Eres para ponerte un piso, vamos… Cuarenta y ocho tengo, preciosa, y eso sí, una genética estupenda heredada de mi señora madre.

—Pues no te los hubiera echado en la vida…

—Yo a ti tampoco. No eres mi tipo, más bien diría que eres el de Marco, muñeca.

—¿Lo dices porque a Marco le gustan las rubias?

—A Marco le gustan las bellas, en general. El gran jefazo es un amante de la belleza en toda la extensión de la palabra. Y menudo amante que debe ser…

Un comentario más así por su parte y la humedad que salía de mis braguitas desde que el jefe me habló alcanzaría ya a mojar mis pantalones.

—Mira, te voy a enseñar unas pruebas que hicimos para la campaña publicitaria…

—Qué fotos tan bonitas y la chica es realmente impresionante, ¿se trata de….?

—Sí, sí, de la estúpida de Ilenia.

—¿Qué pasó con ella? ¿Por qué ya no trabaja con vosotros?

—A mí no me preguntes porque eso es un misterio. Solo sé que se largó despidiéndose a la francesa. Y por mí mucho mejor, que no la soportaba.

—¿Tan mala era?

—Pues mira, te voy a decir la verdad; no creo que lo fuera, solo que a mí me caía como una patada en los mismos cataplines. No nos soportábamos, no había *feeling* entre ambos. No tengo ni idea de cómo Marco se acostaba con ella…

—¿Estaban liados? —le preguntó Olga, poniendo en alerta todos sus sentidos gracias al chascarrillo que acababa de oír.

—Nena, tú de esto ni media palabra a nadie, ¿me oyes? Que no quiero líos —le advertí.

—Si eso lo sabía todo dios, mujer, por qué se va a tener que callar la niña. Me alegra que se terminase ya, no le pegaba nada a Marco.

—Pues guapa lo era, y mucho…

No podía dejar de mirar la foto de aquella mujer con halo de estrella, de melena a lo afro, piel morena, ojos grises, piel elástica y perfecta, y que le hacía el más cautivador de los guiños a la cámara.

Diréis que soy tonta, pero me sentí muy pequeñita a su lado en ese instante. Por lo que se dejaba ver en aquella foto, era toda una profesional… La cámara la quería y ella sabía cómo coquetear para enamorar al cliente, algo que comenté.

—Ni que tú lo fueras menos. Y su físico, por muy imponente que fuese, no iba con esta colección. Se lo advertí a Marco, pero como ella impuso sus exigencias, comenzando a tirar de la cuerda… Yo se lo advertí, que igual un día la cuerda se rompía.

—¿Se marchó porque discutió con Marco?

—Marco es un caballero en todos los sentidos y un profesional como la copa de un pino. No despegó sus labios respecto al motivo por el que Ilenia se marchó, pero lo hizo. Y ellos, que yo sepa, no han vuelto a verse más. Para mí que terminaron tirándose los trastos a la cabeza, pero no me preguntes más porque no lo sé. Si lo supiera, te lo contaría, me has caído genial.

—Si eso lo sabía todo dios, mujer, por qué se va a tener que callar la niña. Me alegra que se terminase ya, no le pegaba nada a Marco.

—Pues guapa lo era, y mucho…

No podía dejar de mirar la foto de aquella mujer con halo de estrella, de melena a lo afro, piel morena, ojos grises, piel elástica y perfecta, y que le hacía el más cautivador de los guiños a la cámara.

Diréis que soy tonta, pero me sentí muy pequeñita a su lado en ese instante. Por lo que se dejaba ver en aquella foto, era toda una profesional… La cámara la quería y ella sabía cómo coquetear para enamorar al cliente, algo que comenté.

—Ni que tú lo fueras menos. Y su físico, por muy imponente que fuese, no iba con esta colección. Se lo advertí a Marco, pero como ella impuso sus exigencias, comenzando a tirar de la cuerda… Yo se lo advertí, que igual un día la cuerda se rompía.

—¿Se marchó porque discutió con Marco?

—Marco es un caballero en todos los sentidos y un profesional como la copa de un pino. No despegó sus labios respecto al motivo por el que Ilenia se marchó, pero lo hizo. Y ellos, que yo sepa, no han vuelto a verse más. Para mí que terminaron tirándose los trastos a la cabeza, pero no me preguntes más porque no lo sé. Si lo supiera, te lo contaría, me has caído genial.

Capítulo 13

—Será que tú no eres guapa, ¿te has quedado rayada con lo de esa tía? —me preguntó Olga cuando fuimos a tomar un aperitivo después de que Renzo nos dejase cerca de casa con el coche. Quería ver algo del centro. Hacía frío, pero el sol estaba fuera y no me apetecía subir aún al ático.

—No digo que no lo sea, pero esa chica era mi predecesora y dejó el listón muy alto, ¿Por qué se iría?

—No te taladres con eso, porque era una engreída y querría más pasta. Y eso que Marco ha tragado por darle una buena cantidad por decirle “chao”.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Lo ponía en un documento que tenía Angelina en su mesa.

—Cierto… Por eso me dijiste que allí se pagaba bien.

—Pero bien, la cantidad tiene más ceros que mis calificaciones… Las de hasta ahora, claro —carraspeó porque había entrado en terreno pantanoso y lo sabía.

—¿Cuánto?

—Ven, que te lo digo en el oído.

Tenía que haber previsto que la payasa de mi hermana primero me la jugaría. Y lo hizo, al pedirme que me acercase, y darme un susto.

—¡¡Serás boba!!

—No te cabrees que fruncir el ceño no te viene bien. Tú hazme caso. Ven, que ahora te la digo…

La cantidad era tremenda, eso desde luego. Comprobé en mi reloj que era la hora del descanso del mediodía de Triana y la videollamé.

—A ver, enséñame la plaza de atrás… Qué asquerosamente suertuda eres, cuéntame cómo te ha ido la mañana.

A través del teléfono, sentía como si la tuviese a mi lado cada día, algo que me hacía mucho bien. Triana seguí cargándome la batería a distancia. Y cuando supo de mi preocupación, se echó a reír, restándole toda la importancia.

—¿Qué se supone que es lo que te preocupa? Más tontita tú… ¿No te ha dicho el tal Samuel que eres la que le viene como anillo al dedo a la colección? Y encima la otra se ha largado…

—¿Y si le da por volver? Marco me dijo que buscaba a una modelo, a una que le viniese bien, pero que ya tuvo una, con la que se acostaba, y la perdió…

—¿Y si la echó él? ¿Tú qué sabes? ¿No dice Samuel que estaba muy poseída? Lo mismo se empeñó, él no quería y tuvo que ponerla en su sitio. Espera, que la busco en Internet. Seguro que fue eso, tiene una cara de mandona y sabelotodo que no puede con ella.

—¿Sí? Espera que miro también, ¿se dice algo de que estuviesen juntos?

—Ni media. Ahí tienes un posible motivo de su amargura: no era suficiente para él y se cogió un rebote de impresión. Después de eso, o se fue o él la echó, asunto concluido. ¿Qué más te preocupa?

—Me encanta cómo lo sintetizas todo.

—Y a mí lo bien que hablas pese a apenas tener estudios. Se nota que estabas predestinada a algo grande. Y hablando de cosas grandes…

—Suéltalo, brujilla, que tienes algo en el tintero y no te quedarás tranquila hasta que lo hagas…

—Pues que anoche me acosté con Víctor. No me preguntes ni cómo fue…

—Y ya me imagino lo que tiene grande…

—Sí, Olga, el corazón, eso justo que te estás imaginando —le dijo con la miradilla más enamoradiza que le hubiese visto en mucho tiempo.

—¿Y te gustó?

—Me gustó como para querer repetir y quererlo ya, niña. Hacía tiempo que no me fijaba en nadie y yo sin sexo no puedo estar, no soy como tú.

—Ni que yo fuera monja, pero no me tires de la lengua delante de mi hermana.

—Ni que yo fuera tonta… —se quejó Olga.

Estábamos echando un buen rato, pese a lo cual yo seguía rumiando lo del tema de Ilenia. ¿Cómo sería lo suyo con Marco? ¿Cuánto duraría? ¿Se trataría solo de sexo o habría algo más? ¿Cuándo terminó? ¿Cómo? ¿Por qué?

Las preguntas se me amontonaban en la mente y en vano, porque ni tenía ninguna respuesta ni me llegaría por ningún medio. Lo que quiera que pasase entre ambos era cosa suya y también lo último que me debiera preocupar

Estaba en Milán, tomándome un aperitivo con mi hermana y paladeando aún el agradable sabor de que también Samuel, el diseñador de moda de la colección, coincidía con Marco en que era la candidata ideal para hacerla visible. Entonces, ¿qué me ocurría? No tenía ningún sentido que me preocupase. Ilenia pasó a la historia y había llegado mi momento.

Quizás fuera el hecho de que Marco ni siquiera la mencionase el que me rayase más. En cualquier caso, él no parecía haberle dado importancia al tema y afectado así como por una ruptura tampoco se le veía.

Al llegar a casa, nos encontramos con la agradable sorpresa de que Gina nos tenía preparada la comida. Eso no lo esperaba, pensé que no formaba parte de sus tareas.

—Claro que sí, lo haré todos los días. No me cuesta nada. Es más, la cocina me relaja y espero que estos *ravioles al pesto* os gusten.

—Si saben como huelen, ya te adelanto que sí.

—Pues nada, os voy dejando para que almorcéis, que ya me voy por mi niño…

—Oye una cosa, Gina, ¿tienes con quién dejarlo?

—Sí, su padre y yo trabajamos, pero se lo queda mi madre.

—Pues si algún día no puede, cuenta con que te lo puedes traer.

—Ay, Amanda, qué linda eres… Eso no me lo ofrecerían en ninguna otra casa.

—Es que igual, en otra casa de este tipo, nadie te entendería como te entiendo yo.

—Lo dice porque más de una vez se las vio y se las deseó para trabajar conmigo, cuando era chiquitilla —le aclaró Olga.

—Me caéis muy bien, las dos. Gracias.

También ella era sensacional y eso me tranquilizaba, pues no podría haberme sentido cómoda en casa con una extraña con la que no congeniase.

De todos modos, Gina vendría en el hueco de la mañana de lunes a viernes, así que tampoco coincidiríamos demasiado porque pronto comenzaría a trabajar y mis mañanas libres brillarían por su ausencia.

—Me caéis muy bien, las dos. Gracias.

También ella era sensacional y eso me tranquilizaba, pues no podría haberme sentido cómoda en casa con una extraña con la que no congeniase.

De todos modos, Gina vendría en el hueco de la mañana de lunes a viernes, así que tampoco coincidiríamos demasiado porque pronto comenzaría a trabajar y mis mañanas libres brillarían por su ausencia.

Capítulo 14

A media tarde, me encontré con la sorpresa de que Marco me pidió que bajase a tomar algo con él. Venía de su despacho y me hice un arreglo rápido.

—¿Te quieres venir, Olga? Tomaremos un vino en alguna terraza cercana.

—No, gracias, que voy a grabar un Tik Tok y que no quiero estorbar.

—Tú no estorbas, que es trabajo…

—Sí, sí, trabajo con pasteleo incluido.

—Nena, que nadie te escuche decir eso, me haces el favor.

—Tampoco es la primera vez que Marco lo hace, no creo que fuese tan *heavy.*

De acuerdo en que no sería para rasgarse las vestiduras. Con todo, no quería entrar en la empresa con ese pie, como si él me hubiera elegido por tener algo conmigo o como si yo estuviera yendo tras el jefe por los muchos ceros de su cuenta corriente.

Nunca tuve afán de destacar y ya lo haría bastante como modelo publicitaria. No me hacía falta más. Esa parte me ilusionaba, mucho, pero para nada me apetecía que la gente comenzase a darle a lengua sobre nada relacionado con Marco y conmigo.

Me coloqué unas mallas negras, botas militares crudas igual que la bandolera que portaba en el hombro, jersey de cuello alto en el mismo color y plumífero en tono kaki.

Marco llegó vestido de traje, sin corbata, como era habitual en él. Supuse que se la pondría para las reuniones y demás, yendo más cómodo el resto del día. Soy observadora y llegué a esa conclusión porque, durante nuestra breve estancia en su despacho, abrió la puerta de una de sus armarios y había en ella un corbatero con varios de esos complementos.

La seducción de su rostro se acentuó aún más al verme.

—Espero que no me consideres un jefe acosador por esta intromisión —me sonrió dándome dos cálidos besos en las mejillas.

—No, no, dentro de un rato cenaré con Olga, pero ahora mismo estaba tirada a la bartola… Espera, que trato de traducírtelo.

—Que te estabas tocando la barriga, por decirlo de alguna manera.

La forma en la que me miró al decirlo, no exenta de cierto morbo, me llevó a pensar que él hubiera preferido imaginarme mientras me tocaba otras partes de mi anatomía que no fueran precisamente esa. Y mi maquinaria mental echó a funcionar durante una fracción de segundo en la que me llegó un flash de cómo me tocaría para él.

—Sí, por decirlo de alguna manera. ¿Qué te trae por aquí?

—Pues mira, como de momento no tienes coche, me he permitido dejar el mío en tu plaza de garaje. Y así me e más cómodo hacer un alto en el camino para saludarte.

—Ya ves, si el ático es tuyo. Esto es de coña…

—Sí, es de coña. Me alegra ver que ya no lamentas decir algo así en mi presencia.

—No, no, ya vamos cogiendo confianza. Por cierto, que me ha caído fenomenal Samuel, ¿por qué no me advertiste que era español?

—Porque preferí que lo descubrieras al mismo tiempo, con todos sus matices. Samuel es un tío muy especial… es simplemente él.

—Sí, sí, me ha tratado de fábula y me ha hecho sentir muy bien —le iba diciendo mientras mi mente trataba de ir un paso más allá, sacando el siguiente tema sin parecer una cotilla de barrio.

—No esperaba menos de él.

—Y también me ha enseñado fotos de la colección. Es realmente ideal, me voy a dejar la piel en ser su imagen.

—Tampoco esperaba menos de ti.

—Por cierto, que en algunas de las fotos he visto a esa chica, Ilenia.

Noté el silencio incómodo por su parte y enseguida me arrepentí de haber mencionado su nombre. Cada una de las partículas que forman mi cuerpo quisieron dar marcha atrás y el resultado fue que mis mejillas florecieron

como si me hubiese aplicado en ellas medio kilo de colorete.

—Sí, Ilenia —carraspeó—. Esa chica no era consciente de que la colección no le iba. No le des más vueltas.

Cuando una persona tiene la seguridad que desprendía Marco, no le resulta difícil dar por zanjado un tema. Si algo leí en sus ojos era su falta de predisposición para seguir hablando al respecto.

Puede que no tuviese demasiada experiencia en el mundo laboral y que la mía, de hecho, fuese nula en ciertos círculos, lo cual no significa que no sepa cuándo debo mantener los labios cerrados.

De entre todos los vinos de la carta, Marco se decantó por el más caro y, una vez que nos lo sirvieron, me ayudó a detectar sus matices porque era un hombre curioso que disfrutaba llegando hasta el fondo de ciertas cuestiones. Y el vino parecía ser muy de su gusto, por lo que pude deleitarme con sus explicaciones sobre lo ponderada que debe ser la combinación entre la fruta, el amargor, la acidez y el cuerpo de una buena copa, como aquella que estábamos degustando.

s

Me despedí de él un rato después con el compromiso de volver a vernos al día siguiente, pues una buena parte del equipo aún no me había conocido. Se refería más bien a esos que trabajarían conmigo en el día a día y que quedaban más lejos de los despachos relacionados con el márquetin y la contabilidad.

Por cierto que aquella noche, indagando, descubrí que Ilenia se convirtió en modelo publicitaria después de haberlo sido de pasarela, destacando en su agencia.

Quizás no existiese ninguna razón por la que debiera rayarme, como me decían Olga y Triana, pero soy así y no puedo evitarlo. Y el hecho de que ella hubiese triunfado cuando a mí aún no me conocían ni en mi casa me generaba una inseguridad no fácil de gestionar.

como si me hubiese aplicado en ellas medio kilo de colorete.

—Sí, Ilenia —carraspeó—. Esa chica no era consciente de que la colección no le iba. No le des más vueltas.

Cuando una persona tiene la seguridad que desprendía Marco, no le resulta difícil dar por zanjado un tema. Si algo leí en sus ojos era su falta de predisposición para seguir hablando al respecto.

Puede que no tuviese demasiada experiencia en el mundo laboral y que la mía, de hecho, fuese nula en ciertos círculos, lo cual no significa que no sepa cuándo debo mantener los labios cerrados.

De entre todos los vinos de la carta, Marco se decantó por el más caro y, una vez que nos lo sirvieron, me ayudó a detectar sus matices porque era un hombre curioso que disfrutaba llegando hasta el fondo de ciertas cuestiones. Y el vino parecía ser muy de su gusto, por lo que pude deleitarme con sus explicaciones sobre lo ponderada que debe ser la combinación entre la fruta, el amargor, la acidez y el cuerpo de una buena copa, como aquella que estábamos degustando.

Me despedí de él un rato después con el compromiso de volver a vernos al día siguiente, pues una buena parte del equipo aún no me había conocido. Se refería más bien a esos que trabajarían conmigo en el día a día y que quedaban más lejos de los despachos relacionados con el márquetin y la contabilidad.

Por cierto que aquella noche, indagando, descubrí que Ilenia se convirtió en modelo publicitaria después de haberlo sido de pasarela, destacando en su agencia.

Quizás no existiese ninguna razón por la que debiera rayarme, como me decían Olga y Triana, pero soy así y no puedo evitarlo. Y el hecho de que ella hubiese triunfado cuando a mí aún no me conocían ni en mi casa me generaba una inseguridad no fácil de gestionar.

Capítulo 15



De nuevo me llegó una caja a primera hora de la mañana. Y un modelo de los que más había alabado de la colección, en presencia de Samuel, fue el que contenía. Así que supe que la conexión entre Marco y él era un hecho.

La sonrisa se me dibujó en los labios. En cualquier momento me llegaría un aluvión de ropa, pero, mientras, descartaban cualquier duda que pudiera surgirme en torno a cómo aparecer por los despachos.

Cuando empezásemos con la publicidad, las sesiones de fotografía y vídeo se desarrollarían mayoritariamente en el exterior, buscando los rincones más propicios para ello. De eso se encargaba otro profesional especialista en rodajes en exteriores, al cual no conocía aún, como tampoco a quien sería mi estilista ni al encargado de la fotografía o de las filmaciones.

Aquella mañana Olga se quedó con Gina en casa. Se encontraba un poco indispuesta debido a un atracón que se dio la noche anterior y permanecería algo más en cama.

Se lo permití porque estaba pachucha, pues de otro modo se habría levantado de inmediato, que estaba dispuesta a enderezarla.

Cuando llegué hasta el despacho de Samuel con mi vestido de línea *evasé* y estampado multicolor, botas altas y bolso coordinado, él se levantó de su silla como si acabase de recibir un calambrazo.

—Ese Marco… Es que no ha podido acertar más. Estás divina, eres lo más de lo más, eres lo más bonito y más estiloso que ha parido madre —me soltó con ese acento cacereño que no se le había ido (por suerte), pese a llevar muchos años allí.

—¿Tú crees? —le dije dándome una vuelta.

—Yo creo que vas a dar en cámara como nadie. A ver, imagínate que soy yo, mírame…

Lo hice con una seductora sonrisa en el rostro, imaginándome que había llegado el momento.

—Y ahora, entorna más los ojos, como si estuvieses mirando al infinito… Y como si en ese infinito estuviera el

tío más irresistible del mundo, con un sabor y una textura más buenos que el de la tarta de tres chocolates… Eso es, muy bien. Y ahora, piensa que lo vas a engullir enterito, cuchara a cuchara. Ponte sexi… No, no tanto, que me has puesto cachondo hasta a mí y no estamos en el rodaje de una peli porno… Algo más sutil, niña, tú sabes de lo que te hablo…

Sí que lo sabía y el resultado, según él, fue inmejorable.

—Ya verás cuando te conozca Stefano, que vendrá dentro de un rato. Es el fotógrafo. Otro que no está bueno ni nada… Le cae una melena rizada en cascada hasta los hombros y sus ojos negro azabache se me clavan como espadas…

—Te has parecido a una tonadillera, Samuel, qué puesta en escena —le comenté porque, al decirlo, hizo el gesto de que se le clavaban literalmente.

—Si es que me lo imagino de verdad, pero con una sola de sus espadas, que hoy no está tu hermana y puedo sacar la lengua a pasear.

—Te gusta Stefano, ¿verdad?

—La pregunta es, ¿y a quién no le gusta Stefano? Clara también está loquita por él.

—¿Quién es Clara?

—Mi modista, la que se encarga de todo el patronaje. Ya verás cuando te vea con este vestido puesto. Por favor si es que estás para…

—Para tocarte las palmas en un barrio de tu Jerez, para eso estás.

Por el despacho de Samuel acababa de aparecer Marco, que fui quien me dirigió esas motivadoras palabras.

—Buenos días, Marco. Ya llevo un rato aquí, pero no he querido molestarte.

—Angelina me lo ha dicho. No es ninguna molestia, esperaba que pasases a saludarme.

—Lo hubiera hecho, más tarde —le dije ya casi en susurro.

—¿Tienes tiempo para un café?

—Claro que tiene tiempo, Marco —contestó Samuel por mí y casi me da un empujón para que me fuese con él —. Aún no hemos comenzado a ponerle las pilas… Ya luego será nuestra —pronunció como con voz tenebrosa.

Salíamos de su despacho cuando una mujer se me quedó mirando fijamente.

—Tú debes ser Amanda, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas nada. ¿Puede que tú seas Clara?

—La misma.

—Samuel me ha hablado de ti.

—Y todos me han hablado de ti. Estos días no se parlotea de otra cosa por aquí. Eres la sensación, chica.

—¿Yo? Pero si todavía no me conoce casi nadie.

—Entonces no hace falta que te diga lo que ocurrirá cuando así sea. Marco, no te la lleves muy lejos, *please,* que quiero hacer luego unas pruebas con ella.

—Sí, pero recuerda que todas nuestras clientas no cuentan con un cuerpo así —bromeó pícaro.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? La mayor pesadilla de mi vida son las cartucheras, me asaltan noche sí y noche también.

—Pero si estás estupendísima, Clara.

—Tú qué vas a decir, con lo contenta que debes estar por lo bien que te ha tratado la naturaleza, asquerosa —pronunció con toda la gracia mientras se marchaba.

—Todos los que voy conociendo son sensacionales, Marco.

—Lo sé, lo sé… Me ha costado mucho tiempo reunir al equipo con el que soñé siempre y ahora nada ni nadie lo pondrá en peligro.

—¿Y antes sí? —le interrogué al respecto por si soltaba prenda de Ilenia.

—Digamos que antes, alguien pudo desestabilizarlo. Voy pidiendo el café para ambos.

Me agradó mucho el detalle de que se tomase la molestia de salir de su despacho para compartir aquel café conmigo. En realidad, le veía a todas las horas desde mi llegada a Milán. Y eso, en un hombre tan ocupado como él, era muy de agradecer.

Marco estaba por la labor de que me sintiese cómoda y demostraba ser un verdadero maestro a la hora de

lograrlo. No solo se comportaba como el mejor de los jefes, sino que me dispensaba un trato de amigo y, aparte… Aparte me miraba como si desease algo más.

lograrlo. No solo se comportaba como el mejor de los jefes, sino que me dispensaba un trato de amigo y, aparte… Aparte me miraba como si desease algo más.

Capítulo 16



Fue al día siguiente cuando conocí a mi estilista, Roberta…. Ella se encargaría de que luciera impecable.

Olga estaba a mi lado cuando Samuel me la presentó. Se notaba que a él le caí en gracia desde el primer día porque hacía por pasar tiempo conmigo, en cuanto llegaba al trabajo.

—Roberta, mira qué melena, qué manos y qué cara, ¿has trabajado alguna vez con una materia prima más increíble que esta? La sedosidad de su piel…

—Si no fuera por lo que es, Samuel, diría que le estás tirando fichas…

—Sabes que no, que mi interés por esta preciosidad con largas y torneadas piernas no es ese, aunque si tuviera que elegir una mujer con la que reproducirme sería ella, porque entre su belleza y mi talento…

—¿Me estás llamando torpe? —le pregunté mientras una risilla burlona se dejaba oír por mi parte.

—No, no… Aunque es innegable que mi talento es único y exclusivo, falsa modestia aparte. A ti la madre naturaleza ya te ha premiado bastante con esas impresionantes facciones. Somos dos privilegiados.

—Palabra de Dios —soltó Roberta con otra risilla.

—Pues sí, del Dios de la creación, que la colección ha salido de mis manitas, como tantas otras…

Era un divo y lo hacía valer. Samuel no conocía la modestia ni le hacía ninguna falta. Era como era y se encontraba extremadamente orgulloso de presumir de sus innegables logros. Llegó donde lo hizo por méritos propios y el orgullo lo llevaba por bandera.

Roberta me condujo a su área de trabajo, que era como una especie de inmenso camerino en el que no faltaba ni un solo detalle.

—Aquí será donde, cada día, añadamos un toque de glamur a tu belleza natural. Iremos haciendo unas pruebas de peinado y maquillaje. Y luego seguiremos con las uñas.

Olga estaba tan impresionada con cuanto veía que la mandíbula se le descolgaba a cada momento. Si a mí me impresionaba que estuviesen tan volcados conmigo, como si fuese el ombligo del mundo, no digamos ya a ella.

Cuando la veía así, sin poder parar quieta un segundo, sabía que se avecinaba una petición por parte de mi hermanita.

—Roberta, ¿y a mí me harías la manicura también? Como un favor especial y solo por esta vez, porfi —se lo rogó uniendo sus manitas, las manitas de una zalamera que sabía muy bien cómo pedir las cosas.

—Claro, al final de la mañana te las hago, ¿te parece bien?

—¡¡Claro!! ¡¡Gracias!!

Sin más, le plantó un beso en la mejilla. Esa espontaneidad mía de la que Marco hablaba también la exhibía ella

—Pero mucho cuidado con pedir algo estridente, hermanita, que el lunes comienzas en el instituto y no eres una *celebritie* como Beyoncé o Rihanna, que te veo venir.

Le di un toquecito, pero si no me opuse más fue porque estaba haciendo un gran esfuerzo con el idioma y se lo había preguntado de una forma muy correcta, incluso en la pronunciación.

Olga era muy inteligente y resuelta, tenía oído y, en ese caso, también interés en dominarlo, algo que sucedería en pocos meses. Para el comienzo del siguiente curso, tras el verano, ya me la imaginaba cotorreando con su nuevo círculo de amistades italianas sin la menor dificultad.

Roberta estaba por la labor de hacerla feliz un ratito, por lo que me tranquilizó.

—Tranquila, que el *"nail art"* (que se traduce como el "arte de las uñas" o la forma creativa de pintarlas y decorarlas) es muy amplio y hay una manicura para cada mujer y situación. Le haremos algo bonito.

—Sí, por favor, pero que tampoco esté cagado —se le escapó a ella.

En ese momento, al hablar sin pensar, lo soltó en castellano, lo cual no evitó que Roberta lo entendiese y se le escapara la risilla hasta que una lágrima asomó por sus ojos.

Era realmente encantadora y, mientras creaba con sus manos, puesto que allí todos eran grandes profesionales, le explicó a Olga que estaban de toda moda las *fombré nails*.

—¿Y eso qué es? —se interesó ella.

—Es una perfecta apuesta para lucir una manicura pulcra con la que se logra un efecto estilizado y limpio. Es

decir, que todos mirarán tus manos sin que haya ningún color estridente, como dice tu hermana, que les maree. Equivale a destacar sin caer en lo excesivo, lo natural en tu edad.

—Vale, tú me lo haces luego y te digo si me gusta.

—Si eres capaz, di que no te gusta, señorita.

—Estoy censurada, ya puedes observarlo.

—Sois muy graciosas, ambas. Y la combinación de las dos ya es realmente explosiva. Nos vamos a divertir mucho juntas.

Había dado en el clavo. Roberta, igual que Clara o Samuel, parecía disfrutar muchísimo con su trabajo. Aquella pelirroja de ojos azules, que llevaba un corte de pelo de esos tan cortitos que hay que derrochar personalidad para lucir, parecía tan entusiasmada con su labor como el resto de sus compañeros. Debía andar por los treinta y sus manos era extraordinariamente hábiles.

Al final de la mañana, me había hecho su amiga. También de Clara, la cual debía rozar más bien los cuarenta y lucía una imagen menos arrojada, con su media melena rubia ceniza y sus ojos achinados, pequeñitos, de esos que si los viera Triana, diría que se los habían abierto con un punzón. Así era mi niña, la única que faltaba allí…

Me sentía tan feliz, tan extremadamente feliz, que tendría que aprender a gestionar todo aquello para que no se me fuera de las manos. De un momento para otro, mi vida dio el más vertiginoso de los giros y me situaría en el ojo del huracán, cuando el único viento con el que estaba acostumbrada a lidiar era ese otro, el de Levante, de mi tierra gaditana.

decir, que todos mirarán tus manos sin que haya ningún color estridente, como dice tu hermana, que les maree. Equivale a destacar sin caer en lo excesivo, lo natural en tu edad.

—Vale, tú me lo haces luego y te digo si me gusta.

—Si eres capaz, di que no te gusta, señorita.

—Estoy censurada, ya puedes observarlo.

—Sois muy graciosas, ambas. Y la combinación de las dos ya es realmente explosiva. Nos vamos a divertir mucho juntas.

Había dado en el clavo. Roberta, igual que Clara o Samuel, parecía disfrutar muchísimo con su trabajo. Aquella pelirroja de ojos azules, que llevaba un corte de pelo de esos tan cortitos que hay que derrochar personalidad para lucir, parecía tan entusiasmada con su labor como el resto de sus compañeros. Debía andar por los treinta y sus manos era extraordinariamente hábiles.

Al final de la mañana, me había hecho su amiga. También de Clara, la cual debía rozar más bien los cuarenta y lucía una imagen menos arrojada, con su media melena rubia ceniza y sus ojos achinados, pequeñitos, de esos que, si los viera Triana, diría que se los habían abierto con un punzón. Así era mi niña, la única que faltaba allí…

Me sentía tan feliz, tan extremadamente feliz, que tendría que aprender a gestionar todo aquello para que no se me fuera de las manos. De un momento para otro, mi vida dio el más vertiginoso de los giros y me situaría en el ojo del huracán, cuando el único viento con el que estaba acostumbrada a lidiar era ese otro, el de Levante, de mi tierra gaditana.

Capítulo 17

Cuando salí al mediodía, Marco me dio el encuentro.

Roberta me había dejado el pelo precioso… Me recortó las puntas y me lo alisó, haciéndome unas desenfadadas ondas que enmarcasen el óvalo de mi rostro. Y el maquillaje de día era otra verdadera obra de arte… Tan natural como para no chirriar y tan absolutamente impecable como todo lo que ella hacía, con tonos suaves y pastel que me añadían una luminosidad extra que me hacía sentir muy favorecida.

También Olga salió de allí con la sonrisa fija gracias a la manicura que le hizo, igual que la mía, con el resultado que ya nos advirtió de antemano: pulcro y estilizado. Aparte de que nos dio un masaje en las manos con una crema que nos aportó un plus de suavidad, ¡¡daba gusto rozarlas!!

En cuanto a Clara, me hizo las pruebas y me dio a elegir entre varios vestidos para que me llevase, ¡¡si hasta a mi hermana le regaló un par de ellos!

Ya íbamos camino del coche cuando nos encontramos con Marco. Eran en torno a la una de la tarde y él también parecía salir.

—Espectacular —dijo escueta, pero intensamente, al verme.

—Gracias, Pues si no quieres nada más, ya nos vemos el lunes, ¿no?

Puse la coletilla del "¿no?" y quizás no fuese necesaria. Debía hacer por apartar de mi mente ese síndrome de la impostora que me frenaba sin remedio.

—No vas a tener tanta suerte. Hoy te vienes a almorzar conmigo —me comentó.

Dicho así, por favor, ¡¡si sonaba a cita!! Pero no, no era el caso, ya que enseguida me explicó.

—Verás, tengo que reunirme con gente del mundillo, se trata de una reunión informal. Se dan unas copas en honor a un diseñador que se jubila y he de ir. No sería tu presentación oficial, pero sí te comenzarán a ver conmigo y eso dará pie a la rumorología de si eres o no mi nueva musa. Que especulen está bien. Tienen que hablar de uno, siempre, es una de las normas.

—Así que por eso voy maquillada, peinada y con la manicura recién hecha. Qué listo tú…

—Sí, y con un puñado de vestidos de entre el que podrás elegir aquel con el que te sientas más cómoda.

—Ya me va encajando todo.

—Yo también llevo un par de ellos, pero si puede ser, me voy a casa, que quisiera llamar a mis amigas, enseñarles la manicura.

—Claro, este evento es demasiado serio para ti, Renzo te llevará. Por cierto, Olga, el lunes empiezas en el instituto. Te haré llegar el uniforme.

—¿El uniforme? ¿En el instituto? ¿Es una broma?

—No, no es ninguna broma… ¿No lo sabías?

—No tenía ni idea. ¿Es un instituto como el de "Élite"?

—Me temo que eso no lo entiendo.

—Se trata de una serie para jóvenes, española, todos asisten a un instituto muy pijo con un uniforme que aún lo es más.

—Pues entonces, idéntico…

—No me lo puedo creer —negaba ella.

—Pronto estarás adaptada. Aun así, ¿te gustaría venir mañana a mi casa y conocer a Alessio? Así ya tendrías un amigo con el que llegar el lunes.

—¿A Alessio? ¡¡Claro!! ¡¡Me apunto!!

Ni por una centésima de segundo se le pasó por la cabeza la idea de decir que no. Con las ganas que tenía Olga de conocer a ese chico, iba mucho más contenta que si le hubieran regalado un par de zapatos nuevos.

—Pues entonces os espero mañana, a las dos. Y ahora, Amanda, haz los honores. Ve a vestirte, te espero aquí.

El aire de mis pulmones lo iba soltando con relax camino del vestuario. No podía permitirme que se me notasen tanto los nervios, ¿y si llegaba hasta a hipar? Entonces solo querría que me tragase la tierra, una vez más. No, tendría que exhalar poco a poco y luego inhalar como si me estuviese metiendo un chute de energía… ¡¡A por

ello!!

Me decanté por un vestido midi, con un plisado en la cintura y un favorecedor escote, así como mangas abullonadas. Tenía un estampado y resultaba muy juvenil. Fue el primero que escogí.

Ya en el vestuario, y viendo el que había elegido, Roberta se acercó con unos zapatos de ante y plataforma, y con un pequeño bolsito que le contrastaba muy bien. Y también me trajo una chaqueta corta de pelo sintético, suave como un osito de peluche.

Me lo puse todo y ella dio unos pasos atrás, como para tomar distancia, tras lo cual se le dibujó una luminosa sonrisa en la cara.

—Eres… Eres lo que todos esperábamos.

Esas fueron las palabras que salieron de su boca y, no contenta con ello, se marchó corriendo. Volvió con Samuel y con Clara, quienes quedaron prendados con el resultado.

—¿Te vas de almuerzo, niña? ¡¡Pues cómetelos a todos!! —teatralizó él dando un zarpazo en el aire.

—Me voy con Marco, sí, ¿qué me aconsejáis?

—Pues que te pongas las botas, preciosa… En el almuerzo, digo —Samuel me guiñó el ojo.

—Que seas tú misma. Les vas a encandilar, palabra —añadió Clara.

—Que no se te ocurra frotarte los ojos y que te apliques de vez en cuando unos toquecitos de polvos para matizar la humedad del rostro y…

Roberta me dio varios productos para que metiera en el bolso. Les miré a los tres y comprendí cuál es el concepto de equipo. Se siente una tan bien cuando la gente está contigo…

Salí y vi a Marco apoyado en su coche. Era el éxito hecho hombre y uno tan atractivo que suponía que Milán estaría regado de chicas y mujeres que suspiraran ante él.

Me abrió la puerta del coche mientras me obsequiaba con una sonrisa tan seductora que el calentamiento global debió intensificarse en ese momento.

—Lo único que puedo decirte, Amanda, es que cada vez estoy más seguro de la oportuna decisión que tomé en Jerez. Lo demás, habla por sí solo —afirmó mientras me recorría de arriba abajo con la mirada aguamarina más irresistible del planeta.

Capítulo 18

En la fiesta debía haber unas cien personas o quizás algunas más… Todas ellas muy chic, como no podía ser de otra manera.

Nada más bajar del coche y verlas reunidas en aquel jardín, uno de mis tobillos cedió a la presión, por lo que se ladeó durante un segundo en el que vi tambalearse mi futuro profesional ante mis ojos.

Con qué mal pie hubiera comenzado en aquel mundo si, antes siquiera de que fuera presentada por Marco, mi fornido jefe tuviese que recogerme del suelo.

Por fortuna, él me devolvió la estabilidad al tomarme ligeramente del brazo sin que la sonrisa se le borrase en ningún instante del rostro. Su saber estar era innegable. Llegar hasta donde él había llegado requería una mezcla que trascendía en mucho la de un mero ejecutivo de la moda… Para crear un imperio hay que demostrar madera de genio y el bombón de italiano de cuya mano llegaría mi incursión en el mundillo la tenía.

Como me comentó, no era día de mi presentación oficial, puesto que no podíamos robarle el protagonismo a Giuseppe, que era el diseñador que se jubilaba.

Con todo, a nadie se le escapó la compañía de Marco Moretti y la gente se fue acercando para interesarse.

Me presentó simplemente por mi nombre, sin dar más explicaciones al respecto. Vi miradas de complicidad, otras de recelo y algunas de envidia.

Marco me había indicado que el sector era como una jungla en la que tan pronto pueden darse relaciones de simbiosis como puedes verte ante el peligro inminente de que una fiera te devore, tan solo por interés propio.

Alguna que otra fiera vi por allí. Miradas femeninas que no se posaban en mí, sino que parecían querer atravesarme como si tuvieran rayos X en los ojos y pudieran beneficiarse así de la información que obtuvieran. También encontré otras miradas masculinas deseosas de atravesarme, aunque de otra forma… Un batiburrillo con el que no era fácil lidiar, si bien estaba en mi mano comenzar a gestionar la situación poniendo cara de póker y tratando de evitar parecer un libro abierto, pues la ingenuidad y la candidez no parecían tener cabida allí.

Giuseppe, el anfitrión, era un hombre excéntrico, solo había que ver su manera de vestir… A primera vista, si

Triana hubiese estado allí, habría apostado porque se trataba de un arlequín, dada su peculiar indumentaria.

Marco no se separaba de mí. El gran jefe debía tener bastante claro que aquella primera toma de contacto con el que se convertiría en mi mundo era providencial para mí; una prueba de fuego de la que no permitiría que saliera calcinada.

—Ante determinadas miradas, solo aprieta los dientes y sonríe con despreocupación —me aconsejó.

Era un maestro a la hora de relacionarse. Su don de gentes se evidenciaba en todo momento al tener la palabra justa en el instante preciso, y ello multiplicado por el número de personas que allí había.

Esquivó las preguntas sobre mí generando más expectación aún, porque yo pensaba que no y sí, era posible.

Giuseppe me alabó muchísimo. A él no le hizo falta tratar de interrogar a Marco para hacerse su propia (y acertada) composición de lugar. Dio en el blanco a la primera, apostando sin miedo.

—Así que esta es la cara que has elegido para representarte. Pues lo has bordado, Marco…

—Me da miedo que me conozcas tan bien, amigo—le dijo y me recordó a que yo le comentaba lo mismo a Triana—. Aquí donde lo ves, este hombre fue mi mentor en su día, Amanda. Él es Giuseppe, un genio indiscutible de la moda y un hombre íntegro donde los haya. De él no esperes que te regale el oído, pues si algo no le gusta, te lo hará saber, pero no con la intención de destruirte, sino todo lo contrario.

—Por supuesto, Marco, la clave está en saber luchar contra los demonios, eso ya lo sabes…

Lo dijo de un modo que me estremeció, como si en ese instante dejara atrás lo que podía ser un consejo para todos y se centrase solo en mi jefe… Como si Marco tuviera demonios contra los que luchar, algo de lo que yo no estaba al corriente, si es que realmente era así.

Sentí un estremecimiento súbito que me erizó la piel y que él notó. De pronto, me dieron ganas como de abrazarle. Supongo que os estoy dando una imagen muy ñoña, puesto que nada apuntaba en realidad a que aquel poderoso hombro necesitase el refuerzo de una chica como yo, que aún pisaba temblorosa el suelo sobre el que se alzaban todas aquellas personas con un nombre en el sector.

Marco no replicó al respecto, pero sí continuó la conversación con su veterano amigo. Se notaba que apreciaba sus puntos de vista y él, que solía hablar bastante, se dedicó más a escuchar a quien parecía considerar un gran maestro, a un hombre que bien podría ser su padre. Una señal más de inteligencia por su parte.

—Este hombre creyó en mi visión desde mi primer proyecto, lo hizo como nadie y cayó bocas de otros que no parecían apostar por mí.

—Por supuesto que creí y a la vista está que no me equivoqué. El problema, mi querido Marco, es que hay mucho lobo en este mundo y tú enseguida aprendiste que no se puede ser cordero porque en este redil, si lo eres, terminas degollado antes o después.

—Te voy a echar de menos, Giuseppe.

—¿Es que ya me quieres dar el descanso eterno? Me retiro del trabajo, pero no me pienso morir… Todo lo contrario; me queda mucho por vivir.

—Y tú la vida te la bebes a sorbos intensos.

—Siempre, la vida es una copa que siempre se debe ver no medio llena, sino llena del todo, y a la que no puede dejar de darle sorbos. Solo así te beberás su esencia…

—Por supuesto que creí y a la vista está que no me equivoqué. El problema, mi querido Marco, es que hay mucho lobo en este mundo y tú enseguida aprendiste que no se puede ser cordero porque en este redil, si lo eres, terminas degollado antes o después.

—Te voy a echar de menos, Giuseppe.

—¿Es que ya me quieres dar el descanso eterno? Me retiro del trabajo, pero no me pienso morir… Todo lo contrario; me queda mucho por vivir.

—Y tú la vida te la bebes a sorbos intensos.

—Siempre, la vida es una copa que siempre se debe ver no medio llena, sino llena del todo, y a la que no puedes dejar de darle sorbos. Solo así te beberás su esencia…

Capítulo 19

Salimos de allí unas horas después con unas cuantas lecciones aprendidas.

—Prueba superada, te he visto mucho más segura al final que al principio.

—O sea, que progreso adecuadamente —añadí con una sonrisa tímida—, aunque me queda lo más grande por aprender. Y no solo a la hora de posar.

—Posar sabes hacerlo. No eres consciente, pero tienes un don natural para ello, aparte de que la semana que viene recibirás clases al respecto… Prepárate, porque se te viene una nueva encima, aunque sé que la ilusión te compensará el frenético ritmo de trabajo, ¡¡te doy mi palabra!!

Le veía francamente entusiasmado, como si pensase que había lidiado mejor aún de lo que esperaba con la situación tan inesperada que se me dio ese día.

Quedamos en vernos al día siguiente y así lo haríamos. Renzo pasaría a recogernos a media tarde, pues su idea era que pasásemos el rato con ellos y cenásemos.

Para qué los nervios de mi hermanita desde tres horas antes de la cita.

—Las uñas las sigo teniendo perfectas, ¿verdad, Amanda?

—¿A ti qué te parece? Si tuvieras la cabeza la mitad de bien amueblada que perfectas tienes las uñas, estarías en vías de ganar un premio Nobel.

—¿Eso qué es? ¿Como un Goya o un Óscar? Porque estoy pensando que, aparte de *influencer*, también podría hacerme actriz.

—Haré como que no he escuchado eso…

—¿Lo de que me haga actriz? No es malo, todo lo contrario. ¿Me imaginas rollo Ester Expósito?

—De ti me imagino cualquier cosa, pero que no sepas lo que es un premio Nobel te prometo que tiene delito.

—Lo buscaré. Lo dejaré en mi lista de pendientes… Por cierto, ¿te gustan los que llevo?

—Eres tremenda. Y vas preciosa, estate tranquila ya. Y cuidadito con mostrarte como una descarada.

—No, no, que a mí Marco me impone.

—¿Te impone? Pues poco se nota… Y no solo me refería a él, sino también a su hijo.

—Tú déjame con Alessio, que seguro que nos entendemos.

—Ese es el problema; que os entendáis demasiado bien.

—¿Dónde está el problema, Amanda? No es el primer chico que me gusta y nunca te has puesto así de pesada. Me estás taladrando.

—El problema está en que es el hijo de mi jefe y es mejor no liar las cosas.

—Entonces, ¿no tendrías algo con Marco si él te lo propusiera?

—No —respondí contundente porque debía dar ejemplo, pero sin estar en absoluto segura de que pudiera llegar a controlarme.

—Pues sí que tienes fuerza de voluntad, sí…

—Aparte, que Alessio está muy salido y que no quiero que…

—Pues como todos los chicos de su edad, ¿crees que es el único?

—Señor, dame paciencia porque la voy a necesitar —pedí mirando al techo.

—No hagas tanto teatro, que no te va, Amanda. Deja que las cosas fluyan, no hay más…

—Una insinuación más al respecto y te quedas en casa, te lo prometo.

Renzo ya nos esperaba en el coche y, un rato después, habíamos llegado a la imponente villa italiana que servía de morada a los Moretti.

Si cuento que me quedé patidifusa al verla, me quedo extremadamente corta. Me sentí pequeñita ante la

interminable verja de hierro forjado que limitaba una propiedad que abarcaba hasta donde los ojos me alcanzasen.

Situada a las afueras de Milán, se trataba de una sublime villa histórica rodeada del más cuidado de los jardines italianos, repleto de fuentes y de otros detalles que le servían de decoración.

Un paraíso con el que el común de los mortales no podría ni soñar y que constaba de un fabuloso edificio principal y de algunos otros aledaños que se confundían en ese jardín interminable en el que destacaba una piscina de enormes proporciones.

Marco nos esperó en la puerta con Alessio. Tanto mi hermana como yo íbamos de sport, y él también nos recibió en *jeans*, con un jersey rosa que le sentaba… ¡¡Cielos, cómo le sentaba el rosa en contraste con sus ojos!! Su hijo también estaba guapísimo con un polo de franjas anchas y otro *jean,* ambos en zapatillas deportivas.

Noté a Marco relajado y con ganas de enseñarnos su casa. Y no porque aquella fortaleza fuese un lugar lujosísimo, que lo era, si bien él no era un ser arrogante ni presuntuoso al que le gustase presumir de nada así. Más bien se trataba de alguien que se hizo a sí mismo y que ansiaba compartir el fruto de su éxito con quien eligiera para hacerlo.

—Bienvenidos a nuestra casa. Alessio, a Amanda ya la conoces y esta es su hermana Olga.

En el momento en el que se saludaron supe que estaba perdida: saltaron chispas. Aquel par de descerebrados se miraron como si su emparejamiento fuese la única posibilidad en este mundo con miles de millones de personas.

No solo lo observé yo, sino que a Marco le sobraba experiencia también para intuir la que se venía. Y cuando ambos se adelantaron, charlando animadamente, me miró risueño.

—Piensa que no es lo peor que puede pasar.

—¿Tú crees que no? Piensa que estamos lejos de la costa y que aquí un tsunami no llegaría…

—Eres muy salada. Entra, te enseñaré mi casa.

Por lo que estaba viendo, aquella propiedad de tipo histórica había sido remodelada por completo para ofrecer el más confortable de los interiores, en consonancia con el exterior, eso sí. Vaya, que allí una de mis vitrinas de Ikea de esas que compré en Jerez y monté yo misma, no las encontraría.

Antes de entrar, eché un último vistazo y comprobé que la estratégica ubicación de la piscina la convertía en panorámica. Un lujo más que añadir a la larga lista de los que había visto… Y de los que me faltaban por ver.

Tras un amplio recibidor, exquisitamente decorado y que te va preparando para lo que viene después, te encuentras con un salón de en torno a unos cien metros cuadrados donde el mármol se da la mano con otros

elementos más confortables para crear un clima acogedor. De nuevo, una chimenea ocupaba uno de los frontales del salón. Esas parecían ser imprescindibles para Marco.

Maravillosas obras de arte pendían de las paredes, cada rincón de la casa, de hecho parecía ser una de ellas. El colorido y la atmósfera de cada estancia invitaban al relax, pues desde el salón se partía a la zona privada con gran cantidad de dormitorios, en los cuales no entramos porque no hubiera tenido demasiado sentido. Cada uno de ellos debía contar con su propio baño, aparte de que había otro, tan inmenso como lujoso, en la zona pública de la casa, en la que también se encontraba una enorme cocina en la que me topé con el chef, Raffaello, un hombre amable que nos dio a probar un extraordinario chocolate con frutos secos que había elaborado él mismo.

Nos contó que estaba especializado en cocina italiana, pero también en la japonesa, y nos invitó a probar esa noche sushi entre otras especialidades que había elaborado.

Solo mirar aquella moderna cocina… No exagero si digo que podía medir ochenta metros. Junto a Raffaello había un pinche y también un par de doncellas merodeaban por allí.

Cuando terminamos con el recorrido, me di cuenta de que los chicos se nos habían perdido.

—Deben estar en el dormitorio de Alesssio, pero tranquila, que tiene prohibido cerrar la puerta cuando se encuentra en compañía femenina.

—No sé si eso me tranquiliza, ¿echamos un vistazo?

Lo hicimos. Ambos estaban sentados al borde de la gigantesca cama de él. El dormitorio de Alessio, aparte de por ser igual de inmenso que el resto de las estancias, habría sido el paraíso de cualquier *skater* que se preciase.

No solo estaba decorado con motivos de *skate*, siendo hasta la cama un fantástico monopatín, sino que el resto de los muebles también hacían alusión al deporte, y en una de sus paredes lucía un llamativo *graffiti* de él mismo practicándolo.

—¿Es él? —le pregunté a su padre, porque ellos seguían a su bola, compartiendo sus auriculares inalámbricos.

—Sí, además, que lo ha pintado él mismo. Es un figura… Más de una vez se ha metido en un lío con eso.

—Vaya, estos chicos nos tienen entretenidos.

—Sí, sí. El mío lo mismo se mete a pirómano que a *graffitero*, no me aburro con él.

Bajaron a merendar con nosotros, tras lo cual Marco puso música en el salón y nos invitó a compartir un juego de mesa.

—Papá, no me lo tomes a mal, pero es que resulta que Giancarlo me acaba de avisar de que sus padres le dan permiso para montar una fiesta esta noche, y yo había pensado…

—¿Irte y dejar aquí a nuestras invitadas? Alessió no hagas que me arrepienta de no ser más duro contigo.

—No, no, si me gustaría que Olga pudiera venir conmigo. Le presentaría a muchos de mis amigos y así conocerá a gente del instituto antes del lunes. No me digas que no es buena idea.

—Sí, ¡¡por favor, por favor!! Me tiro al suelo de rodillas si hace falta…

—Olga, por favor, no seas intensa, que me abochornas.

—Para mí que será mejor que los dejemos ir, ¿te parece?

—No lo veo mal tampoco, porque de otro modo se pasarán la tarde renegando y nos terminará por dar dolor de cabeza.

—¡¡Sois los mejores!!

Olga era como era. Y nada podía objetar porque en lo espontánea salía a mí, solo que mucho más alocada. Por ese motivo se inclinó para darme un beso, ¡¡y otro a Marco!!

Antes de que pudiésemos pensárnoslo mejor, ya salían por la puerta en compañía de Renzo, quien los llevaría a casa del tal Giancarlo, otro niño pijo cuyos padres debían vivir en un casoplón a no demasiada distancia de allí.

—A las doce os quiero en casa. Renzo os recogerá. Alessio, hazle esperar en la puerta cinco minutos y estarás castigado cinco semanas…

—Que sí, papá, que es de mala educación hacer esperar a la gente que trabaja con nosotros. Nunca lo hago.

—Pues por si se te ocurre…

Mientras él salía resoplando mi hermana andaba de espaldas enviándonos besos por el aire, moviendo alternativamente sus manos.

—Son un par de chantajistas, lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé. ¿Qué te apetece hacer hasta la hora de la cena? Tenemos una sala de cine, aunque si te digo la verdad, no me apetece demasiado ver una película ahora.

—¿Una sala de cine?

—Sí, en el otro lado de la casa, es que no hemos llegado allí. También hay sauna y un gimnasio.

—¿Esto es una casa o un club social?

—Una casa, una casa, ¿qué te apetece?

—Si quieres nos quedamos charlando, aunque lo que sí que agradecería es que…

—¿Que pusiera la chimenea?

—¡¡Justo!! Seguro que llamas a alguien y en un segundito…

—No te burles de mí. También la enciendo yo mismo.

—Ya, y solo falta que me digas que talas los árboles y cargas con la leña…

Al decirlo, entré en calor antes incluso de que la encendiese. Pasaba como en el ático, que la calefacción generaba un calor muy confortable y si deseaba que encendiera la chimenea era por gusto, pero ese calor que sentí de improviso fue similar a sentir un volcán en erupción dentro de mi pecho.

—De pronto estás colorada, ¿qué te pasa? —me preguntó y la yema de uno de sus dedos corazones me la pasó sobre la mejilla, como si así fuese a descubrir el motivo del acaloramiento.

—No sé, ha sido de repente, no te preocupes…

—Voy a pedir que nos sirvan un poco más de chocolate del que preparó Raffaello, ¿te apetece?

—A ese chocolate no podría negarme en la vida. Lo siento, soy débil. Oye, no hemos hablado del tema de mi peso y no sé si debería comenzar a controlarlo.

—No vas a ser modelo de pasarela, aparte de que estoy totalmente en desacuerdo con esos estándares que exigen mujeres extremadamente delgadas. Adoro tus curvas —murmuró antes de salir hacia la cocina para hacer el encargo.

Cielos, ¡¡las adoraba!!

Durante un rato estuvimos charlando de todo y de nada, con música de Eros Ramazzotti de fondo, un cantante que también le gustaba, según me comentó. Tarareamos sus letras en español y en italiano.

Ya en la mesa, a la hora de la cena, degustando aquel delicioso sushi, fue cuando reuní el valor para preguntarle

por la madre de su hijo.

Por lo que leí en la prensa, Antonia fue la mujer de Marco durante una serie de años, antes incluso de que él alcanzara la fama. Y hacía unos cuantos se hizo el silencio sobre ella, desapareciendo de la vida pública.

Esa coincidencia me inquietaba, aunque Ilenia Vanetto, la chica a la que yo iba a sustituir sí seguía en el candelero. No así Antonia, de quien no se volvió a hablar más.

Le pregunté sobre ella de un modo sutil, como si no planeara saber cuál era la relación que mantenían en aquel momento, sino enfocándolo de otro modo.

—Y tu hijo, ¿ve mucho a su madre?

En ese instante, como en tantos otros de una noche en la que volví a sentir su atracción, sus ojos estaban clavados en mí. E igual que cuando saqué el tema de Ilenia, la incomodidad se reflejó en ellos.

—No, me temo que la relación entre mi hijo y su madre se encuentra en un punto muerto —me contestó. Le faltó añadir un "y punto final" porque percibí su total desgana de seguir hablando del tema.

—Pero es su madre —insistí—. Lo que pasara entre vosotros es una cosa, pero…

—Pero ese no es asunto tuyo, Amanda —me cortó en seco.

Me lo había ganado a pulso. Si notaba que Marco no quería hablar del tema, ¿para qué pinchaba? Apuesto a que fue mi inseguridad la que me llevó a hacerlo, y también la suya la que le llevó a callarme la boca.

—Lo siento, lo siento de verdad.

—También lamento mi brusquedad. Es un tema del que no me apetece hablar.

—Y estás en todo tu derecho, por supuesto.

—¿Quieres hablarme tú de la relación con tus padres? ¿Cuáles son tus mejores recuerdos?

—Sin problema, pero solo si también me hablas de tu familia. No sé nada al respecto y eso no te molesta, ¿verdad?

—No, en absoluto.

Le comenté que tenía infinitamente más recuerdos de mi madre que de mi padre, pues él murió cuando era muy niña. Le costó entender que ambas familias nos dieran de lado y que mi madre, además de viuda, se viese sola en

el mundo. Y también que nadie se preocupase por Olga y por mí cuando ella faltó. Percibí que sintió rabia al respecto y eso me gustó, porque hablaba bien de él.

En cuanto a sus padres, Valentino y Aurora, me comentó que vivían en La Toscana y que no tenía ninguna queja de ellos, sino todo lo contrario. La familia de su madre era de allí y, cuando a él le comenzaron a ir bien las cosas, les compró una villa para que se retirasen a gusto, pues ella siempre soñó con volver a sus raíces.

—Alessio y yo los visitamos. También vienen a veces a Milán, pero cada vez les cuesta más lidiar con el ajetreo de esta ciudad. Mis padres han montado hasta un pequeño huerto en su villa, donde disfrutan de una vida tranquila, de un merecido respiro. Ellos me lo dieron todo cuando lo necesité. Es importante venir de una familia donde has recibido cariño.

Noté que eso lo recalcaba bastante y lo entendía, porque opinaba exactamente igual. Mi madre también nos lo brindó a manos llenas a mi hermana y a mí, y ese fue el mayor tesoro que pudo legarnos.

A partir de ahí, me dio muchos detalles sobre su infancia y juventud en Milán. Una vida muy plena y con posibilidades, pues sus padres eran de clase media y se volcaron en darle cuanto pudieran, en la que el joven Marco creció en un ambiente alegre y festivo, en el que se iban forjando sus sueños.

A las doce en punto, la media noche nos sorprendió con la sensación de que las horas habían pasado demasiado rápido. Al menos, puedo hablar con mí, si bien tuve la certeza de que nos había pasado lo mismo.

Durante ellas cenamos, bebimos alguna copa y nos abrimos mucho el uno al otro. En su caso, no en el tema de las mujeres, pero sí en el resto.

Cuando Olga llegó lo hizo muy feliz y eso me agradó. Alessio y ella reían cuando les pedí que me echasen el aliento.

—Algo habéis bebido —les dije.

—Pero poco, Amanda, la gente bebía mucho más, no seas pincha globos, que me lo he pasado, ¡¡como nunca!!

—Sí, es injusto que hayamos tenido que volver tan pronto…

—Alessio, basta. Que, además, ibas con una chica menor que tú.

—¡¡Pero solo por unos meses!! Haré los 16 antes de que él cumpla los 17, eso no es nada, no soy ninguna cría.

La actitud defensiva de mi hermana en ese aspecto no constituía sino otra prueba irrefutable de que Alessio le gustó más aún en persona que en fotos, y eso era mucho decir.

Durante el camino, no paró de parlotear al respecto: que si Alessio esto, que si sus amigos lo otro, que si su dormitorio era fantástico, que si era el más guapo del globo…

Para mí que habló de él hasta en sueños. Menuda bomba de relojería la que traíamos entre manos Marco y yo… En ese sentido y en otros, porque los jovencitos estarían encandilados el uno con el otro, pero a mí no se me escaparon las miradas que él me dirigió durante toda la noche, que podían medirse en intensidad con esas otras que yo le hubiera dirigido de no ser porque, en más de un momento, el rubor me llevó a desviar la mía.

ɔ

Durante el camino, no paró de parlotear al respecto: que si Alessio esto, que si sus amigos lo otro, que si su dormitorio era fantástico, que si era el más guapo del globo…

Para mí que habló de él hasta en sueños. Menuda bomba de relojería la que traíamos entre manos Marco y yo… En ese sentido y en otros, porque los jovencitos estarían encandilados el uno con el otro, pero a mí no se me escaparon las miradas que él me dirigió durante toda la noche, que podían medirse en intensidad con esas otras que yo le hubiera dirigido de no ser porque, en más de un momento, el rubor me llevó a desviar la mía.

Capítulo 20

El domingo lo pasamos las dos en casita. Llovía a mares y mi hermana y yo aprovechamos para descansar, ya que nos esperaba una semana movidita.

Por la tarde, alguien de parte de Marco nos hizo llegar su uniforme.

—Ríete, pero es muy parecido a los de "Élite" —me decía enseñándome la elegante chaqueta con el logo bordado.

—Sí que lo es, sí.

—¿Y me lo puedo poner como la Rebe?

En su momento, la serie me la había tragado enterita con ella, quien el verano pasado me hizo ver cada una de las temporadas cuando le di permiso para comenzar a verla, dado que antes era demasiado pequeña. Pues bien, si me decía eso era para pincharme, porque Olga no era estrafalaria como la tal Rebe, que además pecaba de choni, y llevaba el uniforme que era un cromo, con la camisa anudada, top de redecilla debajo y grandes aros en las orejas.

—Lo que debes hacer es no dar la nota. Y allí no puedes grabar. El móvil apagado siempre.

—Así no sé cómo quieres que progrese en mi carrera como *influencer.*

—Mientras progreses en los estudios, me doy con un canto en los dientes.

—Sí, claro. Y te los partes, con lo bonitos que los tienes y con la falta que te hacen ahora para sonreírle a la cámara. ¿Te imaginas que apareces delante de Marco mellada?

Solo de pensarlo provocó una risotada por mi parte que me hizo ponerme roja como una amapola. Y más se reía ella de verme, y más risa me daba a mí… Fue tronchante.

A la mañana siguiente, la despedí orgullosa y me marché para el trabajo. Renzo pasó antes por su instituto, haciendo el recorrido completo.

Me encontré con Marco en la entrada y me preguntó por ella.

—Iba ideal. Mira las fotos que le he hecho antes de entrar… Me imagino las reacciones que provocarán en sus redes.

—Por cierto, y hablando de redes, toca activar las tuyas, lo cual equivale a tu lanzamiento oficial. De todos modos, daremos una gran fiesta para eso.

—No sé si estoy preparada para tanto sarao.

—Lo estás, no te preocupes por nada. Diré que se encarguen de todo.

Cierto que tocaba sesión de fotos: la primera. Samuel me presentó a Lidia, la chica que venía a darme las primeras nociones sobre posados. Ella había sido también modelo en su día y en esos momentos se encargaba de formar a personas como yo, que pretendiesen vivir de su imagen.

—Es que otras chicas comienzan muy jovencitas y mírame, ya no lo soy tanto —me quejé.

—¿Bromeas? El talento no entiende de edad. Además, todavía eres una niña y la cámara nació para enamorarse de ti. Eso te lo vas metiendo en tu cabecita y no te olvidas de ello en ningún momento, ¿me has oído?

—Sí, sí…

Sus instrucciones eran claras y precisas. Cada rato notaba mis avances, aparte de que ella decía que solo me asesoraba, pero que contaba con un talento innato para gustar.

Me sentía muy mimada por todo el equipo. Era la niña bonita, la consentida, la que había llegado la última (de entre todas las modelos) y estaba destinada a ponerse la primera.

En esa misma mañana conocí a Stefano y entendí por qué Samuel y Clara tenían sueños húmedos con él. Aquel italiano de alma libre y aspecto bohemio era un caramelo y en cuanto a Francesco, el cámara, era más normalito en el aspecto físico, pero contaba con una bondad y con una amabilidad apabullantes.

Mi vuelta a casa, tras almorzar con un generoso Marco que volvió a invitarme para que le hablase de mis avances, coincidió con la de mi hermana.

—Pero espera, llevas media hora hablando y todavía no sé nada de tus clases, de tus profesores ni de tus compañeros. Solo me has hablado de Alessio.

—Pues claro, porque él es quien me ha presentado a todo el mundo. Y ha estado súper pendiente de mí, ¿tú crees que habrán pensado que somos novios?

—No lo sé, porque no lo sois, ¿no?

—Todavía no, pero tú espera, porque a la salida me ha dado un beso de tornillo, ¡¡nuestro primer beso!! Y tu Marco lo ha visto, porque ha venido a recogerlo.

—¿Mi Marco? ¿Un beso de tornillo? ¿Qué parte es la que me he perdido?
—Pues esa en la que la historia comienza a ponerse verdaderamente interesante.

—No voy a poder parar lo vuestro, ¿verdad? Lo de Alessio y tú.

—No hace falta que te expliques, eso lo he pillado a la primera. Y no, para tu información, esto es imparable, ¡¡igual que tu ascenso a la fama!! Y la mía, porque fíjate cuántos *likes* he recibido y eso que he pasado de subirme más la falda, que algunas chicas la llevaban…

—¿Subírtela más? No lo hagas salvo que quieras que se te vea el ombligo, ¡¡y no por arriba!!

—Qué ocurrente eres, me voy a merendar que luego hago videollamada con Alessio.

—Oye, ¿y los deberes?

—Sabía que lo dirías. Pues es justo para eso: para hacer los deberes, así que no me repliques…

—Oye, que eso debería decirlo yo.

—Me he adelantado, ¡¡se siente!! —exclamó con alegría.

Yo sí que lo iba a sentir como aquellos dos terminasen mal. No quería malos rollos con Marco, quien se estaba comportando extraordinariamente bien con nosotras, pero cuando el amor se empeña en abrirse camino no existe fuerza humana ni divina capaz de impedir su avance.

—No lo sé, porque no lo sois, ¿no?

—Todavía no, pero tú espera, porque a la salida me ha dado un beso de tornillo, ¡¡nuestro primer beso!! Y tu Marco lo ha visto, porque ha venido a recogerlo.

—¿Mi Marco? ¿Un beso de tornillo? ¿Qué parte es la que me he perdido?
—Pues esa en la que la historia comienza a ponerse verdaderamente interesante.

—No voy a poder parar lo vuestro, ¿verdad? Lo de Alessio y tú.

—No hace falta que te expliques, eso lo he pillado a la primera. Y no, para tu información, esto es imparable, ¡¡igual que tu ascenso a la fama!! Y la mía, porque fíjate cuántos *likes* he recibido y eso que he pasado de subirme más la falda, que algunas chicas la llevaban…

—¿Subírtela más? No lo hagas salvo que quieras que se te vea el ombligo, ¡¡y no por arriba!!

—Qué ocurrente eres, me voy a merendar que luego hago videollamada con Alessio.

—Oye, ¿y los deberes?

—Sabía que lo dirías. Pues es justo para eso: para hacer los deberes, así que no me repliques…

—Oye, que eso debería decirlo yo.

—Me he adelantado, ¡¡se siente!! —exclamó con alegría.

Yo sí que lo iba a sentir como aquellos dos terminasen mal. No quería malos rollos con Marco, quien se estaba comportando extraordinariamente bien con nosotras, pero cuando el amor se empeña en abrirse camino no existe fuerza humana ni divina capaz de impedir su avance.

Capítulo 21



Al día siguiente, le pedí a Angelina si podía pasar al despacho de Marco.

—Qué agradable sorpresa, buenos días —me comentó él levantándose con esos modales exquisitos que siempre gastaba.

—La que te llevarías ayer viendo cómo esos dos mocosos se morreaban delante de tus narices, ¿no? ¿Me puedo sentar?

—Claro, siéntate… Te veo un poco ofuscada, no sé si ofrecerte un café será buena idea.

—Sí, un café siempre lo es… Es que cuando Olga me lo contó, me quedé un poco "plof".

—¿Y eso por qué? Están encantados el uno con el otro. No te digo que se vayan a casar, pero deja que experimenten con libertad, que pasen buenos ratos y que las cosas fluyan entre ellos.

—Espero que no fluyan demasiado, que Olga aún no ha estado con ningún chico, me lo habría contado. Tontear, besarse, eso sí… Pero no más.

—Tampoco Alessio, Parece muy echado para adelante, pero no deja de ser un niño.

—Sí, pero como mire a mi hermana como le da por mirar de vez en cuando, que bien que lo sé, a esos la virginidad les durará un cuarto de hora.

—Ya, por cómo te miró en Jerez. Son etapas…

—Esa era la suya de salido, que espero que haya terminado.

—Creo que sí, porque ahora le ha llegado la de enamorado.

—Ay, dios, que no sé qué es peor. Me preocupa.

—Pues ahora, lo único que debe preocuparte es tu presentación en sociedad, que será este fin de semana. ¿Has comprobado las reacciones que provocaste ayer en tus redes?

—Si no tengo ni las claves, con eso te lo digo todo.

—Pues has superado todas nuestras expectativas. El equipo está impactado y yo… Yo también. Gracias por aceptar mi oferta, Amanda. Tú harás que esta colección sea la más rentable de toda mi trayectoria, pues no habrá chica que se resista a emularte.

—Ay, ¿me lo estás diciendo en serio? ¿O es solo para animarme? Que yo puedo encajar las críticas y hasta el fracaso. Total, si no me he preparado para esto.

—Pues posas como si lo hubieras hecho desde que llevabas pañales. Enhorabuena. Ahora tienes que ir a hablar con los chicos, deben tener un vestido preparado para ti este fin de semana. Y no uno cualquiera, así que ¡¡corre!!

Fue como si me salieran patines en los pies. Samuel ya tenía una idea en la cabeza que Clara enseguida plasmó en un patrón. Por separado hacían maravillas, pero entre todos juntos, ya hacían magia.

La mañana se me pasó en un suspiro entre pruebas, sesiones de fotografía y un buen montón de consejos que recibía del mejor agrado de parte de Lidia, que no solo me los daba para posar, sino también para moverme con mucha más naturalidad, sin miedo a ser grabada.

—Y ahora vas a agacharte y te vas levantando moviendo la melena de un lado a otro, como si estuvieras en tu casa y te acabaran de dar la noticia de que tu novio te engaña con otra… ¡¡Muévete con rabia!!

El efecto de esa foto fue espectacular y todos me la alabaron mucho.

Al mediodía, tras volver a almorzar con Marco (parecía ya una costumbre) me reencontré con Olga en casa.

—¿A que no sabes qué vamos a hacer este fin de semana?

—Asistir a mi presentación oficial, ya lo sé, cariño, ¿te lo ha contado Alessio?

—No, de eso no mencionó nada, ¿qué día es?

—El sábado por la noche, ¿por qué?

—Porque el domingo por la tarde he quedado con tres amigos suyos y con él.

—Chica, ¿no te vale con uno solo?

—No digas tonterías. Es porque tienen un grupo de música en el que Alessio es el batería. Y la cantante se les acaba de ir porque han discutido.

—¿Y tú vas a cantar con ellos?

—Sí, no se me da mal, lo sabes.

—Sí, sí, es cierto. Así que ahora, ¿quieres ser cantante?

—Sí, sí… Y también *influencer* y actriz. El pack completo.

—Pues ni olerás nada de eso si no estudias, ¿te ha quedado claro?

—Clarísimo. Ya me estoy poniendo las pilas. Y eso que a veces no pillo ni la mitad de lo que dicen los profesores, pero Alessio me traduce.

Eso me recordó que aún no le había preguntado a Marco por qué él y su hijo hablaban así de bien español. Lo hice al día siguiente, cuando volvimos a almorzar juntos.

—Antonia, la madre de Alessio, es medio española. Su madre se la llevó allí cuando era pequeña, huyendo del energúmeno de su padre, que les dio muy mala vida. No volvió a Milán hasta hacerse independiente, tras vivir allí muchos años.

—Y aprendiste de ella…

—Sí, tenía interés en seguir practicando el español y a mí me gustan los idiomas. Siempre quisimos que Alessio lo hablara también.

No dijo nada más al respecto. Bastante con que me diese esa explicación cuando no tocaba el tema de su ex para nada.

En lo referente al resto de las cuestiones, Marco se abría mucho conmigo. No así en las relacionadas con su vida privada, que me seguían suponiendo un verdadero misterio.

El resto de la semana transcurrió y, cuando llegó el viernes, me encontré con la desagradable sorpresa de que Olga entró en casa llorando. Se acabó la paz.

—¿Qué pasa, mi niña? —le pregunté.

—Que Chiara me ha hecho el vacío y las otras, como le chupan el culo, han comenzado a provocarme e insultarme, diciendo que si le he quitado el puesto en el grupo es porque me acuesto con los cuatro. Bueno, eso

último lo ha soltado Chiara.

—Espera, espera, ¿quién es Chiara?

—La que cantaba antes, la que riñó con ellos… Y ahora siente celos de que yo ocupe su puesto y me quiere joder, Amanda.

—Y vaya boquita que tiene la niña. Bien se la podía lavar antes de hablar de ti…

—Eso le ha venido a decir Alessio, poco más o menos… Y luego ha añadido también que no me acuesto con los cuatro, que esa es una mentira.

—Tampoco lo has hecho con él, ¿verdad?

—¡¡Que no!! ¡¡Con ninguno!!

—Vale, vale, ¿y qué ha pasado?

—Pues que le ha dicho eso, que es mentira, porque nosotros nos gustamos y soy su novia. No me lo había pedido antes, Amanda, me he enterado así.

—Y entonces, ¿por qué lloras?

—Porque Chiara se ha puesto a patalear y ha querido arañarle… Él trató de cogerla por las muñecas, no quería hacerle ningún daño. De veras que solo se estaba defendiendo, ¿tú me crees? Alessio nunca le pegaría a una chica

—Eso lo creo a pies juntillas.

—Pues eso, pero como ella comenzó a chillar y a chillar, acudió un profesor. Decía que Alessio le había pegado, que le había hecho daño. Y yo… Yo no lo he podido soportar. Menuda calumniadora.

—Y has contado lo que sucedió en realidad, claro —dije en alto lo que yo misma quería oír.

—No, la he enganchado por los pelos.

—No me fastidies, cariño, ¿qué has hecho?

—Pues eso, ¿estás sorda? —se sorbió la nariz. Estaba llorosa y alterada. Se notaba que lo había pasado muy mal.

—¿Y ahora qué? Tendré que ir a hablar al instituto.

—Sí, tienes que hacerlo, debes firmar mi expulsión.

—¿Qué expulsión? —le pregunté y quien expulsé fue yo, una buena cantidad de aire, porque me dio la tos.

—La mía, la mía… Y Marco debe firmar la de Alessio.

—¿A Alessio también le han echado?

—Sí, sí. La única parte buena es que esa idiota también se queda una semana en su casa.

—Y yo me tendré que quedar otra porque a mí me da algo… Olga, que el instituto lo está pagando Marco, ¿tú sabes lo que eso significa?

—Que durante esa semana estará tirando el dinero a la basura, pero si quiere ahorrarse el sueldo de Gina, yo me encargo de todo esos días.

No era lo importante. Justo esa mañana habíamos hablado de dinero por primera vez, ya que los días fueron pasando y yo, entre pose y pose, como que iba dejando el reunirme con la abogada de Marco para hacerlo.

Cuando vi mi contrato, el cual firmé en el momento, me caí de culo. Nunca habría imaginado que ascendiese a tanto… Con lo que iba a ganar, pronto podría comprarme mi propio apartamento en Milán, dejando el ático libre.

Marco vino a recogerme tras descolgar mi llamada. Se estaba enterando de lo mismo por boca de su hijo en ese instante, así que poco tuvimos que decirnos.

—Yo es que me muero de la vergüenza, qué disgusto, y un día antes de mi presentación. Debes estar indignado, lamento la actitud de Olga. No creí que fuera a darnos estos problemas…

—¿Y por qué lo lamentas? Yo estoy contento —me comentó mientras ponía el coche en marcha.

—¿Contento? ¿Te gusta que les hayan expulsado una semana? Porque la gracia no se la encuentro por ninguna parte.

—Ni yo tampoco a eso, pero sí a que hayan actuado como un equipo. Los dos se han defendido mutuamente, ¿eso no te parece bonito? Alessio no ha soportado que Chiara calumniase a tu hermana y Olga no ha soportado que hiciera lo mismo con él. Mi hija se ha metido en líos tiempo atrás, pegándose con algún que otro chico. Eso sí que me jodía, pero esto… A ellos no se lo podemos decir, pero me ha parecido hasta bonito. Creo que se hacen bien el uno al otro.

Sus palabras me calmaron cantidad y sirvieron para que, al salir del instituto, tuviésemos una charla conjunta

con ellos. Para eso, nos llevamos a Olga a casa de Marco.

Ambos entendieron que debían eludir los problemas y prometieron estudiar a tope durante los días que estuviesen expulsados, que finalmente logramos que solo fuesen tres, en lugar de los cinco que componían la semana completa.

—Pues ya que estáis aquí, quedaos a cenar —me propuso él—. Hoy será una cena a cuatro, porque están castigados y no saldrán —me comentó cuando se quitaron de nuestra vista.

—Sí que lo están, pero tienes razón en que van madurando. No han replicado nada.

—Si es que tontos no son…

Marco estaba muy ocupado, tenía muchos frentes abiertos, pese a lo cual sabía priorizar y encontrar un momento para cada cosa. Era un ejemplo de empresario exitoso y, tras la cena, me pidió que le enseñase el boceto del vestido que luciría al día siguiente.

—Mira, es este… Creo que entre Samuel y Carla han dado a luz a una criatura bellísima —le sonreí.

—Y eso que cualquiera de los dos preferiría haber concebido con Stefano.

—¿Ese chascarrillo también te lo conoces? Creía que habría un inhibidor de ellos en tu despacho.

—No, un buen jefe debe saber qué se cuece entre sus empleados más cercanos, entre los que le ayudan a manejar los hilos del negocio. Y hablando de hilos, imagino que la tela de esta obra de arte es…

No era un decir. Mi vestido se trataba de una pieza única confeccionada en muselina de seda salpicada de pedrería. De corte extremadamente sexi, contaba con un escote *halter* cruzado, espalda casi totalmente al aire, fajín en cintura (con ligera abertura superior a través de la que se apreciaba un ángulo de mi piel) y falda con impresionante caída plisada.

Estaba deseando lucirlo en lo que sería el pistoletazo de salida para mi carrera, un momento que compartiría con todos aquellos que me apoyaban.

A Olga también le habían diseñado un juvenil vestido a medida en rosa empolvado con el que mi hermanita luciría divina en el que era mi gran día.

La vida nos había dado una de cal y otra de arena la tarde antes; un sobresalto de quien nunca está exento cualquiera con un adolescente a su cargo.

Capítulo 22

Llegó la noche que tanta expectación levantaba. Los medios de comunicación se darían cita en el impresionante escenario que Marco eligió para la presentación; los jardines de su villa.

Hasta el último momento, hasta ese en el que Renzo me recogió junto a Olga, no habría siquiera sospechado que ese sitio que todos mantuvieron en secreto para mí era en realidad uno tan vinculado con Marco.

En el momento de salir de casa, Olga y yo nos hicimos un precioso selfi que ella podría publicar en cuanto ya fuese oficial: ¡¡Me lanzaba al estrellato!!

El mismo Marco me dio la bienvenida y fue él quien me dijo de posar ante los numerosísimos medios allí congregados.

Había recibido numerosos consejos por parte de Lidia y del resto del equipo para cuando llegase el momento. La misma Roberta se había pasado toda la tarde en el ático conmigo, encargándose del maquillaje, de la manicura del peinado… Valía para todo con esas manos de oro que poseía.

La primera toma de contacto con la prensa fue un tanto tensa por mi parte. Me daba la sensación de que mi sonrisa la percibían forzada y de que me faltaba naturalidad. Marco reparó en ello y un detalle por su parte hizo que la aceleración de mi sangre se pausase, igual que el fuerte latido de mi corazón… A la par, las palabras se asomaron a mis labios con mayor mesura y pude explicarme sonriendo de un modo mucho más natural. Para lograr todo eso le bastó con posar una de sus manos sobre mi cintura, rodeándome con su brazo.

No lo esperaba y sentí como si una capa protectora se cerniera sobre mí en ese instante en el que mi nerviosismo cesó y comencé a poder ser yo misma, tal y como él me había indicado.

—Marco, ¿y puedes decirnos si la conociste mientras desfilaba o la fichaste a través de alguna agencia de modelos en la que…?

—La fiché por su sonrisa, ¿a que podéis creerlo? Y fue el embrujo jerezano el que me llevó hasta ella. Su contratación no se ha llevado a cabo por cauces convencionales, lo que se explica porque en Amanda todo es especial. Estoy seguro de que podréis apreciarlo por vosotros mismos.

Esa pasmosa seguridad con la que se expresaba hacía que nada fuese premeditado en unas respuestas que parecían salirle del mismo corazón. Con su mano en mi cintura, me sentía como si Marco impulsase cada una de mis respuestas, que hicieron sonreír a aquellos reporteros ávidos de información sobre mí.

—¿Cómo fue la primera toma de contacto con Marco, Amanda? ¿Cómo te sentiste al conocer al hombre que está revolucionando la moda en Milán?

—Si os digo que no caía en quién era, ¿me creéis? Y si no, os lo voy a decir igual, porque así es.

Como ya he mencionado, me gustaba no contar con un guion predeterminado. Marco parecía confiar en mí lo suficiente como para darme margen en mis respuestas. Y creo que hice un buen uso de esa confianza.

—¿Qué le pides al futuro, Amanda? —me preguntaron como cierre a su batería de preguntas.

—Que el sueño continúe, porque a mí me sigue pareciendo que lo es.

—¿Y amor? ¿Le pides amor a la vida o Cupido ya te ha acribillado con sus flechas? ¿Tienes novio?

—No estoy aquí para hablar de mi vida privada, pero antes de que se comience a especular os adelanto que no.

—¿Y te gustaría tenerlo? ¿Podría ser Marco el hombre que se apropiase de tu corazón? Hacéis muy buena pareja, ¿os lo han dicho ya?

No contesté a eso último. Él me instó a salir de allí y le miré.

—Menos mal que me has sacado, gracias.

—Gracias a ti por habértelos metido en el bolsillo. A partir de hoy, la prensa te quiere. Y eso nos favorece. No es fácil lidiar con los reporteros y lo ha hecho con una soltura increíble. Cuando te vi, me quedé prendado con tu deslumbrante sonrisa, aunque algo me decía que eras mucho, mucho más que una cara preciosa y un cuerpo espectacular. Esta noche estás despampanante con ese vestido plateado, Amanda, pero el mejor de los complementos es tu carisma. Gracias por tanto.

En el momento en el que me las dio, besó mi mano, tras lo cual sus ojos siguieron la línea de los míos, que no hicieron nada por evitarlo. Aquella sonrisa suya… Cuántas mujeres hubieran pagado por ser su destinataria. Marco te miraba y te enamoraba, todo se reducía a eso.

En ese instante nos dimos cuenta de que un fotógrafo había captado el momento del beso en la mano y, sobre todo, esa mirada que revelaba mucho más de lo que pudieran decir las palabras.

—Ea, pues ya tienen material para darle a la lengua durante una temporada —me dijo sonriente.

—¿Y eso te importa?

— No me importa en absoluto.

Justo vimos de lejos que nos saludaba Giuseppe. No sabía quiénes acudirían y aquel amigo de Marco, a cuya fiesta de jubilación asistimos, fue una de las caras que más me gustó encontrarme en aquella noche.

—Estás apoteósica, Amanda, no hay otra palabra para definirte. El día que te conocí me encontré a una mujer bellísima con un potencial extraordinario, pero esta… Esta es tu noche, una en la que estás exhibiendo a la estrella que llevas dentro. Te auguro un futuro plagado de éxitos. No dejes que nada ni nadie te lo empañe.

Miré a marco en ese instante. Escuchaba a su amigo complacido.

—Y te lo dice el hombre que mejor ojo tiene de toda Italia.

—No, Marco, lo tenía. Ahora te he pasado el testigo, por lo que veo.

Mientras que ambos seguían elogiándose, Olga se me acercó con Alessio. Venían riendo, besándose… Felices, en una palabra.

—Mira las reacciones de mis redes… ¡En mi círculo todavía no se lo creen! Lo estoy flipando mucho, y todo gracias a ti, Amanda.

—Ay, mi hermanita…

—Igual también me convierto en una estrella de la música como Taylor Swift porque al ensayo podremos acudir mañana, ¿no? Es trabajo, no podéis castigarnos.

—Ya hablaremos de todo, chicos. Procurad no liarla esta noche.

—No, no, si nosotros vamos a nuestra bola.

Eso se notaba. El contacto corporal no lo perdían en ningún momento y comprobarlo me hacía volver a fantasear con la sensación tan placentera de la mano de Marco en mi cintura, minutos antes.

De entre todo lo mucho y bueno que fuese a experimentar aquella noche, tenía la sensación de que esos minutos habían sido lo mejor. Unos minutos en los que mi piel se había erizado y en los que no solo sonreí con la boca, sino también con el alma.

Capítulo 23



Levantarme siendo portada de las revistas no era algo a lo que yo estuviese acostumbrada y Olga me las enseñaba una tras otra, en su móvil.

—Es que este momento beso en la mano es total. Mira, lo comparan con un príncipe y a ti con su Cenicienta, pero no en plan chungo, sino con su versión más glamurosa cuando el hada madrina…

—Esos son cuentos chinos, cariño.

—¿Los de la Cenicienta y compañía?

—No, esos no. Los que cuentan con respecto a nosotros.

—Ah, vale, es que me estás haciendo el lío. Pues yo veo algo en esa foto, qué quieres que te diga. Les doy la razón.

—¿Algo de qué?

—Algo de algo. Sé que no quieres líos con tu jefe, pero ¿qué pasa si él los quiere contigo?

—Cariño, soy yo quien se está liando ahora. Déjalo, tan solo se trata de un gesto cortés por su parte, nada más.

—¿Y te hizo chorrear o qué?

—Por favor, Olga, qué cosas dices… Mira, aquí tenemos a Triana, ya tardaba en llamar.

Descolgué la videollamada y mi amiga estaba en un escenario que no conocía, por lo que alcé una ceja.

—La que has liado, pollito, la que has liado —me decía metiéndose un churro en la boca.

—¿Dónde estás, nena? Que no conozco esa cocina.

—Es la de Víctor, que se está duchando tras el polvo mañanero, pero eso no es lo importante. Lo importante es que tengo una amiga famosa de esas que los periodistas se tan tortas por entrevistar, ¿cómo te sientes?

—Rara, como si no fuese conmigo. Es que me cuesta creer que vaya, en realidad.

—Y tanto que va, niña. Menudas especulaciones, ¿te liaste con tu jefe? Porque esa foto del beso en la mano es lo más de lo más. Muchos tíos te están follando y no te dicen tanto con los ojos como Marco a ti en ese momento. No es el caso de mi Víctor, que conste, que aquí también hay amor.

—Me alegro tela por ti, cariño, de verdad. Pero que entre nosotros no hay nada, te lo prometo.

—No habrá pasado nada, que no es lo mismo. Pero que hay algo, lo hay.

—Sí, vale, nos atraemos, pero él es mi jefe…

—Y además no te lo ha propuesto, porque si te lo propone eso te va a importar un mismo comino, ya te lo digo yo. Vive el momento, ¿no es eso lo que vale?

—Vívelo tú, que tienes novio. Lo mío con Marco es mejor que se quede en lo más estrictamente profesional.

—Amanda, a ti se te ha subido a la cabeza lo de hablar con la prensa, me parece a mí, porque eso ha sonado a dar un comunicado oficial. Y a mí no me puedes engañar, que soy tu Triana.

—Ya lo sé, cariño. Y ojalá hubieras estado anoche a mi lado. No te imaginas cuánto te eché de menos.

—Si es que soy imprescindible, ya lo sé. Estabas, ¿cómo se dice? Vamos, que estabas que te salías. No sabes lo que estoy presumiendo de amiga famosa. Mi vecina Enriqueta, esa señora tan mayor, me ha dicho que quiere que le mandes un autógrafo. ¿Puede ser?

—Cómo no va a poder ser. Ay, madre, tendré que ensayar una firma bonita.

—Pues ensaya, ensaya, y me mandas unos cuantos, que igual los vendo.

—¿Estás pensando en hacer negocio a costa de mis autógrafos?

—Oye, que tú misma has dicho siempre que soy muy buscavidas. Y que me debes unos cuantos favores, ¿o es que ya no te acuerdas de las pobres?

—¿Cómo no me voy a acordar de ti, cariño?

—Vale, pues a Enriqueta se lo regalaré, pero el resto tiene precio. Ah, y otra cosa, que también dice ella que te

tires a tu jefe.

—¿Eso ha dicho Enriqueta? Ya, que le ha parecido que está buenísimo. Se nota que se operó de cataratas.

—Sí, sí… es por eso y también porque dice que se palpa la tensión sexual no resuelta, y que ya quisiera ella que un tío con los ojos de Marco la mirase como te mira a ti en la foto.

—Joder con la foto, que ha dado la vuelta al mundo.

—Pues justamente para eso te debe valer, para joder —me aconsejó con picardía.

Justo colgaba la llamada con ella cuando me sonó otra de Marco que descolgué.

—Hola, Amanda, te llamo por…

—Ya por lo de la dichosa fotito, qué poco te equivocaste, conoces bien a la fauna que corre salvaje por esa jungla.

—Sí, a la perfección, pero no me importa en absoluto. No es por eso por lo que te llamo.

—¿No? —le pregunté pensando en que suerte que no me viese, porque había metido la pata y me quedé con gesto lelo.

—No, no, te llamo para ver lo que piensas de que los chicos se vean esta tarde por lo de su ensayo musical.

Mi hermana, que estaba al lado, lo oyó y comenzó a hacer gestitos de ruego.

—¿Tú qué opinas?

—Que la música amansa a las fieras, ¿estás de acuerdo?

—Está bien —asentí.

—Ok, ¿te apetece venir con ella a mi casa esta tarde? Renzo se los llevará desde aquí, pues ensayan en un local cercano.

—Me parece bien si es que no interrumpo alguno de tus planes.

—En realidad lo que tenía pensado era hacerme unos largos en la piscina, ¿te apetece acompañarme?

—¿Con el frío que hace? Ni loca.... Cogería una pulmonía.

—Me refería a hacerlos en la piscina climatizada —me aclaró risueño.

—Ah, que también tienes de esas. Pues vale, me parece bien.

—Te espero entonces a las cinco.

Nada más colgar, mi hermana comenzó a dar graciosos saltitos.

—¡Es que te como! ¡No hay una hermana mejor! Oye, ¿y a ti qué te ha propuesto? Porque no veas si pareces contenta.

—Qué cosas dices… Que no, cariño. Oye, ¿qué tipo de música toca ese grupo?

—Qué bien se te dio siempre disimular cuando te conviene…

—¿Con el frío que hace? Ni loca.... Cogería una pulmonía.

—Me refería a hacerlos en la piscina climatizada —me aclaró risueño.
—Ah, que también tienes de esas. Pues vale, me parece bien.

—Te espero entonces a las cinco.

Nada más colgar, mi hermana comenzó a dar graciosos saltitos.

—¡Es que te como! ¡No hay una hermana mejor! Oye, ¿y a ti qué te ha propuesto? Porque no veas si pareces contenta.

—Qué cosas dices… Que no, cariño. Oye, ¿qué tipo de música toca ese grupo?

—Qué bien se te dio siempre disimular cuando te conviene…

Capítulo 24



Cuando nos recibió en su casa, Marco vestía de sport, con unos pantalones de algodón grises, zapatillas deportivas blancas y camiseta del mismo color.

Aquel prodigio de la moda nunca había modelado y era una pena porque en la pasarela habría desatado pasiones, igual que fuera de ella.

Los chicos se dieron un súper pico al verse. Se habían hecho novios en nada. El suyo se trataba del típico flechazo que ensartó a ambos al mismo tiempo. La cosa apuntaba a que se convertirían en inseparables.

Se fueron enseguida. Él se mostraba muy protector con ella y eso me gustaba. Una vez que ambos se marcharon, Marco me habló.

—Ni siquiera te pregunté si te gusta nadar.

—Soy gaditana, ¿cómo no me va a gustar? Aunque en una piscina climatizada no he estado nunca.

—Pues es un gustazo. Nadar me relaja mucho. Si te parece, me cambio y enseguida vuelvo.

Me dieron ganas de gastarle la típica bromilla de que no se cambiase, de que me gustaba él y no otro. Habría sido una chiquillada y, además, impropia de mí en aquellas circunstancias.

El hombre que tenía delante era quien me había proporcionado una nueva vida y no era plan de pifiarla con pamplinas de cría. ¿Qué hacía yo allí entonces? Quizás se tratase de simple hospitalidad. O quizás no, porque su forma de mirarme era muy intensa.

Se marchó en dirección a su dormitorio y me invitó a cambiarme también.

—No te has olvidado el bañador, ¿verdad?

—¿Te imaginas? Y tener que nadar desnuda…

No lo pensé ni un segundo. Lo vomité por la boca antes de procesarlo en el cerebro. Menuda cagada y su sonrisilla pícara que me decía que no habría tenido el menor inconveniente. La vecina de Triana tenía razón en que allí había una tensión sexual no resulta, ¡y brutal!

Bañador como tal no tenía porque nunca los había usado. El que llevaba era un bikini con braguita brasileña estampada y parte de arriba en color azul eléctrico, muy llamativo y bonito.

No me di cuenta de que, al entrar en el baño, no cerré la puerta del todo y me estremecí al ver cómo se reflejaba su sombra al pasar por delante de ella.

—¿Ya estás? —me preguntó sin fisgar lo más mínimo. Sus modales ya he dicho que eran exquisitos.

—Sí, tan solo me he olvidado las chanclas.

—¿Quieres unas zapatillas?

—No será necesario, gracias.

Salí con mi impecable pedicura, puesto que Roberta me tenía tan perfectos los pies como las manos. Noté el frío bajo esos pies por los que Marco comenzó a mirarme, clavando su vista en mí, la cual fue elevando poco a poco, deteniéndose en esas partes de mi cuerpo sin cubrir, hasta llegar a mis labios, los cuales observó con deleite, haciéndome entrecerrar los ojos.

—Sígueme, por favor —me pidió.

Si le hubiese podido abrir mi corazón, le habría contestado que marcara el rumbo, que me daría igual con tal de seguirle porque eso era lo que más deseaba. Lo hice en silencio. Cruzamos hacia esa otra ala de la casa destinada al ocio, en la cual estaba la impresionante piscina. Alrededor de ella, en aquel microclima diseñado para el relax y el descanso de los sentidos, no solo se disponían una serie de hamacas, sino una cama balinesa que me resultó de lo más tentadora.

Mi imaginación voló en esos momentos en los que hubiese pagado por saber cuántas chicas la habrían disfrutado con él. ¿Estaba celosa o solo intrigada? Lo primero, lo primero.

—Espero que la temperatura del agua esté a tu gusto —me comentó mientras me invitaba a meterme en ella, dándome la mano al comienzo de la escalera.

—Seguro que sí, porque no estará fría, pero tampoco como el caldo de puchero. Ea, ya he dicho otra vez una de las mías, ¿tú crees que así puede una triunfar en un mundo tan glamuroso como el de la moda?

—Por supuesto que sí: guapa, inteligente y graciosa. De hecho, creo que lo tienes todo para triunfar en ese

mundo… y en todos los mundos.

Había momentos en los que me desconcertaba, porque le sentía muy intenso y profundo… Al bajar las escaleras, le di la espalda, así no repararía en el tinte rojo de mis mejillas, y cuando quise darme cuenta sus ojos estaban puestos en esos laterales de mis nalgas que no llegaba a cubrir la braguita brasileña.

Comencé a mantenerme a flote mientras él me pidió que me echase a un lado. Hasta entonces no me fijé en aquel trampolín que había situado en un lateral y desde el que Marco se lanzó al agua.

Verle allí arriba era realmente imponente, sin camiseta y con una colección de marcados abdominales que le harían mucho bien a su salud, pero no tanto a la mía, dado que mi corazón se desbocó de un modo que me sobresaltó.

Con el agua salpicando mi cara, ya le tenía al lado. En ese instante, los dos supimos que iba a pasar y en la privacidad de aquella piscina, nos besamos.

A mis 25 años, distaba mucho de ser virgen como mi hermana, aunque aquel primer beso con sabor a lujuria que nos dimos reforzó mi teoría de que la atracción tan fuerte que estaba sintiendo por Marco era nueva para mí; que una así no la había sentido nunca.

Sus dedos comenzaron a enroscarse en mi pelo mientras su mandíbula abatía la mía, haciéndola suya. Sus labios parecían traspasar los míos, embistiéndolos con absoluto frenesí. Al mismo tiempo, y con la otra mano, se deshacía de la parte superior de mi bikini mientras yo misma tiraba de la inferior.

Ya estaba desnuda ante sus curiosos ojos, que me inspeccionaban sin dejar de besarme. Tiré entonces también de su bañador, pues creía que era justo, y me encontré con la rigidez de un miembro de piel tirante y rosada que se encontraba en su máximo esplendor, ¡¡y qué esplendor!!

Sus manos ya se iban hacia la zona de mi depilado pubis mientras yo palpaba debajo del agua ese erecto miembro suyo cuya visión a través de esta me había dejado perpleja.

Aún disfrutábamos de luz natural gracias a la gran claraboya que nos servía de techo. Los últimos rayos solares se colaban por ella y dibujaban formas en ese mismo agua que pasó a notarse ardiente al contacto con nuestros encendidos cuerpos.

La fogosidad de Marco se dejaba ver en su manera de besarme y también en aquella otra que mostraba a la hora de dirigir sus manos a lo largo y ancho de mi excitado cuerpo, ávido de sus caricias.

Mientras, entre mis manos palpitaba el eje de su virilidad, que igualmente desprendía un calor infernal destinado a derretir mi vagina, pues si algo me urgía era tenerlo dentro y que ese miembro me quemase las entrañas.

Sus caricias, bien dirigidas, ya alcanzaban ese clítoris mío que aumentaba de tamaño conforme lo iba estimulando, sacando los más intensos de mis jadeos. Cada molécula de mi cuerpo pugnaba por unirse a las del suyo, cada fracción de segundo que transcurría me empujaba más hacia él.

No me iba a satisfacer de una forma tan urgente y precipitada, no de esa en la que mis ojos le solicitaban a priori. Marco me haría estallar de placer antes con el hábil juego que desempeñaban sus dedos en conjunción con esa lengua, la suya, que ya succionaba mis endurecidos pezones.

Mis jadeos iban a más y mi cabeza deliraba entre el dibujo de los rayos solares y el agua, una combinación que funcionaba como la de mi cuerpo y el suyo.

La manera de atraerme hacia él me resultaba brutalmente excitante. Una de sus manos empujaba mi trasero para que ciertas partes de mi vulva, las que no estaban siendo exploradas por sus dedos, comenzaran a rozarse con ese miembro suyo que contenía toda la excitación que pudiese caber en él.

Apenas un minuto siendo acariciada y lamida por las zonas más erógenas de mi excitada anatomía y ya estaba lista para el estallido que le llevase dentro de mí, porque sus ojos me decían que cuando me esparciera, que cuando gritase un orgasmo que llevaba sello italiano, quien me lo había provocado entraría en mí.

No me equivoqué en absoluto, pues aún sentía las contracciones del bestial orgasmo cuando su miembro no llamaba a mi puerta delantera, sino que se colaba en ella sin el menor de los reparos a la par que eran sus dedos lo que entonces me exploraban por detrás.

Tras una primera embestida que fue más una toma de contacto, llegaron otras, cada una de menor nivel que la siguiente. La espiral no hacía más que crecer como yo le demandaba a través de unos gritos que le excitaban muchísimo, pero que eran innecesarios porque él me demostraba que el propósito de que estuviésemos allí, desnudos, juntos y locos de lujuria, no era otro que el de complacerme.

Embestida a embestida, noté que un calor endiablado se iba propagando por todo mi cuerpo, debido a unas llamas que no podían ser apagadas con el agua que nos envolvía, sino con ese pene suyo cuyas descomunales proporciones me estaban llevando a un encendido estado que me provocaba taquicardia.

Cogida a su cuello, me enrosqué en su cintura con mis largas piernas y entonces pudo notar ese otro líquido que se desprendía de mi interior y que nada tenía que ver con el medio acuoso en el que nos movíamos.

No tuvo el más mínimo reparo en salir del agua en ese momento. Los chicos tardarían unas horas en volver y la tarde era nuestra; una tarde para dar rienda suelta a una tensión sexual que quedaría extraordinariamente resuelta de una vez y por todas.

La mirada de Marco me preparó para lo que su lengua tenía por darme… En el borde de la piscina, y abierta de

piernas para él, aún experimentaba los espasmos de ese orgasmo cuando las caricias de su lengua lo alargaron, convirtiéndolo en uno tan dilatado e intenso que me dejó sin respiración.

No pude reaccionar tras él. Mi boca enmudeció mientras mis ojos no cedían a esa sensación de encontrarse extenuados, sino que le pedían más. Saliendo del agua, me tomó entre sus brazos con impresionante vigor y me depositó en la cama balinesa, a cuatro patas, con la vista puesta en mi trasero.

Hundí la cabeza en sus mullidos cojines mientras volvía a penetrarme. Allí podría haber ahogado unos jadeos que, sin embargo, decidí dejar sonar en aquel espacio que se había convertido en el escenario del polvo más excitante de mi joven vida.

Cuando sus embestidas parecía que me iban a atravesar, me dio la vuelta y me penetró clavando su mirada en mí mientras se iba colando en mi lubricada vagina con su afilado estoque.

El aludido juego de sus dedos en conjunción con su serpenteante lengua me hizo entender de inmediato que no pararía hasta ver cómo me corría cara a cara, hasta que mis ojos le mostrasen la lujuria provocada por la explosión interna que me llevaría a caer de nuevo tan laxa como entregada.

Fue así como ocurrió y también fue con los ojos puestos en mí como él se vació. Quise perpetuar el momento, lo juro… No estaba en mis planes que saliese, pero salió. Había llegado a su fin y la tensión sexual acumulada ya no era tal… ¿Qué pasaría a partir de ese momento? Eso mismo me pregunté mientras me duchaba, mientras enjabonaba mi cuerpo en una ducha mientras él lo hacía en otra, dándome mi espacio.

Ojalá que aquello se repitiese, porque una vez que había dado el paso me costaría mucho su cercanía sin sus besos, sin sus caricias y sin esas innegables ganas de elevarme al cielo que derrochó en aquel escenario.

piernas para él, aún experimentaba los espasmos de ese orgasmo cuando las caricias de su lengua lo alargaron, convirtiéndolo en uno tan dilatado e intenso que me dejó sin respiración.

No pude reaccionar tras él. Mi boca enmudeció mientras mis ojos no cedían a esa sensación de encontrarse extenuados, sino que le pedían más. Saliendo del agua, me tomó entre sus brazos con impresionante vigor y me depositó en la cama balinesa, a cuatro patas, con la vista puesta en mi trasero.

Hundí la cabeza en sus mullidos cojines mientras volvía a penetrarme. Allí podría haber ahogado unos jadeos que, sin embargo, decidí dejar sonar en aquel espacio que se había convertido en el escenario del polvo más excitante de mi joven vida.

Cuando sus embestidas parecía que me iban a atravesar, me dio la vuelta y me penetró clavando su mirada en mí mientras se iba colando en mi lubricada vagina con su afilado estoque.

El aludido juego de sus dedos en conjunción con su serpenteante lengua me hizo entender de inmediato que no pararía hasta ver cómo me corría cara a cara, hasta que mis ojos le mostrasen la lujuria provocada por la explosión interna que me llevaría a caer de nuevo tan laxa como entregada.

Fue así como ocurrió y también fue con los ojos puestos en mí como él se vació. Quise perpetuar el momento, lo juro… No estaba en mis planes que saliese, pero salió. Había llegado a su fin y la tensión sexual acumulada ya no era tal… ¿Qué pasaría a partir de ese momento? Eso mismo me pregunté mientras me duchaba, mientras enjabonaba mi cuerpo en una ducha mientras él lo hacía en otra, dándome mi espacio.

Ojalá que aquello se repitiese, porque una vez que había dado el paso me costaría mucho su cercanía sin sus besos, sin sus caricias y sin esas innegables ganas de elevarme al cielo que derrochó en aquel escenario.

Capítulo 25



Al día siguiente, Marco no llegó a primera hora, como era su costumbre. Y eso me inquietó.

Me había pasado la noche haciendo todo tipo de conjeturas. No sabía hacia dónde nos llevaría aquello que había comenzado a desatarse la tarde anterior. Lo único que tenía meridianamente claro era que no podía olvidarme de ello.

Durante la noche, ignoraba si durmiendo o en un estado intermedio que me llevaba de abrir los ojos a cerrarlos mientras recordaba esbozando una sonrisa lo que había ocurrido, me asaltaban flases respecto a cómo había sido aquel encuentro que deseaba repetir.

Me quedé un poco decepcionada al no encontrarle allí, como era habitual. ¿Y si mi estaba rehuyendo? No puedo evitar pensarlo, si bien no tendría demasiado sentido porque él trabajaba allí, era el gran jefazo, ¿se ausentaría de su puesto de trabajo solo por evitar verme? Eso carecía por completo de sentido.

Apareció unas horas después, cuando ya iba hacia la calle en compañía de Stefano, de Francesco y también de Roberta. Ese día comenzaban mis rodajes en los exteriores y ansiaba que Marco llegase a tiempo para insuflarme algo de ánimo. Y también para ver qué cara traía después de lo nuestro.

Ya había perdido toda esperanza al respecto, pues íbamos a coger el ascensor, cuando se abrieron las puertas y era él.

La sonrisa resplandeció en mi rostro en ese instante. Venía guapo, más guapo aún que el resto de los días.

—Buenos días, ¿ya te vas? —me preguntó.

—Eso dicen, que hemos de empezar temprano. Buenos días para ti también.

—Estoy seguro de que serán tan amables de dejar que me tome un café contigo —comentó mientras les miraba.

Me fascinó que lo hiciera. Salimos a una cafetería cercana, una en la que no había estado todavía, y que decía ser muy de su gusto. No me extrañaba, era pura elegancia, recreaba un ambiente de época, de lo más refinado. Me quedé ojiplática al entrar, daba la sensación de que retrocedías en el tiempo.

—Qué bonita es, ¿sabes que también trabajé en una cafetería en Jerez? Se trató de mi último trabajo más o menos fijo antes de que me vieras como azafata de congresos. Luego me sustituyó la sobrina del jefe, de un momento para otro, y eso me dejó con una mano delante y otra detrás. Allí servíamos churros.

—Por favor, qué buenos, me encantan los churros. Aquí, obviamente, no los hay… Pero te van a encantar los cruasanes que sirven, son los mejores de todo Milán.

—Bien, pues tomaré uno.

—Es obvio que habías trabajado en hostelería. Lo supe cuando te vi llevar la bandeja en el evento en el que te conocí. Y me alegro mucho de que esa chica, la sobrina de tu jefe, fuese una enchufada. Así te despidieron y tuve la oportunidad de conocerte.

—¿Te alegras de haberme conocido?

—Mucho. Y de que estés aquí.

No éramos una pareja. No era eso lo que me estaba diciendo y era consciente de ello. Pero sí que se estaba produciendo un evidente acercamiento entre ambos, uno que se acrecentaba cada día y que nos había llevado directos a la cama.

Disfruté muchísimo con aquel desayuno lleno de miradas e insinuaciones. Desde que nos separamos la noche anterior tenía la necesidad de volver a encararle, de volver a escudriñar su mirada y que esta me dijese que Marco tenía las mismas ganas de encontrarse de nuevo conmigo que yo con él.

Evidentemente, así era, porque de otro modo no nos estaríamos tomando un café y el resto del equipo esperando.

Cuando regresamos para recogerlos, Samuel les estaba dando palique y Roberta, al verme llegar con Marco, me guiñó el ojo. Una vez que él se fue, Samuel me tomó del brazo y me llevó aparte.

—Dime que no te has acostado con él y te haré vudú por mentirosa y mala amiga.

—Samuel, que yo no puedo hablar de esas cosas. Se trata de Marco —le comenté mientras me mordía el labio inferior.

—Ya me lo has confirmado, no te preocupes por nada.

—Pero ni mu a nadie, ¿me oyes? No quiero que se moleste pensando que soy una chismosa. Sabes que es muy discreto con estas cosas.

—Sí, sí, lo sé muy bien. Y también sé que eso que le estoy viendo en los ojillos… Eso no se lo había visto nunca, cacho perra.

—No soy la primera chica de aquí con la que se lía. Acuérdate de Ilenia…

—¿Y me la tienes que recordar así, de buena mañana, para que su infame recuerdo me provoque migraña?

—Mira que eres teatrero, de verdad.

—Y tú suertuda, mira que eres suertuda. Venga, ve con estos y demuéstrales que no solo el jefe caerá rendido a tus encantos, sino también la cámara.

—¿Yo te he dicho ya que te quiero?

—Es que soy irresistible, nena. Salvo para uno que yo conozco, que se me está resistiendo. Pero ese cae, te prometo que cae.

—Está bueno, Stefano está bueno —asentí.

—Ni se te ocurra mirarlo, ¿me oyes?

—¡¡Que es mi fotógrafo!!

—Ya lo sé, asquerosilla. Pero solo lo puedes mirar en plan profesional, de reojo más bien. Ese es mío, no pretendas acaparar.

—Nunca haría eso.

—En el fondo lo sé por mucho que los celos me asalten hasta abatirme…

—Más teatro, ¿tú no te has planteado ser actor como mi hermana?

—Hollywood entero caería a mis pies, no podría hacerle eso al resto de actores, me odiarían demasiado.

—Qué loquito estás, pero qué loquito…

—Mira a la cámara como miras a Marco, derrítela igual. Y pensar que parecías una mosquita muerta cuando entraste por la puerta. Cielo santo, qué fichaje eres… Yo también te empiezo a querer un poquito, guapa.

Stefano se le cruzó en ese momento y Samuel no disimuló las ganas que le tenía. El bohemio del fotógrafo, porque lo era, parecía ir a la suya, pero Samuel me guiñó un ojo y yo subí el pulgar. Todo era posible, yo misma lo había comprobado con Marco, ¿por qué él no podría correr la misma suerte?

Stefano se le cruzó en ese momento y Samuel no disimuló las ganas que le tenía. El bohemio del fotógrafo, porque lo era, parecía ir a la suya, pero Samuel me guiñó un ojo y yo subí el pulgar. Todo era posible, yo misma lo había comprobado con Marco, ¿por qué él no podría correr la misma suerte?

Capítulo 26

Llegué a casa al mediodía muy contenta. Marco estaba en un almuerzo de trabajo. Esa jornada la tenía bastante completita, aunque me había llamado a mi salida de la sesión para preguntarme qué tal me fue, encontrándome exultante.

Me encontré allí con que Olga estaba ayudando a Gina a limpiar las cristaleras. Ese gesto por parte de mi hermana me gustó mucho porque no la había criado para ser un parásito y, dado que estaba expulsada del instituto al menos que moviera el culo.

Sonaba la canción de "Flowers", esa que Miley Cyrus ha hecho archifamosa, y que tanto empodera solo con escuchar sus primeras letras.

—Hola, cariño, me gusta verte tan activa —le dije.

—Es que tenía que echarle una mano y animarla un poco —me lo susurró. Se refería a Gina, haciéndome el gesto de que había estado llorando.

La busqué. En ese instante estaba cogiendo más agua de la cocina para rematar la limpieza de las cristaleras, que debió llevarles muchísimo rato, dado lo grandes que eran.

—Gina, bonita, ¿qué te pasa? —le pregunté compadeciéndome de ella, pues tenía los ojos rojos por el llanto.

—Ay, Amanda, qué vergüenza. Yo estoy aquí para limpiar y cocinar, no para contaros mis problemas. No tenéis por qué involucraros en nada. Cierto que no se trata de mi mejor día, pero ahora mismo termino con las cristaleras. Espero que no te moleste que Olga me haya ayudado, yo no quería, ella se ha empeñado, de veras —suspiró.

—Cariño, claro que no me importa. Que haga algo, que para eso tiene dos manitas. Ahora quiero que me cuentes.

—Si no es nada. Os preparo el almuerzo en nada, que ni tiempo me ha dado hoy, y me voy corriendo a recoger a mi niño, que tengo un plan…

—No vas a preparar almuerzo, sino que voy a pedir ahora mismo unas pizzas. Y tú te las vas a comer aquí con nosotras antes de marcharte, porque no sé qué te pasará, pero sí que los problemas se afrontan mejor con el estómago lleno.

—Qué buena eres, de verdad.

—Que no, mujer, que a mí también me han ayudado mucho. Venga, ve a lavarte la cara y ahora me cuentas.

—No, que tengo que terminar con las cristaleras.

—Eso ya lo hago yo —le comentó mi hermana llevándose el agua limpia.

—La has educado muy bien, Amanda, deberías estar orgullosa.

—Tú sabes, poco a poco la voy poniendo derecha, que se me estaba torciendo un poco.

—Torcida está mi vida. Alberto me engaña —me comentó y se echó a llorar a mares.

—Ains, pobre, ¿Alberto es el padre de tu bebé?

—El mismo, ese sinvergüenza está con otra, con una compañera de trabajo. Y yo me venía oliendo que algo raro pasaba, porque los hombres van dejando señales y nosotras las recogemos. Pero claro, con un bebé casi recié nacido preferí ignorarlas. El caso es que los meses han ido pasando y mis sospechas creciendo igual que su morro que cada día tiene más. Hasta que el otro día les vieron… Una amiga mía les pilló besuqueándose en medio de la calle. Y entonces ya no me lo pudo negar más.

—Cielos, ¿tú ya le habías hablado de tus sospechas?

—Muchas veces. Y me dio a entender que era una celosa patológica, que el único problema que había entre nosotros estaba en mi cabeza y que me iba a cargar una familia. Con todas esas ideas perversas me ha estado machacando, porque la única verdad es que se trata de un malnacido que lleva tiempo riéndose de mí.

—No te merece, Gina. ¿Y qué ha dicho? ¿Te lo ha reconocido?

—Sí, sí, me ha vacilado por completo, haciéndome de menos.

—¿Cómo? —le pregunté indignada.

—Que me ha recriminado que todo ha ocurrido por mi culpa, porque dice que me he abandonado desde que me quedé embarazada. Y eso no es verdad. Vale, que igual tiene razón en que no me arreglo tanto porque no me da tiempo, pero… —Mientras le daba vueltas, sorbía por la nariz.

—Ni se te ocurra echarte la culpa de nada, ¿me estás oyendo? Ese miserable te ha ninguneado.

—Sí, sí, por completo. Y eso no es lo peor…

—¿Cómo que no es lo peor?

—Lo peor es que le he dicho que le dejo y por mí sola no me puedo valer, eso es lo que me tiene hundida del todo.

—¿Y tu madre? Ella te echa un cable con Eros, seguro que también te permitirá vivir en su casa, que vuelvas.

—No… El muy canalla le ha comido el coco. Ha hablado con ella y le ha dicho que solo ha sido un traspiés, que él me quiere… Todo para ponerla en mi contra y que no me ayude, así me obligará a estar con él. Le tengo muy consentido y no le interesa perderme.

—¿Y tu madre le ha creído?

—Palabra por palabra, porque a ella le interesa también. Mi madre se fue a vivir con un novio que se echó hace un tiempo. Lo hizo aprovechando que me independicé, yéndome a vivir con Alberto. Del niño no le importa cuidar porque es su nieto y así nos ayudaba a salir para adelante, pero no le apetece en absoluto que me separe. En casa de su novio no tengo cabida, acogerme no me acogerán. Además, que es una mujer chapada a la antigua.

—Pero si tiene un novio nuevo será porque ella misma está separada, ¿me equivoco?

—Te equivocas, sí. Mi madre es viuda, mi padre murió hace años. Era mujeriego y bebedor, y ella se acostumbró a malvivir con él. Creía que debía apechugar con lo que fuese, al ser su mujer. Y ahora me pide que haga lo mismo con Alberto.

—¿Aguantar que te cornee con la vida tan bonita que tienes por disfrutar?

—¿Bonita? Lo único que tengo bonito es mi hijo. Pero suerte no he tenido nunca.

—Hasta ahora. Te vienes con nosotras durante una temporada, hasta que puedas valerte por ti misma.

—No, no, eso no lo puedes hacer.

—¿Y quién dice que no puedo hacerlo? A mí la suerte me cambió de la noche a la mañana. Sí que puedo, te lo garantizo.

1

Capítulo 27



Lo hablé con Marco aquella tarde. En cuanto le comenté que quería charlar con él, pasó a por mí.

—¿Y por qué me lo tienes que consultar? Es tu decisión.

—Porque el ático es tuyo.

—Pero, mientras vivas allí, puedes tomar todas las decisiones libremente. Es tu casa. Eres muy generoso, de verdad.

—Y tú muy buena persona. A mí cederte el ático temporalmente no me supone nada; sin embargo, tú no dudas en ceder parte de él para compartirlo con otras personas. Habla muy bien de ti. Si es lo que quieres, adelante.

Mientras me hablaba, la mirada la tenía muy puesta en mí. Y la mía tampoco perdía el contacto visual con él.

—¿Cómo estás? —me preguntó de pronto.

—Bien, bien… Estoy un poco… Buff, qué pregunta, estuvo genial, si es lo que quieres saber. No me lo quito de la cabeza. Ya me vas conociendo, Marco, soy de soltar las cosas. Y me gustó lo que sucedió. No quiero tampoco que me veas como a una boba o que creas que, por eso que pasó, yo te voy a pedir…

—No estoy sacando conclusiones de nada, tranquila. Solo es una pregunta —me aseguró sonriendo.

—¿Y a ti te gustó?

—Mucho —respondió tajante.

—Me alegra saberlo.

—Igual también te alegra saber que Alessio ha salido a hacer *skate* y que no volverá hasta dentro de unas horas.

—¿Quieres que repitamos?

—Sí —me respondió con tanta concisión como firmeza.

No me lo pensé tampoco. Había fantaseado con esa idea. Enseguida llegamos a su casa. Entramos en esa ala del ocio y allí me topé con un espacio que bien podría servir para experimentar momentos de lo más lujuriosos. Se trataba de una estancia amplia, con una enorme cama, mini bar, vistas al jardín y todo tipo de detalles para pasar un buen rato de relax viendo la enorme pantalla de televisión, relajándote en el jacuzzi que tenía allí mismo, en uno de los laterales, o disfrutando de aquello que te apeteciera.

—Este no es tu dormitorio, ¿verdad? —le pregunté porque no me parecía que pudiera ser así, por muy cama XXL que tuviera.

—No, y tampoco es uno de esos tipos "dormitorio *hot*", es un área de descanso.

—Si te soy sincera, a mí me metes en uno de esos que dices, llenos de látigos y todo tipo de juguetes raros, y m doy a la fuga. Soy más natural. Que no digo que estén mal, pero donde se pongan unas vistas al jardín, que se quite eso tan sombrío. No me gustan las sombras, soy más de sol. Es que soy andaluza, ya lo sabes.

—Lo sé, lo sé…

Que no me gustasen ese tipo de espacios que, más que lujuriosos, a mi parecer podían ser un tanto lúgubres, no significaba que no me fueran los juegos sexuales. Mediaba un abismo entre una afirmación y la otra.

Por supuesto que me gustaban. Y también los juguetes y todo aquello que tuviera que ver con que entre él y yo se cociera a fuego lento un sexo del bueno de ese que te deja las rodillas hechas gelatina.

Me senté en el borde de la cama. Fue algo instintivo. Ya me sentía arder y abrí las piernas, puesto que fui a darle el encuentro con un mini vestido de gasa que, sin caer en lo descaradamente provocativo, me resultó muy sugerente.

A él también se lo debió parecer por la forma en la que me miró, si bien no estuvo sobre mi piel más que los segundos que tardó en quitármelo. Subí los brazos para dejarle hacer y actuó súbitamente, con precipitación y alevosía. Y no lo hizo con nocturnidad puesto que aún era de día.

En cuanto estuve en ropa interior para él, se quitó igualmente la camisa, desabotonándola mientras su mirada ya me penetraba como anticipo de ese momento en el que lo haría también su sexo.

Sus dedos se iban hacia mi vagina, la cual ya le esperaba con la humedad que produce el más súbito de los deseos; ese deseo que compartía con mis ojos, los cuales ya estaban clavados en sus abdominales.

Fue entonces cuando se dio media vuelta para sacar aquellas aterciopeladas esposas. Marco sabía lo que hacía.

Mi piel era muy sensible y el acero hubiera podido dejarme marca.

Se le notaba juguetón. Las esposas las sacó de una cajita que, a su vez, se encontraba en el interior de un armario, bajo llave.

La cajita la sacó al completo y la dejó al pie de la cama. Mi curiosidad iba en aumento y entonces le eché una mirada de reojo. A él le resultó excitante, lo noté… No por eso la dejó abierta para que mis ojos la inspeccionaran sino todo lo contrario. La cerró de golpe, haciendo un ruido que me llevó a cerrar los ojos igualmente, sobresaltándome.

Aprovechó ese instante para penetrarme con los dedos. Al cogerme de improviso, di una especie de saltito que debió parecerle delicioso por el modo en el que saboreó sus labios con los míos.

Me colocó las esposas, anclándome al cabecero de la cama. Se levantó despacio, demostrándome no tener ninguna prisa. Le gustaba hacer las cosas bien en el sexo, con la tranquilidad que da saber que tienes tiempo por delante.

Del min ibar sacó una pequeña botella de champán y una cubitera.

—¿Estamos celebrando algo? —le pregunté libidinosa.

—El momento. Cuando has vivido muchas cosas, entiendes que lo mejor que se puede celebrar es el momento —me comentó en ese instante en el que me despojó también del sujetador, pues mi tanga ya había saltado por los aires antes.

Desde mi cuello fue dejando caer el champán hasta mis senos, donde hizo una primera parada para lamer a conciencia. Conforme iba pasando su lengua por mi piel en dirección descendente, provocaba que esta hirviese.

La forma en la que se regodeó en los senos me encendió por completo. A la par, llevó sus dedos hasta mi clítoris con la intención de comenzar a estimularme.

Lo hizo sin quitarme la vista de encima. Sabía que eso también disparaba mi libido y conocía cómo jugar sus cartas. Los primeros jadeos comenzaron a salir de mi garganta mientras él volvía a verter champán y se detenía entonces en mi ombligo, enroscando su lengua en él. Su otra mano enmarcaba mi cintura y lo hacía con fuerza, como queriendo bebérsela también, hacerla suya, doblegarla como al resto de mi excitada figura.

Siguió, no se quedó ahí. El champán continuó su rumbo camino de mi sexo. Notaba cómo me temblaba la cara interna de los muslos, cómo cada centímetro de mi piel deseaba que me poseyera, que tomase posesión de mí, que llegase a hacer estallar aquello que con tanta ansia había sentido.

Percibía pequeñas y electrizantes punzadas por todo mi cuerpo, las cuales sucumbían a sus caricias y a sus

lamidas. Se me arqueaba por completo, no ya por el mucho placer que me estaba provocando con su lengua, sino por la expectación del que estaba por llegar.

Cuando por fin traspasó la barrera de mi ombligo, prosiguió hacia mi encendido clítoris, el cual le esperaba con expectación. Sentí el frío del champán sobre el calor que esa erógena zona desprendía. Y entonces fue como si se evaporase al contacto con ella.

A continuación, tomó un taco de hielo, el cual fue frotando por mi vulva al completo. Mi estremecimiento iba a más. Como si me estuviera produciendo calambres con él, mi cuerpo daba pequeños botes. Marco no paraba en ningún momento. Tenía claro cuál era su objetivo e iba a por él.

Por favor, si es que el hielo se derretía al llegar a esa zona erógena, a mi clítoris, mientras me retorcía por el placer entre sus brazos. De pronto, subió tanto de intensidad que pensé que no lo soportaría.

—Para, para —le pedí tan nerviosa como excitada.

—Shhhh…

Salió de sus labios casi a modo de orden, y eso me excitó todavía más, por lo que no opuse resistencia. Al contrario, abrí más las piernas, me relajé y me dejé llevar…

Nunca había sentido un orgasmo tan helado y ardiente a la vez como el que Marco me provocó con el taco de hielo. Cielos, con él me introdujo en un universo tan placentero como absolutamente innovador para mí en el que solo existían la lujuria y nosotros.

Mis gritos iban a más entre sus brazos mientras él se regodeaba con ese hielo que llegó a reducir a la nada entre sus dedos, derritiéndolo en mí hasta provocarme un nuevo orgasmo. Apenas podía creerme el poco tiempo que pasó entre uno y otro ni tampoco la intensidad de las contracciones que sentí mientras, agarrada a él con mis piernas, llegué a clavar de un modo inconsciente mis uñas en las palmas de mis manos debido a la brutal incitación que sentía por su parte.

Seguía esposada al cabecero de la cama cuando bajó a probar el fruto de eso que había logrado, metiendo su lengua en mí, mientras me provocaba taquicardia y mi cuerpo se fundía con el suyo.

Le supliqué entonces que me penetrase, lo hice cuando salió de mi entrepierna y recibí un beso de sus labios con sabor a mí. No dejó de besarme mientras se colocaba, mientras se preparaba para penetrarme.

Entorné los ojos y mordí mi labio inferior. Mis manos inmóviles no me permitían acariciar su espalda, llevarle hacia mí. Tampoco hizo falta. En el instante en el que me embistió me tomó por la cintura con la intención de no soltarme.

Su erección fue tan brutal como espontánea, en el sentido de que no me permitió que mi boca le ayudase. Tampoco podía acrecentarla. Su tamaño y lo tirante de su rosada piel me lo dejaron bien claro.

Cada uno de los milímetros de la delicada piel de ese canal estrecho que conducía hasta mis entrañas se empachó de esa erección suya. La fricción era total y yo no podía más que gritar. Tamaño placer no me lo habían producido nunca y entonces, metiendo las manos por debajo de mis nalgas comenzó a amasarlas como si estuvies preparando pizza, con fuerza y firmeza.

Sus ojos aguamarina penetraban los míos a la vez. Absolutamente cautivada no podía dejar de mirarlos. Me daban vida, esos ojos me la daban...

El atractivo de su rostro parecía intensificarse cuando estaba dentro de mí, tan varonil como le veía. Su cadera era fuerte, igual que el resto de su cuerpo, y sus embestidas las sentía feroces.

Tardó un rato en llegar al clímax dentro de mí, un rato durante el que me regaló placer a raudales, perlando todo mi cuerpo de una capa de sudor que sabía a excitación y sexo del que está a otro nivel.

Caí exhausta y mirándole con las mejillas echando fuego. Si no continuamos con la maquinaria en marcha, si no comenzamos de nuevo en cuanto él se hubo recuperado fue porque ya llevábamos largo rato haciéndolo y no quisimos en absoluto arriesgarnos a que Alessio llegara a la casa.

Los chicos eran nuestra responsabilidad y había que guardar las formas. Con todo y con eso, yo no podía evitar pensar hacia dónde nos llevaría aquello.

n

Su erección fue tan brutal como espontánea, en el sentido de que no me permitió que mi boca le ayudase. Tampoco podía acrecentarla. Su tamaño y lo tirante de su rosada piel me lo dejaron bien claro.

Cada uno de los milímetros de la delicada piel de ese canal estrecho que conducía hasta mis entrañas se empachó de esa erección suya. La fricción era total y yo no podía más que gritar. Tamaño placer no me lo habían producido nunca y entonces, metiendo las manos por debajo de mis nalgas comenzó a amasarlas como si estuviese preparando pizza, con fuerza y firmeza.

Sus ojos aguamarina penetraban los míos a la vez. Absolutamente cautivada no podía dejar de mirarlos. Me daban vida, esos ojos me la daban...

El atractivo de su rostro parecía intensificarse cuando estaba dentro de mí, tan varonil como le veía. Su cadera era fuerte, igual que el resto de su cuerpo, y sus embestidas las sentía feroces.

Tardó un rato en llegar al clímax dentro de mí, un rato durante el que me regaló placer a raudales, perlando todo mi cuerpo de una capa de sudor que sabía a excitación y sexo del que está a otro nivel.

Caí exhausta y mirándole con las mejillas echando fuego. Si no continuamos con la maquinaria en marcha, si no comenzamos de nuevo en cuanto él se hubo recuperado fue porque ya llevábamos largo rato haciéndolo y no quisimos en absoluto arriesgarnos a que Alessio llegara a la casa.

Los chicos eran nuestra responsabilidad y había que guardar las formas. Con todo y con eso, yo no podía evitar pensar hacia dónde nos llevaría aquello.

Capítulo 28

Durante la semana quedamos a solas varias veces más. Hasta sobre la mesa de su despacho lo hicimos, todo un clásico.

De ahí la sonrisa que se reflejaba en mi rostro el viernes por la mañana.

Mi hermana desayunaba porque el día anterior ya había vuelto a las clases. Y Gina se movía de un lado a otro de la cocina, sin parar de hacer cosas. Su pequeño Eros, de seis meses, estaba en su trona, ya que se quedaba sentado con seguridad e independencia.

Contar con un bebé en casa y dado que no me generaba el más mínimo problema porque estaba al cargo de su madre, me aportaba muchísima alegría, aparte de que me han gustado de siempre.

—Si es que eres para comerte…

—Te tenemos la casa inundada con tanto cacharro. Te prometo que en cuanto las cosas se me vayan arreglando nos marcharemos. Tengo que buscar un apartamento para los dos y…

—Tranquila, ¿alguien te está metiendo prisa? Si Olga y yo estamos encantadas con este terroncito de azúcar —le decía mientras le hacía carantoñas al precioso bebé.

—No me extraña que hayas tenido suerte en la vida. Eres la mejor, Amanda.

—Eso mismo le digo yo, que es la mejor hermana mayor del mundo.

—¿Qué me estás queriendo pedir, Olga?

—¿Yo? Mujer, si sabes que siempre te he alabado.

—De vez en cuando. Otras veces me has regalado el oído, eso es lo que has hecho. Sobre todo, cuando quieres sacar tajada de algo.

—Es que resulta que en el instituto, este fin de semana, hay una actividad.

—Pues te apuntas del tirón. Todo lo que esté relacionado con los estudios, no te digo nada…

—Ya, ya, pero que es más bien en plan divertido. No del todo tampoco, que si lo organizan es por algo, ¿no opinas igual?

—Dime de qué se trata antes, no quieras que me pille los dedos.

—Se trata de que esta tarde se van de excursión a St. Moritz, en el Bernina Exprés. Hasta el domingo por la tarde.

—¿Y eso qué se supone que es?

—Ahí va la mejor parte: es un tren chulísimo que hace una ruta muy empinada y dicen que el paisaje es formidable. Todo lo que vería sería alucinante y…

—Sobre todo la bonita cara de Alessio.

—Ya, vale, que sí, que él también iría, claro… Si se trata de una convivencia del instituto. Ha surgido a principios de semana por iniciativa de un profesor que ha visto la oportunidad de organizar unas actividades… Nos quedaríamos en unas preciosas cabañas de madera, estaríamos en contacto con la naturaleza y…

, —Y es un premio que no sé por qué debería darte.

—Porque me estoy portando fenomenal y lo sabes.

—Te han expulsado del instituto a la primera de cambio.

—Sabes que fue por un motivo justo y que haré por compensarlo. Porfi, porfi, me pongo de rodillas si hace falta.

—Mujer, que es muy buena niña. A su edad, yo me escapaba de casa con Alberto. ¿No será mejor que te lo cuente todo? Si van con sus profesores…

—Gina, ¡¡te quiero!! —exclamó Olga mientras hacía en el aire la forma de un corazoncito que bombeaba.

—Es que hay que vivir el momento, que luego los problemas llegan solos. Que me lo digan a mí, ¿verdad, chiquitín? —suspiró.

—Vamos a ver, Olga, ¿y esto por qué no me lo habías dicho antes?

—Porque nosotros nos enteramos ayer, me refiero a Alessio y a mí. Al estar expulsados, nadie nos lo comunicó Me he pasado toda la noche pensando cómo pedírtelo. Si hasta tengo hecha la maleta…

—Qué loquita estás—le dije negando con la cabeza.

Me lo pensé durante unos segundos. Conociendo a Marco, estaría de acuerdo con la visión de Gina. No era de cortarle el rollo a su hijo. Sí de mantenerlo firme, pero hasta ahí.

—Está bien, pero deposito en ti mi confianza. Espero que no te la tomes a broma, Olga.

—No, claro que no. Te prometo que esta tarde me la paso entera estudiando. ¿Y si te dijera que veo posibilidades de salvar el curso?

—¿El que viene? Por supuesto, no lo salves y te pongo a limpiar las cristaleras de mañana a noche. Le vas a ahorrar trabajo a Gina.

—Que no, que hablo de este. Le estoy cogiendo el rollo muy bien al italiano.

—A Alessio, ya lo veo, ya…

—No te burles de mí: al idioma. Alessio y Gina me están ayudando mucho. Igual, si me esfuerzo mogollón, podría salvar este curso.

La realidad es que nunca la vi tan motivada como en aquella ocasión. Y si Alessio tenía que ver con aquello, bendito fuese.

—Pues haz todo lo posible, por favor. Me encantaría que ocurriese así y me llevaría una enorme y grata sorpresa. De esas que tendría algún buen premio en verano.

—Define buen premio.

—Y tú no le pongas precio a lo que todavía no has logrado.

—Logro todo lo que me propongo. Cada día tengo más *followers* y los chicos están encantados conmigo como vocalista.

—Es una artista, la niña es una artista.

—Qué buena aliada me ha salido contigo, Gina.

—¿A que sí? Venga, cariño, pues disfruta mucho de tu fin de semana —le dijo ella.

.

—Y tú también, Gina. Y tú también, hermanita. A mí no me la das, andas liada con Marco. A la chita callando…

—Eso no es de tu incumbencia.

—Sí lo es y, si no lo has negado, me lo acabas de confirmar.

—No vayas de listilla, ¿me oyes?

Federico nos saludó al vernos salir del edificio, tan contentas como íbamos las dos. Mi hermana porque haría esa excursión que tanto le apetecía y yo porque me imaginé que, dado que estaríamos solos durante el finde, a Marco se le ocurriría alguna buenísima idea para pasarlo juntos.

Le veía más cercano a mí. No había despegado aún sus labios en el sentido de ponerle nombre a lo nuestro, perc no quería pensar que para él fuese una aventura pasajera tampoco. Desde el primer día, desde ese en que me vio en Jerez, algo se le removió por dentro. Y me refiero a algo más allá de un interés profesional. Hay cosas que se notan. Y esa él no pudo o no quiso disimularla, lo mismo que yo.

Federico nos deseó la mejor de las mañanas y nosotras a él también. Después, saludamos a Renzo, dejamos a Olga en el instituto y me fui para mi trabajo. Mi hermana saldría directa desde allí. Ya llevaba su maleta hecha, como bien anunció. Se las sabía todas.

—Y tú también, Gina. Y tú también, hermanita. A mí no me la das, andas liada con Marco. A la chita callando…

—Eso no es de tu incumbencia.

—Sí lo es y, si no lo has negado, me lo acabas de confirmar.

—No vayas de listilla, ¿me oyes?

Federico nos saludó al vernos salir del edificio, tan contentas como íbamos las dos. Mi hermana porque haría esa excursión que tanto le apetecía y yo porque me imaginé que, dado que estaríamos solos durante el finde, a Marco se le ocurriría alguna buenísima idea para pasarlo juntos.

Le veía más cercano a mí. No había despegado aún sus labios en el sentido de ponerle nombre a lo nuestro, pero no quería pensar que para él fuese una aventura pasajera tampoco. Desde el primer día, desde ese en que me vio en Jerez, algo se le removió por dentro. Y me refiero a algo más allá de un interés profesional. Hay cosas que se notan. Y esa él no pudo o no quiso disimularla, lo mismo que yo.

Federico nos deseó la mejor de las mañanas y nosotras a él también. Después, saludamos a Renzo, dejamos a Olga en el instituto y me fui para mi trabajo. Mi hermana saldría directa desde allí. Ya llevaba su maleta hecha, como bien anunció. Se las sabía todas.

Capítulo 29



Llegué bastante emocionada al trabajo.

Nada más entrar, me encontré por el pasillo con Samuel, quien venía con una amplísima sonrisa.

—A ti te pasa algo, ya me contarás de qué se trata.

—Me lo tiro este fin de semana, fijo.

—¿A Stefano? ¿Has quedado con él? —le pregunté asombrada.

—Le acabo de tirar fichas y sí: hemos quedado esta noche.

—¿Pero en plan cita? ¿Sabes si es gay?

—Y si no lo es, lo vuelvo. En serio, no ha nacido ayer y ha aceptado. Le pienso coger de esa melena… Ay, niña, ¡¡cómo son los italianos!!

—Y que lo digas.

—Sí, sí, porque tú también planeas algo con Marco, ¿qué vas a hacer este fin de semana?

—*Top secret* —le contesté.

—¿Con un paisano como yo? Serías una desagradecida, una ingrata, una….

—Ay, Samuel, que me tiene loquita. Tú no se lo contarás a nadie, ¿verdad que no?

—Si no hace falta, cariño. Lo vuestro es la comidilla de los pasillos. Se ha dado cuenta todo el mundo ya.

—¡¡No me digas!! ¿Y si eso le echa para atrás?

—¿A un hombre como Marco? Ese siempre ha hecho y ha deshecho al margen de las malas lenguas. O sea, que le ha importado mucho menos que un pito lo que se haya dicho sobre él.

—Pues menos mal, ¿tú crees que querrá algo serio conmigo?

—¿Serio? Mejor que quiera algo cachondo, divertido. Ni que fueras con un moño y vistieras de gris.

—Tú me entiendes.

—Yo lo que le estoy viendo en los ojos a ese jefazo pinta muy bien, pero que muy bien. Ahí lo dejo, Hoy trabajas fuera de nuevo. Cuida de que ningún moscón se acerque a mi chico.

—Lo haré, lo haré.

—Eres una buena amiga. Te deseo un finde plagado de folleteo a ti también.

—Calla, loco, que nos van a escuchar.

—Pues que se mueran de envidia, como canta Dani Martín. Que ese es otro que no está bueno ni nada. Tiene ur punto que a mí me pone…

Con la sonrisilla en los labios por todo lo hablado con Samuel, y corriendo porque no tenía demasiado tiempo, llegué hasta Angelina, la secretaria de Marco. Moría porque él me propusiese algo.

—Buenos días, guapa, tengo que hablar con el jefe —le comenté al llegar a su mesa.

Se le cambió el gesto. A aquella preciosa chica, en ese instante, diría que algo se le pasó por la cabeza que no fue de su agrado en absoluto.

—Buenos días, Amanda. Pues lo siento, pero no va a poder ser porque está reunido.

—¿Reunido con algún cliente?

—Pues no —titubeó en su respuesta.

No me miraba a los ojos. Había buena sintonía entre ambas y no por ello Angelina la dejaba ver aquella mañana.

—¿Y entonces?

—Yo de ti trataría de verlo más tarde. Es decir, que tendrás muchas cosas que hacer… Alguien como tú, de

quien todos hablan, seguro que tiene por delante una mañana de viernes apasionante. Podemos hacer una cosa, tú vete y, si Marco se queda libre te aviso por si aún sigues por aquí.

—¿Qué pasa, Angelina? Cualquiera diría que te molesta que le espere aquí. Si tienes algo que decirme, me lo dices.

Todo tipo de teorías pasaron por mi cabeza en ese momento. ¿Estaría enamorada de Marco y le daría coraje que fuese a buscarle cada mañana? No, eso no me cuadraba, porque el día anterior me pasé por allí, como todos, y era la simpatía en persona.

¿Y entonces? Pues no podía saber qué se cocía en ese despacho, si bien no pensaba moverme de allí hasta averiguarlo.

Tomé asiento y ella apenas me dirigía la palabra. No por eso dejaba de mirarme, de medio lado, de un modo algo extraño.

No hizo falta que pusiese demasiado la oreja, tan solo que me sentase y guardase silencio, para escuchar que la visita de Marco era femenina y con una voz seductora.

Me removí en mi asiento, sintiéndome regular. Vale, él tenía que reunirse con muchas mujeres, ¿y entonces por qué me miraba Angelina así?

Lo descubrí en torno a diez minutos después. Roberta me estaba esperando y me lo indicó por mensaje, pero no me movería de allí hasta averiguar lo que necesitaba.

Cuando la puerta del despacho se abrió, se me desencajó la mandíbula y todo me cuadró: quien de allí salió, y con aire absolutamente victorioso, fue Ilenia Vanetto, la anterior amante de Marco y la modelo a la que sustituí.

Del mismo modo que yo la reconocí, ella me reconoció a mí. Y su mirada me dio a entender que le parecí insignificante, como si se tratas de un microbio.

Dado que me puse de pie en ese preciso instante, no llegó a cerrar la puerta, porque al poner la mano sobre el quicio de esta se lo impedí.

Sentía rabia en mi interior por ese aire de superioridad con el que me había mirado. En realidad, ¿qué esperaba? Samuel me había prevenido sobre aquella mujer de mirada de hielo que se creía en la cima del mundo mientras lo demás debíamos estar en la falda de la montaña, rindiéndole pleitesía.

—Hola, Marco —le dije entrando sin dar lugar a que Angelina anunciase mi visita.

—Hola, Amanda.

Tan solo por la forma en la que me saludó, mucho más ausente e inexpresiva de aquella otra a la que me tenía acostumbrado, experimenté la amarga percepción de que algo se había roto entre nosotros.

—Esa que ha salido es Ilenia Vanetto —le dije notando que la tensión se cortaba en el aire.

—Sí, ¿y…?

—Pues que… Verás, sé que entre ella y tú…

—No lo niego, nunca lo he negado. ¿Qué quieres, Amanda? —Las palabras salieron de su boca de un modo frío.

—Es que había venido a verte…

—Por la hora que es, creí que estarías ya rodando en la calle. No puedes tener al equipo esperando, ¿me oyes? No eres el ombligo del mundo.

Me quedé petrificada. A diario me pedía que me tomase las cosas con calma y era él quien solía entretenerme con la excusa de un café o de algo más… Y de pronto me lo echaba todo en cara, justo después de que aquella altiva arpía me hubiese mirado como si fuese una cucaracha a la que estuviese a punto de pisar.

Mis ojos rebosaban a consecuencia de las lágrimas que se acumularon en ellos con ganas de salir. Pero no le daría ese gusto. No se lo daría al tipo que acababa de cambiar de táctica y de comportamiento con solo una visita por parte de ella.

Por cierto, que no lo he comentado, pero su *outfit* era increíblemente elegante y cada uno de los detalles que percibí en los pocos segundos que cruzamos la mirada hablaban de glamur y sugerencia, como ya me podía figurar en Ilenia.

Contuve esas inmensas ganas de echarme a llorar y solo di rienda suelta a ella cuando salí del despacho, si bien antes escuché sus últimas y lapidarias palabras.

—Te veré aquí la semana que viene y, a partir de ahora, me haces el favor de anunciar tu entrada en este despacho, ¿ha quedado claro? —me preguntó en tono gélido Marco.

—Clarísimo —le solté en el mismo tono.

Lo que me había quedado clarísimo era que se trataba de un verdadero capullo. De un hombre que me había engatusado, probablemente porque se hubiera quedado arañado tras su ruptura con aquella arpía, y que jugó conmigo hasta que ella volvió a hacer su brillante nueva entrada en escena.

A partir de ese momento, lo mío le importó un reverendísimo comino y ni siquiera me miró a los ojos. Me había echado de su despacho de las peores maneras, dejándome bien claro que nuestras quedadas fuera de la empresa habían llegado a su fin.

Ilenia debía ejercer mucho poder sobre él, algo de lo que nadie tenía conocimiento, ni siquiera Samuel. De haberlo sabido, mi amigo me habría prevenido.

Camino de la calle, iba borrando las lágrimas de mi rostro. Los esperaba a todos cuando me dio por llamar a Triana, dado que tenía un mensaje por su parte.

Tendría que haberlo abierto y contestarle por el mismo medio, pero no lo hice. Y eso que debía estar en horas de trabajo. En cuanto me di cuenta fui a cortar la llamada. Y en ese momento descolgó.

—Lo siento, cariño, que debes estar trabajando.

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Estás llorando?

—¿Yo? Claro que no… ¿Cómo voy a estar llorando?

—Conmigo no trates de quedarte que sabes cómo me las gasto. Estás llorando y en la palma de la mano que te queda libre te estás clavando las uñas, como siempre que algo te atormenta, ¿de qué se trata?

—Joder, y luego dices que no das miedo. Se trata de él, de Marco…

—¿Qué te ha hecho? Si estabas súper feliz, enganchada a sus polvos.

—Por imbécil que soy, por creer que eran algo más que polvos. ¿En qué momento imaginé que había algún interés por su parte además de ese?

—En el momento en el que entendiste que vales para conquistar a ese capullo y a quien te dé la reverenda gana. ¿Te ha hecho de menos?

—Me ha plantado en cuanto su antigua amante, Ilenia Vanetto, ha aparecido en su despacho. Y me ha dejado claro que ya no somos nada y que lo único que tengo que hacer es trabajar a destajo.

—En eso último ha acertado: sigue trabajando, hazte una estrella y demuéstrale que ha creado un monstruo, que a ti no te achanta, ¡¡y que le jodan bien jodido!!

—Eso es lo que pienso hacer, sí. Y encima que me ha ocurrido en el único finde que no está Olga y que creí que pasaríamos juntos, ¿has conocido a una ilusa mayor?

—¿Y te crees que pasarás el finde sola?

—No, eso quisiera, porque encima tengo en casa a Gina y a su bebé, ya te lo conté. Y no me apetece ver a nadie. Pobrecita, ella no se dará cuenta, por supuesto.

—Porque tú no eres como ese capullo. De todos modos, no te preocupes, porque a media tarde está tu Triana ahí.

—¿¿Qué dices?? No puedes hacer eso, tú tienes tus cosas.

—Eso es lo que te decía en el mensaje, chalada; que había logrado un billete de esos que salen casi regalados y que me encajaba en Milán. Me vuelvo el domingo por la tarde, pero no sabes lo que me alegro de poder quedarme contigo este par de días.

—¿Tú te alegras? ¡¡Yo sí que me alegro!! Pero ¿vienes sola o con Víctor?

—¿Qué Víctor?

—Oye, que ahora que caigo tú tampoco tienes muy buena voz, ¿qué ha pasado con Víctor?

—Que, por lo visto, el muchachito seguía con sus Apps de ligue abiertas, mira tú por dónde. Y que yo puedo ser más sigilosa que una gata cuando quiero.

—Es verdad, más de una vez has estado a punto de matarme de un susto.

—Pues a ese le van a tener que poner la antitetánica de los arañazos que le di cuando le descubrí citándose con otra tía anoche, mientras yo me daba el duchazo de después del polvo.

—Qué cabrones son, pero qué cabrones…

—Pues sí. Son tíos, lo de cabrones debe ser un sinónimo.

—Cierto.

—¡¡Fin de semana de chicas!! —me chilló a través del teléfono.

—Cariño, que casi me dejas sorda…

—Ciegas nos vamos a poner esta noche, pero ciegas a cubatas. Que se prepare Milán, que ya llego.

—Oye, ¿y tú hoy no estás trabajando?

—Hoy no… Le he pedido el día libre a Paola para organizarme.

—¿Y con lo hueso que es te lo ha dado sin avisarla con antelación?

—Le he contado que tengo Covid y le he sugerido que, si quiere, voy y se lo pego.

—Y ha sido que no…

—Exacto.

—Hoy no… Le he pedido el día libre a Paola para organizarme.

—¿Y con lo hueso que es te lo ha dado sin avisarla con antelación?

—Le he contado que tengo Covid y le he sugerido que, si quiere, voy y se lo pego.

—Y ha sido que no…

—Exacto.

Capítulo 30



No fue una sesión sencilla la de aquella mañana.

Desde el mismo momento en el que le conocí, Marco me había infundido muchísimo ánimo y me había dado a entender que ocuparía algún lugar en su vida, aunque estuviese por determinar. Me enamoró, Cupido estuvo de su parte y sus flechas me indicaron el camino: no había otro que aquel que conducía a mi jefe, al hombre más seductor e irresistible que conocí en mi joven vida.

Y, de pronto, aquel viernes desperté del que solo parecía haber sido un sueño, tomando conciencia de que las flechas de Cupido se habían tornado en dardos envenenados.

Lo único que me hacía ilusión de ese finde era la llegada de Triana. Mi querida amiga se había llevado un palo similar al mío y, por lo menos, el destino sentenció que nos merecíamos pasar un par de días libres, mientras le enseñaba lo que iba conociendo de Milán.

Una vez que terminó la sesión, me dieron un toquecito en el hombro y me volví creyendo que sería Stefano para enseñarme alguna foto que le hubiese gustado especialmente o para hacerme alguna sugerencia.

Al girarme, me encontré con unos ojos azules que en absoluto me dejaron indiferente y que reconocí al instante

—¿Flavio? ¿Mi Flavio?

Sin más comencé a dar saltos de alegría. ¿Os acordáis de que lo mencioné al principio? Se trataba de mi amigo, del chico que en su día me enseñó italiano en Jerez, de ese con el que compartí tan buenos momentos y con el que inexplicablemente, terminé de perder el contacto una vez que volvió a Italia, a Bérgamo, de donde era.

—¡¡Mi Amanda!! —me chilló cogiéndome en brazos.

Estaba de lo más sorprendida. Él había cambiado mucho, pero seguía muy atractivo. Eso sí: mucho más fuerte y con el pelo rapado.

—Pero si estás guapísimo —le comenté.

—Sin un pelo de tonto, ¿has visto?

—No lo fuiste nunca.

—Tú sí que eras lista…

—Sí, no veas.

—¿No? Pues mira dónde estás. Cuando vi tu imagen en las redes sociales no me lo creía. Pero al leer tu nombre no tuve más remedio que hacerlo. Mírate, ¡¡si te has convertido en una estrella!!

—Anda ya, que no es para tanto.

—¿La musa de Marco Moretti y no es para tanto? Por favor, por favor, tienes que almorzar conmigo.

—Cómo no, ¿estás de paso en Milán?

—No, ahora vivo aquí. No quise pringarme en los negocios de mis padres, que son muy sacrificados, y me hice informático.

—Y luego la lista soy yo. ¿Cómo te va?

—Genial, tengo muy buenos clientes. No me puedo quejar.

—Y yo no me puedo creer que hoy vayamos a estar los tres juntos. El que comenzó como un día de mierda, mira cómo se ha transformado.

—¿Un día de mierda? ¿Eso por qué? ¿Y quién es el tercero? ¿Me estás proponiendo que nos montemos un trío?

—¿Qué dices?

—Perdona que no aguante mi lengua. Es que siempre me gustaste. No te puedes imaginar cuando quedábamos para hacer trabajos y esas cosas, en casa del uno o del otro, lo loco que me volvías. Te escuchaba hablar embelesado, aunque nunca te dije nada.

—Ni yo a ti —murmuré incrédula.

—¿Que a ti te pasaba lo mismo? Qué idiota fui por no echarte el lazo entonces. Cualquier te pilla ahora. Mira en lo que te has convertido.

—No soy más que Amanda Durán, la misma chica de entonces. Y quien se nos unirá hoy será Triana.

—¿Triana viene a Milán? No me lo puedo creer.

—Y yo tampoco. Me lo dijo hace un rato. Estoy flipándolo todavía. Y ahora esto… Es que ni hecho de encargo nos sale un plan mejor.

—Y eso que decías que llevabas un día de mierda.

—Sí, por culpa de un capullo.

—¿Te has fiado de un italiano y ya te ha roto el corazón? No somos de fiar…

—¿Tú tampoco? Porque siempre me pareciste tan buen niño…

—Contigo no sería un capullo, eso desde luego. Contigo no podría serlo nunca.

Estaba muy sensible y las palabras de mi amigo me dejaron una profunda huella.

Cierto que Flavio parecía ser uno de esos chicos que cuando entregan el alma lo hacen sin reservas. Durante el almuerzo, me abrió su corazón por completo.

Me contó que nada más volver a Italia, siendo un adolescente, se encontraba fatal porque se acordaba mucho de mí. Y que entonces conoció a Isabella, una chica un par de años mayor que él.

—Y no solo es que fuese mayor, es que me daba diez mil vueltas. Y, la verdad, con ese par de poderosas razones que tenía comenzó a hacer que me fuese olvidando de ti… En realidad no olvidando, porque siempre te h llevado en el corazón, pero…

—Ya, que te ilusionó.

—Sí. Además, que con ella viví mis primeras experiencias y me enamoré. La herida no dolía. Me agarré a esa chica como a un clavo ardiendo. Y sucedió que no era una buena influencia. En cuanto que supo que me tenía en la palma de la mano, comenzó a cambiar…

—Y te manipuló.

—Sí, sí, a tope. Ya éramos novios y estuvimos varios años juntos.

—¿Por eso no me volviste a llamar nunca?

—Por eso mismo. Y cuando rompí con ella hace un tiempo, ya es que no se me ocurría cómo hacerlo, tantos

años después. Así que cuando te vi en las redes sociales, dije que esta era la mía… Además, que habías caído en Milán, ¿era o no era una señal del destino?

—Guau, es increíble, sí.

—Sí, sí… Es una señal de esas con luces de neón incluidas, como las de Las Vegas. A mí con Isabella se me cayó hasta el pelo —bromeó—, pero ahora no puedo creerme que me haya dado la oportunidad de que nos volvamos a reencontrar.

No se lo pensó demasiado. Entre nosotros, mucho tiempo atrás, quedó algo sin resolver. Y en el momento en el que Flavio se asomó al balcón de mis labios con los suyos, sentí que debía estar llegando la primavera, de lo mucho que me alteró la sangre. Y me dejé besar.

años después. Así que cuando te vi en las redes sociales, dije que esta era la mía… Además, que habías caído en Milán, ¿era o no era una señal del destino?

—Guau, es increíble, sí.

—Sí, sí… Es una señal de esas con luces de neón incluidas, como las de Las Vegas. A mí con Isabella se me cayó hasta el pelo —bromeó—, pero ahora no puedo creerme que me haya dado la oportunidad de que nos volvamos a reencontrar.

No se lo pensó demasiado. Entre nosotros, mucho tiempo atrás, quedó algo sin resolver. Y en el momento en el que Flavio se asomó al balcón de mis labios con los suyos, sentí que debía estar llegando la primavera, de lo mucho que me alteró la sangre. Y me dejé besar.

Capítulo 31



Cuando volví a mi ático tras el almuerzo, Gina estaba allí sentada con Eros.

—No me digas que no te vas de fin de semana con Marco, porque traes una carita…

—No, no es eso, Gina. Ains, por favor, que yo no puedo estar hablando mal de la persona que te contrató.

—¿De Marco?

—Gina, es que hoy han ocurrido muchas cosas, demasiadas.

—Yo tengo tiempo de escucharlas. Ahora se ha quedado dormido el angelito.

—Sí que lo parece, qué bonito es.

—Sí, pero por las noches le da por despertarse, parece que echa de menos su entorno. No es fácil cuando ocurre y eso que aquí estamos genial con vosotras.

—Y yo que me alegro. Pues mira, te hago un resumen porque debo ir al aeropuerto a por Triana.

—¿Tu amiga Triana viene?

—Sí, sí. Ya te cuento que es un día de grandes sorpresas.

Se lo resumí y ella se mostraba muy sorprendida.

—Si te ha cedido el ático y me paga el sueldo, ¿qué le pasa a ese hombre?

—Que debió ver en mí una manera de huir de ella, porque debe ser su esclavo, ¿no te das cuenta?

—Te doy la razón. Si solo con aparecer esa tal Ilenia, Marco se ha vuelto así de imbécil…

—Menos mal que firmé el contrato y por ahí lo tengo pillado por los huevos, porque si lo quiere rescindir le va a costar una millonada.

—Ahí, ahí, las mujeres al poder. Mira, yo he hecho como la de la canción esa y he ido a por flores para todas. Mira lo bonito que he puesto el salón.

—Está ideal, es verdad.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Pues seguir trabajando y tratar de olvidarme de él, eso es lo que voy a hacer. No se merece ni una sola de mis lágrimas. Si Marco se ha portado bien hasta ahora, ha sido porque le interesaba. A mí me ha utilizado como a un juguete y ahora me tira como si estuviese roto.

—Pues anda que te van a faltar a ti tíos. Ya quisiera yo…

—Si eres monísima y muy joven.

—¿Y qué? Lo único que tengo ahora mismo son problemas, mientras que tú tienes oportunidades. Aprovéchalas, no seas tonta.

Me dispuse a hacerlo. Las señales del destino existen. Y Flavio no se pudo volver a cruzar en mi camino en un momento mejor. Triana solía decir que las cosas pasan por algo. Y en aquella ocasión le daba la razón por completo.

Me dolía mucho la forma que tuvo de hacer las cosas Marco. Si la quería a ella, si lo mío solo fue un error y me utilizó, al menos se podía haber tomado la molestia de explicármelo y de pedirme disculpas. En lugar de eso, me echó poco menos que a patadas de su despacho y me trató como a una total desconocida.

Flavio pasó a recogerme un rato después para que fuésemos al aeropuerto a por Triana. Cuando mi amiga bajó del avión y lo vio a mi lado, la incredulidad se apoderó de ella.

—¡¡No puede ser!! ¡¡No puede ser!! Calvo como el Don Limpio, pero ¡¡tú eres Flavio!!

—Como el Don Limpio ese que dices o como el genio de la lámpara maravillosa, frótame si quieres y lo compruebas —le dijo con picardía.

—De eso nada, que yo no he volado desde Jerez para alivio de ningún capullo italiano, he venido a ver a mi amiga. ¿Cómo es posible esto? —me preguntaba mientras me abrazaba.

—Pues ya ves, que ha venido a buscarme, que me vio en las redes y parece que se olió que tú venías.

—¡¡Los tres juntos otra vez!! De verdad que parece de película.

—De película es lo de Amanda. La han parado varias personas para hacerse fotos con ellas desde que ha entrado en el aeropuerto.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Si yo vendo sus autógrafos a diez euros. Y cuando me quedo sin ellos, los falsifico.

—Triana, eres mortal.

—Mortífera más bien diría yo, que voy a aprender palabras finas como tú, a ver si me cambia también la suerte.

—¿Otra con mal de amores?

—¿Tú ya le has contado lo tuyo, niña?

—Sí, sí, pero porque él también tiene una historia de peli de miedo detrás.

—Pues estamos todos apañados, menuda juerga que nos vamos a correr.

—Os invito a cenar esta noche. Olga no está. Y así vas viendo algo de Milán.

—Y luego nos vamos de copas…

—Respecto a eso había pensado una cosa… Si no os importa.

—No me digas que no vas a beber por no engordar, que te mato a palos.

—No, es que tengo a Gina en casa y ella no puede salir por lo del bebé. ¿Nos montamos la fiesta en el ático para no dejarla sola? Después de la cena, digo.

—¿Quién es Gina? —me preguntó él.

—La empleada del hogar con más suerte del mundo. Amanda la ha acogido en su casa, es como una ONG.

—Qué potra tiene esa chica, ¿me acogerías también a mí?

—Tú inténtalo, que lo mismo cuela —le aconsejaba Triana.

—No seáis locos, aunque ¡¡estoy tan contenta de teneros aquí conmigo!!

Los abracé y me los comí a besos. El día había dado tantos giros que me resultaba bastante inverosímil.

Disfruté muchísimo de la cena. Teníamos tanto y tanto de lo que ponernos al día. Triana hacía chistes de todo con su tronchante sentido del humor, provocando unas risas por parte de Flavio y mías que llevaba a que se nos viera hasta la campanilla.

a

—No seáis locos, aunque ¡¡estoy tan contenta de teneros aquí conmigo!!

Los abracé y me los comí a besos. El día había dado tantos giros que me resultaba bastante inverosímil.

Disfruté muchísimo de la cena. Teníamos tanto y tanto de lo que ponernos al día. Triana hacía chistes de todo con su tronchante sentido del humor, provocando unas risas por parte de Flavio y mías que llevaba a que se nos viera hasta la campanilla.

Capítulo 32

A Gina la pillé a punto de acostarse cuando llegamos a casa.

—Ya puedes sacar el escucha bebés y te unes a la fiesta —le comenté.

—¿Qué hacéis aquí? Creí que te quedarías con tus amigos por ahí, Amanda.

—¿Y tú aquí sola?

—Si solo soy la chica de servicio.

—Eres mi amiga también, y no se diga más. Mira, ellos son Triana y Flavio —se los presenté.

Flavio era mucho más picante y lanzado que aquel adolescente que se despidió de mí sin confesarme que estaba por mis huesos, según me dijo.

Cuando pusimos música y unas copas, las chicas me hacían gestos para que bailase con él, pues me dedicaba unas miradas de los más directas y cargadas de contenido.

Habíamos puesto música de fondo, latina, ya que Triana iba a clases y tenía una *Playlist* insuperable.

Me sentía atraída por Flavio, era innegable. No solo había madurado, sino ensanchado mucho. Estaba muy cuidado y musculoso. Y la forma en la que me miraba amenazaba con derretir los cubitos de hielo de los vasos sin tocarlos siquiera.

Por desgracia, la sombra de Marco planeaba sobre mí. Pese a tener delante a ese tentador bombón italiano, al ver los cubitos recordaba esa sesión en aquella estancia de su casa que daba al jardín, en la que jugó con ellos y con mi cuerpo hasta hacerme estremecer por completo.

Pese a todo, había de reconocer que no me llevó a su dormitorio en las ocasiones en las que lo hicimos allí. Tampoco se duchó conmigo a posteriori ni me dedicó unas caricias tras ningún coito.

Si hubiera sabido leer entre líneas, igual hubiese llegado a la conclusión de que ese tipo de cosas las habría hecho con Ilenia, respecto a quien debía guardar una especie de duelo.

Ilenia Vanetto no fue nunca su pareja a los ojos de los demás, lo cual no significó que no le dejase marcado. Puede que fuese la mujer que más lo hiciera en su vida, pues de la madre de su hijo no hablaba jamás y a ella le volvió a abrir las puertas en cuando llamó a ella subida en sus altísimos zapatos de tacón.

Me los imaginaba juntos en aquel fin de semana y me dolía. No tenía nada que ver con lo material. Suponía que su siguiente exigencia incluiría que dejara el ático y que me ocupase yo de Gina, si decidía seguir contando con sus servicios.

Aparte de lo que hubiese firmado entre nosotros, no esperaba de él ni un gesto más. La tal Ilenia debía odiarme y haría que él terminase detestándome también. Me daba igual, dado que el contrato no podía romperlo, pasaba de él. Es más; yo misma comenzaría a buscar un lugar donde vivir antes de pasar por el bochorno de que me pidiese las llaves.

Ese cabrón no tenía personalidad y cualquier cosa me podía esperar que él, así que lo mejor sería que no me pillase desprevenida, adelantarme yo y que se diera cuenta de que, en el punto en el que estaba, no necesitaba su caridad. No la necesité nunca de nadie, cuanto y más en un momento en el que Marco me dio las armas para valerme por mí misma.

Por lo mucho que me estaban animando mis amigos y también por lo que le debía a mi hermana, no me iba a amilanar ante él por mucho que tomase una actitud soberbia y distante conmigo.

Copas, confidencias, risas, muchas risas… Y baile. Terminé bailando con Flavio en medio del salón.

Su mano tendía a irse hacia donde mi espalda termina, lo mismo que sus labios jugaban a tratar de convencer a los míos para ser atrapados.

Al mediodía lo había conseguido porque me pilló desprevenida, pero no quise volver a seguirle el juego en ese sentido. No le hice porque se lo debiera a Marco, quien debía estar revolcándose a esas horas con Ilenia, sino porque mi amigo no se lo merecía.

Si un día estuvo enamorado de mí, no sería justo que jugase con él solo para tratar de olvidar a Marco. Mi jefe italiano me había dejado marcada a fuego. Conforme pasaban las horas me iba dando más y más cuenta.

No todas las relaciones son iguales y lo de Marco, sin llegar a serlo, me había llegado muy adentro, tanto como hasta esas mismas entrañas que más de una vez visitó.

Me sentía utilizada y eso no le gusta a nadie. Los ojos azules de Flavio me pedían una oportunidad y también rebosaban encanto, chispa y atractivo.

—No puedo, lo siento —murmuré cuando se la jugó y trató de besarme de nuevo.

—Menuda cobra que me acabo de ganar. Suerte que perdí la vergüenza hace mucho.

—No es por ti, es por mí.

—Podrías haber sido un poco más original, ¿no te parece? —me preguntó mientras apartaba un mechón de cabello de los que enmarcaban mi rostro, con tono cariñoso y paciente.

Se le notaban las ganas de mirarme fijamente, de atesorar para él los momentos que compartiésemos. Podía entenderlo muy bien porque eso mismo traté de hacerlo con Marco hasta aquel mismo día, pensando que era algo mutuo.

Qué cierto es que, cuando tienes a alguien enfrente de ti, no puedes saber exactamente qué es lo que pasa por su mente. Si hubiera podido tan solo imaginar que Marco solo buscaba a una chica que le ayudase a calmar su sed de Ilenia le habría enviado al infierno.

Joder, que yo habría sido pobre, pero nunca me había dejado avasallar por nadie. Y de pronto vivía rodeada de lujo y, aun así, sentía que me habían robado una parte de mí que ya no podría recuperar.

¿Me estaba dando el bajón debido a las copas? Pues si era así me interesaba dejar de beber, pues me estaba sumiendo en la tristeza y eso no me lo podía permitir.

Todos los que nos encontrábamos en ese salón, tratábamos de ser felices. Y cada uno habíamos sido apaleados de manos de un Cupido que parecía ser otro capullo, porque donde ponía el ojo, el tirador de arco demostrado tener la peor puntería. Al menos con nosotros, pues ninguno habíamos saboreado el amor…

Dolía en una noche en la que me sentía acompañada y no por ello notaba que se mitigase el vacío que Marco dejó en mi interior. Ojalá que ese dolor pasase pronto porque de otro modo no sabía cómo me las apañaría para lidiar con él, entre tanto como tenía por hacer y por demostrar.

Capítulo 33



Me desperté en el sofá, con Flavio a mi lado. Nuestras manos estaban enredadas, pero nada más.

Triana dormía en el sofá de al lado, como un tronco. La única que debió beber menos y tuvo cabeza para llegar hasta su dormitorio y acostarse cerca de su bebé fue Gina.

En lo primero que me fijé fue en que estaba vestida. Hasta los calcetines tenía puestos. Al menos, no había hecho ninguna tontería. Lógico, aun en el caso de que finalmente hubiese sucumbido a los encantos de mi amigo, no me lo habría montado con él delante de Triana. Ni que estuviese loca…

No, me daba la sensación de que dentro de aquel caos, tuve cabeza. Abrí un ojo y comprobé que la luz entraba a raudales por el salón. Un intenso, pero agradable, olor a café me llegó desde la cocina.

Siempre me había sucedido, por muy resacosa que estuviese, que el olor a café me llamaba por la mañana.

Hice ademán de levantarme y comprobé que sí que lo estaba. Flavio abrió también un ojo y me dedicó una sonrisa fugaz, pues la cabeza le dolía.

—Buenos días, preciosa. Tantos años enamorado de ti y cuando por fin te encuentro, lo único que tienes para ofrecerme es un sofá. Muy elegante, pero un sofá al fin y al cabo.

—Lo siento, aunque supongo que habrá sido la mejor de las ideas… La de dormir en el sofá, quiero decir.

—Lo he entendido y solo puedo añadir que no estaría tan seguro.

Mientras me lo decía, trataba de esbozar otra sonrisa. Sus bonitas facciones parecían iluminarse conforme el sol iba colándose por toda la estancia. Por favor, que alguien me trajese unas gafas de sol.

—Buenos días, Bellos Durmientes —nos comentó Gina, saliendo de la cocina con su bebé en brazos.

—¿Y esta cosita tan linda?

Flavio se levantó a hacerle monerías. No había visto a Eros hasta entonces y debió quedarse prendada de aquel diminuto robacorazones.

—Pues por hablar, te ha tocado —le respondió ella, poniéndoselo en los brazos.

—¿Sí? Es que había pensado ir a una pastelería que vi ayer al llegar, cerca de aquí. Tenían un bizcocho de limón en el escaparate que alimentaba.

—Pues ya está vestido. Coges el carrito y te llevas —le indiqué—, que para eso su madre está con el café, Triana en otro mundo y yo tratando de resucitar.

—Cielos, me he metido en un matriarcado…

—Eso parece, sí.

—Pues nada, pequeñín, parece que a ti y a mí no nos queda otra que salir juntos a rajar de estas chicas malas. Oye, ¿y ese olorcillo?

—Te vas a librar porque Eros ha hecho una de las suyas —lo tomó en brazos Gina viendo que se había hecho cacota.

—Venga en un tris —nos anunció.

—Pero péinate antes —bromeé.

—Mírala, Gina, estará resacosa, pero menudas ganas que tiene de cachondeo.

—Esa es buena señal, deja que se burle de ti.

—¡¡A sus órdenes!!

Flavio salió a la pastelería y yo me ofrecí a cambiarle los pañales al crío mientras que su madre terminaba de poner la mesa para desayunar.

La mañana estaba magnífica y decidió hacerlo en la terraza, aunque tuvimos que salir con gafas de sol.

Teníamos todo un sábado por delante y luego un domingo. Le debía a Triana, en cuanto volviese al mundo de los mortales, que saliésemos a pasear por la ciudad.

Era curioso porque ella llevaba mucho tiempo colgada de Víctor y, sin embargo, no parecía tan afectada por haberle pillado con el carrito de los helados como yo por haber roto relaciones personales con mi jefe… Porque

las profesionales se resentirían, si bien esas no podía romperlas por más que quisiera borrarme de su vida de un plumazo.

Cuando Flavio subió de la pastelería, venía también con una bolsa de mano que sacó de su coche.

—Me quedo el fin de semana —me anunció sin más.

—Claro que sí, mi niño. Pero no esperes jarana, que para eso no estoy —le comenté.

—Lo importante es que te vayas encontrando mejor. Y que a este granujilla le hayáis cambiado los pañales.

—¿Te gustan los niños, Flavio? —le preguntó Gina.

—Sí, mucho. Igual el momento en el que se hacen caca no es mi preferido, pero me encantan. Me gustaría tener al menos un par de ellos. Solo me falta la candidata que acceda a reproducirse conmigo.

Me miró de arriba abajo mientras lo soltaba con cierta sorna. Gina también me dedicó una mirada picante, como diciéndome que, si quería hombre, ahí tenía hasta hartarme. Propuesta de reproducción incluida.

—Mira qué bien —añadió ella.

—Claro, alguien tendrá que heredar mi pelo…

—Y tu sentido del humor, porque ese nunca te faltó, mequetrefe —le dije mientras le lanzaba un cojín.

Triana abrió un ojo en ese mismo instante. De toda la vida, mi amiga contó con uno de esos sueños profundos de los que no se sale ni aunque caiga una bomba al lado, no hasta haber descansado lo suficiente.

—Menudo jaleo que traéis ya, ¿qué hora es? ¿Las seis de la mañana?

—Son las once, guapita de cara, así que vamos a desayunar y a echarnos a la calle.

—Claro que sí, disfrutad del día, que está magnífico. Yo os prepararé un almuerzo rico para cuando vengáis.

—Hoy es sábado y no trabajas —le recordé a Gina.

—Si ahora vivo aquí, Amanda. Qué más da…

—Da, da. Tú te vienes a la calle con nosotros, no pienso dejarte aquí. El solecito te vendrá genial y al bebé no te digo nada.

—Ignoro dónde tendrás la varita, pero eres un hada madrina —me dijo abrazándome.

—¿Varita? No, mira que hoy en día te llevas sorpresas, pero esta preciosidad no tiene nada raro entre las piernas —le aseguró mi amigo.

—¿Y tú qué sabes? ¡¡Ni que nos hubiéramos acostado!!

—Digamos que en cierta ocasión, en tu casa, creías haber cerrado la puerta mientras me cambiabas… Y ni la habías cerrado ni yo estaba en el sofá como suponías.

—¡¡Serás caradura!! —exclamé y entonces no solo le di yo con varios cojines, sino que también lo hicieron ellas dos.

—Ignoro dónde tendrás la varita, pero eres un hada madrina —me dijo abrazándome.

—¿Varita? No, mira que hoy en día te llevas sorpresas, pero esta preciosidad no tiene nada raro entre las piernas —le aseguró mi amigo.

—¿Y tú qué sabes? ¡¡Ni que nos hubiéramos acostado!!

—Digamos que en cierta ocasión, en tu casa, creías haber cerrado la puerta mientras me cambiabas… Y ni la habías cerrado ni yo estaba en el sofá como suponías.

—¡¡Serás caradura!! —exclamé y entonces no solo le di yo con varios cojines, sino que también lo hicieron ellas dos.

Capítulo 34

Ciertamente, el día estaba radiante, así que decidimos salir caminando de casa, los cinco.

Flavio sabía que yo estaba mal y, entre eso, y la emoción que le producía el reencuentro, su actitud era muy protectora. Del edificio salí ya con su brazo por encima de mi hombro, dándole los buenos días a Federico, quien se encontraba sobre una escalera.

—Pero, hombre, que ya tiene una edad, ¿cómo se le ocurre subir ahí? —le pregunté.

—Ay, Amanda, es que necesitaba cambiar esta bombilla y, para tan poca cosa no voy a esperar a los de mantenimiento, faltaría más.

—Yo me encargo, bájese por favor —le pidió Flavio, quien voló hacia la escalera.

Las chicas me volvieron a dirigir aquella miradita socarrona. Claro que estaba bueno, ya lo sabía, y claro que la actitud de Marco se merecía que me diera un gran revolcón con mi amigo, pero era este último quien no se merecía que le utilizase. Sí, que me seguía atrayendo y que encontrármelo el día anterior me pareció una señal divina, pero que para divina la faena que me había hecho Marco, pues se había metido en mi mente y en mi corazón y ya solo podía mirar por sus ojos aguamarina.

Como no podía ser de otra manera, nos dirigimos a la icónica Plaza del Duomo, que estaba a rebosar de turistas y en la que comenzamos a tomarnos fotos.

Gina se ofreció a hacer de fotógrafa, dada la mucha alegría que nos daba estar de nuevo los tres juntos, aunque también me encargué de que saliera en algunas.

Triana nos incitaba a poner caritas en todas ellas y yo, aunque la procesión iba por dentro, accedía porque ninguno de ellos se merecía que vagase como un alma en pena por la ciudad. Bastante le debía agradecer al destino que aquel finde tan tortuoso pudiese pasarlo con mis mejores amigos.

—Y ahora nosotras dos solas —me pedía mi amiga—. Ven, modelo del momento, que te voy a enseñar a posar —se burlaba.

Más de una persona me había reconocido. Notaba los cuchicheos a mi alrededor, aparte de que una chica se acercó para pedirme también una foto. En cuanto se marchó, Flavio me cogió en brazos.

—¡¡Y ahora una conmigo!!

Me hacía reír mientras que me sostenía en alto, a base de decir chorradas. Lo recordaba divertido y, aun así, los años le habían vuelto más elocuente. Me lo pasaba de miedo con él.

Conforme me fue bajando de las alturas, me robó un pico. En esa ocasión me pilló totalmente desprevenida y se hizo con él, tras lo cual me dedicó una sonrisilla victoriosa.

—Total, si es lo único que me voy a llevar —se excusó.

—Igual te llevas también un derechazo o algo, que esta dice de mí, pero cuando se pone bruta… —le advirtió Triana.

Ya que estábamos allí, y como es lógico, aprovechamos para echar un vistazo en la famosa Galería Vittorio Emanuelle II.

Yo ya conocía ese glamuroso lugar porque entré con Marco uno de los días que almorcé con él. Allí se ubican algunos de los más emblemáticos emporios del lujo, al tratarse de la meca de las tiendas de alta costura.

—Esto es el paraíso del *shopping*, pero solo apto para ricos, como vas a ser tú —me decía Triana.

—Yo es que estas marcas ni olerlas —comentaba Gina—. Aquí, lo único que me está permitido es mirar escaparates y temo hasta que me quieran cobrar por ello.

—Da igual, chicas, vosotras estáis preciosas os pongáis lo que os pongáis —añadió Flavio.

’

—Qué piquito de oro tiene él. ¿No te lo vas a quedar, Amandita? Porque en ese caso, igual me planteo adoptarlo yo —se burló Triana.

—Todo tuyo. Es muy mono, pero no tengo el cuerpo para jotas.

—Dirás para sevillanas, aunque si suenan ahora mismo, las bailamos tú y yo, y dejamos pasmados a todos estos italianos —me animaba ella.

Justo lo hacía cuando me llamó la atención aquella silueta que conocía, saliendo de uno de los establecimientos. Llevaba una bolsa que debía contener unos increíbles zapatos, pues todos los que estaban en el escaparate lo eran. Me refiero a Ilenia. Vaya encuentro que tuve en aquella mañana.

Por si eso fuera poco, los sacó de la bolsa en esa momento, como queriendo que los viera. Ella también se había percatado de mi presencia y lo estaba disfrutando.

No entendí qué pasaba al respecto hasta aquella noche en la que, tras hacer turismo todo el día por Milán, nos estábamos preparando para salir. Gina decía estar reventada y con ganas de irse a la cama en cuanto su bebé cayese, que tenía sueño acumulado para dos vidas, decía.

Nos fuimos de discotecas Triana, Flavio y yo. Dado que ya me conocían en toda la ciudad, no tendríamos problema para entrar en la que quisiéramos. A todo esto, yo ya contaba con un dinero en el banco, que me lo habían ingresado días antes por parte de la empresa, aunque Flavio también se empeñaba en ir pagando por muchos sitios.

—Menuda movida tiene que haber ahí —Triana señaló a un local que, ya por fuera, tenía una pinta espectacular

—Sí, yo vengo a veces con mis amigos y es flipante —le contestó Flavio.

En ese instante, Triana tenía su móvil abierto, cotilleando no sé qué y la vista se me fue para él, al notar que lo cerró de golpe dado una noticia que le saltó.

—Trae aquí, ¿ese no era Marco?

—Sí, pero pasa de culo, ¿no estás con nosotros?

—¿Y por qué me da que cuando vea lo que sea tendré más ganas de pasar todavía?

Pues me daba porque tenía razón. Allí estaba él, en una fiesta con ella colgada del brazo. Se trataba de una fiesta de cumpleaños de una chica que debía ser amiga de ambos, a juzgar por cómo le doraban la píldora. Y no se me pasó por alto el hecho de que Ilenia enseñaba los zapatos adrede en cada una de las fotos, como para darme remoquete.

—Que pases de ellos, joder —me ordenó Triana, porque su tono fue imperativo.

No sé qué más podía esperar de aquellos dos sinvergüenzas, así que tuve que pasar y no dudamos en entrar. De Milán se dice que es la cuidad que nunca duerme y su ocio nocturno es más que conocido y valorado por quienes llegan hasta allí deseosos de encontrar algo más que turismo de día.

El local estaba hasta la bandera pero, como me imaginé, uno de los gorilas de la puerta me reconoció y le dijo algo por lo bajini a su compañero. Enseguida estuvimos dentro y con una primera ronda pagada, pues el relaciones públicas del local así nos lo hizo saber.

El ritmo era frenético, los tres bailábamos juntos hasta que un tío guapísimo y con estilazo comenzó a merodear

por los alrededores de Triana.

Un rato después, mi amiga se estaba besando con él y yo… Yo iba ya pasada de copas y me besé también con Flavio. No le había prometido la luna, él sabía que no estaba bien y los dos éramos adultos, así que con esos besos dimos el pistoletazo de salida a una noche que comenzó así y terminó con nuestros cuerpos enroscados en mi cama.

Sucedió que Triana se fue con el chico. Parecía muy simpático y se nos acercó.

—Soy poli y esta noche rapto a vuestra amiga. En serio que lo soy —nos comentó enseñándonos su documentación—. Y esta es la dirección de mi casa.

No iba bebido, tenía una pinta estupenda y ella unas ganas impresionantes de largarse con él. No era un tirado n mi amiga una niña. Así que los dos se marcharon y nos quedamos solos Flavio y yo.

Nos habíamos morreado a conciencia y, como ya he señalado, terminamos en mi cama.

Cuando mi amigo se quedó desnudo, comprobé que sí, que habría candidatas a reproducirse con él. No sería yo, por supuesto, que él ya tenía el condón al lado.

Su musculoso cuerpo me envolvía por completo. Aquella noche haría realidad una fantasía que revoloteó por m cabeza durante años. Lo malo fue que, llegado el momento, cuando entornaba los ojos veía a Marco delante de mí ávido de mi cuerpo. ¿Estaba ciega o qué? Ese otro debía estar recorriendo con su ardiente lengua el cuerpo de Ilenia, quien mostraba en las fotos gesto de victoria total, como si Marco fuese un trofeo y ella me hubiese ganadc la partida.

Cerré los ojos y me entregué a Flavio. Quizás no lo hiciera con mi alma, pero lo hice con mi cuerpo. Sus manos me recorrían de arriba abajo, el deseo se iba abriendo hueco entre nosotros.

Sus labios se hicieron con los míos. Sus besos eran intensos y tenía la esperanza de que con cada uno de ellos pudiese sacar de mí esa pena demoledora que arrasaba mi alma.

Marco estaba también allí, entre nosotros, y no con la intención de montarnos un trío. Se había quedado perenne, a mi lado, y eso no lo podía permitir.

Mientras Flavio acercaba sus traviesas manos a mis bragas, le hice una petición tan clara como urgente.

—Hazme tuya.

Lo que debía llevar tantos años queriendo hacer, lo hizo. Entró en mí. Flavio entró en mí de una embestida y yo ahogué mi grito con la almohada, no deseando que llegase al dormitorio de Gina y del bebé.

Teniéndole sobre mi cuerpo y en el interior de este, abrí grande los ojos para convencerme de que Marco no era el único, de que podía haber más.

Flavio comenzó a pellizcar mis pezones y a succionar de ellos. El placer fue avanzando desde la punta de mis pies hasta la de mi cabeza. Estaba a punto de correrme cuando me volteó y me puso sobre él. Buscó mi clítoris entre nuestras pieles y, con un suave toque por su parte, logró que me desparramase.

Caí laxa sobre él, cerrando los ojos. No por ello los dejé así, sino que los abrí de inmediato. Quien me había provocado ese placer merecía al menos que le mirase. Y eso fue lo que hice.

Continuamos hasta que a Flavio le pasó y, tras ello, se quedó conmigo en la cama, acariciándome, hasta que me dormí. Tuve la sensación de que me protegería durante la noche, cuando ni siquiera era justo porque mis pensamientos no estaban con él, sino con aquel otro desalmado que me había dejado en la estacada en el momento en el que más enamorada me tenía.

Mi cabeza echaba humo. Era hora de desconectar.

El domingo me desperté entre sus brazos y eso me produjo una sensación agridulce.

Había pasado un fin de semana plagado de emociones de todo tipo y en el que el alcohol corrió libre por mi sangre.

Ese día despediría a Triana y recibiría a Olga. Tocaba volver a poner los pies en el suelo.

Miré a Flavio quien abrió primero uno de sus azules ojos y luego el otro.

—Buenos días, preciosa. Espero que lo de anoche te gustase.

—Sí, Flavio, me gustó mucho.

—Pero tenemos que hablar, ¿verdad?

—Si ya lo sabes…

—Está bien. Me conformaré con haber cumplido mi sueño de juventud. No sabes cuántas veces me toqué pensando en ti.

—Ídem —le confesé y le salió una risilla suelta de lo más atractiva.

¿Por qué no podía estar por él? ¿Por qué me lo impedía el recuerdo del canalla de mi jefe?

Hay cosas que no se entienden, solo se sienten. Tenía que arrancarme al maldito de Marco de mi interior antes de que me hiciera más daño del que podría tolerar.

Hay cosas que no se entienden, solo se sienten. Tenía que arrancarme al maldito de Marco de mi interior antes de que me hiciera más daño del que podría tolerar.

Capítulo 35

La tarde anterior había despedido a Triana en el aeropuerto y, a la vuelta, también a Flavio.

Él se marchaba un par de semanas de Milán por cuestiones de trabajo y quedamos en que más adelante podríamos retomar el contacto, pero ya en plan amigos. No obstante, quizás optase por tomar más distancia de mí y nada podría reprocharle al respecto, pues sería lo más inteligente por su parte.

El lunes amanecí, por primera vez, sin ganas de ir a trabajar. No por ello me quedaría entre las sábanas ni mucho menos.

Para sorpresa de nadie, Renzo no nos esperaba en la puerta a mi hermana y a mí. Olga ya estaba escamada y ese fue el detonante de que comenzara a pensar en firme que algo ocurrió entre Marco y yo.

—¿Habéis reñido? —me preguntó.

—No, cariño. Marco no es para mí. Solo eso.

—Pero no puede ser. Si veo cómo te mira y su mirada es la misma que la de Alessio cuando me ve.

—Con la diferencia de que, entre adultos, las cosas se complican más. Aparte, creo que nos equivocamos interpretando la mirada de Marco.

—No, estoy segura de lo que he visto —me dijo frunciendo el ceño y cruzando los brazos mientras esperábamo un taxi.

Me iba a salir por un pico el transporte diario. No me importaba porque mi vida había dado un giro tan radical que el dinero dejó de ser una preocupación para mí.

Cuando llegué al trabajo, noté un sospechoso murmullo a mi alrededor, como si todos hablasen de mí. Hasta Angelina, que era muy discreta, me miró raro.

Con la secretaria de Marco tenía confianza, así que me dirigí hacia ella.

—Marco no está, se ha ido de viaje —me comentó.

—Bien, puede hacer lo que quiera, que para eso es el jefe. ¿Por qué me pones esa cara? ¿Qué está pasando hoy aquí?

—¿Te puedo hablar de mujer a mujer?

—Cómo no. Por favor, parece que tengo monos en la cara. Todos me miran raro hoy.

—Es que creíamos que estabas liada con Marco y, la verdad, es lo que deseamos. Ilenia nunca ha sido buena influencia para él. Y tú sí, cuando está contigo, es distinto.

—Ains, qué bonita eres, gracias. ¿Lo que hablemos queda entre nosotras dos?

—Pues claro.

—Sí que he tenido algo con él, pero ha sido aparecer Ilenia e irse todo al garete. No veas el palo que me he llevado.

—Entonces, ¿no estás con el chico de las fotos? ¿O solo ha sido alguien con quien quitarte las penas en un fin de semana loco?

—¿De qué fotos me hablas?

—De todas esas en las que sales con el chico ese tan mono, el rapadito con los ojos azules.

—¿Flavio? ¿Y tú dónde has visto esas fotos?

—Las ha visto todo Milán ya. Están corriendo como la pólvora por las redes, mira.

—¡¡Maldita sea!! —exclamé comprobándolo en la pantalla de su móvil.

—No estás con él, vaya. Esos malditos paparazzi te han cazado. Debiste ser más cauta. Lo siento. —Se encogió de hombros—. Oye, ¿estás bien?

No lo estaba, no. Me habían cazado en cada movimiento: desde el primer beso que nos dimos el viernes, hasta el pico en la Plaza del Duomo del sábado, pasando por los morreos de esa noche en la discoteca.

Aquellos metomentodo debían llevar días siguiéndome.

—¿Me escuchas, cariño? Voy a llamar a un médico si no me contestas.

—Estoy bien, Angelina, solo un poco consternada.

—Ya me lo imagino. Ten presente que era previsible, has causado mucho revuelo desde tu llegada a Milán. Ahora relájate un poco y piensa que te servirá como aprendizaje. La próxima vez que tengas un rollito con alguien, si no te interesa que se sepa, no dejes ni que se te acerque en la calle. Sé que es una jodienda, el peso de la fama —puntualizó.

Miré por si tenía algún mensaje de Flavio y no. Mi amigo me comentó que tomaría todas las medidas necesarias para que se le pasase lo que habíamos vivido. Era un tío inteligente e igual querría hasta olvidarlo. No obstante, le llamé, no pude remediarlo. Necesitaba el consuelo de quien había sido coprotagonista junto conmigo de aquella noticia insólita que nos situaba a ambos en el ojo del huracán mediático. Y la respuesta fue que me había bloqueado.

Suspiré. Seguramente lo hiciese el día anterior porque me advirtió que por un tiempo prefería no saber de mí, pero también podría haber tomado otra actitud al ver el giro de los acontecimientos. En fin, no iba a juzgarle cuando me abrió su corazón por completo y lo rechacé, tan solo quise compartir cama con él. Al estar lejos de Milán, no le molestarían y eso me agradaba.

Me fui a ver a Samuel, de quien no sabía nada desde la semana anterior, cuando quedó con Stefano. Igual a alguien le había ido bien en aquel finde.

—La que has liado, pollito, la que has liado, ¿qué ha pasado? —me preguntó dándome un abrazo nada más verme—. Traes cara de haber ingerido ostras en mal estado, pero seguro que el motivo de tu dolor de estómago no es ese.

—No, Samuel, el motivo es que todo mi mundo, como lo había conocido aquí en Milán, se está moviendo bajo mis pies.

—Arenas movedizas, las conozco muy bien. Mejoran con un café a dúo con un buen amigo, ¿vamos a ello?

—No tengo ganas de nada, salvo de que me cuentes si tú triunfaste con Stefano.

—Sí, sí, yo salí por la puerta grande, nena.

—Si le guiñaste un ojo igual que me lo acabas de hacer a mí, normal que te saliera redonda la faena.

—¿Guiñarle el ojo? Le hice de todo… Joder con Stefano, que bueno está y qué malito me tiene.

—Quien se va a poner mala es Clara, cuando se entere.

—Pues lo siento por ella, pero estoy por empapelar los pasillos con un selfi nuestro.

—No me hables de empapelar que Milán ha amanecido con esas puñeteras fotos.

—Pero vamos a ver, que no entiendo nada, ¿tú qué hacías con el calvo buenorro mientras Marco estaba en una afiesta con la bruja esa? ¿Es que el mundo se ha vuelto loco?

—Al menos mi mundo, sí. Todo empezó en la mañana del viernes, cuando él me recibió más frío que una s encimera de mármol tras salir ella de su despacho…

Se lo conté todo y se convirtió en el emoticono del asombro, tan solo le faltó chillar.

—Hemos caído en desgracia. Si Marco está otra vez con esa, te juro que lo vamos a lamentar. La hija de la gran fruta es más temible que una pandemia.

—Pues prepárate, porque ha llegado y nos ha pillado sin vacuna.

—¿La vacuna se la está poniendo Marco a ella? ¿Es que se le ha ido la cabeza a este hombre? Teniéndote a ti al lado, que no hay color…

—Pero ella está consagrada. Yo he visto su elegancia, con mis propios ojos.

—Tú has visto el arreglo que lleva encima, ¿crees que era así cuando la conocí? No te digo que llevara mallas color flúor, pero no era ni la sombra de lo que es hoy. Tú llegarás mucho más alto que esa fulana engreída.

—Pero me hará la vida imposible, ya me lo puedo imaginar.

—¿A ti? Que se abstenga, porque hasta entonces no la cojo por el pelo y la desmoño. Que tenga mucho cuidado Y tú no sufras, si Marco ha sido tan estúpido de dejarte por ella, ahora que rabie con las putas fotos del calvo.

—Se llama Flavio, no le llames calvo.

—Tonta, si no es una ofensa. A mí hay calvos que me ponen de lo más palote. Es solo por diferenciarlos. Aunque donde se ponga la melena de mi Stefano…

Capítulo 36

Marco no volvió en toda la semana, así que no tuve ocasión de hablar con él.

Si se había marchado gilipollas, lo mismo volvía mucho más todavía. Igual su señora novia le había prohibido que me dirigiese la palabra siquiera. Quién sabía. ¿Qué iba a ser de mi futuro profesional trabajando con un pelele así?

De Marco me hubiera podido imaginar muchas cosas, pero ninguna relacionada con que se dejase manejar de esa forma por una mujer sin escrúpulos como Ilenia.

Hasta Samuel, que estaba como loco de contento con su Stefano, se echaba a morir pensando en que Ilenia pudiera convertirse por derecho en la novia del jefe y tomar en todo o en parte las riendas del negocio.

Había un dato relevante al respecto. Cuando ellos se acostaban, nunca acudían juntos a actos públicos que no tuviesen que ver con el trabajo y, sin embargo, tan pronto había vuelto ella a su vida acudieron al lujoso cumpleaños de una amiga en común. Estábamos a un paso de que se confirmase la relación.

Y encima, eso de marcharse de buenas a primeras de viaje cuando no tenía nada previsto en su agenda. Ella le habría persuadido para que lo dejase todo y se fuesen juntos a reactivar lo que un día tuvieron.

En cuanto mi contrato expirase, yo tendría un pie en la calle. Y a ver cómo me bandeaba hasta entonces en un ambiente que se me estaba tornando de lo más hostil.

El colmo de los colmos para mí fue ver sufrir a mi hermana Olga. Ocurrió esa tarde, cuando la encontré escuchando música con los auriculares en su dormitorio. Ya llevaba unos días rara, desde el comienzo de semana, hasta que cayó en picado.

—¿Qué te pasa, mi niña? —le pregunté cuando Gina me advirtió de que llevaba un buen rato allí y que no había querido merendar.

—Nada, nada, no te preocupes —me respondió.

—¿Cómo no me voy a preocupar si eres lo más lindo que tengo y lo que más me importa en el mundo? ¿Has

tenido problemas con Alessio?

Su falta de respuesta me sirvió de confirmación.

—A ver, ¿es que habéis discutido o algo? —le pregunté ahondando en la cuestión.

—No, es que apenas me habla desde el lunes. No hemos reñido, solo que parece que pasa de mí. Incluso me dijo que no habría ensayos con el grupo, que los cancelaría, pero no me lo creo. Pienso que es mucha casualidad y que ya tendrán a otra.

Monté en cólera. Una cosa era que su padre me atacase a mí y otra muy distinta que obligara a Alessio a apartarse de mi hermana. ¿O el chaval lo habría hecho por él mismo porque fuese de la misma calaña?

No, eso no me lo parecía. Su padre ya era zorro viejo en ese sentido y me la había dado, pero bien dada. En cuanto a su hijo, ese estaba enamorado hasta las trancas de mi hermana, por lo que profundicé algo más.

—Vamos a ver, Olga, ¿es que tú le ves bien? ¿Piensas que pueda estar con otra chica o algo?

—Le veo triste, pero distante. Y lo que está claro es que ya no quiere que hagamos nada juntos, ¿será por lo de su padre?

—Puede ser, cariño, puede ser, aunque te prometo que de eso me encargo yo.

No pude aguantarme, de modo que cogí el teléfono para llamarle. Me daba igual que se encontrase de luna de miel anticipada con su novia. Olga estaba jodida y eso no lo pensaba consentir. Con esa maniobra de apartar a Alessio de su lado, pinchó en hueso duro.

No se dignó a descolgar. ¿De qué me asombraba? De lo que tuve oportunidad fue de coger el teléfono y vestirle de limpio a través del contestador automático. Lo que le pude decir no sé si lo habría escuchado antes, porque fui mordaz y despiadada. Le dije que hasta no me extrañaba en absoluto que la madre de su hijo hubiera huido de su vida, pero que era imperdonable que no hubiese propiciado el contacto entre ambos, que seguro que fue él quien le jodió la relación a Alessio con ella. Y que estaba tratando de hacer lo mismo con Olga, pero que con mi hermana no iba a jugar y que ya le valía hacerlo con su propio hijo.

Cuando colgué, Olga salió de su dormitorio.

—Dime que todo eso que has soltado era un ensayo y que ahora le llamarás de verdad, más calmada.

—¿Más calmada? Ese sinvergüenza necesitaba que le leyeran la cartilla y yo no me he dejado…

—Ni una palabra te has dejado. Cuando te escuche, no esperes que su reacción sea bonita tampoco.

—De él ya no espero nada, pero lo vuestro es sagrado.

—¿Ahora es sagrado? Antes no querías ni que me fijara en Alessio —me recordó en tono condescendiente,

—Pero ya está hecho y os queréis. Nadie tiene derecho a jugar con vuestros sentimientos. Claro está que Marco ha demostrado ya no tener de esos.

—¿Tanto daño te ha hecho, hermana? Porque entonces será mejor que yo también rompa para siempre con Alessio, no quiero que tengas que seguir relacionándote con esa familia por mi culpa.

—¿Y te parece poca relación la que tengo a través de mi contrato? No sufras por nada, cariño mío. No sufras — le pedí mientras acariciaba su cabecita.

—De él ya no espero nada, pero lo vuestro es sagrado.

—¿Ahora es sagrado? Antes no querías ni que me fijara en Alessio —me recordó en tono condescendiente,

—Pero ya está hecho y os queréis. Nadie tiene derecho a jugar con vuestros sentimientos. Claro está que Marco ha demostrado ya no tener de esos.

—¿Tanto daño te ha hecho, hermana? Porque entonces será mejor que yo también rompa para siempre con Alessio, no quiero que tengas que seguir relacionándote con esa familia por mi culpa.

—¿Y te parece poca relación la que tengo a través de mi contrato? No sufras por nada, cariño mío. No sufras —le pedí mientras acariciaba su cabecita.

Capítulo 37



No fue hasta el siguiente lunes cuando Marco apareció por el trabajo. Angelina me lo confirmó. No tuvo ni la decencia de contestar a mi mensaje, que más que un mensaje fue una declaración de guerra.

Ni siquiera hice caso a su secretaria cuando me pidió que la escuchase antes de entrar como una exhalación y sin pedir permiso.

Los ojos se le inyectaron en sangre al verme. Hubiera jurado que me odiaba en ese momento. Su actitud era altiva, distante y fría… Increíblemente fría.

No me amilané ante su mirada reprobatoria y ni siquiera tomé asiento para decirle lo que le tenía que decir.

—Tú, ¿se puede saber cómo es posible mostrar tanta jeta y quedarte como si nada? ¿No te da vergüenza? Niega si eres capaz que has escuchado el mensaje que te dejé, niégalo.

—No lo niego —me dijo en el más solemne de los tonos.

—Algo es algo, ¿y qué? ¿Cómo se te ocurre poner a tu hijo en contra de Olga? Porque has sido tú, a mí no me engañas. Has sido tú quien le ha prohibido que se relacione con ella.

—Estás muy equivocada, pero que muy equivocada —me dijo dando un golpe en la mesa.

—Si te crees que me vas a achantar así la llevas clara. En el mundo del que yo vengo, las cosas no son fáciles y los puñetazos sobre la mesa hay que darlos a menudo. A quien se los merece, claro.

—Creí haberte dejado bien claro que no podrías pasearte por este despacho como si fuese un chiringuito de playa, Amanda.

—Sí, tú me dejaste muchas cosas muy claras, pero esto no va con nosotros. Lo que hagas en tu vida privada es cosa tuya.

—Mira quién fue a hablar —me increpó.

Para matarlo, cuando si yo estuve con Flavio fue porque él me plantó como a un mojón despeinado. Pero no iba a entrar en esas, me importaba mucho más que deshiciese las maldades con los chicos.

—Paso de tus insolencias. Vamos a lo que vamos, ¿le vas a decir a Alessio que puede volver a ser el mismo con Olga? Hazlo al menos por tu hijo, que se merece ser feliz.

—Por la felicidad de mi hijo haría lo que hiciera falta.

Por no liar una tangana mayor no le comenté lo que pensaba de lo que estaba haciendo con él y con su madre. Marco era de no hablar de los temas espinosos, de esos de los que manejaba los hilos.

—Pues entonces, dile que tiene tu permiso para volver a relacionarse con Olga.

—¡¡Que yo no se lo he negado!!

—¿No? Lo hiciste antes de irte de viaje. Vale que te vayas a la Conchinchina con quien te salga de las narices, pero…

—¿Qué estás insinuando? ¿Qué? ¿Acaso crees que he abandonado a mi hijo?

—No creo que ella tenga tanto poder como para eso…

—¿Hablas de Ilenia? —se regodeó al preguntarme.

—De la misma, pero ella no es quien me importa, eso te lo dejo a ti. Lo importante es que tu hijo no le habla apenas a Olga y los dos están como un par de fantasmas, vagando…

—Mi hijo no le habla en estos días ni a Olga ni a nadie —carraspeó—. Incluso apenas se relaciona conmigo.

—¿Y eso por qué?

Presentí que venía noticia de las gordas y en ese momento sí que me dio por tomar asiento.

—Porque vengo del entierro de mi padre, en La Toscana. Alessio se encontraba muy unido a su abuelo y prefirió no ver cómo se apagaba tras el grave ictus que sufrió días atrás. Creí que sería mejor idea que se quedase y que se refugiase en Olga. Tras una lucha dura, mi padre ha perdido la batalla. No hubiera quedado en buenas condiciones de seguir vivo, así que creo que, dado lo vital que era, ha sido lo mejor.

Me quedé muda durante unos segundos tras los cuales no tuve más remedido que retractarme.

—Lo siento, Marco, lo siento mucho. Creí que la actitud de tu hijo obedecía a un plan por tu parte para apartarl

de Olga.

—Ya te dije una vez que Olga le hacía bien. No tengo ninguna intención de que ellos se separen. Espero que tú tampoco y, por lo que veo, así es.

—No, no, claro que no.

—Pues entonces, si no te importa, cierra la puerta cuando te marches.

Con esas palabras me invitó a salir de su despacho.

—No me dio tiempo a advertirte, su padre ha fallecido. No sabía nada hasta que ha vuelto esta mañana y me lo ha comentado.

—Gracias, Angelina. No te justifiques, mujer, aquí la que va como una loca soy yo.

No me resultó sencillo concentrarme en el trabajo ese día. Tendría que aprender a guardar un poco las formas. A pesar de que conmigo se había comportado como un capullo integral, esperaba que no hubiese represalias por parte de Marco en relación al tema de los chicos. Y la forma en la que me comentó lo de su padre, con mucho dolor, me dio a entender que así sería.

Roberta me notó muy abatida ese mediodía al desmaquillarme, tras lo cual me dio un masaje facial de lo más placentero.

—Qué manos tienes —le dije en señal de agradecimiento.

—Es que estás muy tensa, niña. ¿Ya te has enterado de lo del padre de Marco?

—Sí, él mismo me lo ha dicho.

—Ah, entonces le has dado ya el pésame. Yo quiero subir ahora, a ver si sigue en su despacho.

Me guardé para mí las formas tan extrañas en las que le pude dar el pésame. Era evidente que todo se había torcido entre nosotros, absolutamente todo. Y que nada ni nadie podía hacer por enderezarlo, pues de pronto parecíamos enemigos.

A

Capítulo 38

Ese fin de semana, Olga volvió a ver a Alessio. El chico se abrió de pronto a ella y le confesó lo de la muerte de su abuelo.

Ella estaba muy contenta por el acercamiento.

—Le he dado la chapa, eso sí, porque si somos novios no puede aislarse cuando esté mal. Es que le ha afectado mucho —me comentaba mi hermana, quien conoció la noticia de antemano por mis labios.

—Claro, cariño. Marco me dijo que estaban muy unidos su padre y él, abuelo y nieto.

—Sí, sí, es verdad. Y Alessio no lleva bien las pérdidas. También me ha hablado algo por primera vez sobre lo que le cuesta llevar la vida sin su madre.

—¿Y qué más te ha contado sobre ella?

—Nada, solo eso. Pero le he notado triste.

—Me imagino. Ojalá que un día se le solucione todo.

Lo dejé así, aunque el coraje me podía. ¿Eso no lo veía su padre? Que sí, que igual Antonia no era una santa, pero viendo cómo apartaba Marco a la gente de su vida cuando le salía del alma, habría hecho lo mismo con ella. Y eso tenía más delito, al tratarse de la madre de su hijo.

Lo hablé todo con Triana, a quien llamé esa noche por teléfono.

—Tú no te sientas mal, ¿cómo ibas a saber que a su padre le había dado un ictus mortal? Chica, si es que aquí hay más guion que en una telenovela.

—Pues eso. Al menos pienso que igual ha hablado con Alessio porque enseguida ha buscado refugio en Olga.

—A ese chico te lo vas a comer. Qué marrón, ¿te imaginas que se casan dentro de un montón de años? Ni ella

tiene padre ni él madre, al menos que ejerza como tal. Ya veo los titulares de la prensa, con Marco y tú como padrinos, mirándoos de reojo.

—Y con la bruja de Ilenia en medio de los dos. Ay, por favor, prefiero no pensarlo.

—Oye, pues para que te relajes te voy a enviar las fotos de la boda de mi tía Amalia —me habló de esa que se había celebrado ese fin de semana.

—Ay, sí, que todavía no las he visto. ¿No conocerías allí a alguien para ser tú la siguiente?

—No, aunque sí que di un salto mortal para coger el ramo, ¿y sabes qué?

—Dime.

—Que por la mañana tenía un mensaje de Fabrizio.

—¿De tu polipolvo milanés?

—Del mismo, que dice que se acuerda de mí.

—¡¡Mis muelas!!

—No, las tuyas no… Las mías, que hasta esas me repasó en la cama. Qué barbaridad, el tío está hecho un toro. Cómo me pone.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que tiene que conocer Jerez ya, que se coja un vuelo *low cost* y que yo le voy a enseñar el espectáculo de "Cómo bailan los caballos andaluces" y el de cómo se mueven las chicas andaluzas también, que, como recaiga por Jerez, no se va a poder ni poner el uniforme de la paliza con la que va a volver.

—Tú lo que estás deseando es que tu poli te espose.

—Cómo si a ti no te gustaran esas cosas, cacho guarri…

Sí que me gustaban. Y aún se me erizaba la piel recordando a Marco anclándome al cabecero de la cama mientras me ajustaba las esposas.

Odiaba que todos los pensamientos de mi día comenzasen y terminasen en él. ¿Es que había perdido la dignidad? Si pasaba de mí… Vale que volví a entrar en su despacho como elefante por cacharrería cuando me lo tenía terminantemente prohibido, pero había que ver la forma en la que me recibió, de nuevo con ese

distanciamiento infinito. Y que sí, que yo la había cagado por no saber lo de su padre, pero que él me apartó de su vida antes con unas malas maneras que me ponían a rebosar los ojos de lágrimas cada vez que las recordaba.

A todo esto, debía lidiar con la prensa, pues me asaltaban a cada momento los paparazzi para preguntarme por mi relación con Flavio. Más me hubiese valido fijarme en él, eso desde luego.

Lo primero sería decidirme por alguno de los pisos que ya había visitado. Era primordial que le devolviese su ático a su legítimo y puñetero dueño. Ni siquiera me había dado cuenta de comentárselo aquella mañana, dada la gravedad de lo que me contó de su padre.

Quien estaba un tanto preocupada por su futuro era Gina, aunque la tranquilicé por completo. Hasta que las cosas se le arreglasen, se vendría con nosotras.

La cantidad que yo cobraba era una pasada y no necesitaba de ninguna ayuda extra por parte de ese ejecutivo pretencioso que tanto pasaba de mí.

Tenía que tratar de poner mi vida en orden. Ninguno de aquellos pisos me llamó demasiado la atención en el sentido de que “no me dijeron nada” y dados los elevados precios de su alquiler, como que era un fastidio. No obstante, eso se solucionó a la mañana siguiente.

La dueña de la inmobiliaria me llamó y me comentó que iba a sacar al mercado del alquiler un piso de su propiedad, que me daba la oportunidad de verlo la primera.

Ese sí. Nada más entrar en él por la tarde, en compañía de Olga, supe que sería nuestro nuevo hogar. Se ubicaba a cinco minutos a pie del ático de Marco, por lo que no tendríamos que cambiar de barrio. Y era coqueto, confortable y amplio, contando con tres dormitorios.

Sobre la marcha le di la señal y, por la mañana, hablaría con mi señor jefe.

distanciamiento infinito. Y que sí, que yo la había cagado por no saber lo de su padre, pero que él me apartó de su vida antes con unas malas maneras que me ponían a rebosar los ojos de lágrimas cada vez que las recordaba.

A todo esto, debía lidiar con la prensa, pues me asaltaban a cada momento los paparazzi para preguntarme por mi relación con Flavio. Más me hubiese valido fijarme en él, eso desde luego.

Lo primero sería decidirme por alguno de los pisos que ya había visitado. Era primordial que le devolviese su ático a su legítimo y puñetero dueño. Ni siquiera me había dado cuenta de comentárselo aquella mañana, dada la gravedad de lo que me contó de su padre.

Quien estaba un tanto preocupada por su futuro era Gina, aunque la tranquilicé por completo. Hasta que las cosas se le arreglasen, se vendría con nosotras.

La cantidad que yo cobraba era una pasada y no necesitaba de ninguna ayuda extra por parte de ese ejecutivo pretencioso que tanto pasaba de mí.

Tenía que tratar de poner mi vida en orden. Ninguno de aquellos pisos me llamó demasiado la atención en el sentido de que “no me dijeron nada” y dados los elevados precios de su alquiler, como que era un fastidio. No obstante, eso se solucionó a la mañana siguiente.

La dueña de la inmobiliaria me llamó y me comentó que iba a sacar al mercado del alquiler un piso de su propiedad, que me daba la oportunidad de verlo la primera.

Ese sí. Nada más entrar en él por la tarde, en compañía de Olga, supe que sería nuestro nuevo hogar. Se ubicaba a cinco minutos a pie del ático de Marco, por lo que no tendríamos que cambiar de barrio. Y era coqueto, confortable y amplio, contando con tres dormitorios.

Sobre la marcha le di la señal y, por la mañana, hablaría con mi señor jefe.

Capítulo 39

—¿No crees que ya está bien, Angelina? —le pregunté a su secretaria cuando, a la mañana siguiente, ya llevab allí media hora esperando.

Como no tenía permiso para pasar de otro modo, ella me indicó que debía esperar las instrucciones de Marco er ese sentido.

—No es cosa mía, Amanda, lo siento.

—Si ya lo sé, cariño. Es que lo de hacer esperar así a la gente es de muy malísima educación —elevé el tono de la voz para que se escuchara clarinete dentro.

No por eso le dio por levantarse y pedirme que pasara. Ni mucho menos lo hizo.

A mí plin, me tenían que pagar igualmente porque estaba allí, así que me dediqué a mirarme la manicura.

Lamentaba que Marco estuviese pasando un mal por momento debido al trágico y repentino fallecimiento de su padre, lo cual no quería decir que tuviese derecho a pisotearme como si fuese su felpudo.

Cuando por fin se dignó abrir la puerta, se quedó a su lado de pie.

Marco no sabía cuál era el motivo de mi visita. Podría imaginarse que no pasaba por allí para darle un besito de buenos días y tampoco eso debía apetecerle, pues no se retiró de la puerta, como indicándome que no pasara de ella.

Angelina, muy profesional ella, se levantó y se marchó como quien no quiere la cosa, dándonos privacidad.

—¿Qué se supone que quieres, Amanda?

—Buenos días para tú también. Aquí tendréis mucho dinero, pero en mi barrio, que todo el mundo estaba tieso, los buenos días no faltaban.

—No creo que te hayas tomado la molestia de esperar un rato para hablarme de tu barrio. Ya conozco Jerez.

—Jerez sí, a las que parece que no conoces todavía bien es a las jerezanas.

—No me interesan tus provocaciones.

—Ya, ya, que a te tiran más las italianas… Solo he venido a comentarte que ayer señalé un piso y que este fin de semana me mudo. También me llevo a Gina conmigo, que no soy de dejar a mi gente atrás (le tiré la patada) y que te entregaré la llave de tu flamante ático el lunes.

a

—Me parece bien, ¿quieres algo más?

ı —Nada más —dije en alto cuando por dentro quería decir un "que te zurzan" que se escuchase hasta en Nueva York.

Al menos el tema de la mudanza me sirvió para distraerme ese fin de semana. Olga, que volvía a estar de lo más contenta en compañía de Alessio, cantaba por las esquinas y nos animaba a Gina y a mí.

Hasta una coreografía nos salió. El nuevo piso también era muy luminoso y estaba estratégicamente situado. Comparado con ese otro en el que vivíamos en nuestro humilde barrio jerezano, se trataba de un palacio.

En la tarde del domingo, Olga me pidió el favor de si podía venir Alessio a verlo. En ese sentido me encontraba un poco entre la espada y la pared, porque no quería que su padre supiese de mi vida privada, aunque los chicos tenían una relación y eso hacía que no pudiese dejar a Alessio al margen de nuestra familia.

El día que salí del ático, me dio pena no poderme despedir de Federico, el amable consejo, porque el hombre había sufrido un cólico nefrítico grave y se encontraba ingresado.

Por esa razón, tenía pendiente volver por allí para despedirme de él y recoger el último correo que me pudiese haber llegado. Por lo demás, mi vida comenzaba en el piso y con mis chicas. Tenía que ir olvidándome de Marco, si bien esa tarde pensaba en que no me resultaría tan fácil contando con aquel par de idénticos ojos a los suyos metidos en mi casa.

Y luego estaba lo de tener que seguir trabajando con él. Mi trabajo me parecía una bendición, salvo por ese detalle de que Marco fuera mi jefe.

Quizás, más adelante, cuando el contrato se me acabase e Ilenia se asegurase de que me largase de allí podría poner su vista en mí alguno de sus competidores y entonces le haría la puñeta.

Triana me volvió a llamar aquella noche. Su bombón de poli italiano ya tenía fecha para volar hasta Jerez. Mi amiga irradiaba felicidad, puesto que lo vería pronto.

Quien también estaba alegre como unas castañuelas era Samuel, pues lo suyo con Stefano prosperaba. Ya había llegado a oídos de Clara y ella, como era una buenaza, lejos de enfadarse, se lo había tomado con toda la deportividad.

Por lo visto, Stefano era bisexual, aunque Clara y él no pegaban ni con cola. Con Samuel se producía un contraste espectacular, tan atractivo como la pareja que ambos formaban.

Por mi parte, mejor sería que me volcase en el trabajo y no quisiera buscarle las cosquillas a Cupido, quien no parecía llevarse bien conmigo. Algunas veces también me acordaba de Flavio y de que él se hubiera metido hasta en adobo conmigo, pero no era el hombre por el que suspiraba y no habría sido nada justo.

Quien también estaba alegre como unas castañuelas era Samuel, pues lo suyo con Stefano prosperaba. Ya había llegado a oídos de Clara y ella, como era una buenaza, lejos de enfadarse, se lo había tomado con toda la deportividad.

Por lo visto, Stefano era bisexual, aunque Clara y él no pegaban ni con cola. Con Samuel se producía un contraste espectacular, tan atractivo como la pareja que ambos formaban.

Por mi parte, mejor sería que me volcase en el trabajo y no quisiera buscarle las cosquillas a Cupido, quien no parecía llevarse bien conmigo. Algunas veces también me acordaba de Flavio y de que él se hubiera metido hasta en adobo conmigo, pero no era el hombre por el que suspiraba y no habría sido nada justo.

Capítulo 40

El lunes me acerqué por su despacho para entregarle las llaves. Con mi sal y mi pimienta, me dije que a mí no me tenía un buen rato más esperando porque no me salía del alma. Así, que lo hice a la hora de la salida.

Angelina acababa de marcharse y estábamos a solas.

—Aquí tienes tus llaves. Muchas gracias por el tiempo que has puesto el ático a mi disposición.

—Si llego a saber que le ibas a meter allí…

En ese momento se me cortó la respiración. Por descontado que hablaba de Flavio. Él debía estar muy al tanto de lo que la prensa publicó de nosotros, pero dado que me dio calabazas para irse con Ilenia, había que ser desvergonzado para echármelo en cara. De todos modos, ¿cómo sabía que se quedó allí? ¿Me había estado espiando?

—Un momento, aclárame eso.

—¿Qué quieres que te aclare? Di por sentado cuando te entregué las llaves que no meterías a ningún hombre allí… No estando conmigo.

—¿Cómo? Estando contigo, o como quiera que se le pudiera llamar a lo nuestro, no metí allí a nadie, claro que no.

—No disimules, antes lo harías a escondidas. Hasta que te di largas y ya lo hiciste con todo el descaro, Federico me lo contó.

—¿Que Federico te ha contado qué?

—No se lo tomes a mal. Fui a preguntarle si conocía a ese tipo y me dijo que sí. Luego cayó en que igual te molestabas porque me lo hubiese confirmado y se sintió mal.

—Pobre hombre, meterle en eso. Claro que le conoció, pero que Flavio solo estuvo allí ese fin de semana.

—Pongamos que es cierto, ¿y qué? Lo metiste en mi ático.

—¡¡Después de que te follaras a Ilenia y me despidieras con cajas destempladas!!

—No me he follado a Ilenia, por mucho que lo estés pensando. Y eso que, por una vez, tengo algo que agradecerle.

—¿No estás con ella?

—Claro que no…

—Si luego os vi en aquella fiesta.

—Le debía una, jamás le di su lugar. Ella y yo no somos compatibles, aunque me ha abierto los ojos sobre ti y por eso me siento en deuda.

—¿Abrirte los ojos? Oye, que…

—El día que estuvo en mi despacho vino a hablarme. Sentía mucho pesar sobre ciertos temas… Temas nuestros del pasado que la involucraron y que ya no vienen al caso. Salió a relucir el tema de los celos y le comenté que esos no los quería en mi vida. Y ella me previno contra ti; me dijo que tampoco pasara del todo porque, entonces, me la podían dar en toda mi cara, Y que tú te acostabas con otro a la par que conmigo.

—¡¡Maldita hija de la gran puta!!

—Blasfema todo lo que quieras, pero eso ocurrió el viernes por la mañana y el lunes ya estaban vuestras fotos en todas las portadas de las revistas.

—Pero si no… ¡¡Es de locos!! Yo a Flavio me lo encontré por primera vez horas después de que ella estuviese en tu despacho. Llevábamos años sin vernos…

—¿Pretendes que me crea eso? Llevabas años sin verle, te lo encuentras ese viernes y te morreas con él. Luego te lo llevas al ático y te lo tiras allí. Porque mírame a los ojos y dime que no fue así.

Yo no era como Ilenia, ¿de qué iba todo aquello? No podía mirarle a sus ojos aguamarina y mentirle. No porque a mí no me educaron en la mentira y también por otra razón aún más poderosa: porque estaba viendo dolor en esos deslumbrantes ojos de Marco.

—Sí, me acosté con él, pero…

—Déjame, por favor. Acabo de enterrar a mi padre y lo último que necesito es una discusión contigo. Me alegra

que me hayas devuelto la llave y que nuestra relación se reduzca a lo profesional. Y ahora, permíteme pasar. Tengo un hijo al que ir a consolar.

—Igual, si tuviera relación con su madre, se encontraría mejor —me atreví a decir en ese momento.

No le hubiera vacilado tanto de no tener firmado un contrato, pero al ser así, me permití ese lujo. Me salió de dentro, sentí que era de justicia y no me lo pensé dos veces a la hora de soltarlo.

—Jamás, en lo que te quede de vida, vuelvas a especular sobre ese tema, Amanda.

Su firmeza y el tono tan enérgico en el que lo dijo hasta me podría haber resultado excitante de no ser porque se trataba de un tema gravísimo.

Le vi salir bufando y supe que le había tocado la fibra sensible más de lo que podría haber sospechado antes de hacerle el comentario.

Esa maldita cabrona de Ilenia, por lo que Marco me dijo no estaba con él, pero se había encargado de que yo tampoco. ¿Cómo se las ingenió para convencerle?

Una teoría cobró forma en mi interior. ¿Y si le habló de que pronto se publicarían unas fotos? Pero, para eso, tendría que saber que me encontraría con Flavio y eso fue fortuito… ¡¡¡No!!! No lo fue. Flavio había desaparecido de mi vida de un modo demasiado abrupto tras una aparición tan repentina como asombrosa.

La venganza se cuece lenta y me imaginé lo que había ocurrido. Ilenia Vanetto, con el mucho dinero que recibió por su marcha de parte de Marco, seguro que contactó con él para ofrecerle una buena suma a cambio de que me sedujera.

Hasta ese momento todo me pareció tan casual… ¡¡Y nada debió serlo!! Salvo que ese finde también me visitase Triana, algo que no le jodió el plan a Flavio porque todos éramos amigos y salimos juntos.

Sí, fue eso… Ilenia debió investigar mi pasado cuando consideró que le había jodido la vida. Y así llegó hasta Flavio. Por eso él no volvió a cogerme el teléfono… Todo eso de que estaba enamorado de mí en su juventud fue un camelo para, sabiendo que yo estaría todo el fin de semana con la guardia baja, saltar sobre mí. Por eso provocó que nos besáramos varias veces en público.

Marco tendría muchas tablas, pero Ilenia se la había colado. Y no iba a parar hasta demostrárselo. Con razón me trató con tanta frialdad: pensaba que estaba liada con Flavio desde que llegué a Milán, que a él solo lo utilizaba porque era mi jefe. Maldita lianta.

Capítulo 41



Camino de casa me pasé a ver a Federico. El hombre ya había recibido el alta y estaba al pie del cañón, como siempre.

—Cuánto me alegro de verla, señorita Amanda.

—Y yo a usted, Federico. Me he enterado de que ha estado muy pachucho.

—Sí, ya estoy mejor. Y a usted le ha servido para marcharse de aquí. No se lo hubiera consentido de haberlo sabido, era la mejor vecina de toda la comunidad.

Noté el apuro en su rostro, pese a lo mucho que me alababa.

—Federico, sé que Marco te hizo algunas preguntas. No te hagas mala sangre por haberle respondido.

—De todos modos, a mí ese otro chico no me gustaba. Ese otro que se quedó con usted y que me ayudó con la bombilla.

—¿Y eso por qué?

—Porque cuando salió solo a la pastelería iba hablando por teléfono, señorita Amanda. Debía ser con una mujer y me dio la sensación de que se estaban riendo de usted. Yo estaba agachado en ese momento y él no me vio, pero el oído lo tengo muy bien todavía.

—¿Nombró a una tal Ilenia por casualidad?

—Sí, sí, esa mujer era la que debía estar hablando con él. Y luego salía con usted, con el brazo sobre su hombro y yo pensé que la estaba engañando. Quise hablarlo con usted, pero caí malo y…

—No se preocupe, Federico, me ha servido de mucha ayuda.

Sin más, me planté en casa de Marco. Él ya estaba acostumbrado a que yo no hiciera las cosas por los cauces

más protocolarios. Esa teoría que cobró sentido en mi cabeza había sido confirmada por parte de Federico, como un regalo caído del cielo que no esperaba.

Debía haber ido a hacer también algún recado de por medio porque le vi entrar con su coche y entonces le hice señas desde la verja. Hasta allí me desplacé en taxi y le comenté al taxista que podía marcharse, porque no me iría sin hablar con Marco.

Igual le parecí una loca, dando saltos detrás de la valla y alzando los brazos.

—¡Te formo un escándalo aquí mismo si no me atiendes! ¡Es que llamo a la prensa, palabra!

No tuvo más remedio que ceder a mi chantaje y abrirme.

—En mi casa no te voy a consentir este comportamiento, aquí no. Tengo que proteger a mi hijo de una…

—¿De una loca y de una mentirosa? Pues entonces procura que no se acerque a Ilenia.

—Ya te he dicho que no tengo nada con ella.

—Pero ella busca tener algo contigo. Pregúntale a Federico con quién hablaba Flavio cuando salió solo del ático.

—¿Con sus amigos para apuntarse el tanto?

—Frío, frío… Va a ser que con Ilenia. Me juego lo que quieras a que ella lo contrató para montar este circo.

—¿Ellos están en contacto?

—Yo de ti quedaba con la reina de la manipulación y le pedía su móvil, así de sopetón. Me encantaría ver sus mejillas rojas a explotar por la vergüenza.

—¿Dices que Ilenia lo urdió todo?

—De pe a pa, me juego la vida. Te convenció de que yo tenía un amante y, conociéndote, supo que me tratarías a patadas. A partir de ahí, Flavio apareció como por arte de magia y yo, que te odiaba por creer que me habías dejado por ella, caí en sus redes. Dime que tú no lo hubieras hecho, que tu comportamiento habría sido intachable de haber estado en mi lugar. Si este dato te ayuda también, te diré que Flavio me dijo que se marchaba un par de semanas de Milán y a continuación me bloqueó, con la excusa de que le dolía que no quisiera seguir con él.

—¿Tú le dijiste eso?

—Sí, cuando se me pasó la borrachera mental que me produjo ese tortuoso fin de semana, y también la física, le confesé que no podría tener nada con él porque mi corazón ya estaba ocupado.

—¿Eso es verdad, Amanda?

—Esa es una verdad como un templo porque estoy sintiendo por ti. Y eso que hay parcelas de tu vida que no entiendo para nada, piezas que no me encajan y, pese a todo, solo sé que quiero estar contigo.

El aguamarina de sus ojos lo vi pasado por agua. El rostro de Marco, ese tan atractivo, se había descompuesto desde que todo aquel sinsentido comenzó. Ya no podía disimular la tristeza que sintió, esa que disfrazó de coraje, de indiferencia y de deslealtad y que, junto con otras "coincidencias" me llevaron a pensar que estaba con Ilenia.

A esas alturas tampoco me tragaba que el encuentro que tuvimos con ella aquella mañana en las lujosas galerías fuese fortuito. Flavio debió llamarla para que coincidiésemos allí y exhibiera orgullosa delante de mí los zapatos que luego llevaría al cumpleaños al que asistió con Marco.

Las lágrimas acudieron también a mis ojos. Aquello que había comenzado de una forma tan bonita, del tipo de un sueño, se convirtió en una pesadilla cuya protagonista tenía nombre y ese no era otro que Ilena Vanetto quien trató de vengarse de mí.

Si algo me resultó espectacular de todo aquello fue que él me dijo que no haría por indagar más, que no necesitaba encontrar las pruebas de lo que le decía en el teléfono de esa arpía. Marco me creía y lamentaba profundamente lo que me hizo sufrir dando veracidad a las palabras de Ilenia.

Sus besos me cubrían el húmedo rostro, puesto que gruesas lágrimas rodaron por mis mejillas. Con su corazón tan cerca del mío y entendiendo que su comportamiento tan solo tuvo que ver con la semilla del odio que Ilenia sembró en su corazón, fui consciente de que le quería. Y lo que más me fascinaba al mirarle a los ojos, a esos tan espectaculares que exhibía en su precioso rostro, era comprobar que él a mí también.

Entre abrazos, nos lo dijimos por primera vez. Y supe que, entonces, las cosas habían vuelto a cambiar, de nuevo y para bien. Esperaba que para siempre.

—Sí, cuando se me pasó la borrachera mental que me produjo ese tortuoso fin de semana, y también la física, le confesé que no podría tener nada con él porque mi corazón ya estaba ocupado.

—¿Eso es verdad, Amanda?

—Esa es una verdad como un templo porque estoy sintiendo por ti. Y eso que hay parcelas de tu vida que no entiendo para nada, piezas que no me encajan y, pese a todo, solo sé que quiero estar contigo.

El aguamarina de sus ojos lo vi pasado por agua. El rostro de Marco, ese tan atractivo, se había descompuesto desde que todo aquel sinsentido comenzó. Ya no podía disimular la tristeza que sintió, esa que disfrazó de coraje, de indiferencia y de deslealtad y que, junto con otras "coincidencias" me llevaron a pensar que estaba con Ilenia.

A esas alturas tampoco me tragaba que el encuentro que tuvimos con ella aquella mañana en las lujosas galerías fuese fortuito. Flavio debió llamarla para que coincidiésemos allí y exhibiera orgullosa delante de mí los zapatos que luego llevaría al cumpleaños al que asistió con Marco.

Las lágrimas acudieron también a mis ojos. Aquello que había comenzado de una forma tan bonita, del tipo de un sueño, se convirtió en una pesadilla cuya protagonista tenía nombre y ese no era otro que Ilena Vanetto quien trató de vengarse de mí.

Si algo me resultó espectacular de todo aquello fue que él me dijo que no haría por indagar más, que no necesitaba encontrar las pruebas de lo que le decía en el teléfono de esa arpía. Marco me creía y lamentaba profundamente lo que me hizo sufrir dando veracidad a las palabras de Ilenia.

Sus besos me cubrían el húmedo rostro, puesto que gruesas lágrimas rodaron por mis mejillas. Con su corazón tan cerca del mío y entendiendo que su comportamiento tan solo tuvo que ver con la semilla del odio que Ilenia sembró en su corazón, fui consciente de que le quería. Y lo que más me fascinaba al mirarle a los ojos, a esos tan espectaculares que exhibía en su precioso rostro, era comprobar que él a mí también.

Entre abrazos, nos lo dijimos por primera vez. Y supe que, entonces, las cosas habían vuelto a cambiar, de nuevo y para bien. Esperaba que para siempre.

Capítulo 42

En esa ocasión, terminamos en su dormitorio. Fue la primera vez que me llevó allí y supe que no sería la última. Lo nuestro comenzó a tomar forma aquel día tras un período en el que todo pudo suceder debido a la manipulación y a la mentira de quien pasaría a ser una persona innombrable para nosotros.

Marco no disimuló sus impresionantes ganas de mí; las mismas que yo sentía de él.

Contra la pared, y cara a cara con él, levanté los brazos para que me desnudase. Cuando me dejó en ropa interio noté cómo tragaba saliva al contacto visual con mi cuerpo, cómo iba acariciándolo de arriba abajo como si necesitase obtener la certeza de que estaba allí, presto para recibir todo aquello que él quisiera regalarme.

Sus manos ardían al contacto con mi erizada piel. El corazón me bombeaba a toda velocidad y mi ropa interior fue la siguiente en ser arrancada de mi cuerpo, a la par que esos primeros jadeos que ya salían de mi garganta y que Marco parecía desear beberse sorbo a sorbo.

Sus dedos y su lengua fueron dibujando sobre el lienzo de mi curvada figuara el camino hacia mi expectante pubis, el cual abrió lentamente, como quien abre la caja que contiene un tesoro que desea inspeccionar a fondo.

Con la lentitud propia de quien desea obsequiar el máximo de los placeres, los fue abriendo poco a poco, separándolos, para dejar que se fueran colando en ellos la yema de sus dedos, para acariciarme tan adentro que ya no pudiera librarme jamás del recuerdo de las más íntimas de las caricias, de las más deseadas, de las más profundas y excitantes.

Su lengua comenzó a recorrer la rosada piel, la más prohibida y húmeda… lo hacía con auténtica devoción mientras yo notaba que mi cuerpo al completo se iba arqueando, que de mi garganta salían los más insinuantes de los gemidos.

Mis dedos se enroscaban en su pelo. Marco estaba acuclillado ante mí. En la pared de enfrente se encontraba un espejo en el que tuve ocasión de comprobar el destello de la lujuria que emitían mis ojos.

Mis jadeos comenzaron a encadenarse y se fueron acelerando al mismo tiempo que lo hicieron los fuertes latidos de mi corazón. Con el pulso absolutamente revolucionado, jadeé más y más. Su lengua ya dibujaba círculos en la más erógena de mis zonas. Luego paraba y daba toques en ella, los más estimulantes del mundo,

capaces de llevar directos a la locura a su destinataria, que no era otra que yo.

Cuando el ritmo de mi corazón se desbocó por completo y mi alborotada sangre pareció hervir ya en el interior de mis venas, comencé a gemir de un modo más profundo y me sumí en el absoluto deleite de un orgasmo que salió de mí a chorros.

Cual si se tratase de una fuente, Marco quiso bebérselo, hacerlo suyo igual que a la persona de la que salía. Mis ojos estaban impregnados de aquel deseo sexual desmedido, de aquel desenfreno que le llevaría tan dentro de mí que cerraría las piernas con la intención de retenerle, de secuestrarle, de que me penetrase de un modo que no pareciese de este mundo, que trascendiese lo humano, que nos hiciera sentir en un nivel superior; como si nada ni nadie tuviera ya el poder de separar lo que habríamos unido de un modo tan sublime.

Sus manos volvían a recorrerme en el instante en el que me degustaba. El contacto visual era total hasta el instante en el que me volteó, poniéndome de cara a la pared. Las palmas de mis manos se colocaron contra ella, solo así podría lograr frenar, en parte, el poder de sus embestidas, esas que mis ojos ya no podían pedirle porque no me veía, pero sí mi afilada lengua, que le suplicaba que me traspasase.

No se hizo de rogar. Su endurecido e hinchado miembro, llameante, se colocó en la entrada de mi vagina y, en cuestión de segundos, ya le tenía dentro. Marco bombeaba en mi interior mientras que sus manos me recorrían, cogiéndose a mis senos, los cuales estimulaba en esa misma postura.

Al mismo tiempo, su lengua lamía y sus dientes mordisqueaban el lóbulo de una de mis orejas. Hasta esas me ardían. Mi cuerpo al completo había entrado en combustión espontánea al contacto con el suyo.

—Eres mía, solo mía —murmuraba en mi oído y puedo jurar que no había afirmación en el mundo que pudiera ponerme más que aquella.

Era suya de principio a fin. Marco había logrado que quisiera ser tan suya que ese pasado en el que no lo fui ya había caído en el olvido por mi parte.

Con él no solo era sexo, era sentimiento… Sentimiento que entraba hasta lo más profundo de mí, embestida a embestida. Tardó en correrse, en desparramarse en mí, pero lo hizo en esa postura. A continuación, me dio la vuelta y envolvió por completo mis labios, besándome profundamente. Para entonces había logrado que me corriese de nuevo. No se conformaba con llevarme una sola vez al clímax. Marco era ambicioso y eso se reflejaba en todas las facetas de su vida, también en la sexual.

Extenuada, me tomó en brazos y me condujo a su cama, donde me miró complacido.

—¿Estás bien? —me preguntó mientras recolocaba los mechones más rebeldes de mi cabello, ese que había quedado absolutamente encrespado por la humedad que vivimos en aquel momento, en aquel dormitorio.

—Estoy mejor que nunca —le confesé mientras me dejaba abrazar feliz al comprobar que se quedaba a mi lado que no huía tras el coito, que esas medias tintas habían llegado a su fin.

Se tumbó a mi lado y, con las yemas de sus dedos, fue recorriendo mis labios, dibujando en ellos la más feliz de mis sonrisas mientras él mismo se contagiaba de una felicidad que parecía haber sido diseñada expresamente para nosotros.

—Estoy mejor que nunca —le confesé mientras me dejaba abrazar feliz al comprobar que se quedaba a mi lado, que no huía tras el coito, que esas medias tintas habían llegado a su fin.

Se tumbó a mi lado y, con las yemas de sus dedos, fue recorriendo mis labios, dibujando en ellos la más feliz de mis sonrisas mientras él mismo se contagiaba de una felicidad que parecía haber sido diseñada expresamente para nosotros.

Capítulo 43



Teníamos por delante una conversación que no sería fácil. Notaba lo poco que le agradaba y por eso, tras haber vivido unos momentos así de fascinantes, le di la oportunidad de que la pospusiera.

—Alessio llegará en un rato, ha salido con el *skate*, creo que tienes razón en que será mejor que lo dejemos por hoy. Pero una cosa, Amanda…

—Dime.

—Prometo contártelo todo. Y cuando digo todo, es todo.

—Te creo.

Me llevó a casa, donde estaban Gina y Olga. A ninguna de las dos se les escapó lo feliz que llegué. Les conté que él no estaba con Ilenia, que por el momento no tenía mucha más información, pero que me sentía muy dichosa.

—Y menuda celebración que ha debido ser esa —me dijo mi hermana.

—¿Celebración? No entiendo.

—Los colores de tus mejillas te delatan. Oye, y yo que me alegro. En cuanto lo vuestro sea oficial, mi número de *followers* volverá a dispararse, que para algo me voy a convertir en la cuñada de Marco Moretti. ¿Crees que es incluirá barra libre en ropa?

—Creo que debes volver a tu dormitorio a hincar codos, eso es lo que creo.

—Vale, pero que sepas que estoy muy contenta por ti. Mucho.

No esperaba más noticias de Marco hasta que le viera al día siguiente en el trabajo. Por eso me sorprendió su llamada a la hora de dormir.

—¿Cómo estás, preciosa? Quiero decir de ánimo. El resto prefiero imaginármelo. Te supongo tumbada y…

No dijo nada que no acertase de pleno, hasta en la postura exacta acertó. Otro que parecía tener una bola de cristal.

Dormí con una serenidad que no recordaba desde hacía mucho, mezclada con la tranquilidad que da la sensación de que no te despertarás acelerada, temerosa y enfrentándote a una realidad que duele. Recordé la tarde anterior con todos sus matices y la llamada de horas después, esa que me empujó en brazos de Morfeo escuchando la varonil y grave voz de Marco.

Sentía que, pese a que me duché al llegar a casa, me había llevado conmigo parte de ese aroma tan a hombre que le caracterizaba y no podía imaginarme en mejor compañía. Sonreía como una boba cuando escuché a Gina trasteando en la cocina.

Un rato después, salía hacia la calle con mi hermana y me encontré con la agradable sorpresa de que Renzo volvía a esperarnos en el coche.

Cuando llegué a las inmediaciones del despacho de Marco, Angelina notó que algo había cambiado solo por mi sonrisa, aunque también debió percibir la de él al entrar.

Con una sonrisilla de medio lado, me hizo un gesto con la mano que indicaba que vía libre, que el gran jefazo buenorro no estaba reunido.

Me colé en su despacho con la fuerza de un ciclón.

—Buenos y huracanados días, guapísima —me dijo levantándose y dándoselos también directamente a mis labios con los suyos.

—Buenos días, bombón de licor italiano…

—Eso suena bien.

—Pues sabe mejor.

Las manos las tenía ya colocadas sobre mis caderas y sus labios me saboreaban. Me llevaba hasta él, empujándome, y pude notar la virilidad en su esplendor que se dejaba apreciar bajo su ropa.

Tras besarme, me invitó a tomar asiento y lo hice. Lo hice encantada porque deseaba que me sentase sobre sus propias piernas, de modo que accedí encarándole a horcajadas.

—Antes que nada, quiero que sepas que esta misma mañana he contactado con Ilenia. Acertaste en todo, su ton

de voz falsamente incrédulo me lo confirmó, aunque ya no me era necesario. Está advertida de que, si trata de intentar volver a sabotear lo nuestro, se enfrentará a las acciones legales que no tardaré en emprender. Y le he dejado bien claro también que mi equipo jurídico será implacable con ella en ese caso.

—Pues has hecho bien. Hay que ser mala, pero mala de condición, para liarla como la ha liado. Debe odiarme mucho o a ti. Lo mismo a los dos.

—Me temo que contigo no quiere ir de *shopping*.

—Eso seguro —le comenté junto con una sonrisilla burlona.

—Pero que, a pesar de eso, el blanco de su ira soy yo.

—No hace falta que me lo cuentes todavía. No si no te sientes preparado.

—Sí me siento, pero no aquí. Señorita Durán, ¿me concedería el honor de pasar su mañana libre conmigo?

—¿Libre? Pero si hoy me esperan Samuel y Clara para unas pruebas y…

—¿No me diga? Pues en mi cuadrante de jefe aparece que el día lo tiene libre; en mayúsculas y en rojo.

—Pues si aparece en el cuadrante del jefe, habrá que hacerle caso.

—Yo diría que sí. Coja su bolso, que nos vamos.

Me sedujo el hecho de que me tomase por la cintura para salir así conmigo de su despacho. No me soltó cuando pasamos por delante de Angelina ni tampoco cuando nos encontramos con más empleados por los pasillos. Y ni mucho menos cuando llegamos al despacho de Samuel, quien nos miró tan sorprendido como contento.

—¡¡Que vivan los novios!! —exclamó.

—¿Has visto, Samuel? Es mi chica y vengo a presumir de ella.

—Muy bien que haces, jefe.

—A eso y a comentarte que me la llevo, que tiene la mañana libre. *Arrivederci*…

Nos subimos en su coche con destino desconocido. La alegría le desbordaba y, no por ello, dejaba de entreverse una cierta preocupación en su mirada. La conversación que teníamos pendiente le incomodaba, era un hecho. Y le honraba que no quisiera aparcarla más. Lo que sí aparcó fue el coche delante de una tienda de *delicatesen.* Apenas un minuto después, salió de ella con una cesta de picnic.

—¿Vamos a ver a la abuelita como la Caperucita? —le pregunté con sorna.

—Lo de la visita a la abuela no está planeado, pero acepto comerte como si fuese el lobo —me aseguró.

Obvio que el encargo ya estaba hecho. Supuse que la misma Angelina habría llamado. Nos dirigimos al Parque Sempione frente al Castillo Sforzesco, una de las zonas verdes más conocidas y visitadas de la ciudad.

Al tratarse de un día laboral y lectivo, más que nada encontramos turistas en él, así como milaneses leyendo un libro, despreocupados, o simplemente deseosos de que les alcanzasen algunos rayos de sol de los que lucían aquella esplendorosa mañana.

De la cesta sacó un mantel de lo más cuco, así como aquellas delicias que nos habían preparado y que incluían desde sándwiches de atún, hasta ensalada *caprese* de pasta, pasando por rollitos de pizza y *muffins* de chocolate y frambuesa, entre otros.

—Menudo banquete que te has marcado. Si mis caderas ensanchan y no quepo en los modelitos ni se te ocurra darme la charla, que la culpa será tuya y solo tuya. Venga, prueba.

—Prefiero que vayas comiendo tú. Mira, hay zumo de naranja natural —me dijo sacándolo también de unas jarritas con tapa de lo más cucas—. Yo prefiero beber.

Se le notaba que tenía la garganta seca y entonces comenzó a hablarme. Estaba loco por soltarlo todo y que el calvario terminase.

No quise hacerle el feo, así que opté por tomar un sándwich y comenzar a mordisquearlo nerviosa. En mi interior, estaba deseando que arrancase ya a hablar y vomitase lo que tanto le afligía.

—Verás, Ilenia siempre quiso algo más de mí. No debía engancharme sexualmente a ella, no era como otras.

—Como otras a las que frecuentabas, me imagino.

—Sí, sí, hasta que dejé de hacerlo y le ofrecí la exclusividad… de mi cama solo.

—O sea, que no te acostabas con otras, pero Ilenia no pasaba de ser un rollo para ti. Y ella aspiraba al anillo en el dedo.

—Exacto. Y en su defensa inicial, porque lo que ha hecho luego ya es indefendible, te diré que no me lo negó en ningún momento.

—O sea, que te dejó claro su deseo de compartir contigo el trono del imperio.

—Así es… No le di mayor importancia, creí que podría controlar a la fiera que llevaba dentro.

—Y ha sido que no.

—Ha sido que se me terminó yendo de las manos, sí. Ignoré las señales hasta que sus exigencias se hicieron más patentes y quiso…

—Dar un golpe encima de la mesa, ¿verdad?

—Verdad… Me vino a decir que lo quería todo o nada. Y yo le dije que entonces, no tendría nada. Y negociamos un despido, del que salió muy bien parada, porque lo suyo me estaba rayando y así no podríamos seguir.

—Pero no se conformó.

—Se ve que no. Ilenia no está acostumbrada a que le hagan sombra. A mi lado se sentía poderosa y el poder es adictivo para una mujer como ella.

—Pues vaya esclavitud, qué idiotez.

—Eso lo sabe ver alguien como tú, tan distinta a ella —me dijo mientras me besaba las manos—. Verás, no solo me negaba a darle un lugar en mi vida a ella sino que, hasta ahora, estaba cerrado en banda a dárselo a ninguna mujer.

—Eso haría las delicias de Samuel —le dije bromeando y poniendo los ojos en blanco.

—No, tampoco van por ahí los tiros. Sabes que no… Lo había pasado tan mal después de lo de Antonia que no me planteaba ninguna relación formal ni mucho menos algo más. Casarme no entraba en mis esquemas y esa era la meta de Ilenia.

—Pues esa chica, por muy poderosa que se crea, todavía no se ha enterado de que el amor no se mendiga.

—No, no se ha enterado. Y debe sentirse muy desgraciada por ello.

—¿Qué pasó con Antonia? ¿Eso me lo quieres contar?

—Es el episodio más delicado de mi vida. Me refiero al que cerré con ella, porque Antonia protagonizó junto conmigo una gran parte de mi historia, estuvimos juntos muchos años.

—Y te dio un hijo, eso es sagrado.

—Sí, un hijo con el que me torturó desde su nacimiento.

—Qué horror, ¿y eso por qué?

—Porque Antonia sufre una de las peores enfermedades a las que puede enfrentarse un ser humano: unos celos graves y enfermizos que fue desarrollando más conforme las cosas me comenzaron a funcionar.

—Adiós, pues con lo bien que te han ido, tenía trabajo…

—Sí, tuve que verlo antes, pero no. Lo cierto es que al principio de la relación, que comenzó cuando éramos poco más que unos adolescentes, se la veía una mujer segura y bella que me enamoró por completo.

—Buff… Pues sufrirías lo tuyo.

—Sí, yo la quería. Por eso no dudé en pedirle matrimonio en cuanto comencé a trabajar. Nos casamos y todo parecía idílico. La luna de miel fue de cuento y yo, aunque ya mostraba una gran ambición profesional, contaba las horas para que nos reencontrásemos por las noches.

—Hasta que todo comenzó a cambiar…

—Sí, abrir la agencia de modelos supuso un antes y un después para ella. Antonia comenzó a sentirse acomplejada. Decía que tras dar a luz su figura no era la misma, que esas chicas estaban “como nuevas” y el fantasma de los celos comenzó a merodear en su cabeza.

—Menudo marrón.

—No lo sabes bien. Además, que nada de lo que decía contaba con el más mínimo sentido. Ella seguía siendo igual de atractiva o más. La maternidad había serenado sus facciones y yo seguía notando que, dejando al lado la faceta profesional, mi vida comenzaba y terminaba en ella y en Alessio.

—Hasta que me imagino que la cosa fue a peor y a peor…

—No te lo puedes ni imaginar. Me montó unos pollos de escándalo en más de una ocasión y tuve que prohibirle que se acercara a la agencia.

—Y ella lo tomaría como una afrenta personal.

—Claro. Argumentaba que así me deshacía de ella, que con eso trataba de evitar que viera cómo las miraba a todas, que los ojos se me iban detrás de ellas y no sé cuántas barbaridades más, cuando te juro que no era así. Me considero un hombre fiel, cuando entrego mi corazón lo hago sin condiciones. Aunque Antonia me llevó a un

punto en el que me juré que no volvería a hacerlo más, que no volvería a sacarlo del pecho… Y así ha sido, hasta que te encontré a ti.

Me hizo suspirar, había verdad en sus palabras. Marco no era un hombre mentiroso, no existía ninguna razón para que yo pensase tal cosa.

—¿Cuándo empeoraron del todo las cosas?

—Verás, me llegué a plantear el divorcio y no pocas veces. Pero entonces ella me amenazaba con hacerme la vida imposible con Alessio, con ponerlo en mi contra.

—Cielos, y yo pensando que había sido al revés, que la habías apartado de tu hijo. Lo siento de verdad.

—No, habré cometido mis errores con mi hijo, como todos los padres. Pero le amo con todo mi corazón. Nunca hubiera hecho nada que le hiciera daño, nunca.

—Te creo, te creo…

—Pues bien, sucedió que un buen día contraté a una modelo sudamericana, Daniela, de lo más exuberante. Por aquel entonces aún no tenía la firma de ropa y la agencia lo era todo para mí.

—Y eso la volvería ya loca del todo.

—Sí, sobre todo porque es cierto que Daniela se enamoró de mí y, por primera vez, sus celos tuvieron algo de base.

—Apaga y vámonos, entonces.

—Así es. Me encontraba entre la espada y la pared porque Daniela contaba ya con sus primeros contratos, estábamos vinculados, pero no quise que ese fuera el detonante de que Antonia se disparatase más.

—Por supuesto que no tuviste nada con Daniela, ¿es así?

—Nada de nada. Es más, le huía como a la peste, pero mi esposa no hacía más que especular al respecto. Si nos fotografiaban en cualquier evento, se ponía hecha una fiera, diciendo que las miradas eran recíprocas, que yo había perdido la cabeza por sus caderas y que, de no ser así, ya la habría puesto de patitas en la calle.

—Pues sí que te complicaba las cosas.

—Así es. Tan feas se me pusieron que me decidí a rescindir nuestra relación laboral. Y con dolor, porque Daniela era una profesional que, a pesar de sentir por mí, nunca se pasó de la raya.

—¿Y no se quedó contenta con eso? Antonia, digo. Fue una gran muestra de amor por tu parte.

—Antonia lo que hacía a esas alturas era espiarme, algo que no sospeché, no calibré que la pinza le patinase tanto. Y la tarde en la que le dije a Daniela que teníamos que hablar, ella sospechó que nuestra relación laboral quedaría finiquitada. Vi la decepción en sus ojos y tan solo me pidió que no lo hablásemos allí, que fuésemos a cenar. Y accedí.

—¿Intentó algo contigo en esa cena?

—No, solo quería llegar a un acuerdo. Me pidió disculpas por si algo se le había notado. Me confesó lo que sentía por mí, pero me prometió que no se le volvería a notar, que solo quería la oportunidad de seguir adelante.

—Joder…

—Sí, ¿y sabes qué fue lo peor? Que en ese punto yo comenzaba a sentir también por ella. No voy a decir que sea un santo porque no lo soy, pero tampoco un hombre infiel, ya te lo dije antes. Fue el hastío, el cansancio en el que me sumergió la actitud de Antonia…

—El que hizo que cayeras con Daniela, porque caíste, ¿no es así?

—No, todo lo contrario. Me reafirmé en que debía irse y le dije que mi matrimonio estaba por encima de todo. Con lágrimas en los ojos, no tuvo más remedio que acceder a marcharse. Entonces fue cuando volví a casa. Antonia le había pedido a una vecina que se hiciera cargo de Alessio para ir a espiarme, así que estábamos solos. Él aún no tenía edad para quedarse solo en casa. Al regresar, te juro que noté algo raro, que presentí el peligro.

—Me estás acojonando.

—Y te quedarás corta en todo lo que pienses. Antonia se hizo la dormida y yo entré sin dar la luz del dormitorio, desvistiéndome. No quería despertarla y que comenzara la paliza mental de cada noche. Me había excusado un rato antes diciéndole que cenaría con gente del trabajo.

—Y no era mentira del todo. Pero ella te había visto solo con Daniela.

—Así es… Al poner la cabeza sobre la almohada, la delató su acelerada respiración. Entonces entendí que no dormía y, de golpe, se volteó. Antonia quiso jugar con el factor sorpresa, pero un sexto sentido me hizo encender la luz de la mesilla de noche en ese instante… En el instante en el que la vi blandir un enorme cuchillo en el aire cuya hoja brillaba ante mis impresionados ojos… Los de ella mostraban la cólera y el ansia asesina. Todo estaba premeditado.

Mis ojos comenzaron a humedecerse con el trágico relato. Son muchas las veces que juzgamos a las personas

sin contar con la información necesaria. Yo misma lo había hecho con Marco desconociendo el origen de su desapego hacia las mujeres. Y en ese instante lo lamenté y no poco.

—¿Pudiste hacerte con ella?

—Sí, por suerte se quedó bloqueada durante un segundo al verse descubierta y pude agarrar el cuchillo por el mango. Forcejeamos y cayó al suelo. Ella gritaba todo tipo de improperios y juró que me mataría. No lo logró, pero fue tal su trastorno que no lo negó ante el tribunal cuando acudimos a juicio, tras su detención.

—Cielos, pero la prensa no se hizo eco de nada de esto.

—No, logré silenciarlo, ya que entonces aún no era muy conocido. Mi entorno calló por el bien de mi hijo, no haciendo público el tremendo escándalo.

—Nunca me lo hubiera imaginado.

—A ojos de todos, hoy en día, estoy divorciado y mi esposa desapareció de mi mundo. No hay más… Ella se encuentra en una institución mental. Tras admitir los hechos, fue encarcelada y entonces inició una relación con una presa en prisión.

—¿Con una chica?

—Sí, nunca me dejó ver su gusto hacia el otro sexo. El psicólogo de la prisión me hizo ver que era su afán de dominar a otra persona lo que la llevó a establecer ese vínculo. Y también con ella desarrolló unos celos que la llevaron a tratar de matar nuevamente. Fue entonces cuando le diagnosticaron una grave enfermedad mental e ingresó en una institución mental. A mí me odia por todos sus males y me lo hace pagar no queriendo saber nada de Alessio.

—¿Y tu hijo conoce toda la verdad?

—A la fuerza, a él no podía mentirle.

—Cielos… ¿Y cómo lo lleva?

—Esa parte ni tan mal, porque los celos lo eran todo en la vida de Antonia y nunca se mostró amorosa con nuestro hijo. Por eso, aunque lo sufre, Alessio tampoco lo lleva como una penitencia. Creo que lo peor para él no es la falta de Antonia, sino la falta de una figura femenina en su vida.

—Ya, de alguien que haga las veces de madre como yo he hecho con Olga.

—Pese a lo joven que eres, sí…

—Me he quedado con las patas colgando, como decimos nosotros. No esperaba nada de esto en tu vida, Marco.

—Yo tampoco lo esperé nunca. Hay cosas que no se esperan, simplemente aparecen —me comentó mientras besaba mis labios.

—Me he quedado con las patas colgando, como decimos nosotros. No esperaba nada de esto en tu vida, Marco.

—Yo tampoco lo esperé nunca. Hay cosas que no se esperan, simplemente aparecen —me comentó mientras besaba mis labios.

Capítulo 44

El siguiente finde quisimos pasarlo con los chicos. Marco me lo propuso y me pareció la mejor de las ideas.

Aún estaba bastante impresionada por todo lo que me había contado y era hora de tratar de desconectar. Tanto Alessio como Olga estaban al tanto ya de nuestra relación, así que técnicamente éramos dos parejas por surrealista que nos pudiera parecer.

La idea era visitar el Lago de Como; un lugar a caballo entre la naturaleza y el encanto, situado muy cerquita de Milán.

Hasta allí accedimos en coche. Los chicos cantaban a voz en grito la famosa canción titulada "Sirenas" de Taburete, esa que cuenta con uno de los estribillos más tarareados por los jóvenes *"A casa de Dron, a casa de Dron…"*

Nosotros no íbamos a casa de Dron, sino a una de las varias que poseía Marco, a quien le gustaba disfrutar de su dinero al mismo tiempo que lo rentabilizaba con inversiones.

Por el camino, Marco me iba diciendo que se trataba de un lugar mágico. Los chicos seguían a la suya, entre canciones, carantoñas y todo tipo de bromas, que incluían las de mano.

Nada más llegar, tuve que darle la razón. Aquel lugar de cuento de hadas se sitúa a los pies de los Alpes y está salpicado de pueblecitos embellecidos con casas de colores que se dejan ver entre jardines de ensueño, estrellas callejuelas y un encantador paseo al borde del río.

En contraste, también se alzaban ante nuestras vistas unas impresionantes mansiones entre las que Marco señaló una que identificó como la suya.

—Y yo pensando que sería una especie de gran cabaña, esto es una villa de película —le comenté al llegar.

—Es bonita, ¿verdad? —me preguntaba mientras contemplábamos la impresionante vista al lago desde la barandilla acristalada de la gran terraza que contaba, entre otros alicientes, con una lujosa piscina infinita.

La vista me dejó perpleja, igual que el resto de la construcción, al tratarse de una muy moderna donde el lujo y

el detalle habían sido tratados de un modo exquisito.

Sus espaciosos interiores, la luminosidad de sus salones, sus áreas verdes y aquella terraza con vistas imperdibles que la rodeaba por completo. El diseño era impecable, lo mismo que la vistosa decoración.

Aquella villa con los acabados más refinados que hubiese podido contemplar nada tenía que ver con la residencia de Marco en Milán, salvo en el glamur, que era el denominador común.

Marco era un amante de la belleza en todas sus formas y eso se dejaba ver también en cada una de sus propiedades. Me contó que ninguna era parecida al resto.

—O sea, que eres de los que piensa que en la variedad está el gusto —le interrogué pícara cuando me tumbó sobre la gigantesca cama que presidía el dormitorio principal.

—No en todo, no quieras pillarme los dedos. Estoy enamorado de ti, mucho.

—¿Cuánto? ¿Más que euros cuesta esta casa?

—Mucho más… Tú eres mi más valiosa posesión.

—¿Posesión? ¿Soy tuya?

—Sí, eres mía…

Lo murmuraba en mi oído, con toda la seducción que le caracterizaba, cuando escuchamos que los chicos escogían dormitorio.

—Este será el nuestro —nos comentaron al vernos aparecer por allí, optando por otra maravilla de estancia con cama de enormes proporciones.

—¿Cómo que “el nuestro”? De eso nada, vamos a guardar las formas —les dije con voz tan firme que hasta Marco se puso derecho como una vela.

—Pero somos novios, igual que vosotros—se quejó Olga.

—No quieras correr tanto, señorita. De compartir dormitorio, nada de nada.

—Si no vamos a hacer nada malo. Solo hablar por las noches hasta las tantas…

—Eso sí que podréis hacerlo, pero luego ¡cada uno a su cama!

Habría que poner unas normas para que la cosa no se fuera de madre. Todos estábamos muy contentos y, dado lo peculiar de la situación, habría que apostar por hacerlo de la mejor forma posible.

Arrancó así un fin de semana de cine, un finde en el que, tras las cenas, nos quedábamos en el salón con juegos de mesa hasta que llegaba la hora de dormir. Los chicos, cómplices, se quedaban charlando entonces hasta altas horas y luego cada uno se quedaba en un dormitorio distinto.

Marco y yo lo estábamos disfrutando mucho. Se trataba de nuestras primeras noches juntos y, en la privacidad de nuestro dormitorio, a salvo de sus miradas y de sus oídos, nos dedicábamos a eso que tanto ansiábamos; amarnos hasta caer extasiados y entonces abrazarnos, soñando con perpetuar aquello que con tanta ilusión habíamos comenzado.

Habría que poner unas normas para que la cosa no se fuera de madre. Todos estábamos muy contentos y, dado lo peculiar de la situación, habría que apostar por hacerlo de la mejor forma posible.

Arrancó así un fin de semana de cine, un finde en el que, tras las cenas, nos quedábamos en el salón con juegos de mesa hasta que llegaba la hora de dormir. Los chicos, cómplices, se quedaban charlando entonces hasta altas horas y luego cada uno se quedaba en un dormitorio distinto.

Marco y yo lo estábamos disfrutando mucho. Se trataba de nuestras primeras noches juntos y, en la privacidad de nuestro dormitorio, a salvo de sus miradas y de sus oídos, nos dedicábamos a eso que tanto ansiábamos; amarnos hasta caer extasiados y entonces abrazarnos, soñando con perpetuar aquello que con tanta ilusión habíamos comenzado.

Capítulo 45

La mañana del domingo la disfrutamos mucho. Se trataba de nuestro último día allí. Los chicos dormían todavía cuando nos levantamos.

Desde la terraza, se dejaba ver un precioso nuevo día con la incomparable vista del lago al fondo. Sin duda, se trataba de un lugar para desconectar, de un lugar ideal para comenzar una relación. Me hubiese quedado allí con los ojos cerrados, lejos de todo y de todos. Pero contaba con la ventaja de que también me fascinaba la idea de volver a Millán, al ajetreo diario, a seguir convirtiéndome en ese rostro conocido que ya muchos paraban por la calle.

De momento, no me pesaba la fama en absoluto y mucho menos si la compartía con Marco. Me miraba en su espejo; él sabía diferenciar a la perfección su faceta pública de la privada y los chicos de la prensa nunca le habían llegado a molestar, sino que mantenía con ellos una perfecta relación simbiótica. Marco les daba parte de lo que le demandaban y, a cambio, ellos le dejaban en paz el resto del tiempo.

Me lo contaba todo con entusiasmo en aquella terraza, en la tranquilidad de una preciosa mañana. Levantarme con él era un todo lujo y, aunque habíamos trasnochado, no quisimos perdernos el espectáculo de disfrutar de las vistas en las primeras horas del día, cuando los sentidos se van despertando.

Puede que la llegada de la primavera tuviese algo que ver con ese alboroto que sentía en la sangre. Diría, de hecho, que tenía parte de la culpa, si bien el verdadero culpable era Marco, que me hablaba, embelesándome, mientras me sostenía entre sus brazos.

El día estaba espléndido y la oportunidad de disfrutarlo a solas con él me resultó deliciosa. Por cierto, que Gina se había quedado con Eros en el piso y tan ricamente, cada vez que se comunicaba conmigo me decía que se sentía la reina del mambo.

Allí, en aquella villa, no tuvimos servicio en un fin de semana en el que preferimos hacer las cosas por nosotros mismos. Así se lo pedí a Marco porque estaba por la labor de que los chicos no siempre lo tuviesen todo tan a mano. Aunque Alessio no era un consentido, le vendría bien espabilar y en ese sentido. Y en cuanto a mi hermana no quería que se acomodase tampoco en exceso, que pasar de poco a mucho resulta muy fácil.

Por esa razón, nos metimos juntos en la cocina y nos preparamos una intensa y aromática taza de café.

Comenzaba a disfrutar mucho con él de los pequeños momentos. El Marco que me había conquistado distaba mucho de aquel que conocí en un principio y que, a pesar de haberse mostrado cercano conmigo, me parecía inalcanzable.

Aun así, lo que seguía pareciéndome era irresistible. Y cuando le propuse preparar aquellas tortitas para el desayuno no lo hice con la intención de que su imaginación se disparase. Craso error.

Tuvimos que terminar por trancar la puerta de la cocina, porque las tortitas ya estaban listas y, al verme con el bote de nata y de sirope de chocolate en la mano, sucumbió al tentador desafío de degustarme como si fuera una de esas embadurnadas tortitas.

Más pronto que tarde, terminé desnuda sobre la isleta central de la cocina. Suerte que aquellos dos no se despertarían hasta que les obligásemos a hacerlo, porque Marco no tenía la intención de degustarme con celeridad

Tumbada bocarriba y para él, fue dejando caer el sirope en mis empitonados pezones, que apuntaban hacia el techo. A continuación, los fue lamiendo directamente, recreándose en el dulce del chocolate además de en ese otro sabor que le deleitaba; el de mi fresca piel.

Estremecida y húmeda, comencé a jadear por lo bajini mientras me removía. Sus dedos se iban hacia mi mojado sexo mientras sus labios se seguían encargando de enloquecer la parte superior de mi cuerpo.

No me figuré que me pasase tan pronto. No que sus succiones unidas al juego de sus dedos me llevasen a un clímax casi instantáneo que ahogué en su cuello, del cual tiré, buscando hueco en él.

Comencé a besarle cuando las contracciones cesaron, y en el instante en el que separé mis labios de los suyos le en sus ojos sus intenciones: Marco ya tenía el tarro de nata en la mano y estaba más que dispuesto a convertir mi vulva en un bocado tan dulce como apetecible.

Hay maneras y maneras de hacer las cosas… Y la que él usó para retirar la nata de mi vulva me pareció una manera sobrenatural. Me retorcí de placer y más cuando convirtió mi clítoris en el eje de su deseo, sacándolo a relucir y envolviéndolo también con el dulce manjar que procedía de un bote que manejaba con lujuria.

Caí laxa cuando volvió a provocarme un dulce orgasmo con sabor a nata, el cual debió saberle exquisito, a juzgar por el modo en el que se relamió.

Tras ese matinal y ardiente episodio en la cocina, tomé una ducha mientras él remataba entre fogones y entonce despertamos a los chicos para desayunar en familia.

Deseábamos hacer otra bonita excursión por los alrededores del lago antes de que llegase la tarde y el momento de volver a Milán.

¿Suena demasiado moñas si digo que le eché de menos en cuantos nos dejó en el piso? La idea de pasar la noche sin Marco se me hacía cuesta arriba.

—Eso es porque estás enamoradísima de él. Seguro que te gustan hasta sus ronquidos —me decía Gina, de lo más divertida cuando le conté.

—Si es que no ronca.

—Ahora es el hombre perfecto, Gina. Y hace nada estaba por pedir una orden de alejamiento de él. Mírala cómo disfruta.

—Es que las cosas, por fin, comienzan a salirme bien, Olga. Ahora todo cuadra. Solo falta que me apruebes el curso.

—Estoy en ello, estoy en ello. No sé si hice bien en darte esperanzas sobre eso, pero estoy en ello.

—Más te vale, señorita. De eso dependerá cómo pases el verano.

—Ya me largo a estudiar…

Olga estaba tan feliz y motivada, y yo… Yo estaba en una nube, viviendo un amor que me sabía tan dulce como el sirope de chocolate y la nata que degustó sobre mí Marco por la mañana. Cielos, qué escena, si hasta me tuve que tocar esa noche recordándolo.

¿Suena demasiado moñas si digo que le eché de menos en cuantos nos dejó en el piso? La idea de pasar la noche sin Marco se me hacía cuesta arriba.

—Eso es porque estás enamoradísima de él. Seguro que te gustan hasta sus ronquidos —me decía Gina, de lo más divertida cuando le conté.

—Si es que no ronca.

—Ahora es el hombre perfecto, Gina. Y hace nada estaba por pedir una orden de alejamiento de él. Mírala cómo disfruta.

—Es que las cosas, por fin, comienzan a salirme bien, Olga. Ahora todo cuadra. Solo falta que me apruebes el curso.

—Estoy en ello, estoy en ello. No sé si hice bien en darte esperanzas sobre eso, pero estoy en ello.

—Más te vale, señorita. De eso dependerá cómo pases el verano.

—Ya me largo a estudiar…

Olga estaba tan feliz y motivada, y yo… Yo estaba en una nube, viviendo un amor que me sabía tan dulce como el sirope de chocolate y la nata que degustó sobre mí Marco por la mañana. Cielos, qué escena, si hasta me tuve que tocar esa noche recordándolo.

Capítulo 46

Unas semanas después, Marco me dio una noticia. Nuestra vida había cambiado mucho. Nos convertimos en inseparables y estábamos a punto de lanzar la primera campaña publicitaria conmigo como modelo.

—Lo haremos en un gran evento. Samuel y Clara se ocuparán de tu vestido —me comentó—. Estoy muy ilusionado, y no solo porque te vean como mi musa —añadió.

Aquel día tocaba un nuevo rodaje en exteriores. Lo haríamos en el barrio de Brera, en pleno corazón de la ciudad, ese conocido como "el barrio de los artistas" y que cuenta con un encanto atemporal.

Durante un descanso, entramos en una cafetería a tomar un tentempié cuando vi que un hombre muy enchaquetado que debía ser el dueño mantenía una conversación con otro que estaba de espaldas. Lo que debían traer entre manos sería algo relacionado con el equipo informático del local y cuando el chaval que le asesoraba se dio la vuelta, su cara enrojeció hasta que sus mejillas parecieron reventar. ¡Era Flavio!

Comenzaba a ser un rostro conocido y no quise dar la nota allí dentro. Él hizo por salir de inmediato y entonces le seguí, cogiéndole por el brazo.

—Conque enamorado de mí desde la adolescencia, ¿no es así? ¿Cuánto te pagó Ilenia por seducirme, malnacido?

—Ni puta idea de lo que me hablas…

—No esperaba que lo confesaras, para eso debería quedarte algo de dignidad y tener una pizca de arrojo. Ni lo uno ni lo otro lo veo en ti.

—¿Qué pasa? Coló, ¿no? Siempre fuiste una ingenua. Sé muy bien cómo me mirabas hace años y supe por dónde entrarte. No me resultó nada complicado —me confesó porque le pinché y saltó—. Y no, no eras de mi gusto porque, aunque ya he demostrado que puedo darle a todo, mis inclinaciones sexuales van por otro camino.

De pronto entendí por qué no me puso ojitos cuando éramos jóvenes. Quizás fuese muy del gusto de cantidad de hombres, como me lo hacían saber por las redes, pero no de aquel a quien Ilenia utilizó como a un títere.

—Eres un mierda. Y no por eso, obvio. Creí que éramos amigos y ni siquiera me lo contaste nunca. Lo eres porque solo te mueves por el interés y porque te has dejado comprar. Pobre de quien se fíe de ti.

No reparé en que el dueño del establecimiento acababa de salir a la calle y me escuchó hablarle en esos términos, pero si os soy sincera, me quedé más a gusto que un arbusto.

Esa noche se lo contaba a Triana entre risas, enganchada al teléfono. La tarde la había pasado con Marco en su casa, como tantas mientras los chicos estudiaban, y ella se tronchaba.

—Así que todo te va sobre ruedas como si fueses una patinadora.

—Y a ti también, ¿no? Que desde que tu Fabrizio fue a verte a Jerez estás de lo más feliz.

—Sí, sí, con él sí. No veas si me tiene ilusionada. Lástima que esté tan lejos.

—Eso se puede arreglar…

—Ya, yéndome allí, ¿no? Pero yo no lo haría con un contrato jugoso como el tuyo, nena, sino más bien a la aventura.

—Lo dices porque implicaría dejar tu trabajo, lo entiendo.

—Ya, aunque para lo que me va a durar…

—¿Por qué dices eso, cariño? ¿La clínica va mal?

—Va mejor que nunca, la que va de culo y cuesta abajo soy yo.

—¿Y eso por qué?

—Porque Paola, que ya sabes que de por sí es para echarle de comer aparte, se ha liado ahora con la joyita de Víctor, que ese está a la que salta. Y te puedes imaginar… Ahora ella me mira mal, como si yo siguiera interesada en el ponecuernos ese. Y él se regodea, mirándome como si mi perfume oliese a mierda. Está muy crecidito por ser el rollo de la encargada. Te juro que no sé cuánto voy a aguantar así por la mierda de sueldo que cobro.

—Nena, pues vente…

—Otra igual.

—¿También te lo dice Fabrizio?

—Ese está loco porque coja la maleta y me plante en Milán, en su casa. Le ha dado súper fuerte por mí. Dice que soy el amor de su vida y que no aguante más a esos dos, que pase de su culo y que él me espera con los brazos abiertos. Y seguro que con la intención de abrirme algo también a mí, porque en la cama es un fiera, ¿por qué me tiene que poner tanto?

—¿Te pone o te gusta?

—Me gusta como para estar perdiendo la cabeza por él, eso es lo que siento.

—Triana, pide la cuenta mañana. Está decidido.

—Pero que no puede ser, ¿y qué hago si no me sale con él? Imagínate que luego hay algo, yo qué sé… Con todo lo que nos ha pasado ya, no me fío de nada.

—Pues tienes que fiarte. Si algo hemos aprendido de un tiempo a esta parte es que todo es posible.

—Ya te digo que sí, pero mira el susto que te llevaste con Marco, ¿y si hubiera sido verdad? ¿Y si te hubiese plantado por la bruja esa?

—Entonces no sería el Marco del que estoy enamorada y no tendría nada que lamentar. Triana, tú te vienes, y si algo sale mal, aquí yo estoy, ¿no tengo conmigo a Gina?

—Lo que yo te diga, una ONG…

Fabrizio me daba muy buena espina. Parecía enamoradísimo de mi amiga y era muy formal, más serio que ella… Le aportaba calma, la estabilizaba y todo ello sin tratar de cortarle el vuelo en ningún momento, que era la más importante.

Triana también estaba enamoradísima de él. Lo suyo había sido un auténtico flechazo y ella nunca había sido una chica miedosa, así que le tocaba dar el paso. Además, nada me ilusionaba más que volver a tener cerca a quien tanto me cargaba las pilas.

—Ese está loco porque coja la maleta y me plante en Milán, en su casa. Le ha dado súper fuerte por mí. Dice que soy el amor de su vida y que no aguante más a esos dos, que pase de su culo y que él me espera con los brazos abiertos. Y seguro que con la intención de abrirme algo también a mí, porque en la cama es un fiera, ¿por qué me tiene que poner tanto?

—¿Te pone o te gusta?

—Me gusta como para estar perdiendo la cabeza por él, eso es lo que siento.

—Triana, pide la cuenta mañana. Está decidido.

—Pero que no puede ser, ¿y qué hago si no me sale con él? Imagínate que luego hay algo, yo qué sé… Con todo lo que nos ha pasado ya, no me fío de nada.

—Pues tienes que fiarte. Si algo hemos aprendido de un tiempo a esta parte es que todo es posible.

—Ya te digo que sí, pero mira el susto que te llevaste con Marco, ¿y si hubiera sido verdad? ¿Y si te hubiese plantado por la bruja esa?

—Entonces no sería el Marco del que estoy enamorada y no tendría nada que lamentar. Triana, tú te vienes, y si algo sale mal, aquí yo estoy, ¿no tengo conmigo a Gina?

—Lo que yo te diga, una ONG…

Fabrizio me daba muy buena espina. Parecía enamoradísimo de mi amiga y era muy formal, más serio que ella… Le aportaba calma, la estabilizaba y todo ello sin tratar de cortarle el vuelo en ningún momento, que era la más importante.

Triana también estaba enamoradísima de él. Lo suyo había sido un auténtico flechazo y ella nunca había sido una chica miedosa, así que le tocaba dar el paso. Además, nada me ilusionaba más que volver a tener cerca a quien tanto me cargaba las pilas.

Capítulo 47

Triana aterrizó en Milán un par de días antes de ese en el que celebramos el gran evento.

Incrédula, miraba a mi amiga, quien acudió a él junto a Fabrizio, y lo único que podía concluir es que ya no le podía pedir más a la vida. Me resultaba irónico pensar que aquel fin de semana que pasé con Flavio, tan amargo como me resultó finalmente, hubiera servido al menos para que ella y su pareja se conocieran.

Al evento, dado el gran revuelo mediático que supuso su anuncio, acudieron las caras más conocidas de la ciudad. Y no solo del mundo de la moda, sino también *influencers*, actores, cantantes…

Olga se encontraba en su salsa entre todos ellos y no paraba de mirarme, presumiendo de hermana y contándoles a todos quién era ella. Alessio no se movía de su lado, siempre atento y solícito. El amor entre ambos me resultaba tan placentero como cuanto estábamos viviendo esa noche.

Samuel acudió con Stefano. Lo suyo también se estaba consolidando. El diseñador era el más atrevido de la fiesta, optando por un esmoquin aterciopelado en verde botella con el que no pasó desapercibido. Stefano iba en una línea más informal, más él, pero también de traje de chaqueta, en su caso entero negro, incluso la camisa que lo complementaba. Sin corbata, como era de esperar.

Entre los dos no paraban de hacerle bromas a Clara sobre cómo debía entrarles a unos y a otros. Parecían un par de diablillos instruyendo a un alma bastante más cándida que ellos. El resto de la gente que había hecho posible aquello también me acompañaba: Francesco, Lidia, Roberta…

Quien estaba increíblemente arrebatador con su esmoquin nuevo era Marco, que se movía como pez en el agua; no existía otro anfitrión igual.

Había tanta gente que no conocía que apenas reparé en aquella cara con la que tan solo me había cruzado en fotos. Se trataba de Aurora, la madre de Marco, a quien él había insistido en traer desde La Toscana. Hacía poco que enviudó, pero ella se resistía a salir de ese lugar en el que fue tan feliz en los últimos años de vida de su marido.

—Mamá, ella es Amanda. Sé que la conoces por la prensa, pero quiero que sepas que es la mujer con la que estoy —le anunció con serenidad.

En Aurora reconocí algunas de las facciones de su guapísimo hijo. A sus años, conservaba una belleza serena que me impresionó.

—No sabes lo feliz que me hace que me digas eso, hijo. Amanda, durante mucho, durante demasiado tiempo, creí que Marco no reharía su vida. Y míralo ahora, el brillo de sus ojos, y todo te lo debe a ti.

—Soy yo quien le debe muchas cosas a él —le confesé agradecida.

—Pues entonces es cosas de ambos. Formáis una pareja preciosa. A mi marido le hubiese encantado conocerte.

Me fundí en un abrazo con esa mujer que era quien había criado al hombre del que estaba enamorada hasta la desesperación, del hombre que amaba con todo mi ser.

Marco me decía que esa noche estaba deslumbrante con aquel elegantísimo vestido de gasa y pedrería en blanco roto que lucí para la ocasión. Su madre estuvo de acuerdo con él y hasta le guiñó el ojo diciéndole que yo parecía una novia.

Más felicidad no podía caber dentro de mí. Y eso que aún me faltaban por vivir algunos de los momentos más emocionantes del evento, como cuando la prensa demandó nuestra presencia y él la encaró conmigo de la cintura.

—Marco, ¿esto es una confirmación de que Amanda y tú estáis juntos? Sabemos que no te gusta airear tu vida privada, pero una imagen vale más que mil palabras, ¿no es así?

—¿Y un beso? ¿Cuánto vale un beso? —les preguntó él.

—Dínoslo tú, que eres el hombre de negocios.

—Mejor os lo muestro.

El beso que me dio fue de cine. Y la fotografía que pudieron captar en ese momento acaparó todos los titulares al día siguiente. Mi larga melena rubia caía en dirección al suelo, perfectamente planchada, mientras que mi cuerpo se arqueaba entre sus fuertes brazos por el imponente beso.

En lugar de calificarlo con palabras, los periodistas lo hicieron con palmas y vítores.

—Marco, ya nos ha quedado claro lo que sientes por Amanda. ¿Nos puedes confirmar entonces que te encuentras en el mejor momento de tu vida?

—No creo que tenga derecho a pedir nada más. Miradla bien; soy ambicioso, no idiota.

Ya me había adelantado de alguna manera que haría lo nuestro oficial en aquella velada, pero la forma en la que presumió de mí… Esa nunca podré olvidarla.

Aquella fue una noche memorable plagada de anécdotas que, como todas las demás, terminamos con fuegos artificiales en la cama. Bromeábamos así, diciendo que lo nuestro no se reducía a chispas, que iba más allá.

Puedo confirmar que mi sonrisa se iluminaba y mi cuerpo al completo se encendía tan solo con ver el suyo, cuanto y más cuando me rozaba, me acariciaba o me hacía suya.

Hasta Milán llegué con una oferta de trabajo espectacular, fantaseando con una oportunidad profesional que parecía ser un hecho, por más que mi mente se resistiera a creerlo. Pero lo que encontré allí fue mucho más allá… Rodeada de todos los míos estrenaba una relación que me producía el más arrebatador frenesí, que me situaba en el abismo de la locura… Una relación por la que lo hubiera dado todo, una relación que me llevaba a ilusionarme con un futuro que me depararía muchas sorpresas, pero siempre de la mano de Marco, siempre de la mano del hombre que supo ver en mí lo que nadie vio hasta entonces. Siempre con el hombre que me demostró que podía ser mucho más de lo que creía.

Ya me había adelantado de alguna manera que haría lo nuestro oficial en aquella velada, pero la forma en la que presumió de mí… Esa nunca podré olvidarla.

Aquella fue una noche memorable plagada de anécdotas que, como todas las demás, terminamos con fuegos artificiales en la cama. Bromeábamos así, diciendo que lo nuestro no se reducía a chispas, que iba más allá.

Puedo confirmar que mi sonrisa se iluminaba y mi cuerpo al completo se encendía tan solo con ver el suyo, cuanto y más cuando me rozaba, me acariciaba o me hacía suya.

Hasta Milán llegué con una oferta de trabajo espectacular, fantaseando con una oportunidad profesional que parecía ser un hecho, por más que mi mente se resistiera a creerlo. Pero lo que encontré allí fue mucho más allá… Rodeada de todos los míos estrenaba una relación que me producía el más arrebatador frenesí, que me situaba en el abismo de la locura… Una relación por la que lo hubiera dado todo, una relación que me llevaba a ilusionarme con un futuro que me depararía muchas sorpresas, pero siempre de la mano de Marco, siempre de la mano del hombre que supo ver en mí lo que nadie vio hasta entonces. Siempre con el hombre que me demostró que podía ser mucho más de lo que creía.

Capítulo 48



Unos días más tarde, estábamos en la terraza de mi piso merendando las chicas. Triana había venido a vernos y le hacía monerías al pequeño Eros, a quien tenía en brazos.

Me fijé en que mi hermana Olga parecía algo agobiada. Su gesto un tanto ansioso así me lo decía, aparte de que ella charlaba por los codos y en la mesa apenas despegó los labios.

—¿Qué te pasa, cariño? —le pregunté.

—Vosotras, ¿a qué edad perdisteis la virginidad? —nos preguntó y entonces la pasta que me estaba tomando se partió, y no me di cuenta de que la mitad cayó dentro de mi café con leche, salpicándome.

—Se viene conversación interesante…

—Triana, no te frotes las manos.

—No, no, si es que de pronto he sentido frío.

Claro que no era cierto, pues lucía un sol radiante. Aunque a mí de pronto la tarde se me ensombreció porque hay conversaciones para las que una cree estar preparada, pero cuando llega la hora de la verdad, cuestan un huevo.

—¿Por qué lo preguntas, cariño? Eres muy niña todavía.

—No tanto, ya voy a cumplir los 16 y Alessio es un poco mayor.

—Poco mayor, tú misma lo dijiste. Os lleváis unos meses, aparte de que no estamos hablando de él, sino de ti.

—¿Habéis hablado del tema? —le preguntó Triana tratando de mediar un poco, porque vio que me puse más tensa que el parche de un tambor.

—Sí, nos lo hemos planteado.

—¿Y qué prisa hay, Olga?

—No me has contestado, ¿a qué edad lo hiciste tú, Amanda?

—Yo a los 17 —le solté por fin porque debía ser sincera con ella si le pedía también que me contase sus cosas.

—Yo a los 15 —le soltó Triana y le di un fuerte pisotón por debajo de la mesa, que eso podía animarla demasiado.

—Yo fui más tardona, a los 19, pero luego el niño lo fabriqué demasiado rápido, muy jovencita —añadió Gina, quien era una más de nosotras.

—¿Y cuándo se sabe que se está preparada? —lanzó mi hermana la pregunta del millón.

—Eso nunca se sabe, cariño. Lo primero de lo que debes asegurarte es de que se trata de la persona idónea.

—Alessio lo es, yo le quiero…

—Tómate tu tiempo para ver qué deseas tú, ¿es que él te está presionando?

—¿Tú ves a Alessio presionándome? Dime la verdad…

—No, no lo veo, cariño. Es que temo que hagas algo de lo que luego te puedas arrepentir.

—Lo dices como si fuese tan importante….

—Eso, que al final se lava y se estrena —le salió a Triana y a mí me salió darle otro pisotón por lanzada—. Joder, de esta me quedo sin pie. Me lo vas a dejar como una loncha de queso para fundir. Lo más importante, Olga, es que cuando lo hagas, lo hagas con protección. Yo te voy a regalar una caja de condones.

—Tú no seas tan generosa —le advertí.

—Es que nos hace ilusión. Queremos que sea algo bonito y en algún momento especial.

—Ains, por favor, qué monos —murmuró Gina.

—Y qué precoces.

—Amanda, entiéndeme…

Estaba agobiada y yo no ayudaba con mi actitud, así que opté por flexibilizarla.

—Olga, solo te digo que no es algo que corra ninguna prisa, pero que si alguna vez das el paso, le hagas caso a Triana en lo de la protección —le dije acariciándole la mejilla y acercando posturas.

La veía muy niña para eso y me daba repelús solo de pensarlo. Claro que mi hermana estaba creciendo y podía ser que en algún momento se decidiera, así que mejor no ponérmela en contra para que no le saliera la rebeldía de adolescente que llevaba dentro y eso precipitara los acontecimientos.

Lo hablé con Marco más tarde, cuando le vi, porque habíamos quedado en su casa.

—Alessio también me ha hecho algunas preguntas al respecto. Puede que a nosotros nos imponga, pero llegará un momento en el que se decidan. Eso no lo vamos a poder controlar. Todos hemos tenido su edad.

—Yo esperé algo más.

—Pero ¿tenías novio?

—No, algunos rolletes solo.

—Creo que esa es la diferencia, que cuando dos personas se quieren resulta más difícil resistirse.

Me lo demostró. Estábamos en su casa, a solas. Los chicos ensayaban con el grupo. No paraban, hacían muchas actividades juntos. Y más que parecían planear.

A mí me chirriaba un poco que mi hermanita se estuviese convirtiendo en una mujer. Eso me resultaba muy novedoso. Al menos, no la vi decidida, sino tan solo comenzando a planteárselo.

Marco sí que estaba decidido a demostrarme en aquel rato lo mucho que me quería y lo mucho que me deseaba.

Lo hicimos en la cama, en la ducha y hasta hubo un último en el jardín, en una zona privada que estrenamos esa noche también. Me sentía bien allí, con él en su casa. Me imaginaba que algún día pudiéremos compartirla y eso me estremecía.

Cuando nos dejó en casa un rato después, Olga entró en el edificio y él me cogió por la barbilla, la cual me sostuvo, clavando su mirada en la mía.

—Cada vez me gusta más pasar tiempo contigo, ¿tú sabes dónde te estás metiendo?

—En un lío del que no pienso salir ni loca. Te quiero, Marco, a veces pienso que no puedo quererte más. Y las

chicas me dicen que es mejor que no te adule tanto, pero me da igual.

—¿Piensan que por adularme voy a perder interés en ti? Entonces es que no me conocen. Te quiero, Amanda. Te quiero a más no poder —me confesó entre besos.

chicas me dicen que es mejor que no te adule tanto, pero me da igual.

—¿Piensan que por adularme voy a perder interés en ti? Entonces es que no me conocen. Te quiero, Amanda. Te quiero a más no poder —me confesó entre besos.

Capítulo 49

Se veía venir y ocurrió un par de semanas después. Y no me estoy refiriendo a que los chicos se lanzaran a estrenar su sexualidad, sino a que Marco me pidió que me fuera a vivir a su casa con Olga.

Ya me había tirado algún tirito, como se suele decir, pero aquella noche de sábado me invitó a cenar a un restaurante súper chic con una zona de copas chulísima en la que nos animamos a bailar a ritmo de "5 *sentíos*", esa canción tan pegadiza de India Martínez y Andy Rivera.

"Seguro que me enamoré,
Me enamoré con los 5 sentíos,
Me gusta todo lo que soy contigo…"

Marco me lo susurraba en el oído y yo me pegaba tanto a él que sentía entre mis piernas las consecuencias de hacerlo, notándole duro.

—Vente a vivir conmigo, con Olga, por supuesto —me pidió.

Aunque sabía que le rondaba la mente, que tenía muy poco sentido que no compartiésemos nuestro espacio vital, tampoco es que lo esperase exactamente en aquel instante en el que, antes de que contestase, acaparó mi boca con la suya. Tras el besazo de tornillo, apenas me quedó aliento.

—Sí, sí, me voy adonde tú quieras —le respondí y entonces me dio un abrazo enorme, cogiéndome en brazos. Uno de mis altos zapatos de tacón fue a impactar contra el brazo de un chaval a quien se apresuró a pedirle disculpas.

—Perdona por el arrebato, es que nos vamos a vivir juntos.

—Perdonado entonces, menudo pibón que te llevas…

—Sí, soy un tipo con suerte.

—Que está divino de la muerte —susurré en su oído y causé su risa.

Lo fuimos hablando durante las horas siguientes. Mi ilusión era total, tan solo quedaba un fleco suelto que él abordó incluso antes de que lo hiciera yo.

—Gina puede seguir trabajando con nosotros. Además, me encargaré de subirle el sueldo para que se pueda independizar con su bebé, si es lo que desea. No quedará desprotegida.

Me gustaba que no solo fuese un bombón, sino que tuviese unos valores que ya los quisieran otros. Cuando Marco Moretti desplegaba sus alas protectoras, todos quedábamos bajo ellas. Y eso hablaba muy bien de él.

En el desayuno, lo hablé con Olga y con Gina, y ambos se mostraron encantadas.

—¡¡Me voy a vivir con mi novio!!

Esa fue la elocuente frase que exclamó mi hermanita, la cual era cierta, pero distaba un tanto de que se fuese a independizar con él.

En cuanto a Gina, se alegró muchísimo por nosotras. El contacto, al seguir trabajando en casa de Marco, seguiría siendo diario y la posibilidad de contar con su propia casa también la entusiasmó.

Me reí cantidad durante la mudanza. Solía picar a Marco diciendo que tampoco teníamos tantas cosas (incierto porque acumulamos ropa y complementos regalados en ese tiempo para poner una boutique) y que él mismo podí ayudarnos con su coche.

—Te ofrezco mi casa, mi vida y hasta mi hijo, te lo regalo… Pero a mí no me tienes dando portes. Como si lo quieres tirar todo y lo vuelves a comprar.

—Eso sería un despilfarro y, además, que la ropa no se tira, se recicla, aunque vaya en contra de tus intereses.

Todo lo decía en broma. A Marco no le importaba cómo hiciese las cosas, solo que me instalara allí. Los chicos también estaban de lo más ilusionados, incluso le sacaron la promesa de que les haría construir un estudio de ensayo y grabación.

Marco estaba pletórico y se habría prestado a cualquiera cosa. Nuestra relación avanzó muchísimo. La misma Triana se ofreció a ayudarme a colocar y demás.

A mi amiga le iba de lujo con Fabrizio y su única preocupación era la de encontrar trabajo.

—Tú déjame a mí, que cuando llegue Marco hablo con él —le comenté.

—No, no, que no quiero que me vea como a una garrapata, qué vergüenza.

—¿Qué dices?

—Que porque le tengas comiendo de la palma de tu mano no se va a sacar un puesto de trabajo para mí de la manga, no soy ninguna gorrona.

—¿Crees que para Marco supone un problema? Si vas a dar el callo, yo respondo por ti, lo sé.

—Hombre, claro, pero aun así.

—Te dije cuando salí de Jerez que nunca me olvidaría de lo que habías hecho por mí. Tú eres quien ha estado siempre cuando las pasaba canutas, memoria tengo.

—Debajo de ese precioso pelazo, ¿qué técnica de alisado utiliza Roberta contigo? Es que lo flipo. En rubia, per pareces una oriental —me dijo achinando los ojillos.

—Ya le diré que te la haga cuando estés trabajando con nosotros.

Se resistía, pero fue decírselo a Marco y estar totalmente de acuerdo.

—Tú búscale un hueco, el que te parezca, y yo tan contento —asintió quitándole toda la importancia al asunto.
a

—Y luego dicen que el dinero no da la felicidad… Pero anda que no ayuda a comprar unas buenas raciones. Mira el tío, si se ha quedado tan pancho.

Triana le dio un fuerte abrazo. Me gustaba mucho que mi pareja y mi mejor amiga se llevasen así de bien.

Para ella creamos el puesto de ayudante de vestuario. No es que tuviera una ardua labor que realizar, sino más bien la de ir llevando mi ropa, perfectamente preparada, allá donde me moviese.

Triana estaba como loca y se integró genial en aquel equipo que ya era formidable y que con ella se enriqueció mucho. Era para verla en las horas del descanso contando chistes y tratando de enseñar a todos a bailar por sevillanas, por rumbas o por lo que se terciase.

Las semanas fueron pasando demasiado rápido y el curso llegó a su fin. La sorpresa que me llevé fue inmejorable porque mi hermana aprobó todas las asignaturas con la inestimable ayuda de Alessio. Ni en mis mejores sueños lo hubiera imaginado cuando me la llevé de Jerez.

El verano se planteaba precioso, aunque antes los chicos vivirían momentos especiales como el baile o el viaje de fin de curso. Se lo habían merecido, también crecían como personas y como pareja… Ah, y por cierto, aún no se habían decidido a dar ese pasito más que tanta zozobra me producía.

Las vacaciones pintaban genial y ya me imaginaba que Marco me sorprendería con algún viaje de exótico destino. Allí iríamos a parar de cabeza…

ɔ

Las vacaciones pintaban genial y ya me imaginaba que Marco me sorprendería con algún viaje de exótico destino. Allí iríamos a parar de cabeza…

Capítulo 50

Marco y yo bromeábamos sobre la posibilidad de quedarnos solos un puñados de días, los que duraría el viaje de fin de curso de los chicos que, desde Génova (donde pasarían la primera noche), partirían en un fantástico crucero con destino a Francia, España y el Reino Unido.

Al tratarse el suyo de un instituto tan elitista, el viaje era impresionante. Ambos habían trabajado mucho y se lo merecían, así que todos pasaríamos unos días de ensueño.

Los habíamos despedido aquella mañana. Todos los alumnos vendían felicidad, aunque en el caso de Alessio y Olga se veía incrementada por el hecho de que estaban saliendo y de que tendrían la oportunidad de disfrutar juntos de aquel maravilloso viaje.

Marco y yo lo estábamos celebrando por todo lo alto. Era viernes y, tras una cenita romántica, con velas y toda la parafernalia, me dio la noticia.

—Nosotros también vamos a tener nuestra escapada, que no solo se la merecen ellos.

El cosquilleo que sentí en el estómago al escucharle fue de impresión y mis ojos se clavaron en los suyos en espera de encontrar certeza en esas palabras.

—¡¡Jura!! —le pedí con gracia.

—Lo juro. Mañana partimos para las Seychelles, ¿qué te parece?

—Me parece que me estoy mareando… ¿De verdad me lo dices?

—Pues claro que sí, preciosa.

Tamaña noticia había que celebrarla. Y lo hicimos… Lo hicimos en la cama, con la sangre alborotada y el corazón palpitante, y entonces a él le sonó el teléfono.

—Lo siento, otro día no lo hubiera cogido, pero hoy…

Tenía toda la razón, por supuesto. Al estar los chicos fuera, no podíamos ignorar el teléfono.

La forma en la que frunció el ceño al ver el nombre de quien hacía aquella llamada entrante me preocupó.

—Es Andrea Ricci —murmuró con voz preocupada.

—Descuelga ya…

Era la tutora de nuestros hijos. Y no, como ya esperábamos, no tenía precisamente buenas noticias para nosotros.

—Señor Moretti, tiene que acudir inmediatamente a Génova, hágalo con toda la celeridad —le comentó.

—Señora Ricci, ¿qué quiere decir con eso? ¿Ha pasado algo con los chicos?

—Me temo que es Alessio, dese prisa.

—¿Alessio? ¿Qué le ha pasado a Alessio? ¡¡Dígamelo!! ¿Ha sufrido un accidente? ¿Está herido?

—No, ha huido. No lo encontramos.

—¿Huido? ¿Por qué?

La cara se le descompuso por completo a Marco, y no era para menos. Yo también sentí como si me hubiesen clavado un puñal. Nuestro Alessio, nuestro niño, ¿huido?

—Parece ser que ha atacado a una chica, a una compañera.

—¿Atacado? ¿En qué sentido? ¿A quién?

—A Chiara… No es la primera vez que hay problemas entre ellos.

—Pero lo de la anterior fue una chiquillada, ¿le ha dicho algo inconveniente? Usted sabe que Chiara se siente muy celosa de Olga, que es su novia y que la sustituyó en el grupo… Si han reñido por algún motivo, si…

—Señor Moretti. El tema es mucho más serio. Chiara ha sufrido esta noche un intento de agresión sexual cuando parecía estar en compañía de Alessio, ¿entiende ahora la gravedad del asunto?

—¿Un intento de agresión sexual? Es imposible… Alessio nunca le haría eso. Mi hijo no es ningún depredador sexual. Además, él ama a Olga, ustedes mismos me han comentado algunas veces que están muy acaramelados, incluso en el centro.

—Señor Moretti, no se demore más. Venga con la mayor celeridad posible. La Policía está aquí y a Chiara la hemos tenido que ingresar. Esto no es cualquier cosa.

Marco colgó la llamada. Al estar a su lado, me había enterado de todo.

—¡¡Es imposible!! —chilló.

—Estoy totalmente de acuerdo. Vamos a llamar a Olga, seguro que ella tiene una explicación para todo esto.

—No, cariño, mejor pongámonos en camino. A Olga será a la primera a la que esté interrogando la Policía. No quiero que parezca que estamos tratando de manipularla a sus espaldas.

—Muy cierto.

Las palabras de Andrea Ricci cayeron sobre Marco como una sentencia lapidaria.

Nos pusimos de inmediato en camino. No tardaríamos demasiado en llegar porque la distancia no era excesiva, aunque contábamos con la certeza de que se nos haría muy largo.

Chiara ya había tratado de enredar a los chicos más de una vez. No nos fiábamos ni un pelo de ella, les tenía la guerra declarada desde que Olga apareció en escena. Pero aquello de lo que estaban hablando era muy grave y ella se encontraba en el hospital, ¿cómo era posible?

—Mi hijo no puede haber hecho eso. Lo sabes, ¿verdad? —me preguntó mientras conducía con la máxima de las angustias.

—Lo sé perfectamente, a mí no me tienes que explicar nada. Las explicaciones nos las tienen que dar ellos. Debe tratarse de una confusión.

—Por supuesto que se trata de una confusión Alessio ha podido ser un cafre… Un cafre a quien Olga le ha venido muy bien. Está más centrado que nunca. Aparte, que él jamás…. ¡¡Jamás!! Mi hijo no haría algo así. Conozco su manera de ser. Él respeta a las mujeres. Yo no le he criado para que hiciera algo así, ¡¡es imposible!!

—Lo sé, también lo considero ya mi niño y lo conozco bien.

—Mi hijo no… Después del calvario que pasamos con su madre, mi hijo no… Él no puede haber hecho algo así. Habría dado señales antes. ¡¡Y jamás!!

—Cariño, céntrate. Estoy contigo —le decía mientras pasaba mi mano por detrás de su cuello, tratando de masajeárselo para que perdiese algo de tensión. Era mucha la que sentía. Normal, el asunto no era para menos. Yo

misma estaba horrorizada. Ponía la mano en el fuego por Alessio. Él no habría hecho algo así, su padre tenía toda la razón.

¿Dónde estaría? ¿Por qué habría huido? ¿Y Olga? ¿Qué pensaría de todo aquello? ¿Las estarían acribillando a preguntas que no sabría responder? Deseaba que al coche le salieran alas, que llegásemos y que todo se aclarase. Por ello pedí al universo por el camino.

misma estaba horrorizada. Ponía la mano en el fuego por Alessio. Él no habría hecho algo así, su padre tenía toda la razón.

¿Dónde estaría? ¿Por qué habría huido? ¿Y Olga? ¿Qué pensaría de todo aquello? ¿Las estarían acribillando a preguntas que no sabría responder? Deseaba que al coche le salieran alas, que llegásemos y que todo se aclarase. Por ello pedí al universo por el camino.

Capítulo 51

Ambos saltamos del coche para entrar en el hotel en el que los chicos se alojaban.

Como era de prever, Olga estaba con la Policía con el rostro blanquecino y tratando de responder el aluvión de preguntas que le seguían haciendo.

Andrea salió a nuestro encuentro.

—Gracias a Dios que ya ha llegado, Señor Moretti. Señora Durán, me alegro de que esté aquí también. Olga se encuentra muy afectada.

Corrí hacia mi hermana, quien se echó en mis brazos.

—Dicen que ha sido él, Amanda, que se la llevó a su habitación… ¡A Chiara! Yo no me lo puedo creer, me niego. Les he prometido que Alessio no haría algo así, ¿cómo iba a llevarla a su habitación? Era conmigo con quien quería hacerlo esta noche, ¡¡no con ella!!

—Explícame eso, cariño. Me lo tienes que contar todo al detalle. Es muy importante. Alessio está en un aprieto

—Es que dicen que iba herido… Que había sangre en la camiseta de Chiara que no era de ella.

Marco la escuchaba ojiplático. El inspector de Policía a cargo del caso, lo llevó aparte.

Tomé a Olga entre mis brazos. No la había vuelto a ver temblar así desde que murió nuestra madre y la protegí como a un animalillo desvalido. Entonces ni siquiera podía hablar. En eso difería de aquella ocasión, pues no paraba de pronunciar palabras en defensa de Alessio.

—No te enfades si te lo cuento, ¿vale?

—No me enfadaré, Olguita. Tienes que confiar en mí.

—Es que durante la cena hablamos de que lo podríamos hacer esta noche, ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, lo sé, a estar juntos —suspiré.

—Exacto. Sofía, mi compi de habitación, me dijo que nos dejaría a solas, que se iría a otra un rato, burlando la ronda de profesores. Sabíamos cómo burlarla, Alessio también lo haría para llegar a mi habitación, que es la 69.

El numerito se las traía, aunque en aquella ocasión no estaba yo para chistecitos.

—¿Y qué pasó?

—Yo debía esperarle allí. Sofía se marchó y él llegó. Pero entonces…

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se encontraba muy afectada y le costaba contármelo, pese a lo cual estaba haciendo un gran esfuerzo en ese sentido.

—Continúa, mi niña, por favor.

—Me rajé, sentí temor… Tú tenías razón. No me siento preparada todavía para hacerlo. Y se lo dije.

—¿Y se enfadó?

—No… Se quedó allí tumbado conmigo, pero Sofía dice que, en el fondo, igual sí que le picó. Y que por eso fue a buscar a Chiara, por si quería hacer con él lo que yo no hice.

—Eso no es así, te lo aseguro.

—Yo ya se lo he dicho, que no puede ser. Me he cabreado mucho con ella.

—Está bien, cariño, está bien. Pero, además, Chiara y él no se llevan bien…

—Porque a ella se le nota que le gusta Alessio. Yo creo que sí se hubiese ido con él de haber tenido la ocasión. Y, de hecho, en su dormitorio estaba cuando él huyó. No entiendo nada, pero Alessio no me ha engañado, ¿verdad? Ni la ha atacado a ella.

—Claro que no, mi amor, te lo prometo.

Sus ojos se habían convertido en un par de grifos. Marco se acercó a mí y le conté lo que me había dicho.

—Lo de Chiara no es ningún cuento, me estoy volviendo loco. La han ingresado en el hospital absolutamente conmocionada, en un estado de shock total que coincide con lo que parece haber pasado: han intentado violarla. E estado de su ropa interior así lo indica. Está ida, no responde a estímulos y no suelta una palabra.

—¿Qué clase de criminal le habrá hecho eso? Porque Alessio no ha sido. Sigo poniendo la mano en el fuego po él.

—Gracias, mi amor. Aparte de que la encontraron en ese estado en la habitación de Alessio, que ya le compromete lo suficiente, están analizando la sangre que llevaba en la ropa, fruto de haberse resistido y herido a su agresor.

—Ya me ha contado Olga, sí… ¿En la habitación no había nadie más?

—No, el compañero de Alessio se había unido a la juerga en otra, parece ser que todos son especialistas en burlar la ronda de profesores.

Marco estaba hundido a la espera de esas pruebas y sin conocer el paradero de su hijo. Los peores pensamientos se nos venían a la cabeza, ¿tanto miedo tenía a ser acusado? Si él no había sido, ¿por qué no daba la cara y nos ayudaba a demostrar su inocencia? Era la peor de las pesadillas, la peor. Y nos había tocado a nosotros.

A Olga le tuvieron que administrar un calmante y se quedó dormida. Fue lo mejor que le pudo suceder, pues su estado era de total excitación.

—¿Cuánto tardarán las pruebas de sangre?

—Están en ello. Espero que el resultado sea lo primero que exculpe a Alessio.

—Ya verás que sí, ya lo verás.

No había consuelo tampoco para ese padre en aquella maldita madrugada que puso nuestro mundo patas arriba. En un momento en el que todo nos encajaba, en el que la felicidad se convirtió en nuestra aliada, de pronto la suerte nos arreó un mazazo brutal y allí estábamos, tratando de asimilar que Alessio se encontraba en la posición más comprometida del mundo.

Tanto la tutora como el resto de profesores se encontraban también petrificados. Nunca, en la historia de aquel instituto, se les había dado una circunstancia así de turbia. Y mucho menos en lo que debía ser un viaje de fin de curso planeado para que los chicos se llevaran el mejor de los recuerdos.

Marco estaba derrotado, por mucho que el chaparrón lo estuviera aguantando estoicamente, con gesto inexpresivo. Ya lo conocía bastante bien y nadie lo vería quebrarse, no ya solo debido a su fuerte carácter, sino a que ello haría parecer más culpable a su hijo. Y eso no pasaría porque nos negábamos a creer que, por muchas ganas que Alessio tuviera de experimentar, hubiera cometido semejante atrocidad.

r

s

Capítulo 52

El inspector de Policía se acercó un rato después. Se llamaba Leonardo. Era un hombre más o menos de la edad de Marco, también corpulento, de ojos expresivos igualmente, circunstancia que nos vino a confirmar que, dada su mirada, las noticias que nos traía eran pésimas.

—La sangre que salpicaba la camiseta de la chica tiene todas las papeletas de ser la de su hijo, Señor Moretti. Según la ficha que consta en el instituto, la sangre de Alessio es 0 negativo y ninguno de sus compañeros la comparte; al menos ninguno de los de su curso, de los que se encuentran en este hotel. Ello unido a que le vieron huir y a que la chica estaba en su habitación… Lo siento mucho, pero Alessio será detenido y puesto a disposición judicial en cuanto aparezca. Yo de usted, me iría buscando al mejor abogado penalista.

Leonardo giró sobre sus talones. Marco le tomó por el antebrazo. El gesto no fue del agrado del inspector, quien se volvió instintivamente con el rostro contrariado.

—¿Tiene hijos, Leonardo?

—Suélteme, Señor Moretti. Trate de no empeorar las cosas más de lo que están.

—Conteste, por favor.

—Sí, los tengo —le contestó mientras se recolocaba la manga de la camisa.

—¿Y respondería por ellos? ¿Sabría decir hasta dónde podrían llegar? Porque a Alessio lo conozco muy bien.

—Tenga presente que ningún padre ve a su hijo capaz de llevar a cabo ciertas acciones. Por mucho que me duela decírselo, he visto a otros muchos en su lugar, defendiendo lo que luego resultó indefendible.

—No, ese no es nuestro caso, no es el caso de Alessio —añadí.

—Señora Durán, ¿cuánto tiempo hace que conoce a Alessio Moretti?

—El suficiente para asegurarle que él no lo ha hecho. Y lo vamos a demostrar, se lo prometo.

Las pruebas comenzaban a apuntar en contra de nuestro niño y a su padre se le desgarraba el corazón. No voy a decir por ello que, en ningún momento, dudásemos de su inocencia.

—El inspector se equivoca. Nosotros no tendremos que claudicar en ningún momento, ¿estás buscando a un buen abogado penalista? —le comenté porque miraba la pantalla de su móvil.

—Mi equipo jurídico ya está en ello, localizarán a alguien que llegará en breve.

Lo hizo. Se trataba de Beatrice Zanella, una elegante y experimentada abogada que debía rondar los cincuenta y que no se amilanó en lo más mínimo por las insinuaciones del inspector.

Beatrice empezó a hacer preguntas a diestro y siniestro. El inspector le explicó que habían revisado las cámaras de seguridad de los pasillos minuciosamente, y que, aparte de los chicos, todo el personal que pasó por ellos horas atrás era el perteneciente al hotel.

Ni corta ni perezosa, pidió visualizar las cámaras y el director del hotel, que se encontraba traumatizado por lo vivido allí, no vio inconveniente alguno.

—Son muchos los motivos que pudieron llevar a Alessio a huir y no necesariamente relacionados con su culpabilidad —nos comentó.

—¿Crees entonces en la inocencia de mi hijo, Beatrice?

—Lo que puedo prometerte, Marco, es que haré una defensa férrea de su caso; es decir, que defenderé a tu hijo con todas las armas a mi alcance con independencia de lo que crea, en eso consiste mi trabajo. Pero si partimos de la base de que quizás en esas cámaras podamos encontrar un motivo que le exculpe, estarás conmigo en que merece la pena echar un vistazo.

No había cámaras justo en la zona de la habitación de Alessio, donde se suponía que ocurrió el intento de agresión. Ninguno de sus compañeros les vio entrar en ella juntos, eso estaba descartado.

No teníamos claro adónde podía llevarnos esa visualización, pero sí que era esencial centrar la vista en ella.

Como nos temíamos, no había ningún extraño por los pasillos, tan solo los trabajadores del hotel.

—Un momento, este individuo, por su complexión física, es el mismo que hemos visto en la planta inferior —ató cabos ella—. Y es el único a la par a quien no le hemos visto el rostro en ningún momento.

—¿A quién te refieres, Beatrice?

—A este, miradlo…

Se le notaba una barbaridad que sabía lo que buscaba. Beatrice no descartaba que algún trabajador del hotel fuese el verdadero agresor, al margen de que quien hubiese resultado herido fuera Alessio.

Yo se lo pedía al universo y cuando ella nos pidió que nos fijásemos en el tipo en cuestión, en el que parecía saber bien dónde estaban las cámaras y procuraba que no le captasen el rostro, la sangre se me heló en las venas.

—¡¡Ese es Flavio!! —chillé.

—¿Flavio? ¿De qué hablas? —me preguntó Marco, perplejo.

—No se le ve el rostro, pero aquí… Aquí se le ve parte de una mano, ¿podéis hacer zoom? —le pedí al chico que nos las estaba mostrando y entonces lo confirmé— ¡¡Es él!! Flavio tiene una pequeña marca roja circular entre el dedo índice y el pulgar, es de nacimiento, no demasiado visible, pero la reconozco. Y aquí se le aprecia. ¡¡Flavio ha estado aquí esta noche!!

Y no, Flavio no había estado allí por casualidad (que hubiese sido tremenda de por sí), sino que vestía el uniforme del hotel. ¿Cómo se explicaba todo aquello?

Encontramos al inspector y justo nos confirmó que acababan de dar con un trabajador que fue golpeado y hallado desnudo en uno de los almacenes del hotel. De inmediato, y dado que todo comenzaba a cobrar forma, envió orden a sus patrullas de que tratasen de detener a Flavio.

El corazón se nos salía del pecho a Marco y a mí, aunque nos veíamos alumbrados por un rayo de esperanza. Mientras las dudas nos asaltaban, ¿dónde seguía Alessio y cuál era su estado?

Se le notaba una barbaridad que sabía lo que buscaba. Beatrice no descartaba que algún trabajador del hotel fuese el verdadero agresor, al margen de que quien hubiese resultado herido fuera Alessio.

Yo se lo pedía al universo y cuando ella nos pidió que nos fijásemos en el tipo en cuestión, en el que parecía saber bien dónde estaban las cámaras y procuraba que no le captasen el rostro, la sangre se me heló en las venas.

—¡¡Ese es Flavio!! —chillé.

—¿Flavio? ¿De qué hablas? —me preguntó Marco, perplejo.

—No se le ve el rostro, pero aquí… Aquí se le ve parte de una mano, ¿podéis hacer zoom? —le pedí al chico que nos las estaba mostrando y entonces lo confirmé— ¡¡Es él!! Flavio tiene una pequeña marca roja circular entre el dedo índice y el pulgar, es de nacimiento, no demasiado visible, pero la reconozco. Y aquí se le aprecia. ¡¡Flavio ha estado aquí esta noche!!

Y no, Flavio no había estado allí por casualidad (que hubiese sido tremenda de por sí), sino que vestía el uniforme del hotel. ¿Cómo se explicaba todo aquello?

Encontramos al inspector y justo nos confirmó que acababan de dar con un trabajador que fue golpeado y hallado desnudo en uno de los almacenes del hotel. De inmediato, y dado que todo comenzaba a cobrar forma, envió orden a sus patrullas de que tratasen de detener a Flavio.

El corazón se nos salía del pecho a Marco y a mí, aunque nos veíamos alumbrados por un rayo de esperanza. Mientras las dudas nos asaltaban, ¿dónde seguía Alessio y cuál era su estado?

Capítulo 53

Tuvimos que esperar al amanecer para que nuestras dudas se despejaran. A Alessio lo encontraron horas más tarde, temblando de frío y de miedo en el puerto. Unos trabajadores le proporcionaron una manta.

Mientras se aclaraba el asunto, no pudimos evitar que le detuvieran, aunque pudimos mantener una conversación con él en presencia de Beatrice. El inspector ya tenía bastante claro que la presencia de Flavio en el hotel le incriminaba y que Alessio debió salir malparado por ello.

Con lágrimas en los ojos, nos contó.

—Os juro que no le puse una mano encima. Traté de entrar en mi dormitorio extrañado porque me pareció ver una sombra por el pasillo. Entonces, atónito, miré dentro y me encontré a Chiara sobre mi cama. Ella debía estar esperándome allí, yo notaba que no me quitaba ojo desde por la mañana. Pero la hallé en un estado lamentable. Los ojos los tenía como paralizados, me gritó que no me acercase, que no la tocase, y entonces me arañó. Ella chillaba y chillaba… Parecía aterrorizada. Y entonces me atacó… Me arañó y me hizo sangrar. Salí de allí despavorido, temiendo que me quisiera acusar de algo. No entendía si se lo estaba inventando todo, si era un papel… ¡¡No sabía qué pensar!!

—Por desgracia, parece ser que esa sombra que viste fue la de Flavio, un hombre que se alió con Ilenia en su día para hacernos daño a Amanda y a mí —le explicó su padre.

—Yo le encontré en aquella cafetería y le ajusté las cuentas… El dueño nos escuchó hablar, quizás aquello le trajo consecuencias —añadí, hilvanando en ese instante.

—Más motivos para odiarnos, aparte de que puede que siga en contacto con Ilenia. Existe la posibilidad de que la sed de venganza de ambos les haya vuelto a unir.

—Y han aprovechado el viaje de los chicos, que estaban aquí sin seguridad, para atacarlos. Quizás iba primero a por Alessio y luego a por Olga. La habitación de Alessio estaba más accesible y por eso…

—Por eso entró antes en ella. O quizás se conformarían con hacerle daño a uno de los dos. El tal Flavio, si va de ese palo, debe ser un total canalla, y si encontró allí a Chiara, igual le resultó apetecible y quiso darse un homenaje antes de seguir con sus fechorías.

—Sí, porque ese me dijo que le iban más los tíos, pero bien sé yo que le da a todos los palos. Conmigo estuvo, Beatrice, tenemos muchas cosas que contarte…

—Soy yo quien os las tiene que contar a vosotros. Me acaban de confirmar que el tal Flavio, hace muchos años, se vio envuelto en un asalto a una chica, del cual resultó absuelto sin cargos por falta de pruebas. Parece que no es la primera vez…

Beatrice contaba con un buen equipo que trabajaba con ella y que le estaba enviando información.

—De hecho, en aquella ocasión declaró un psicólogo forense que apuntó a ciertas desviaciones sexuales en su conducta. Vaya, que el tío es un pieza de cuidado, pese a que no pudo ser condenado. Por lo visto, es de los que se excita causando miedo…

—Maldito hijo de la gran puta…

El caso pasó de turbio a dantesco. En las siguientes horas, se procedió a su detención. El motivo de que Flavio no pudiese cumplir con aquello que empezó al ver a Chiara sobre la cama fue que ella se defendió y le asestó un fuerte golpe en la cabeza con la lámpara de noche. Aturdido, salió de la habitación y esa fue la sombra que Alessio vio en el pasillo.

Cuando nuestro niño entró, la chica estaba en shock y la emprendió contra él. Por esa razón le arañó y él huyó. No entendía que había sido atacada, creyó que quizás se trataba de una trampa, y se asustó demasiado.

Para nuestra tranquilidad, Chiara lo declaró así cuando pudo salir del estado en el que estaba. Quizás lo que le fue a hacer a ella Flavio, se lo hubiese hecho igual a Alessio.

Solo de pensar en todo aquello… Cualquiera de los chicos pudo salir malparado. Chiara confesó que logró entrar en la habitación de Alessio, pidiéndole acceso a una camarera a la que le dijo que se le había olvidado la llave dentro. La chica le permitió entrar y allí le esperó. Por lo visto, Sofía, la compañera de habitación de Olga, le comentó lo que pensaban hacer esa noche y ella se olió que mi hermana no remataría la faena. Por eso esperó a Alessio en su cama, esperando darle lo que Olga igual no se atreviese. Y allí se encontró con Flavio.

Pudo suceder una desgracia. Todos los chicos se quedaron sin viaje de fin de curso, pues se solidarizaron con Chiara y con Alessio.

a

Por suerte, no hubimos de lamentar males mayores, ya que lo de Chiara quedó en un tremendo susto, pero Flavio no llegó a hacerle daño. La Policía pudo demostrar su vinculación con Ilenia en todo momento y cómo urdieron un plan así de maléfico. Los dos fueron a dar con sus huesos en la cárcel, habían llegado demasiado lejos

e

e

Beatrice, que no tuvo necesidad alguna ya de defender a Alessio, quien estaba fuera de toda acusación, sí que

defendió nuestros intereses durante el juicio. Una abogada mejor no pudimos tener.

De toda aquella desgracia, salimos muy reforzados como familia. Los chicos se unieron más y a Marco le quedó la seguridad de que estaba de su lado, de que nada podría hacer que dudase de mi relación con él.

Cuando has vivido un episodio así de duro con alguien y te ha respondido, sabes que ya todo lo que te puede llegar con esa persona será bueno, porque no te fallará.

Nuestra relación se fortaleció en el que se convirtió en el verano de nuestras vidas, uno en el que terminamos haciendo ese viaje a las Seychelles que me prometió Marco, solo que lo hicimos con los chicos. Se trató de nuestro primer gran viaje, el que daría lugar a muchos otros porque recorrer el mundo de su lado era una de las ideas que más atractivas me resultaban, aunque para atractivo ese hombre que me demostró que yo era la mujer de su vida; su musa, su amante, su amiga, su todo…

defendió nuestros intereses durante el juicio. Una abogada mejor no pudimos tener.

De toda aquella desgracia, salimos muy reforzados como familia. Los chicos se unieron más y a Marco le quedó la seguridad de que estaba de su lado, de que nada podría hacer que dudase de mi relación con él.

Cuando has vivido un episodio así de duro con alguien y te ha respondido, sabes que ya todo lo que te puede llegar con esa persona será bueno, porque no te fallará.

Nuestra relación se fortaleció en el que se convirtió en el verano de nuestras vidas, uno en el que terminamos haciendo ese viaje a las Seychelles que me prometió Marco, solo que lo hicimos con los chicos. Se trató de nuestro primer gran viaje, el que daría lugar a muchos otros porque recorrer el mundo de su lado era una de las ideas que más atractivas me resultaban, aunque para atractivo ese hombre que me demostró que yo era la mujer de su vida; su musa, su amante, su amiga, su todo…

Capítulo 54

Un año después, nuestra relación estaba más que consolidada y, por ese motivo, ¡¡nos casábamos!!

En realidad, fue por ese motivo y porque nos hacía la máxima de las ilusiones. Unir nuestras vidas de una manera oficial propició una celebración por todo lo alto.

La cosa surgió una mañana que me tomé un café con Samuel. Estábamos en primavera y él, muy alterado por su relación con Stefano, que seguía viento en popa, me contaba que algún día se casaría con su fotógrafo en las Maldivas, que las islas eran el mejor lugar del mundo para casarse.

En ese instante llegó Marco y le lanzó una pregunta, como sin darle mayor importancia.

—Y si tuvieras que elegir otra isla (obvio que no quiso robarle su idea) en la que celebrar una romántica boda, ¿cuál sería?

—Pues mira, ¡¡en Ibiza!! De día, el sol ibicenco es el ideal para que los novios resplandezcan como en ningún otro lugar. Y de noche, ¡¡pocos sitios para celebrar una fiesta nocturna como Ibiza!! Yo haría la celebración al completo en la playa…

Samuel llevaba mucho tiempo al lado de Marco y se olió el motivo de su pregunta. Entonces él me miró y lo supe.

—¿Nos casamos en Ibiza? —me preguntó como si tal cosa.

—¿Que si nos casamos? ¿Cuándo? —le respondí incrédula y archifeliz.

—Este verano, para qué demorarlo más…

Marco era así. Un hombre rico y poderoso que no necesitó hacer de aquella pedida un acontecimiento. Siendo justos, él hacía cada momento de nuestras vidas de lo más especial, y supo leer entre líneas… Por mucho que mi cara ya fuese de lo más conocida en toda Italia, yo seguía siendo una chica sencilla. Y que me lo pidiera de una forma tan espontánea me hizo caer en sus brazos, loca de amor.

No por eso me faltó mi anillo de compromiso. Marco ya lo tenía en su despacho. Según me contó luego, llevaba semanas buscando el momento en el que pedírmelo y aquella preciosidad de sortija tipo solitario cayó en mi dedo justo aquella mañana, aprovechando el comentario.

Unos meses después ya estábamos vestidos de novios. Nos casamos en la playa, como tuvimos claro desde el principio. Todos nuestros familiares y amigos se desplazaron hasta allí.

Jamás olvidaré ni uno solo de los detalles de aquella boda que dio la vuelta al mundo. Nuestra historia de amor resultó cautivadora para el público, quizás porque la gente supo ver que era muy profunda y que en ella no había nada de superfluo.

Mi vestido de novia, cómo no, lo diseñó Samuel. Clara también intervino en el diseño, que partió de la idea que les di. No deseaba nada recargado, sino algo sexi y de línea juvenil para nuestra romántica boca ibicenca.

Quedó ideal, con el cuerpo ceñido, finos tirantes, generoso escote… Sexi a rabiar, como el hombre que me esperaba para hacerme su mujer.

Su sonrisa se volvió más luminosa en Ibiza, en aquel entorno de ensueño que juntos planeamos para nuestra unión. Eran muchos nuestros invitados, si bien sabíamos diferenciar de entre ellos a nuestra gente, a nuestra verdadera gente.

La cara de ilusión de Olga lo decía todo. La de Alessio no decía menos. También mi Triana, quien se empeñó en que ella cogería el ramo, y así fue, me mostró la más emocionada de las sonrisas, junto a su Fabrizio.

No faltó nadie en nuestro gran día… En el día del triunfo del amor en mayúsculas, en el día en el que celebramos que lo que una vez se puso en marcha en Jerez perduraría hasta el final, porque un amor como el nuestro podría asimilarse en belleza a una flor, pero con la diferencia de que no estaba destinado a marchitarse.

La fiesta fue verdaderamente apoteósica y duró hasta la mañana siguiente, cuando los que quedábamos, los más allegados, amanecimos ya tumbados sobre la arena.

Se trató de todo un espectáculo donde el baile, las risas, el buen rollo, las bromas, las atracciones, las fotos, los fuegos artificiales… El conjunto al completo sirvió para inmortalizar una boda que quedó grabada a fuego en nuestras retinas.

Sobre la arena, y abrazado a mí, con el alcohol todavía corriendo por nuestras venas, los rayos del sol nos alumbraban y Marco me besaba.

Samuel, borracho como un piojo, demostraba que aún le quedaba cuerda.

—¡¡Que se besen!! ¡¡Que se besen!!

Rompimos en carcajadas al ver que quienes tomaron nota fueron Alessio y Olga, pero es que los siguieron Triana y Fabrizio y, por si no hubiese sido bastante, también Samuel con Stefano se besaban…

El amor a borbotones impregnaba nuestro entorno. Nuestra nueva vida arrancaba con una increíble luna de miel que nos llevaría por un número impresionante de destinos exóticos.

—Lo que en realidad es exótico —le decía yo hipando— es que una jerezana de barrio como yo haya acabado con un italiano rico como tú, así, como te lo cuento —le decía como si fuese una novedad para él.

—Una jerezana cualquiera de barrio no, una con la sonrisa más preciosa y especial de todo Jerez —me repitió la frase que me dijo el día que me conoció.

Hay cosas que no se olvidan, cosas que permanecen en nuestra memoria por mucho tiempo que pase. Y nosotros nunca olvidaríamos esa forma tan casual en la que nos conocimos y que nos cambió la vida para siempre

Yo, Amanda Durán, había unido mi vida a Marco Moretti, sellando un pacto de amor inquebrantable que se convirtió en nuestro más preciado bien, por muchas propiedades que él pudiera haber acumulado con los años.

Y todo sucedió en muy poco tiempo… Un tiempo que sí fue intenso, muy intenso… Un tiempo que exprimimos minuto a minuto como seguiríamos haciendo con el resto, con el que estaba por venir… Esperábamos disfrutar de una vida larga para bebernos a sorbos nuestro chispeante amor, así lo veíamos en esa playa ibicenca que sirvió de escenario a nuestra boda de ensueño.

Rompimos en carcajadas al ver que quienes tomaron nota fueron Alessio y Olga, pero es que los siguieron Triana y Fabrizio y, por si no hubiese sido bastante, también Samuel con Stefano se besaban…

El amor a borbotones impregnaba nuestro entorno. Nuestra nueva vida arrancaba con una increíble luna de miel que nos llevaría por un número impresionante de destinos exóticos.

—Lo que en realidad es exótico —le decía yo hipando— es que una jerezana de barrio como yo haya acabado con un italiano rico como tú, así, como te lo cuento —le decía como si fuese una novedad para él.

—Una jerezana cualquiera de barrio no, una con la sonrisa más preciosa y especial de todo Jerez —me repitió la frase que me dijo el día que me conoció.

Hay cosas que no se olvidan, cosas que permanecen en nuestra memoria por mucho tiempo que pase. Y nosotros nunca olvidaríamos esa forma tan casual en la que nos conocimos y que nos cambió la vida para siempre.

Yo, Amanda Durán, había unido mi vida a Marco Moretti, sellando un pacto de amor inquebrantable que se convirtió en nuestro más preciado bien, por muchas propiedades que él pudiera haber acumulado con los años.

Y todo sucedió en muy poco tiempo… Un tiempo que sí fue intenso, muy intenso… Un tiempo que exprimimos minuto a minuto como seguiríamos haciendo con el resto, con el que estaba por venir… Esperábamos disfrutar de una vida larga para bebernos a sorbos nuestro chispeante amor, así lo veíamos en esa playa ibicenca que sirvió de escenario a nuestra boda de ensueño.

Capítulo 55

Un par de años después llegó otro de los días más emocionantes de nuestras vidas.

Para ese entonces, Alessio se encontraba en la universidad estudiando Economía mientras que mi hermana estudiaba en la escuela de arte dramático. Y no porque ella fuera una dramas, que bien contenta que se la veía, sino porque se había planteado seriamente lo de ser actriz. Como cantante, por mucho que se esforzara, no tenía futuro, pero como actriz sí, ¡¡hasta le habían surgido ya algunos papeles!!

En fin, que ella seguía con su faceta también de *influencer*, grabándolo todo, y el momento en el que rompí aguas la pilló con la cámara en la mano.

No lo esperábamos porque aún estaba de ocho meses. Tras nuestra boda, tuvimos claro que queríamos tener un hijo. Tampoco más porque nuestras vidas ya eran muy plenas, pero sí uno en común. Mi carrera iba sobre ruedas, pero podía permitirme una pausa… Aparte de que durante ella también lucí ropita premamá, pues las líneas de ropa de Marco abarcaban todos los sectores.

Esperábamos una niña, Sabrina, quien se veía que tenía ganas de llegar al mundo de una forma tan improvisada como precipitada.

—¿Eso qué es? —me preguntó Olga desviando el objetivo de su cámara hacia el suelo.

—¡He roto aguas! ¡He roto aguas! —chillé incrédula.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Recogerla?

Para algunas cosas había madurado, pero en otras seguía siendo muy niña.

—¡¡Calla y llama a Gina!!

—Pero si me callo, ¿cómo la voy a llamar?

Gina seguía trabajando con nosotros y no dudó en ir a por el coche. Mientras conducía, me daba instrucciones a respecto de cómo respirar.

—¿Cómo se te ocurre? Justo hoy, que tu padre no está, chiquitina —le hablaba al fruto de mi vientre.

Marco y yo estábamos radiantes de felicidad con su venida al mundo. Él tenía que cerrar un contrato importante en París y había salido de viaje en avión unas horas antes. Si hubiésemos sospechado que el parto se iba a adelantar… Pero es que nada lo hacía indicar, por eso se marchó con la promesa de estar de vuelta al día siguiente.

No hace falta decir que Olga le estaba llamando.

—Nada, todavía debe estar volando, no hay señal.

—Sí, no hace tanto que despegaron. Es que no me lo puedo creer, ¿se va a perder su nacimiento? Si esto solo va a ocurrir una vez.

—Piensa que él no es ginecólogo…

—Eso no me anima, Gina. ¡¡Quiero que llegue!!

—Volverá en cuanto aterrice. Va a ser un cachondeo… Las ventajas de contar con avión propio —me decía mi hermana.

—Pues yo el cachondeo no lo veo por ninguna parte. Y dios, ¡¡cómo duele!! Gina dime que esto no irá a más…

La oí silbar, haciéndose la sueca.

—Gina, dímelo…

—Te lo digo, te lo digo…

—Pero dímelo de verdad.

La estaba poniendo en un aprieto. Mi hermana me llevaba cogida de la mano mientras trataba en vano de dar con Marco.

Me costaba digerir que fuera a ocurrir así. En todo momento había contado con la presencia de Marco para dar a luz.

Cuando llegamos a la clínica, quien nos esperaba ya allí era Triana. Estaba rodeada por las chicas de mi vida, pero echaba increíblemente de menos a Marco, quien en aquella ocasión había viajado en compañía de Alessio.

—Dime que va a llegar a tiempo —le exigí a mi amiga, tomándola de la mano.

—Y yo qué sé, espero que sí. Tú concéntrate en respirar, cariño.

—Otra igual, que tengo que respirar a la fuerza, tranquilas, ¡¡pero que quiero que él venga!!

—Lo que sí te puedo decir es que va a nacer mediante parto natural, lo presiento. No como el mío, que a este me lo sacan con cesárea, fijo. Ella seguía en esa creencia de que daría a luz así a su primer hijo, el cual ya estaba en camino porque Triana lucía una tripita de tres meses.

—Pues averigua lo otro…

Me sentía muy mal y así me ingresaron, monitorizándome.

—La buena noticia es que se tratará de un parto relativamente rápido para ser primeriza —me comentó Laura, mi ginecóloga, mientras miraba el monitor.

—Y encima eso, o sea que se lo pierde, Marco se lo pierde, porque la niña sale ya mismo.

—No, no tan rápido… Quedan unas horitas por delante, de esas no te salva nadie.

En un primer momento, recé porque se demorase más y Marco llegara, pero conforme las contracciones se intensificaban y el dolor aumentaba, quería que Sabrina saliera ya, aun con la enorme pena de que su padre no la viera nacer.

—Yo puedo entrar contigo en el quirófano y grabarlo todo. A cambio, me dejas que haga un *reel* con los mejores momentos del parto y…

—¡¡Y te callas!! —le exigí a Olga porque no estaba para sus sugerencias aquella mañana.

Me eché a llorar, me dolía y me sentía muy sola, pese a que las tenía a ellas. La niña había sido nuestra mayor apuesta, nuestra maravillosa creación común y tendría que darla a luz sin la compañía de su padre.

El parto se estaba desarrollando bien, lo cual no quiere decir que no fuese duro. Cualquiera que haya pasado por algo así sabe de lo que hablo. El dolor se confunde con el miedo y, pese a la ilusión, no resulta fácil lidiar con esa combinación.

Unas horas después me encontraba exhausta. Marco volaba camino de Milán nuevamente. Vio las muchas llamadas perdidas por parte de Olga incluso antes de salir del avión, nada más aterrizar, y estaba volviendo sobre sus pasos.

—Te voy a poner la epidural ya —me comentó Laura—. Ha llegado la hora.

—¿Sabemos algo de Marco? —les pregunté pensando que la respuesta sería negativa, puesto que el cansancio y el temor hacían que lo viera todo muy negro.

—¡¡Ya está en carretera!! ¡¡Viene desde el aeropuerto!! —chilló mi hermana, poniéndome el teléfono en el oído en ese instante.

—Mi amor, ¿cómo estás? —me preguntó él.

—Sola y asustada —le contesté con un puchero.

—Sola, vas a decir…

—Triana, que te calles —le solté mientras apartaba un momento el teléfono de mi oído—. Y tú, Señor Moretti —me lo volví a poner en él—, dile a Federico que acelere a fondo, ¡¡ya!!

Di un grito y noté que ya tiraban de la camilla. Pasaba de un estado a otro como si estuviese poseída, de la pena a la rabia. Menudo festival de hormonas debía estar celebrándose en mi interior.

El celador hacía su trabajo y yo solo quería detener el tiempo. Me llevaban a paritorio y cabía la posibilidad de que Marco no llegase para ver nacer a Sabrina. Las chicas se rifaban el entrar conmigo y finalmente fue Olga quien lo hizo, aunque le estampé el móvil contra la pared para evitar tentaciones. En cualquier otro momento, la hubiera escuchado, pero mi hermana era lista y sabía muy bien que en aquel no podría decir ni mu.

Un rato después, la niña estaba a punto de nacer. Olga se portó como una campeona, debo reconocerlo, pero también que estaba al borde del desmayo y que vio el cielo abierto cuando Marco entró. Y no digamos ya yo…

—Ya casi está aquí, ya casi nace nuestra niña, ¿cómo estás? —me preguntó.

—Ahora mejor, sabiendo que no tendré que estrangularte —le confesé entre el llanto y la risa.

Las lágrimas de felicidad no tardaron en salir de los ojos de ambos. Sabrina esperó a que su papá estuviera a mi lado para salir y mostrarnos la mirada más tierna del mundo, esa en color ¡aguamarina! Había nacido nuestra hija, sana y preciosa, completando una felicidad que entonces sí, nos resultó insuperable.

Epílogo

Varios años después….

Aquella boda sí que podría Olga publicarla cuanto quisiera. De hecho, ya eran muchos los medios que la estaban cubriendo, pues causó gran revuelo en la prensa rosa. Y no porque se casase la hermana de la modelo Amanda Durán, la mujer del empresario Marco Moretti… ¡¡Sino porque lo hacía una gran actriz!!

Olga había conseguido su sueño. No solo triunfó como *influencer*, sino que se convirtió en uno de los rostros más demandados en películas y series. Mi hermana triunfó en lo laboral y ¡también en lo personal!

Alessio y ella siguieron juntos todos aquellos años en los que ella se consolidó ante las cámaras y él terminó su carrera y su máster, entrando a trabajar con su padre y velando por las cuentas familiares.

Cuando creíamos que más felicidad ya no podíamos acumular, pues Sabrina también era una niña feliz y pizpireta que nos tenía locos a todos, ¡¡sonaron campanas de boda!!

Mi hermana quería que su enlace también se saliese de lo convencional, por lo que no dudó en plantearle a Alessio que se casaran en Jerez, celebrando una boda muy andaluza.

La idea nos emocionó a todos. Y no digamos ya a Triana, con el salero que mi amiga tenía. Por cierto, que ella también se casó en aquellos años con Fabrizio y que su hijo Silvio era el mejor compañero de juegos de Sabrina. Lo único que nos faltaba era que ese par de traviesillos se enamorase también con el tiempo. Y una cosa más, que esa brujilla no se equivocó y el crío nació por cesárea.

A Jerez nos desplazamos todos. Y, además, que tras celebrar la boda en la Iglesia de Santiago, en esa que mencionan las famosas sevillanas, el convite se llevó a cabo en una de las bodegas de mayor prestigio de esa ciudad, cuna del flamenco, del caballo y del vino… Y hablando de vino, el que sirvieron fue el de esa archiconocida marca que yo misma representaba el día que conocí a Marco.

Algunas de las fotos más saladas de esa jornada nos tienen a mi hermana y a mí como protagonistas, ambas con los sombreros cordobeses en rojo, complementados con la mejor de nuestras sonrisas.

Fue una boda en la que se derrochó arte y en la que los novios se marcaron una rumbita de lo más encendida

como apertura del baile. Todos nuestros italianos, incluidos Gina y su hijo Eros, que era otro de los mejores amigos de Sabrina y de Silvio, bailaron flamenco.

Si bien Marco y yo vendíamos siempre felicidad, pocas veces le vi tan increíblemente dichoso como en aquella ocasión en la que, además, los dos hicimos de padrinos de los chicos. Ellos ya volaban solos, aunque el vínculo con nosotros era de lo más estrecho.

Momentos para el recuerdo los hay a montones, como ese bailecito por alegrías que se marcó Samuel ante la atenta mirada de su marido, Stefano. O como la réplica que le dio nuestro querido Giuseppe, ese icono de la moda italiana que decía de él mismo que ya estaba arrugado como una pasa, pero que todavía tenía mucha lata que dar.

Si el amor triunfó el día de nuestra boda, no digamos ya aquel otro. Marco y yo no podíamos sino besarnos y pensar que no había sido fácil, que tuvimos que superar obstáculos, pero que nos había valido la pena, ¡¡y cómo!!

Aquellos que se empeñaron en separarnos no tuvieron en cuenta que hay amores que nacen para perdurar y que no existe fuerza en el universo que pueda luchar contra esa realidad. El nuestro era uno de esos amores… Un amo que nació de la casualidad, de la casualidad de cruzarnos aquel día… pero también de la apuesta, de la apuesta qu hizo Marco cuando me empujó a reunirme con él en Milán.

Giuseppe siempre decía que, detrás de una sonrisa que le enamoró, supo ver mucho más. Y es que Marco tenía una parte de visionario, estaba de acuerdo con nuestro amigo. Y esa visión le llevó a estrenar un amor que, con el paso del tiempo, no hacía más que renovarse día a día. Porque mientras mantengas la llama encendida, tu amor estará a salvo. Recuérdalo, es mi mayor enseñanza, mi mayor trofeo y mi mayor esperanza.

como apertura del baile. Todos nuestros italianos, incluidos Gina y su hijo Eros, que era otro de los mejores amigos de Sabrina y de Silvio, bailaron flamenco.

Si bien Marco y yo vendíamos siempre felicidad, pocas veces le vi tan increíblemente dichoso como en aquella ocasión en la que, además, los dos hicimos de padrinos de los chicos. Ellos ya volaban solos, aunque el vínculo con nosotros era de lo más estrecho.

Momentos para el recuerdo los hay a montones, como ese bailecito por alegrías que se marcó Samuel ante la atenta mirada de su marido, Stefano. O como la réplica que le dio nuestro querido Giuseppe, ese icono de la moda italiana que decía de él mismo que ya estaba arrugado como una pasa, pero que todavía tenía mucha lata que dar.

Si el amor triunfó el día de nuestra boda, no digamos ya aquel otro. Marco y yo no podíamos sino besarnos y pensar que no había sido fácil, que tuvimos que superar obstáculos, pero que nos había valido la pena, ¡¡y cómo!!

Aquellos que se empeñaron en separarnos no tuvieron en cuenta que hay amores que nacen para perdurar y que no existe fuerza en el universo que pueda luchar contra esa realidad. El nuestro era uno de esos amores… Un amor que nació de la casualidad, de la casualidad de cruzarnos aquel día… pero también de la apuesta, de la apuesta que hizo Marco cuando me empujó a reunirme con él en Milán.

Giuseppe siempre decía que, detrás de una sonrisa que le enamoró, supo ver mucho más. Y es que Marco tenía una parte de visionario, estaba de acuerdo con nuestro amigo. Y esa visión le llevó a estrenar un amor que, con el paso del tiempo, no hacía más que renovarse día a día. Porque mientras mantengas la llama encendida, tu amor estará a salvo. Recuérdalo, es mi mayor enseñanza, mi mayor trofeo y mi mayor esperanza.

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor

Facebook: Aitor Ferrer

Amazon: relinks.me/AitorFerrer

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor

Facebook: Aitor Ferrer

Amazon: relinks.me/AitorFerrer